B. F. SKINNER

WALDEN DOS

EDICIONES ORBIS, S. A.
Distribución exclusiva para Argentina,
Chile, Paraguay y Uruguay

HYSPAMERICA

Título del original: *Walden Two*
Dirección de la colección: Virgilio Ortega

Distribución exclusiva para Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay: HYSPAMERICA EDICIONES ARGENTINA, S. A.
Corrientes, 1437, 4.° piso. (1042) Buenos Aires
Tels. 46-4385/4484/4419

ISBN: 84-7634-284-5 D.L.: M. 35.787-1985
Impreso por Librograf, S. A.
Polígono Cobo-Calleja. Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain

a *W. A. S.*
y
G. B. S.

Walden Dos visitado de nuevo

El comienzo del verano de 1945, momento en que escribí Walden Dos, *no era una mala época para la civilización occidental. Había muerto Hitler y uno de los regímenes más bárbaros de la historia estaba tocando a su fin. La Depresión de los años treinta se había sumido en el olvido. El comunismo había dejado de ser una amenaza, puesto que Rusia se había convertido en aliado digno de confianza. Todavía faltaba un mes o dos para que Hiroshima se transformase en banco de pruebas de una nueva y terrible arma. Había unas cuantas ciudades que comenzaban a verse afectadas Por la contaminación, pero nadie se preocupaba todavía del ambiente en términos generales. Existía la escasez propia de las épocas de guerra, pero la industria comenzaría muy pronto a echar mano de sus ilimitados recursos para satisfacer ilimitados deseos. Se decía que la revolución industrial había enmudecido la voz de Thomas Robert Malthus.*

Las insatisfacciones que me llevaron a escribir Walden Dos *eran de carácter personal. Había visto a mi mujer y a sus amigas porfiando por liberarse de las tareas domésticas, escribiendo con un respingo las palabras «ama de casa» al rellenar aquellos espacios en blanco que inquirían por su profesión. Nuestra hija mayor acababa de finalizar el primer curso y no hay nada como el primer curso que nuestro hijo pasa en la escuela para dirigir los propios pensamientos hacia la educación. Estábamos a punto de abandonar Minnesota para trasladarnos a Indiana y yo me había movilizado para buscar alojamiento. Iba a dejar a un grupo de dotados intérpretes de instrumentos de cuerda, que habían pasado Por alto mi ineptitud en el piano y no estaba seguro de poder reemplazarlos. Acababa de terminar un año muy productivo gracias a una Beca Guggenheim, pero había aceptado la dirección de un departamento de Indiana y no sabia cuándo volvería a tener tiempo para dedicarme a la ciencia o a la erudición. ¿Cómo solucionar estos problemas? ¿Acaso una ciencia de la conducta no contribuiría a resolverlos?*

Es probable que lo bueno de este caso fuera que los problemas eran de poca monta, porque posiblemente yo no hubiera tenido el valor de resolverlos de haber sido de mayor envergadura. En Conducta de los Organismos, *publicada siete años atrás, me había negado a aplicar fuera del laboratorio los resultados obtenidos. «Que extrapole quien esté dispuesto a ello», había dicho yo en aquella ocasión. Pero, como es de suponer, no había dejado de especular con la tecnología que implicaba una ciencia de la conducta ni con las diferencias que podía establecer. Comenzaba a tomar en serio tales implicaciones porque una vez al mes me reunía con un grupo de filósofos y críticos (entre ellos Herbert Feigl, Alburey Castell y Robert Penn Warren), en cuya compañía la cuestión del control de la conducta humana emergía como tema central de nuestras discusiones.*

Que todas estas cosas concurrieran en la redacción de una novela acerca de una comunidad utópica puede deberse al hecho de que una de mis colegas, Alice F. Tyler, me enviara un ejemplar de su reciente libro, Freedom's Ferment, *estudio de los movimientos perfeccionistas durante el siglo diecinueve en América.*[1] *Con dos meses*

[1] Tyler. A. P. *Freedom's Ferment*. Minnespolis, Univ. of Minnesota Press. 1944.

por delante antes de mi traslado a Indiana, me decidí a escribir una narración sobre la forma en que yo concebía que un grupo de unas mil personas resolviese los problemas planteados por su vida diaria con ayuda de unas técnicas de la conducta.

Hubo dos editores que rechazaron Walden Dos *y Macmillan accedió a publicarlo sólo a condición de que yo les escribiera una nota introductoria. En aquella época eran lógicos este tipo de juicios editoriales. Hubo uno o dos críticos distinguidos que se tomaron el libro en serio, pero el público lo arrinconó durante doce años. Pero de pronto comenzó a venderse y las ventas anuales se elevaron decididamente según una curva de interés compuesto.*

A mi modo de ver, eran dos las razones que justificaban el despertar del interés. Aquella «ingeniería de la conducta» que tantas veces había mencionado en el libro era, por aquel entonces, poco mas que ciencia ficción. Yo había pensado que era posible aplicar a los problemas prácticos un análisis experimental de la conducta, pero no lo había demostrado. No obstante, los años cincuenta fueron testigo de los inicios de aquello que el público había acabado por conocer como modificación de la conducta. Se habían hecho los primeros experimentos con personas psicopáticas y retrasadas, se había pasado a continuación a las máquinas de enseñar y a la instrucción programada, y muchos de los escenarios donde se habían realizado estos experimentos eran esencialmente comunidades. Y en el curso de los años sesenta las aplicaciones a otros campos, como el asesoramiento y el diseño de sistemas incentivos, se aproximó todavía más a lo que yo había descrito en Walden Dos. *La tecnología de la conducta había dejado de ser una quimera de la imaginación. Puesto que para muchos era ciertamente más que una realidad.*

Sin embargo, en mi opinión existía todavía una razón mejor que explicaba por qué cada día eran más los que leían el libro. El mundo comenzaba a enfrentarse con problemas de una magnitud enteramente nueva; agotamiento de los recursos, contaminación del ambiente, superpoblación y la posibilidad de un holocausto nuclear, para no mencionar más que cuatro de ellos. Por supuesto que tanto las técnicas físicas como biológicas podían servir de ayuda. Éramos capaces de encontrar nuevas fuentes de energía y de hacer mejor uso de las que ya poseíamos. El mundo podía nutrirse cultivando más cereales alimenticios y consumiendo cereales en vez de carne. Unos métodos anticonceptivos más seguros podían mantener el crecimiento de la población dentro de unos límites. Unas defensas inexpugnables podían hacer imposible la guerra nuclear. Pero todo esto no se conseguiría mas que si se cambiaba la conducta humana *y quedaba aún por contestar cómo podía cambiar. ¿Cómo inducir a la gente a servirse de nuevas formas de energía, a comer cereales en lugar de carne y a limitar el número de miembros de su familia? ¿Y cómo mantener las reservas atómicas fuera del alcance de líderes desesperados?*

De vez en cuando, los forjadores de las medidas políticas, situados en altos puestos, recibían peticiones relativas a prestar una mayor atención a las ciencias de la conducta. El National Research Council, brazo operante de la Academia Nacional de Ciencias, había hecho esta propuesta unos cuantos años antes, indicando que se habían desarrollado útiles «incursiones en la formulación política». Pero esto implicaba que el

papel fundamental de las ciencias de la conducta consistía en recoger hechos e insistía, posiblemente para tranquilizar a los forjadores de la política que pudieran sentirse alarmados por las ambiciones de los científicos, en que «el conocimiento no puede sustituir a la sabiduría ni al sentido común a la hora de tomar decisiones». La ciencia podía establecer los hechos, pero el Congreso o el Presidente serian quienes tomarían las decisiones... con ayuda de su sabiduría y de su sentido común.

Verdad es que cuando las ciencias de la conducta han ido más allá de la simple recopilación de datos para recomendar unas determinadas actitudes y lo ha hecho enunciando, al mismo tiempo, unas consecuencias, su ayuda ha servido de bien poco. No todos los economistas se ponen, por ejemplo, de acuerdo con respecto a la medida en que un aumento o una reducción en los impuestos o un cambio en las tasas de interés afectarían a la actividad comercial, a los precios o al desempleo, de la misma manera que los expertos en ciencias políticas tampoco se pondrían de acuerdo en cuanto a las consecuencias de unas medidas de política interior o exterior. En antropología, sociología y psicología las formulaciones preferidas son aquellas que no dictan una acción concreta. Un desarrollismo declarado, por ejemplo, niega casi la posibilidad de la acción efectiva. La psicología aplicada acostumbra a ser una mezcla de ciencia y sentido común y Freud consideraba la terapia como una contribución menor del psicoanálisis. Desde sus mismos inicios la aplicación de un análisis experimental de la conducta se planteó de forma diferente. Se presentaba doblemente centrado en las consecuencias. La conducta era susceptible de cambio al cambiar sus consecuencias —condicionamiento operante—, pero era susceptible de dicho cambio porque a continuación se producirían otro tipo de consecuencias. Los psicópatas, los seres retrasados vivirían una vida mejor, maestros y estudiantes ahorrarían tiempo y energías, las casas se convertirían en puntos de convivencia más gratos, la gente trabajaría con mayor eficacia al tiempo que disfrutaría con su trabajo, etc.

Esto es lo que tradicionalmente se espera conseguir de la sabiduría y del sentido común, pero Frazier, el protagonista de Walden Dos, *insiste en que este algo está al alcance de una ciencia de la conducta de tipo especial, capaz de ocupar el puesto de la sabiduría y del sentido común y de obtener mejores resultados. Y lo que ha venido ocurriendo en los últimos años ha aumentado la plausibilidad de su aserto: una comunidad en la cual los problemas más importantes de la vida diaria, así como determinados aspectos relacionados con la economía y el gobierno, quedan resueltos.*

Los críticos de Frazier protestarán. ¿Qué conclusión podemos sacar de una afortunada comunidad compuesta de mil personas? Pongamos a prueba sus principios, por ejemplo en la ciudad de Nueva York o en el Departamento de Estado, y veamos qué ocurre. El mundo es un espacio inmenso y complejo. Lo que está bien para un grupo reducido no es suficiente para una nación ni tampoco para el mundo.

Frazier podría contestar calificando Walden Dos de experimento piloto. Las industrias no hacen inversiones a gran escala hasta haber probado los nuevos procesos a pequeña escala. Si queremos averiguar cómo puede vivir la gente sin pelearse, como puede producir las cosas que necesita sin tener que trabajar demasiado, o cómo puede criar y educar a sus hijos con mayor eficacia, partamos de unidades de dimensiones manejables

antes de pasar a problemas de mayor cuantía.

No obstante, seria más convincente la siguiente respuesta: ¿qué tiene de bueno lo grande? Se ha dicho muchas veces que el mundo padece la calamidad de lo grande y de ello nos ofrecen ejemplos clínicos nuestras grandes ciudades. Hay muchas ciudades que posiblemente hayan rebasado los límites del buen gobierno debido a las muchas cosas que no funcionan en ellas. ¿Acaso no sería mejor preguntarnos para qué necesitamos las ciudades? Gracias a los sistemas modernos de transporte y de comunicación, ya no es preciso que las empresas se encuentren a una distancia que pueda cubrirse andando o tomando un taxi. ¿Cuántas personas hay que necesitan estar una cerca de la otra para ser felices? La gente que acude en rebaño a las ciudades en busca de trabajo y de una vida más interesante volvería de nuevo a aquellos lugares de donde procede si encontrara en ellos aquel trabajo y aquella vida. Se ha apuntado que, con los modernos sistemas de comunicación, la América del futuro puede convertirse simplemente en una red de pequeñas ciudades. ¿No serian tal vez otros Walden Dos? Pueden subsistir unos pocos esqueletos de ciudades, como subsisten en los museos los huesos de los dinosaurios, restos de una fase transitoria en la evolución de una forma de vida.

El economista británico E. F. Schumacher, en su notable libro Small is Beautiful,[2] *analiza los problemas resultado de lo grande e indica una tecnología apropiada para los sistemas de dimensiones intermedias. Muchos proyectos actuales que se ocupan de nuevas fuentes de energía y de nuevas formas de la agricultura parecen idealmente adecuados para el desarrollo de pequeñas comunidades. Una red de pequeñas ciudades o de Walden Dos tendría unos problemas propios, pero lo sorprendente es que sabría resolver mejor muchos de los más básicos con los que se enfrenta el mundo de hoy. Si una comunidad pequeña no revela «la humana naturaleza en toda su bondad esencial» (romántico sueño que jamás han defendido las pequeñas ciudades), permite en cambio disponer «unas contingencias de reforzamiento» más afectivas de acuerdo con los principios de un análisis de la conducta aplicada. No es preciso que estudiemos muy de cerca las prácticas que se desprenden de tales principios Para examinar algunos de los que resolverían los problemas básicos que afectan a una comunidad pequeña.*

Para inducir a la gente a adaptarse a unas nuevas formas de vida menos devoradoras y por tanto menos contaminadoras, no necesitamos hablar de frugalidad ni de austeridad como quien habla de sacrificio. Hay contingencias de reforzamiento en las que la gente sigue persiguiendo la felicidad (e incluso llega a alcanzarla), consumiendo mucho menos de lo que ahora consume. El análisis experimental de la conducta ha venido a demostrar de forma meridiana que lo que cuenta no es la cantidad de bienes de consumo (según apunta la ley de la oferta y de la demanda), sino la relación contingente entre los bienes y la conducta. He aquí la razón que, para estupor del turista americano, explica que en el mundo haya gente más feliz que nosotros poseyendo mucho menos. Se dice que la inflación constituye el problema más serio que acecha al mundo actual. Es algo que, no sin eficacia, se ha definido como gastar más de lo que uno tiene. En una

---

[2] Schumacher, E. F. *Small Is Beautiful*. Nueva York, Harper Torch-books, 1973.

comunidad experimental las contingencias de reforzamiento que incitan a gastos innecesarios son susceptibles de corrección. Y en cuanto a la contaminación, las comunidades pequeñas son óptimas en lo que toca a circulación de materiales y a evitación de unos métodos ruinosos de distribución.

Los estudios básicos han demostrado igualmente cuan importante es para todo el mundo, jóvenes y viejos, mujeres y hombres, no ya solamente recibir unos bienes sino también participar en su producción. Ello no quiere decir que tengamos que trabajar como negros, como aconseja la ética protestante en lo tocante a trabajo. Hay muchas formas de ahorrar esfuerzos pero, como señala Frazier, no deben ser utilizadas para ahorrarse trabajadores porque con ello aumentaría el desempleo. Dividiendo simplemente el importe total del salario que reciben cada año los americanos por el número de personas que no tienen trabajo, obtenemos un salario anual perfectamente razonable para todos. Pero esto supone una reducción del nivel de vida para muchos, lo cual, tal como están las cosas, quizás sea imposible. Sin embargo, en una serie de pequeñas comunidades, todo el mundo tendría trabajo, porque el trabajo, como el salario, podría dividirse entre los trabajadores. Los buenos incentivos, por ejemplo no el hacer dinero sino las cosas que compra el dinero, no exigen lo que tenemos nosotros por un trabajo duro. Si el mundo ha de economizar una parte de los recursos que posee como previsión para un futuro, debe reducir no sólo el consumo sino el número de consumidores. En una confinidad experimental costaría muy poco variar el índice de natalidad. Los padres no necesitarían a los hijos para su seguridad económica, los que no tuvieran hijos podrían dedicar todo el tiempo que quisieran a los niños y toda la comunidad funcionaría como una familia inmensa, una familia unida por el amor en la que cada uno de sus miembros podría hacer la función de padre y la función de hijo. Entonces los vínculos de sangre pasarían a un segundo plano.

La gente es más capaz de dispensarse mutuo amor y amistad cuando no compite por un nivel personal o profesional. Pero las buenas relaciones personales dependen también de unos signos inmediatos de encomio o de censura, sostenidos a veces por simples reglas o por simples códigos. Las dimensiones de una gran ciudad nos resultan inquietantes precisamente porque en ella encontramos a mucha gente a la que no volveremos a ver nunca y cuyo encomio o censura no significan, por tanto, absolutamente nada para nosotros. En realidad, este problema no se resuelve delegando la censura a una fuerza policial ni a unos tribunales de justicia. Aquellos que se han servido *de la modificación de la conducta en el consejo familiar o en las instituciones saben cómo preparar situaciones de relación recíproca que fomenten entre las personas el mutuo respeto y el* mutuo *amor.*

Solventaríamos muchos de los problemas que nos plantea el crimen y la delincuencia si nos fuera dado modificar el ambiente primero donde vivieron los ofensores. No es preciso ser un alma en pena para afirmar que muchos de los jóvenes de hoy en día no han sido preparados ni por sus familias ni por la escuela para llevar una vida ordenada y conforme a la ley y que en el caso de estar preparados, tampoco tienen la posibilidad de conseguirlo mediante unos puestos de trabajo. Los transgresores raras veces mejoran al ser recluidos en la cárcel, circunstancia que hace que los jueces reduzcan o suspendan

las sentencias, con lo que entonces el delito, al quedar impune, aumenta. Todos sabemos cómo es posible modificar el primer ambiente en el que se mueve una persona y se ha hecho un experimento, hasta hoy sumamente ignorado, sobre el cual nos informan Cohen y Filipczak[3] *que demuestra que los transgresores ocasionales son susceptibles de rehabilitación.*

Los niños constituyen nuestro recurso más válido y, en cambio, es una vergüenza que se encuentren sumidos en el olvido. Durante los primeros años de la vida pueden conseguirse cosas portentosas de un niño y sin embargo lo dejamos en manos de gente cuyos errores se escalonan desde el abuso a la protección excesiva y al derroche del afecto cuando ¡a conducta no es la apropiada. Brindamos a los niños escasas oportunidades de establecer unas buenas relaciones con sus compañeros e incluso con los adultos, especialmente en aquellos hogares donde se encuentran custodiados únicamente por su padre o por su madre, circunstancia que está dándose cada vez más. Todo esto presenta un cariz completamente diferente cuando los niños, desde el principio de su vida, forman parte de una comunidad más amplia.

Las escuelas de las ciudades demuestran los daños que pueden ocasionar a la educación unas dimensiones muy grandes, y si la educación es importante es porque se ocupa de la transmisión de una cultura *y, por consiguiente, de su supervivencia. Sabemos cómo pueden resolverse muchos problemas educacionales por medio de la instrucción programada y una buena organización de las contingencias, economizando los recursos y el tiempo y esfuerzos de maestros y alumnos. Las comunidades reducidas constituyen el marco ideal para un nuevo género de educación, liberada de la interferencia de administradores, políticos y asociaciones docentes.*

Pese a cuanto llevamos dicho sobre la libertad, hemos hecho muy poco en pro del desenvolvimiento del individuo. ¿Cuántos americanos pueden decir que hacen aquellas cosas para las que están mejor calificados y que más les gustan? ¿Qué oportunidades han tenido que elegir unos campos acorde con sus facultades o con los intereses y habilidades que demostraron en su primera infancia? Las mujeres, que desde hace tan poco tiempo han comenzado a optar por no ser amas de casa, descubren ahora cuan difícil es elegir la profesión apropiada cuando son jóvenes o pasarse a otra diferente más adelante.

Y cuando se tiene la suerte de poder hacer lo que a uno le gusta, ¿cuáles son las posibilidades de salir airoso en lo que se hace? ¿Hasta qué punto los artistas, los compositores, los escritores están en condiciones de ofrecer su obra a la atención de aquellas personas que sabrían apreciarla y cuyas reacciones conformarían la conducta de manera creadora? Los que conocen la importancia de las contingencias de reforzamiento saben que puede llevarse a la gente a descubrir aquello que mejor hace y aquello que puede reportarle una mayor satisfacción.

Pese a que a veces haya sido puesto en tela de juicio, el valor de supervivencia que tiene el arte, la música, la literatura, los juegos y otras actividades no vinculadas a esta

---

[3] Cohen, H. I., y Filipczak, J. A. *New Learning Enviroment*. San Francisco, Jussey-Bass, 1971.

cuestión tan seria que es el hecho de vivir, está suficientemente claro. Una cultura debe reforzar positivamente a aquellos que la sustentan y ha de evitar la creación de unos reforzadores negativos, de los que escaparían sus miembros mediante la deserción. El mundo *que los artistas, compositores, escritores y actores han hecho tan hermoso tiene el mismo derecho a la supervivencia que el mundo que satisface unas necesidades biológicas.*

En la vida moderna se pasa por alto casi de forma absoluta el uso efectivo de los ratos de esparcimiento. Nos quejamos de cuan larga es nuestra jornada de trabajo, y en cambio no hacemos nada capaz de enorgullecemos durante el tiempo libre de que disponemos. Las clases acomodadas se desvían casi siempre hacia derivativos como el alcohol y otras drogas, hacia el juego, hacia la contemplación de otros seres entregados a una vida agotadora o peligrosa, y nosotros no vamos a ser una excepción a esta regla. Gracias a la televisión, hoy en día millones de americanos viven la vida apasionante y arriesgada de otros seres. Muchos estados han legalizado el juego y han establecido loterías propias. El alcohol, las drogas están consumiéndose en cantidades cada vez más considerables. Se puede malgastar la vida por estos caminos y, en cambio, seguir inalterado al final de ellos. Estas aplicaciones de los ratos libres obedecen a ciertos progresos conductuales básicos, pero estos mismos procesos, en un medio diferente, llevan a las personas a desarrollar sus habilidades y sus facultades hasta su límite extremo.

¿Estamos seguros de lo que afirmamos? Tal vez no, pero Walden Dos puede contribuir a nuestra seguridad. Incluso como parte de un plan más vasto, una comunidad sirve como experimento piloto. La cuestión se reduce a si funciona o no y, en cualquier caso, la respuesta es muy clara. De ser éste el caso, podemos intensificar nuestra comprensión de la conducta humana con la mayor rapidez posible. Es aquí donde posiblemente exista nuestra mejor oportunidad de contestar a las preguntas realmente importantes con que se enfrenta el mundo actual: preguntas que no guardan relación con la economía ni con el gobierno sino con la vida cotidiana del ser humano.

Si; pero, ¿qué decir sobre la economía y sobre el gobierno? ¿No debemos contestar también estas preguntas? No estoy demasiado seguro. Analícense las siguientes propuestas económicas. La primera corresponde al Walden *de Henry David Thoreau: al reducir la cantidad de bienes de consumo, reducimos el tiempo que dedicamos a un trabajo ingrato. La segunda parece afirmar lo contrario: todos debemos consumir al máximo a fin de que todos tengan su puesto de trabajo. Yo tengo a la primera por la más razonable, pese a que la segunda sea defendida hoy en día por mucha gente. Cabría argumentar, en efecto, que si América tuviera que convertirse en una red de pequeñas comunidades, nuestra economía se iría por los suelos. Sin embargo, algo va mal cuando lo que hay que salvar es el sistema y no la forma de vida a la que el sistema debería servir.*

¿Qué decir del gobierno? ¿Seguro que no estaré apuntando que podríamos subsistir sin la existencia de un gobierno federal? Y sin embargo, ¿hasta qué punto nos es necesario? Una gran parte de nuestro presupuesto nacional *recae en el Departamento de Sanidad, de Educación, de Bienestar Social. ¿Sanidad? ¿Educación? ¿Bienestar social? ¡Pero si una comunidad como Walden Dos es salud, educación, bienestar social! La única razón*

que aboga por la existencia de un inmenso departamento federal es que millones de personas se encuentran atrapadas en espacios vitales desmesurados, impracticables.
Otra gran parte del presupuesto va destinada al Departamento de Defensa. ¿Apunto yo que podríamos pasarnos sin este apartado? ¿Cómo vamos a preservar la paz mundial si no estamos en Posesión de las armas *más potentes ni de una industria que siga desarrollando otras más potentes aún que aquéllas? Pero si tenemos armas es únicamente porque también las tienen otros países y, aunque nos sintamos amenazados por países que poseen una potencia militar comparable a la nuestra —y pensamos sobre todo en la Bomba—, la amenaza auténtica tal vez nos venga de aquellos países que son apenas nada. No es posible ya que unas pocas naciones altamente industrializadas sigan enfrentándose con el resto del mundo al tiempo que agotan y contaminan el ambiente como lo están haciendo. Una forma de vida en que cada uno tomara únicamente su parte de recursos mundiales y siguiera disfrutando de su derecho a la vida supondría un auténtico paso hacia la paz mundial. He aquí un esquema que Podría copiarse fácilmente y he aquí por qué últimamente tuve ocasión de sentirme reconfortado cuando cierta persona del Departamento de Estado me dijo que, en su opinión, mejor le convendría a América dejar de exportar su «American way of life» y dedicarse a exportar Walden Dos. Un estado que se define a través de controles represivos, formales, legales y sociales basados en la fuerza física no es preciso para el desenvolvimiento de la civilización*[4] *y pese a que este estado tenga un peso real en nuestro desenvolvimiento, quizás estemos en condiciones de pasar a un nuevo estadio.*
Supongamos que sabemos qué se necesita para vivir bien, ¿cómo le daremos efectividad? En América, de una manera casi instintiva, variamos las cosas por medio de la acción política: promulgamos leyes, votamos a nuevos dirigentes. Pero hay mucha gente que comienza a sentirse insegura. Ha perdido la ¡e en un proceso democrático en el que la llamada voluntad del pueblo está evidentemente controlada mediante procedimientos no democráticos. Y sigue subsistiendo la duda por lo que respecta a si un gobierno basado en unas sanciones punitivas es el adecuado cuando lo que debemos hacer es resolver los problemas a través de medidas no punitivas.
Se ha apuntado que la solución pudiera estar en el socialismo, aunque se haya señalado a menudo que el socialismo, como el capitalismo, está sujeto a la expansión y por ello al consumo y a la contaminación. Es indudable que Rusia, después de cincuenta años, no se ha convertido en modelo que queramos emular. Quizás China esté más próxima a las soluciones de que hablábamos antes, si bien cuesta imaginar que en América pudiera producirse una revolución comunista. Sería una mala solución y siempre quedaría pendiente de respuesta aquella pregunta de Lenin: ¿Cuántos sufrimientos recaerían sobre quienes ahora viven en bien de quienes han de seguirles? ¿Y estamos seguros de que los que les seguirían estarían en mejores condiciones?
Por fortuna, existe otra posibilidad. Una cuestión importante que aparece en Walden Dos *es la evitación de la acción política. Los historiadores no hablan ya de guerras ni de*

[4] Véase Service, Elman. *Origins of the Slate and Civilization.* Nueva York. Norton. 1975.

conquistadores ni de imperios, porque se han pasado a temas que, aún siendo menos emocionantes, tienen mucha mayor importancia. Las grandes revoluciones culturales no partieron de la política. Los grandes hombres que, según se dice, dieron un viraje a los asuntos humanos —Confucio, Buda, Jesús, los estudiosos y científicos del Revival of Learning, los cerebros de la Ilustración, Marx— no eran *líderes políticos. No cambiaron la historia al presentarse a una candidatura. No necesitamos aspirar a su altura para aprovecharnos de su ejemplo. Lo que se necesita no es un nuevo líder político ni un nuevo tipo de gobierno sino un mayor conocimiento de la conducta humana y unas nuevas formas de aplicar este conocimiento a la planificación de unas prácticas culturales.*

En la actualidad se acepta plenamente que son precisos grandes cambios en esta forma de vida americana. No se trata tan sólo de que no podemos presentarnos ante el mundo mientras subsista esta nuestra forma de consumo y de contaminación, sino de que ni siquiera podemos enfrentarnos con nosotros mismos sabiendo en qué violencia y en qué caos vivimos. La disyuntiva es clara: o nos quedamos sin hacer nada y dejamos que nos devore un futuro nefasto, tal vez catastrófico, o nos servimos de nuestros conocimientos sobre la conducta humana para crear un ambiente social en el que podamos llevar una vida productiva y creadora sin malbaratar las posibilidades que los que han de seguirnos puedan tener para hacer lo mismo que nosotros. Y para empezar, no estaría del todo mal partir de algo como Walden Dos.

B. F. SKINNER

Enero de 1976

1

Apareció un día en la puerta de mi despacho. Ya no iba de uniforme, pero no había perdido todavía el color cetrino efecto de su servicio militar. Era alto y guapo y tenía la sonrisa agradable y fácil del que ha acabado con éxito los estudios universitarios. Podría haber sido uno cualquiera de esa media docena de antiguos alumnos a quienes apenas recordaba.

Permaneció vacilante un momento, con una actitud de respeto; después, alargó su mano y se adelantó unos pasos.

—¿Qué tal, señor? —dijo animosamente —. Tartamudeé tratando de recordar su nombre, pero él añadió: Rogers, señor. Del cuarenta y uno.

—¡Oh, Rogers, por supuesto! —dije yo—. Cuánto me alegro de verte. Ven y siéntate.

Se volvió hacia la puerta y vi que había traído consigo a otro joven que mostraba las mismas reliquias de viento y de sol.

—Profesor Burris, le presento al teniente Jamnik. Estuvimos juntos en Filipinas, señor.

Jamnik me dio la mano tímidamente. Era unos ocho o diez centímetros más bajo que Rogers y de fuerte complexión. Sus labios finos le engañaban cuando trataba de sonreír, y aparentemente no se daba cuenta de la fuerza que tenía en sus manos. No era un joven universitario, pensé yo, y, por lo tanto, debía encontrarse un poco asustado de estar en presencia de un catedrático. Quizá tuvo la culpa Rogers por llamarme «señor». Esto no tenía nada que ver con ningún rango militar que yo pudiera tener. Debió ser sencillamente una muletilla cogida en los años de bachillerato.

Les ofrecí cigarrillos y les pregunté las cosas de siempre. ¿Habían visto los nuevos sistemas de casas de emergencia, las casas remolque y las barracas reconstruidas? ¿Qué pensaban de las aulas de Quonset? Y así sucesivamente. Rogers contestó con bastante exactitud, pero parecía impaciente con sus breves respuestas. En la primera oportunidad, intercambió una rápida mirada con Jamnik, apretó los puños y se lanzó violentamente a lo que parecía ser un discurso preparado.

—Jamnik y yo hemos charlado mucho durante los dos últimos años, señor —dijo—, de cosas generales. Teníamos misiones de vigilancia y era bastante aburrido. Por eso hablábamos mucho, y un día nuestro tema de

conversación se centró en una especie de comunidad utópica de la que usted nos había hablado.

No sé si podría explicar la razón de que esta simple observación me afectara con tanta intensidad. Durante varios años mis antiguos alumnos me habían obsesionado tanto que no les podía ver sin emoción. La verdad es que me daban miedo. Trataba de eludirlos en toda ocasión y hacía lo posible por olvidarlos. Hasta ahora, en mi opinión, lo único que podía presentar como frutos de mi vida como profesor era la lastimosa erudición de éstos, y miraba mi trabajo no sólo sin satisfacción, sino, de hecho, hasta con aburrimiento.

Lo que más me apenaba era la evidencia clara de que mi enseñanza había estado totalmente desenfocada. Comprendía por qué los espíritus jóvenes e irresponsables olvidaban la mayor parte de lo que les había enseñado, pero nunca pude soportar la extraña precisión con que recordaban detalles sin importancia. Los que me visitaban, mientras evocábamos sus comienzos de la universidad, bostezaban ignorantes cuando aludía a un cierto campo de estudio que habíamos explorado juntos —o al menos así pensaba yo—, pero recordaban sin dificultad el chistecito, alguna respuesta inteligente a la pregunta de un alumno, o la imprevista disgresión sobre un tema totalmente marginal. Me hubiera gustado poder estar de acuerdo con ellos para dejarlos proceder, de ahí en adelante, en completa ignorancia de la ciencia de la psicología, si, a cambio, hubieran olvidado mi opinión sobre el batido de chocolate o la divertida anécdota en un tranvía de España.

Llegué a esperar estas minucias como un criminal espera las referencias a su crimen. Y ahora, ¡ahí estaba otra! ¡Mi idea sobre una especie de comunidad utópica! Hice un esfuerzo salvaje por recordar. Era verdad. Había leído una vez algo sobre comunidades norteamericanas del siglo XIX. En la escuela superior, tuve un compañero, patoso y raro, llamado Frazier a quien esas comunidades le interesaban. No éramos muy amigos, pero solíamos hablar. Quizá fue inducido por él por lo que yo en una ocasión pensé en intentar, una vez más, una comunidad así, con el beneficio de las técnicas modernas. Pero de eso hacía muchos años. ¿Habría hablado en clase de eso? Y, en definitiva, Dios mío, ¿qué les habría dicho?

—Mire, señor— continuó Rogers—, a Jamnik y a mí nos pasa como a otros muchos jóvenes de ahora. No podemos decidirnos. No sabemos lo que queremos hacer. Yo estudiaba Derecho, ¿se acuerda? —Afirmé mentirosamente—. Pero eso se acabó. He hablado de ello con mi padre y no quiero ser abogado. Y supongo que Jamnik nunca hizo planes en su vida, ¿no es cierto, Steve?

Jamnik se movió nerviosamente.

—Tenía un trabajo en una sección de embarque antes de la guerra —dijo encogiéndose de hombros—, pero a no se podría llamar «planes».

—Lo que no sé, señor, es por qué tenemos que continuar donde acabamos. ¿Por qué no tiene que ser ahora una buena ocasión para empezar de verdad? Desde el mismo principio. ¿Por qué no reunir a algunas personas e implantar en alguna parte un sistema social que realmente funcione? Hay muchas cosas en el modo de vida que tenemos ahora que son totalmente insanas... como usted acostumbraba a decir. —Yo me encogí de hombros, pero Rogers estaba demasiado preocupado para darse cuenta de ello—. ¿Por qué no hacer algo para remediarlo? ¿Por qué no *empezar* a hacer algo para remediarlo?

Hubo un silencio embarazoso.

—Muchachos, habéis desempeñado un buen papel hasta ahora— dije apresuradamente, e inmediatamente me arrepentí de mis palabras, pues estaba seguro de que Rogers estaba harto de la humildad de los civiles. Pero de hecho le sugerí una idea.

—Es curioso, señor, pero, en cierto sentido, luchar en la guerra es fácil. Al menos uno sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Pero no sabemos ni cómo comenzar a luchar en el lío en que estamos metidos ahora. ¿*Contra quién* vamos a luchar? ¿Qué clase de guerra es ésta? ¿Me explico, señor?

—Sé lo que quieres decir— dije con sinceridad. Conforme se iba acabando la guerra, anhelé volver rápidamente a mi vida anterior, pero un año de paz insegura no supuso un gran cambio. Durante la guerra había asumido cierto sentido de responsabilidad social, a pesar de sentir una inclinación contraria que me venía de antiguo. Después, me encontré que no podía prescindir de él. Sin embargo, mi nuevo interés por los problemas sociales y mi buena voluntad parecían no tener efecto alguno sobre la sociedad. No veía que fueran de valor alguno para nadie. Sin embargo, día tras día, continué soportándolos con un sentimiento continuado de frustración y depresión. —Muchos de los que piensan así entran en la vida política— añadí.

—Sí, lo sé. Pero también recuerdo lo que usted dijo sobre eso. —Respiré de nuevo profundamente. Debió ser éste uno de los días más agitados de mi vida—. No le entendí a usted entonces —dijo Rogers—. De hecho, si no le importa que se lo diga, pensé que era usted inmoral. En un sentido cívico, quiero decir. Pero ahora comprendo su punto de vista, y a Steve le ocurre lo mismo. La vida política realmente no nos daría la oportunidad que deseamos. Mire, queremos *hacer* algo... queremos investigar qué le pasa a la gente, por qué no pueden vivir juntos sin estarse peleando todo el tiempo. Queremos saber exactamente qué es lo que quiere la gente, qué es lo que necesitan las personas para ser felices, y cómo pueden conseguirlo sin robar

a nadie. Esto no se puede conseguir mediante la política. No se puede intentar nada, primero de una manera y después de otra, como en un experimento. Los políticos afirman poseer todas las respuestas y emplean todo su tiempo en persuadir al pueblo de que ellos tienen razón... pero es necesario hacerles comprender que solamente están adivinando, que en realidad no han *probado* nada.

Eso sonaba a Prazier, sin duda. Poco se parecía el juvenil entusiasmo de Rogers al de Frazier, pero el argumento era claramente el mismo. En algún momento oscuro debí hacer la comparación.

—Sencillamente, ¿por qué no lo empezamos todo, de nuevo y bien?— Rogers continuó con gran dificultad, casi con angustia, como si fuera a acusarme de alguna omisión importante.

—Algunos creemos que algún día podremos encontrar la respuesta por medio de la enseñanza y la investigación —dije indefenso.

—Por medio de la investigación, quizá —dijo Rogers apresuradamente—. Pero por medio de la enseñanza, no. Está bien animar a la gente, interesarla. Es mejor que nada. Pero, a la larga, eso es tocar el bombo a cuatro manos... ¿me entiende, señor? —Se interrumpió avergonzado.

—Te lo suplico, no me pidas perdón— dije —Es imposible que me ofendas con eso. No es mi talón de Aquiles.

—Quiero decir... uno mismo tiene que hacerlo si quiere que alguna vez se haga. No basta con fustigar a otras personas para que lo lleven a cabo. Quizá en su investigación esté usted acercándose a la respuesta. Lo ignoro.

Vacilé.

—Temo que la respuesta está todavía muy lejana —dije.

—Exactamente. Eso es lo que quiero decir, señor. Es un trabajo de investigación, pero no de la clase que usted puede hacer en una universidad o en un laboratorio normal. Quiero decir... usted tiene que experimentar, y *experimentar con su propia vida.* Uno no debe apoltronarse... encerrarse en una torre de marfil... como si la propia vida no estuviera implicada en ello. —Se detuvo de nuevo. Quizá este sí que fuera mi talón de Aquiles.

Perdí la oportunidad para ofrecerle una palabra de aliento. Pensaba en Frazier y en cómo sus ideas habían sobrevivido al trasplante, tan maravillosamente bien. Se me ocurrió un pensamiento profesional: quizá esto fuera la prueba de la bondad de una idea, de su consistencia interna. Pero la voz de Rogers sonó cortante como un cuchillo.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de un tal Frazier, señor?

La silla giratoria en la que estaba apoyado resbaló hacia delante y hubiera terminado en el suelo de no ser por un movimiento extraño y rápido. Debió ser una escena divertida, pues oí risas contenidas, mezcladas

con expresiones de alarma. Puse la silla derecha y me senté de nuevo. Traté de buscar alguna frase que me devolviera la compostura, pero no encontré ninguna. Me ajusté la chaqueta.

—¿Dijiste *Frazier*?

—Sí, señor. Frazier. T. E. Frazier. Escribió un artículo en una antigua revista que Steve —Jamnik, ahora, entre nosotros— encontró una vez. Empezó a montar una comunidad dé características parecidas a aquella de la que usted nos hablaba.

—¿De modo que realmente la empezó? —dije vagamente, todavía algo sobrecogido.

—¿Le conoce, señor?

—Hace algún tiempo le conocí. Al menos, creo que debe ser la misma persona a la que tú te refieres. Estudiamos juntos en la universidad. No le he visto ni he oído hablar de él desde hace diez años... o quizá más. Era con quien prefería charlar de estos temas. De hecho, algunas de las ideas que os di sobre utopías eran ideas suyas.

—¿No ha sabido nada de él desde entonces? —dijo Rogers, y noté un matiz de desilusión en el tono de su voz.

—No, pero me gustaría.

—¡Oh, tampoco sabemos nada nosotros, señor! Este artículo era más bien un programa. Se escribió hace mucho tiempo. Daba la impresión de que Frazier estaba dispuesto a realizarlo, pero no sabemos si por fin lo hizo. Pensamos que sería interesante averiguar lo que sucedió. Podría proporcionarnos ideas...

Saqué el catálogo de mis colegas profesionales. Frazier no figuraba en él. En un par de minutos localicé un número de hacía diez años. Ahí estaba, T. E. Frazier, con sus títulos y las universidades que se los habían conferido. Evidentemente, había dejado la enseñanza, o quizá nunca la empezó. Por lo que recuerdo de él esto no me sorprendió. Siendo estudiante, una vez subrayó con lápiz rojo un artículo escrito por el rector de la universidad, tratándolo como si fuera una composición literaria. Corrigió toda la puntuación, mejoró el orden de las palabras, y reduciendo varios párrafos a símbolos lógicos, descubrió una enorme pobreza de pensamiento. Después lo firmó y se lo envió al rector por correo con un «5» como nota de calificación.

Las señas que constaban en el catálogo fueron una sorpresa. En aquel tiempo, Frazier vivía en un Estado colindante, a unos 300 kilómetros de distancia. Las señas decían: «Walden Dos. R. D. 1, Cantón».

—Walden Dos— repetí despacio después de dar a conocer esto a mis visitantes. Nos callamos durante un momento.

—¿Crees que...? —dijo Rogers.

—¡Seguro! —dijo Jamnik, libre repentinamente de vergüenza, aunque dirigiéndose sólo a Rogers—. ¡Su comunidad! En el artículo hablaba mucho de... ¿cómo se llama?... Walden. ¿No te acuerdas, Rogers?

Empecé a atar cabos.

—Walden Dos... El Segundo Walden. Por supuesto. Muy típico de Frazier... convertido en una especie de segundo Thoreau*.

Nos callamos de nuevo. Miré de reojo al reloj que estaba sobre mi escritorio. Tenía clase dentro de diez minutos y no había repasado mis notas.

—Os diré lo que voy a hacer —dije levantándome —. Escribiré unas letras a Frazier. Nunca llegamos a intimar, pero creo que se acordará de mí. Le preguntaré qué está haciendo... si es que está haciendo algo.

—¿Lo hará de verdad, señor? ¡Sería formidable!

—Por lo menos averiguaremos si Walden Dos existe todavía. Aunque me temo que todo habrá sido un sueño y se habrá esfumado en el aire hace mucho tiempo. Pero pondré el remite en el sobre y pronto lo sabremos.

—Seguro que se encontrará allí, señor —dijo Rogers— Este artículo no parecía un sueño, ¿no crees, Steve?

Jamnik reflexionó un momento, como un navegante al hacer una maniobra complicada.

—Estará allí — dijo calladamente.

---

* Thoreau escribió el libro *Walden o La Vida en los bosques*. (*N. del T.*)

2

Jamnik tenía razón. Frazier se encontraba allí. Y lo mismo Walden Dos, todo de acuerdo con lo planeado. Frazier me escribió, haciendo alarde de una seguridad en sí mismo muy típica suya.

—En cuanto a tus preguntas— decía en su carta— espera seis meses y te prometo un informe completo. Estamos preparando una serie de artículos que serán justo lo que deseas. Pero si no puedes esperar —y espero que así sea— ven y observa Walden Dos con tus propios ojos. Ven con tus jóvenes amigos —nosotros siempre estamos buscando conversos— y cualquier otra persona que desees. Podemos albergar hasta un grupo de diez.

En su carta, acompañaba los horarios de autobuses por la ruta más corta e información complementaria.

Tiré la carta sobre la mesa con un poco de rabia. Su realidad era extrañamente perturbadora. Cierto que era divertido recordar a Frazier como una figura interesante de los días de la universidad; pero otra cosa distinta era establecer contacto con él ahora de nuevo. Noté que era más agradable como recuerdo. Pero aquí estaba su carta, y ¿qué hacer con ella? Me molestaba haberme metido en este lío y deploraba mi oferta de ayudar a Rogers y Jamnik.

Para colmo, la aventura empezó a embrollarse a una velocidad alarmante. Apenas había acabado de leer la carta de Frazier cuando sonó el teléfono. Era Rogers. «Había hecho lo posible por no importunarme —dijo— guardando silencio.» Miré de reojo al calendario y noté que había esperado exactamente los tres días necesarios para recibir la respuesta más rápida posible. Le conté lo que había sobre la carta de Frazier y quedé en recibirle a él y a Jamnik por la tarde, a primera hora.

Durante la comida me encontré con un colega del departamento de filosofía llamado Augustine Castle. Como compañeros y solteros que éramos, vivíamos en el Club, nos veíamos mucho, pero confieso que apenas le consideraba como un amigo. Era una relación impersonal. Conversaba con él como si estuviera escribiendo una serie de artículos titulados «Respuestas al profesor Castle» para una revista profesional. Normalmente, hablábamos sobre el único tópico común de nuestras respectivas

asignaturas: la naturaleza y las limitaciones del conocimiento humano. Y era una fuente de satisfacción para ambos el hecho de que estuviéramos en desacuerdo, violenta y exhaustivamente. Su posición avanzaba ligeramente con los años y podía llamarse intuicionismo, racionalismo, o quizá, como sospechaba, tomismo. Podía definirlo, para satisfacción propia y quizá con condescendencia, como «un filósofo».

En su preocupación por la Mente, Castle se había permitido engordar demasiado. Su cara florida hubiera pasado desapercibida a no ser por un par de ojos vivarachos y un bigote negro mal cortado. Hablaba extraordinariamente bien aunque un poco legalísticamente. Por mi parte, había ya caído tantas veces en sus trampas tan cuidadosamente preparadas que había ideado un método sistemático de salvarme de ellas. El método no era profundo; sencillamente, le pedía que definiera sus términos. Eso le molestaba y me dejaba en paz.

En cuanto pedimos el menú, Castle empezó a contar los progresos que había hecho en algo llamado «justificación». Era, insistía él, la respuesta real a los positivistas lógicos. Pero Walden Dos daba vueltas en mi cabeza y mostré poco entusiasmo por la justificación. Aunque no esperaba interesar a Castle en el asunto, le interrumpí para contarle algo sobre Frazier y su curioso paradero actual. Noté con sorpresa que me escuchaba fascinado. Resultó que había dado una vez un curso sobre utopías, desde Platón, Moro y la *Nueva Atlántida* de Bacon hasta *Mirando al Pasado* e incluso Shangri-La... En el caso de que Rogers y Jamnik quisieran hacer el viaje, ¿estaría Castle, por casualidad, interesado en venir con nosotros? Me acordé del grupo de diez mencionado por Frazier y le invité a venir.

Rogers y Jamnik me esperaban a la puerta de mi despacho cuando regresé de la comida. Pero no estaban solos. Rogers había traído a su novia, Bárbara Macklin. Era una chica alta y bonita con una atractiva cabellera rubia que le caía hasta los hombros. Mostraba, al hablar, una facilidad de palabra que bien podría llamarse audacia. Me pareció recordar que eran ya novios antes de que Rogers se fuera a la Marina. Esto debió ser hace... ¡pobre hombre!, tres años por lo menos. Otra chica, aproximadamente de la misma edad, pero más baja que Bárbara, y por supuesto no tan bien constituida, me fue presentada más llanamente por Jamnik como «mi chica» y por Rogers como Mary Grove.

Nos sentamos en mi despacho, las muchachas en las sillas y el resto como pudimos sobre mi escritorio y en una mesa. Leí la carta de Frazier en voz alta y la pasé para que la vieran. Walden Dos y las señas estaban impresas, en apagadas letras de molde, en la parte superior del papel. La escritura de Frazier era grande, casi infantil, y había usado una pluma de punta delgada y tinta negra.

Rogers había buscado en la biblioteca una copia del viejo artículo de Frazier y nos lo leyó. Presentaba el esquema que Rogers nos había ya apuntado tres días antes: la acción política no es buena para construir un mundo mejor; los hombres de buena voluntad saldrían ganando usando medios que no fueran políticos; cualquier agrupación de personas podría asegurarse la autosuficiencia con ayuda de la tecnología moderna, y los problemas psicológicos resultantes de la vida en comunidad podrían resolverse aplicando los principios suministrados por la «ingeniería de la conducta».

No recuerdo si a alguien se le ocurrió la pregunta de si valía la pena visitar Walden Dos o no. Simplemente nos propusimos una fecha. Telefoneé a Castle. Para él y para mí el único tiempo disponible era la misma semana. Era lunes y podíamos salir el miércoles para pasar allí el resto de la semana, período que los estudiantes tenían libre para una especie de repaso antes de los exámenes. La idea fue recibida por los demás como si les hubiera tocado la lotería, y en eso quedamos. Las chicas, me di cuenta con algo de asombro, habían sido aceptadas como miembros del grupo desde el comienzo y sin que mediara discusión alguna.

Mandé un telegrama a Frazier para comunicarle la fecha de nuestra llegada, suplicándole que no se molestara en contestar. Pero él envió otro de respuesta:

«EXCELENTE. ESPERARÉ PARADA AUTOBÚS.»

El martes preparé los exámenes a los que había pensado dedicar la semana entera, y el miércoles por la mañana, un poco cansado por este nuevo ritmo de vida, me encontré en un tren, con Rogers junto a mí, discutiendo los problemas de los soldados que vuelven del servicio militar. En el asiento de enfrente, Castle hablaba animadamente a Bárbara, quien le escuchaba con estudiada atención. Al otro lado del pasillo se sentaba Steve Jamnik, con la cabeza de su chica apoyada sobre su hombro.

Walden Dos estaba a unos 45 kilómetros de la ciudad grande del Estado, a la cual llegamos a tiempo para comer. Confirmamos los horarios de los autobuses y tomamos café y bocadillos en la estación. Antes de la una estábamos ya en las afueras, en dirección este. La carretera serpenteaba humildemente por el fondo de un valle entre una ladera empinada a la izquierda y el río a la derecha, compartiendo una estrecha franja de terreno con el raíl del tren.

Una hora más tarde, nuestro autobús atravesó un pequeño puente y se detuvo. Permanecimos un momento de pie, junto a la carretera, mientras el autobús se marchaba con un estruendo ensordecedor.

Al otro lado, un coche se encontraba detenido en la cuneta. Estaba vacío. Di un vistazo a mi alrededor, pero no vi a nadie. Me acerqué al puente y contemplé el cauce del riachuelo. Al regresar, observé unos círculos que llegaban hasta la orilla cerca del coche, y pude ver a Frazier chapoteando con los pies en el agua. Estaba sentado encima de una gran piedra. Saludó graciosamente agitando el brazo en el aire.

—¡Hola! —gritó—. Vengo en seguida

Cruzamos la carretera mientras Frazier saltaba por la ribera de puntillas. Tenía el mismo aspecto con que le recordaba. No era alto, y su traje, de algún material blanco lavable, le daba una impresión de peso. Se había dejado una barba pequeña, apenas visible, y llevaba un sombrero de paja barato, echado hacia atrás, comprado probablemente al azar en una tienda cualquiera. Me dio la mano cariñosamente, y cuando le presenté a mis amigos, los saludó uno por uno con una sonrisa realmente amistosa a pesar de una mirada intensamente inquisitiva.

Nos condujo hacia el coche.

—Eché una siestecita— dijo señalando con su mano hacia la piedra grande—. Creí que llegarían en el autobús anterior. Habrán tenido mucho polvo por el camino. Me perdonarán que no les fuera a buscar a la ciudad, pero nos es imposible disponer de nuestros coches y camiones durante mucho tiempo en esta época del año.

Protesté diciendo que el autobús había sido muy cómodo. En realidad, los asientos de la estación habían sido tan duros que su cambio por los del autobús había supuesto un aumento de confort innegable.

Dejamos la carretera general inmediatamente y enfilamos hacia el norte siguiendo el estrecho valle por la parte inferior de una pequeña hondonada. Después, subimos lentamente por la ladera que daba a poniente y llegamos a una fértil tierra de cultivo que no podía verse desde la profundidad del río. Había algunas casas de campesinos, establos, y, más arriba, el campo se inclinaba levemente hacia la derecha, donde estaban enclavados una serie de edificios de distinta naturaleza. Eran de color terroso y parecían construidos de piedra o cemento, con un diseño sencillo y funcional. Había varias naves y pabellones que daban la impresión de no haber sido construidos al mismo tiempo o de acuerdo con un plan previsto. Las edificaciones se levantaban a diversos niveles, siguiendo la inclinación del terreno. Frazier nos dejó contemplarlos en silencio.

Después de recorrer cerca de un kilómetro dejamos la hondonada y cruzamos el estrecho valle por un pequeño puente de madera. Abandonamos la carretera, y seguimos el arroyo por la margen derecha a través de un camino privado. A nuestra izquierda encontramos otros edificios del mismo estilo funcional. Frazier seguía sin darnos información

alguna.

—¿Qué son esos edificios? —dije.

—Parte de Walden Dos —dijo Frazier. Y guardó silencio.

Pasamos a través de un pinar y salimos a un pequeño estanque que quedaba a nuestra derecha. Más adelante, en el borde superior de una suave pendiente muy cultivada y al pie de un cerro cubierto de árboles, encontramos los edificios principales. De cerca nos parecieron extrañamente grandes. Seguimos avanzando por un camino en forma de bucle y nos detuvimos al llegar al nivel inferior.

Sacamos nuestro equipaje y Frazier entregó el coche a un joven que aparentemente le estaba esperando. Llevamos nuestro equipaje hasta un pasillo interior y Frazier nos indicó nuestras habitaciones. Eran todas iguales, más bien pequeñas, con ventanales mirando hacia la agradable campiña que acabábamos de atravesar. Nos distribuyeron de dos en dos, las dos chicas en uno, Rogers y Jamnik en otro, Castle y yo en un tercero.

—Desearán asearse y descansar un poco —dijo Frazier—, así que les dejo hasta las tres. —Y se marchó abruptamente.

Castle y yo inspeccionamos nuestro cuarto. Había una litera junto a la pared. En la de enfrente, varios estantes y un armario servían de biblioteca y ropero. Un tablero con bisagras adosado a la pared podía desplegarse para ser utilizado como mesa. Y existía todavía otro pequeño armario ajustado al rincón, junto a la litera. Completaban el mobiliario dos cómodas sillas, hechas de fuerte contrachapado y que parecían de fabricación casera.

El aspecto era agradable. Las camas estaban cubiertas con colchas de colores que quedaban muy bonitas en contraste con el color natural de la madera y el terroso de las paredes. Un retal del mismo material colgaba a un lado de la amplia ventana.

Sacamos nuestras cosas rápidamente, nos aseamos en el cuarto de baño, al otro lado del pasillo, y nos encontramos dispuestos, sin nada que hacer. No creí oportuno curiosear por el edificio o jardines hasta que no se nos invitara a hacerlo, pues Frazier no nos había dicho siquiera: «Están en su casa.» Al contrario. Nos había más bien insinuado que descansáramos un rato. Nosotros, sin embargo, no teníamos ganas de descansar y me molestó un poco que hubiera dispuesto de nuestro tiempo sin consultarnos. Ni que fuéramos niños que debían ir a dormir la siesta. También me desagradaba su dramático silencio. Parecía un truco para estimular nuestra curiosidad. Era innecesario, y ello demostraba que Frazier no se había dado cuenta de nuestro evidente interés. Sentí como si estuviera obligado a excusarme ante mis compañeros.

Sin nada más importante que hacer, Castle y yo nos echamos en la litera. Escogí la parte superior; y experimenté una agradable sensación al

comprobar que el colchón era muy cómodo. Temía que se nos exigiera un cierto ascetismo espartano. Empezamos a charlar, pero pronto mi imaginación voló hacia un Frazier dormido en la piedra soleada junto al camino. Era un pensamiento tranquilizante, pero mi irritabilidad subsistió. La cama se me hizo cada vez más cómoda, y mis comentarios a Castle se hicieron cada vez más breves y difusos.

Media hora más tarde me despertó Castle y me dijo que los otros estaban fuera. Me había dormido profundamente y resultó difícil despejarme. Había confirmado la predicción de Frazier de que debía descansar, pero cuanto más lo pensaba, más irritable me ponía.

Llamaron a la puerta. Bajé de la litera mientras Castle la abría. Era Frazier. Estaba sonriente y muy cordial. Mi aspecto era soñoliento y tuve la impresión de que su sonrisa no estaba desprovista de algo de complacencia en sí mismo.

3

—Tenemos mucho que ver y mucho de que hablar —dijo Frazier cuando nos reunimos fuera de las habitaciones—, y les sugiero que empecemos lentamente. Dispondremos de cincuenta o sesenta horas para esta labor. ¿Qué les parece si empezamos sin prisas? ¿Damos un paseo hasta el estanque y volvemos luego a tomar el té?

Nos pareció una idea formidable, especialmente por lo del té, ya que nos permitiría compensar un poco nuestra comida rápida en la estación del autobús. Salimos por el campo hacia el sur, pasando muy cerca de un rebaño de ovejas relativamente grande. Las ovejas se encontraban rodeadas por una especie de cerca formada por una simple cuerda, la cual tenía, de vez en cuando, trozos de palo en forma de cola de milano, y estaba sostenida por postes formando un cuadrado. Rogers hizo un comentario sobre esa forma tan rara de tener a las ovejas.

—Queríamos aumentar la extensión de nuestro césped en el jardín de entrada —explicó Frazier—, pero está demasiado cerca de los edificios para servir de pasto normal a las ovejas. Lo usan mucho los niños. De hecho, lo utilizamos también como césped de jardín. Por cierto —se volvió particularmente a Castle y a mí—, ¿recuerdan el ensayo de Veblen sobre el césped en su libro *Teoría de la Clase Ociosa?*

—Sí, por supuesto —dijo Castle—. Lo presentaba como un pedazo de prado escogido pero cuidadosamente no consumido.

La manera de hablar de Castle era siempre precisa, pero algunas veces, como ahora, se burló de sí mismo con delicadeza.

—Exacto —dijo Frazier con una ligera sonrisa—. Bueno, éste es nuestro césped. Pero lo consumimos. Indirectamente, claro, a través de nuestras ovejas. Y la ventaja es que el césped no nos consume a nosotros. ¿Han usado ustedes alguna vez una segadora mecánica? La máquina más estúpida que se ha inventado... para uno de los propósitos más estúpidos. Pero me salgo del tema. Resolvimos el problema con una cerca eléctrica portátil que pudiera utilizarse para mover el rebaño de ovejas por el césped como una segadora gigante, pero dejando libre la mayor parte del prado en cualquier momento deseado. Por la noche las ovejas se llevan al otro lado del riachuelo con el grueso del rebaño. Pronto nos dimos cuenta de que las

ovejas se mantenían dentro del cuadrado y sin tocar la cerca, por lo que ésta ya no necesita estar electrificada. De modo que pusimos una cuerda, que es más fácil de transportar.

—¿Y las crías? —preguntó Bárbara, volviéndose un poco y mirando a Frazier con disimulo.

—Se las deja sueltas —confesó Frazier—, pero no causan molestia alguna y pronto aprenden a estar con el resto del rebaño. Lo curioso es... a ti esto te interesará, Burris... lo curioso es que la mayoría de estas ovejas nunca les ha dado calambre. La mayoría nacieron después que quitamos el alambre. Se ha hecho ya costumbre entre nuestras ovejas no acercarse nunca a la cuerda. Las crías lo aprenden de sus mayores, cuya sensatez nunca ponen en tela de juicio.

—Afortunadamente las ovejas no hablan —dijo Castle— A alguna se le podría ocurrir preguntar por qué... ¡algún corderillo filósofo!

—Y un día, el corderillo escéptico pondría su hocico en la cuerda y nada pasaría; y todo el rebaño se conmocionaría hasta sus cimientos —añadí.

—Y después vendría la revolución de las masas —dijo Castle.

—Debería haberles dicho —dijo Frazier sobriamente— que gran parte de la fuerza de la tradición se debe a la criatura pacífica que ustedes contemplan ahí. —Señaló a un precioso perro pastor que nos estaba observando a distancia prudencial—. Le llamamos «Obispo».

Caminamos en silencio, pero Castle se fingió preocupado.

—Y nos deja —dijo, con duda— con el problema de los méritos de la electricidad y la ira de Dios.

Frazier se estaba divirtiendo pero la cuerda no le daba mucho de sí.

—Excepto los cerros que hay al otro lado del río —dijo— todo el terreno que ven desde aquí pertenece a Walden Dos. No es tan bueno como parece a simple vista, pues estamos casi completamente rodeados por colinas cubiertas de árboles que nos ocultan el paisaje. Lo compramos todo por razones de impuestos. Había siete u ocho fincas aquí, muy mal conservadas, y tres más abandonadas. El camino a través de la hondonada sube por el cerro hasta unas cuantas fincas que han sobrevivido al otro lado. Pertenecen al Gobierno, pero nosotros nos encargamos de ellas para reducir los impuestos. Los caminos los construimos nosotros mismos.

Empezamos rodeando a Frazier, escuchándole con atención, pero Steve y las dos chicas pronto quedaron rezagados, aparentemente prefiriendo el campo a las frases bastante rebuscadas de Frazier.

—El estanque también es obra nuestra —dijo seguidamente—. Cubre un terreno pantanoso y almacena algo de agua para el tiempo seco. Como ven, tenemos patos, más que nada para los chiquillos, aunque a veces nos

los comemos.

Seguimos hacia un pequeño embarcadero en forma de espigón, al borde del agua.

—Uno de nuestros médicos se interesó bastante por el estanque. Dice que ha logrado resolver sus problemas satisfactoriamente. Al principio, el agua era marrón, y fangosa. Ya ven lo clara que es ahora. —Frazier cogió el remo de una barquita de suelo plano atracada al embarcadero y, con un pequeño esfuerzo, lo hundió en el agua. Todo él era visible y su color blanco brillaba.

Pronto tuvimos una exhibición más agradable, pues un grupo de seis u ocho jóvenes que nos había seguido a cierta distancia, llegó al estanque. Se pusieron los trajes de baño detrás de unos matorrales que parecían haber sido podados para este propósito, corrieron en fila hasta el embarcadero y se zambulleron todos a la vez. Sus trajes de colores brillantes refulgieron bajo la superficie mientras se deslizaban hacia el interior del estanque.

Nos quedamos viéndolos nadar alrededor de una pequeña boya, mientras Frazier hablaba. Señaló hacia los garajes de camiones más allá del estanque, el pinar que habían empezado a cultivar hacía cinco años con objeto de separar los talleres de las viviendas, y una hilera de abedules que separaba los garajes de los prados donde pacían las ovejas y proporcionaba además un poco de leña. Hablaba de cosas sin importancia y parecía ser consciente de ello. Las observaciones las hacía con naturalidad. Sin embargo, había en su voz un deje de entusiasmo, incluso de pasión. Amaba las cosas sencillas. Se encontraba fascinado por el contacto con la naturaleza.

Inspeccionamos el dique y la compuerta, y Frazier nos hizo volver. Regresamos por la orilla del estanque siguiendo lo que se llamaba el «arroyo superior» en dirección al edificio más alejado de la parte que daba al este. Pasamos luego por un cultivo de grandes y olorosas plantas de menta que crecían en terreno húmedo junto al arroyo. Una rústica verja de troncos entrelazados lo separaba del rebaño de ovejas.

—¿Para las ovejas no hay menta? —dijo Castle.

—Mejor es cogerla y dársela en los comedores —dijo secamente Frazier.

Se veían ahora todos los edificios principales.

—¿De qué material están hechos? —pregunté— ¿Cemento?

Frazier tenía su propio plan de exposición.

—Usamos las antiguas granjas como viviendas hasta que pudimos construir las actuales que ven a su izquierda, —empezó como si no me hubiera oído—. Algunas eran demasiado hermosas para ser destruidas. Hay una bonita casa de piedra cerca del río que convertimos en una especie de almacén. Los graneros antiguos todavía se usan, excepto uno que estaba

en el lugar que ocupa nuestro actual establo. Los principales edificios, por supuesto, los hemos construido nosotros. El material, Burris, es barro prensado, aunque algunas paredes son de piedra, sacada de la antigua cantera que pueden ver sobre los edificios, en lo que llamamos «Cerro de Piedra». El costo por metro cuadrado, como dicen nuestros arquitectos, o, lo que es más importante, por la cantidad de espacio vital que hay dentro, fue extremadamente bajo. Nuestra comunidad tiene ahora cerca de mil miembros. Si no viviéramos en los edificios que ven delante, estaríamos ahora ocupando doscientas cincuenta casas y trabajando en cien oficinas, talleres, almacenes y depósitos. Supone una enorme simplificación y gran ahorro de tiempo y dinero.

Nos acercamos a varias mesas de tamaño infantil, con bancos adosados a ellas. Parecían estar diseñadas para comer al aire libre, pero más tarde, vimos que se usaban para dar clases. Frazier se sentó en un banco, de espaldas a la mesa sobre la cual reclinó sus codos. Las chicas se sentaron a su lado, y los demás por el suelo.

—Una ventaja de la vivienda comunitaria —dijo Frazier— es que podemos controlar el clima. Edward Bellamy lo intentó, ya recuerdan. Las calles de su Boston del futuro habían de ser cubiertas para evitar la lluvia.

—¿No fue H. G. Wells quien supuso que las ciudades se construirían un día en excavaciones subterráneas enormes, donde el clima se pudiera controlar a voluntad? —dijo Castle.

—No recuerdo —dijo Frazier algo molesto—. Por supuesto, el problema técnico es arduo si se piensa en una comunidad tan grande como una ciudad. Pero, como iba a decirles, está claro que Bellamy se adelantó a su tiempo con la invención de las calles cubiertas, aunque la idea se encontrase ya anticipada en las marquesinas y pórticos de las mansiones de la antigua clase acomodada. Pero Bellamy parecía ignorar la verdadera importancia del control del clima. Excepto en climas benignos, cosa que no ocurre aquí, todavía es necesario un impermeable, uno o varios abrigos, paraguas, botas de goma, zapatos impermeables, guantes, sombreros, bufanda, quizá incluso fundas para los oídos... para no mencionar ropa interior de todo tipo. Y a pesar de todo esto, con frecuencia nos mojamos, nos enfriamos y hasta cogemos la gripe.

—¡Qué horror! —dijo Bárbara.

—Realmente. Y eso no es más que parte del problema. Sólo cuando se vence al clima o nos trasladamos a uno más benigno se comprende su tiranía. No es extraño que el inmigrante que llega a California se encuentre tan embelesado. Renace a la libertad. Se acuerda de cuántas veces tuvo que rendirse a la inclemencia de una mala noche, de cuántas veces no pudo ver a sus amigos, o ir al teatro, a un concierto, o a una fiesta.

Frazier se estaba yendo demasiado por las ramas, pensé yo.

—Bueno, ¿y qué hacéis cuando llueve, además de dejar que siga lloviendo? —dije.

—En una comunidad de este tamaño —continuó Frazier inmutable— nos fue posible comunicar todos los dormitorios con las salas comunes, comedores, teatro y biblioteca. Pueden ver cómo se ha efectuado esto por la forma de los edificios. Todos nuestros esparcimientos, funciones sociales, comidas y otros compromisos personales se tienen de acuerdo con un plan. Nunca tenemos que salir fuera para nada.

—¿Cómo van a trabajar? —preguntó Roger.

—Se exceptúa, naturalmente, cuando salimos fuera. Durante el mal tiempo, nuestros camiones nos llevan a los lugares de trabajo, a las viviendas y a los almacenes situados detrás del pinar.

—Pero a mí me gusta estar al aire libre cuando hace mal tiempo —dijo Bárbara—. Me gusta pasear bajo la lluvia.

—Por supuesto que sí —dijo Frazier incorporándose—. ¡Con la debida lluvia y a su debido tiempo! Una buena lluvia hay que saborearla. Pero apuesto que no piensa igual de todos los tipos de clima.— Se volvió a sentar, dispuesto a reanudar su argumentación.

—¿Un día claro y frío? —dijo Bárbara. Era obvio que pretendía únicamente llamar la atención de Frazier, y éste estaba poniéndose nervioso.

—Me refiero al tiempo inclemente... poco oportuno o sencillamente desagradable —dijo ásperamente.

Bárbara no captó el tono de voz, o por lo menos no se inmutó en lo más mínimo.

—¿Ese pasadizo largo lleno de ventanas? ¿A eso se refiere? —dijo ella. Sacó un cigarrillo y Frazier empezó a palpar sus bolsillos buscando un fósforo. Aceptó una caja de Bárbara, encendió la cerilla, y se la devolvió con gesto poco natural.

—Eso es lo que llamamos «La Escala» —dijo animándose—. Une el pabellón de los niños con las habitaciones principales. Lo llamamos «La Escala de Jacob» porque todos los niños la recorren arriba y abajo. Nuestros arquitectos llegaron a tiempo para hacer de ello algo más que un simple lugar de paso. No se contentaron con dar tanto espacio a una única función, y lo dividieron en una serie de pisos o salitas con bancos, sillas y mesas. Tiene una vista magnífica. A esta hora verán grupos de gente tomando el té. Por la mañana, tenemos un período largo de descanso para tomar café y muchos acostumbran a llevar su desayuno allí. Está siempre rebosante de vida. Pero como es nuestra próxima parada —añadió levantándose del banco y mirando a Bárbara y Mary— ¿por qué hablar de él ahora?

Pensé que conocía la respuesta, pero contuve mi lengua.

—¿Quiénes han sido los arquitectos? —preguntó Rogers mientras nos dirigíamos hacia el pie de «La Escala»—. ¿Miembros de la comunidad?

—Fueron de los pioneros, aunque entre nosotros nunca se menciona la antigüedad. Eran un par de jóvenes interesados en viviendas modernas y deseosos de trabajar dentro de los márgenes de nuestra pobreza inicial. Sería difícil resaltar debidamente cuánto han contribuido a Walden Dos.

—¿Qué hacen ahora? —dijo Castle—. Habrán abandonado su profesión.

—De ninguna manera —dijo Frazier—. Estaban también interesados por el diseño interior, concretamente en un tipo de mueble moderno y barato que pudiera ser fabricado en serie. Nuestra industria más floreciente es la fabricación de piezas especiales diseñadas por ellos.

—Pero han dejado de ser arquitectos en el sentido estricto de la palabra —insistió Castle. Parecía ansioso de hacer hincapié en lo que aparentaba ser un caso de sacrificio personal por la comunidad.

—No diría usted eso —dijo Frazier— si los viera ahora. Tuvieron unos años flojos, profesionalmente hablando, pero han encontrado realmente su recompensa. Como antes he dicho, nos vimos forzados a construir Walden Dos por etapas y con pocos recursos. Nuestros pabellones ofrecen obvias desventajas. ¡Pero imagínese lo que significa para un arquitecto diseñar totalmente una comunidad entera!

—¿Es eso lo que están haciendo ahora? —dijo Bárbara.

—Les prometo que se lo diré todo a su debido tiempo —dijo Frazier con una sonrisa cavernosa—. He dispuesto que se entrevisten con los mismos arquitectos, y creo que es justo reservarles a ellos el placer de dejarles a ustedes maravillados.

—¡Maravillar a la burguesía! —le dije por lo bajo a Castle. Pero Castle no pareció compartir mi enfado por las tácticas de Frazier. Al contrario, parecía estar como hipnotizado.

—¿Crees que pueden estar construyendo otra comunidad? —me dijo al oído.

4

Desde el fondo del pasadizo llamado «La Escala», una espesa hilera de flores parecía extenderse sobre nosotros hasta que una ligera curva de la edificación nos impedía la vista. De hecho, las flores procedían de grandes jardineras que separaban los distintos niveles y que podían verse uno sobre otro desde el lugar donde estábamos. Cortos peldaños de escaleras corrían a lo largo de la pared norte, sin ventanas, que estaba cubierta de pinturas.

El pasadizo aparecía así como una galería de arte muy simpática. No siempre se podía tener una vista suficientemente distante para mi gusto, pero la iluminación era excelente. Los pintores eran todos desconocidos, pero la obra artística era extraordinariamente buena. Frazier notó que me interesaba por ella y pareció alarmado por un posible cambio de planes.

—Mañana —puntualizó— tendremos tiempo para contemplar las actividades artísticas de Walden Dos. Como pueden ver, aquí florece el arte. —Y siguió adelante apresuradamente.

Pensé que este gesto de Frazier pedía un poco de resistencia por mi parte, y por lo tanto seguí avanzando con lentitud, parándome para examinar algunos cuadros detenidamente. Las pinturas eran sorprendentemente vigorosas y frescas, de muchos estilos, y casi sin excepción realizadas con gran habilidad. Había visto muchas exhibiciones profesionales menos interesantes desde el punto de vista técnico y ciertamente menos apasionantes.

De repente me encontré rodeado por un grupo de hombres y mujeres que parecían encontrarse en plena fiesta. Uno de ellos, confundiéndome con uno del grupo, me cogió del brazo y me llevó hacia una bella muchacha que me hizo sitio a su lado en un banco frente a un tiesto de flores. Empecé medio a protestar, pero ella sonrió confiadamente y me senté en silencio. Hizo una observación —sólo recuerdo que era amistosa y más bien inteligente—, y, por mi parte, me vi incapaz de articular palabra. Súbitamente, el tema clásico de una antigua pesadilla me dominó. Me vi en el podio, frente a una orquesta mundialmente conocida, dando golpecitos al atril y alzando la batuta al aire, tratando desesperadamente de recordar lo que se iba a tocar. También recordé otra pesadilla en la que era un actor, con mi papel ensayado afanosamente durante meses, pero al levantarse el telón

me encontraba en una obra desconocida.

Debí permanecer sentado varios minutos, paralizado y en silencio. No podía moverme, pero sí reflexionaba con rapidez. Traté desesperadamente de entenderme a mí mismo. La escena que se desarrollaba ante mí era realmente sencilla. Se trataba de personas encantadoras. Su conversación tenía mesura y cadencia, cosas que se encuentran a menudo más en novelas buenas que en la realidad. Eran agradables, bien educadas, y, sin embargo, perfectamente sinceras; eran animadas, pero no bulliciosas; afectivas, pero no efusivas. Eran como seres de otro planeta, y no podía incluso llegar a comprender si estaban hablando un idioma conocido. Un temor frío me invadió. Me levanté con gran esfuerzo y conseguí poner mis pies en movimiento. Musité unas palabras que, para sorpresa mía, sonaron a algo así como: «Amigos, hasta la vista.» Y me marché de allí con rapidez.

Conseguí reunirme con Frazier y los demás más allá de la mitad de «La Escala». Se habían detenido en una salita en la que una hermosa señora de unos treinta y cinco años había estado aparentemente esperándonos. Iba notablemente bien vestida, pero con gran sencillez de estilo y llevaba su negra cabellera recogida. Todavía con pánico y, a la vez, con vergüenza al recordar mis malos modales, caí de nuevo bajo la influencia de mi imaginación, y ella empezó a recordarme una estatua tallada en madera oscura y brillante.

—Aunque parezca extraño —dijo Frazier insinuando que me había estado esperando— hay muchas cosas en Walden Dos en las que me declaro totalmente incompetente; en particular, cosas de interés para las damas. —Hizo una ligera reverencia a Bárbara y Mary—. Así, pues, he suplicado a la Sra. Meyerson que me ayudara. Está encargada del vestuario femenino, pero puede contestar a casi todas sus preguntas sobre cualquier tema. Además, es una exquisita compañera. —Miró cálidamente de reojo a la Sra. Meyerson y ésta le dio una palmadita amistosa en el hombro.

—¡Qué torpe eres, Fraze[*]! —le dijo. Se dirigió a las chicas y añadió: —¿Qué les parece si tomamos una taza de té?

Cuando se fueron, Frazier se echó a reír calladamente.

—Nuestro servicio de té les va a divertir —dijo—. Teníamos las tazas, platos y bandejas normales para pan y mantequilla. Pero uno de nuestros profesores, de «nivel universitario», como creo que ustedes lo llamarían, ideó un seminario de prácticas domésticas. Empezaron a estudiar *nuestras* costumbres ¡aquí, en Walden Dos! Uno de los temas fue analizar nuestro servicio de té, que sirve también para el café, por las mañanas. Sus consejos

---

[*] «Fraze»: modo amistoso e íntimo por «Frazier». *(N. del T.)*

fueron tan sensatos que los adoptamos inmediatamente.

Espero, cuando lo vean, que estén de acuerdo conmigo en que supone un buen trabajo de ingeniería doméstica. —Todo eso es interesante —dijo Castle—, pero confío en que no irá usted a atribuir el éxito de su comunidad a hechos tan triviales como éste. Después de todo, una ligera mejora en el servicio de té no va a conmocionar al mundo.

—Conmocionamos al mundo de otras maneras —dijo Frazier sin sonreír—. La técnica alcanzada es casi perfecta. Lo importante es animar a nuestra gente a considerar cada hábito y costumbre como susceptible de mejora. Una constante actitud experimental hacia todo... eso es lo que necesitamos. Surgen así soluciones a problemas de todo tipo casi milagrosamente.

—¿*Casi* milagrosamente? —dijo Castle—. No creerá en milagros, ¿verdad, señor Frazier?

Frazier estaba perplejo.

—En cuanto a su observación sobre la trivialidad de lo que han visto hasta ahora —dijo algo más cálidamente—, debo recordarles que hemos convenido en comenzar lentamente. Les prometo una dosis más fuerte para mañana, y todavía más intensa, posteriormente. Verán auténticas proezas, no tengan miedo. ¡Ah!, pero nuestras amigas ya están de vuelta. Es la hora del té. Podríamos haber perdido el sitio en la salita si hubiéramos acompañado todos a la Sra. Meyerson.

Intenté rápidamente reflexionar sobre este rasgo de mentalidad antisocial, pero lo dejé. Frazier nos urgió a que nosotros mismos descubriéramos el servicio de té, pero vi que las chicas estaban ya transportando vasos altos, forrados con fundas de paja trenzada, y con lazos de cuerda a manera de asa para que pudieran llevarse como cubos. También llevaban platos cuadrados conteniendo pan y mantequilla.

Por el punto más elevado de «La Escala» penetramos en un salón pequeño en el que las sillas y las mesas, muchas de ellas ocupadas, estaban dispuestas de forma parecida al vestíbulo de un hotel pequeño. Cerca de la puerta había un carro grande, con depósitos llenos de té, agua caliente y café. En otro carro había varias jarras grandes con bebidas heladas. Debajo del carro, y en diferentes estantes, logré ver cierta cantidad de vasos altos y platos cuadrados.

Creo que Frazier había empezado a tocar el tema del servicio de té sin ningún interés especial, pero al ser provocado por Castle, *se* defendió con todo celo. Demostró la «técnica» llenando los vasos de té hasta el nivel de dos tazas, marcado en una escala junto al grifo del depósito. Echó una rodaja de limón y después metió el vaso en una funda de paja trenzada que sacó de un pequeño recipiente.

—Las tazas y los platos fueron inmediatamente descartados por nuestros ingenieros domésticos —dijo sobriamente—. Es prácticamente imposible transportar una taza de té sin verter algo por el camino, especialmente al bajar los peldaños de «La Escala». Como siempre nos servimos nosotros mismos, tuvimos por tanto necesidad de un recipiente en el cual se pudiera beber el té con gusto y que sirviera, al mismo tiempo, para llevarlo cómodamente de un sitio a otro. Estos jóvenes desconocían la costumbre rusa de los vasos de té, pero naturalmente la hallaron por sí mismos. Mejoraron la práctica rusa usando vasos muy grandes. Aun el contenido de tres tazas llenas deja amplio margen para que no se vierta nada por el camino. Únicamente los más glotones tienen que hacer más de un viaje al carro del té. Un vaso grande da olor y sabor al té, igual que la copa de coñac. El vaso, ya ven, es extraordinariamente fino. Da gusto beber en él y es muy ligero.

—Nunca he visto a un ruso meciendo el té como un farolillo —dije.

—Peor para los rusos —dijo Frazier—. No les puedo ofrecer datos concretos, pero algunos experimentos llevados a cabo han probado que las fundas eran necesarias.

Se dejaron de usar un día sí y otro no durante un mes más o menos, al mismo tiempo que varios observadores contaban las veces que se vertía té.

Castle había intentado encontrar divertida la agresiva demostración de Frazier. Quizá sentía que Frazier le estaba retando y que un poco de humor era su única defensa. Pero su sonrisita despreocupada no consiguió perturbar a Frazier y acabó por parecer algo tonta. Finalmente su diversión dio la impresión de desaparecer y convertirse en abierto desdén. Mientras Frazier describía su trivial aplicación del método científico, Castle le volvió la espalda con un gesto de disgusto y empezó a separarse de nosotros, aunque después de dar algunos pasos dio media vuelta, regresó moviendo la cabeza y se encogió de hombros con evidente vergüenza. Frazier notó su propia ventaja pero aparentemente no estaba satisfecho con la victoria. En vez de dejar el tema, insistió en él como si se tratara de un grave problema de política internacional.

—Ustedes mismos pueden comprobar qué suavemente va el té cuando el vaso se transporta como un cubo —dijo meciendo su vaso en elegantes balanceos y observando cómo el té apenas se movía—. Es más, nuestros jóvenes ingenieros toparon con otros problemas. El té debe conservarse caliente, especialmente si uno se sirve a la vez el equivalente de dos o tres tazas. Ahora bien, una taza normal de té es el peor de todos los materiales para conservar el calor...

Continuó así durante un rato. Luego, guardó silencio y miró fijamente a Castle como esperando un comentario. Castle no dijo nada. Al contrario,

se sirvió el té como había hecho Frazier y puso el vaso en su debida funda. Seguí su ejemplo, y Frazier, sonriendo abiertamente, empezó a descender por «La Escala». Rogers y Steve se sirvieron bebidas heladas y todos nos preparamos grandes rebanadas de pan con mantequilla y mermelada.

Los platos cuadrados eran del mismo cristal fino. Un borde estaba doblado hacia abajo en forma de asa, y el plato era lo suficientemente profundo para que el pan no se cayera durante el camino de regreso a la salita. Aunque me sentí un poco extraño meciendo el té junto a mí como un incensario, debo sin embargo confesar que era la primera vez que me sentí seguro en una situación similar.

5

—Puedo comprender por qué un creador de utopías escoge sólo a mujeres bellas a su lado —dije mirando a Frazier cuando nos sentamos a tomar el té—, pero estoy realmente sorprendido de tu éxito.

Frazier me miró muy seriamente.

—Te aseguro que no fue premeditado —dijo ansiosamente—. Pretendimos reunir una muestra representativa... un verdadero conjunto no discriminado de la población. En ciertos aspectos nos falló. Pero no entiendo cómo puedes hacer una selección, incluso inconscientemente, sólo por la apariencia exterior de una persona. ¿No crees, Rachel?

—Estoy convencida de que tienes razón, Fraze—dijo la Sra. Meyerson, aunque dudo que supiera de lo que estaba hablando.

—Pero la mayoría de las mujeres no son tan bonitas como éstas —dije con un gesto de mi mano señalando a lo largo del pasadizo.

—¡Ah!, por eso es por lo que te quedaste rezagado antes... —dijo Frazier secamente—. Creí que estabas mirando los cuadros.

—Muchas mujeres pueden ser atractivas —dijo la Sra. Meyerson apresuradamente—. Cada una a su manera. Aquí no estamos a merced de modistos comerciales y muchas de nuestras mujeres se preocupan por aparecer muy bellas sencillamente porque no se les exige vestir dentro de límites estrictos.

—Y, a propósito —dijo Frazier—, eso mismo obligará al Sr. Burris a no poder gozar plenamente de su hobby... —Se dirigió a mí—. Pasar de moda no es un proceso natural, sino un cambio premeditado que destruye la belleza del vestido del año pasado y lo deja sin valor. Nos opusimos a ello ampliando nuestros gustos. Pero el cambio requerido todavía no se ha efectuado en ti. Dentro de un día o dos entenderás lo que quiero decir. Detallitos que ahora parecen pasados de moda y que, a pesar de lo que dices, desfiguran tu juicio, te aparecerán después naturales y agradables. Descubrirás que una línea o un aspecto carece de época, del mismo modo que puedes considerar bello el vestido de otro país aunque lo juzgues al principio cómico o incluso feo.

Daba esto la impresión de un paternalismo imperdonable.

—Nada se interfiere con mis cánones de belleza en este momento

preciso —dije. Pero sucedió que cuando lo dije estaba mirando directamente a la Sra. Meyerson.

—Vamos, vamos —dijo Frazier—. Política y adulación son aquí desconocidos.

—Creo que la Srta. Macklin podrá entender lo que el Sr. Frazier pretende decir —dijo la Sra. Meyerson viniendo en mi ayuda—. ¿Le importaría decirnos qué piensa de nuestro vestido?

Bárbara fue cogida de improviso.

—Es difícil decirlo —empezó—. No creo que haya notado nada raro en ninguna de ustedes. Todas juntas, sin embargo, no sé... Algo en el pelo, por ejemplo. Muy mono, pero no siempre... con estilo.

—Por favor, no le dé vergüenza. Tiene toda la razón.

—Aunque de hecho hay un cierto estilo —se apresuró a decir Bárbara—. Es como si procedieran de muchos países diferentes. Y muchas, desde luego, son bellas.

—Gracias, querida. No trataba de obligarla a emitir una opinión. Sí, tenemos, creo yo, un aire bastante cosmopolita porque fomentamos la variedad. Sin embargo, no estamos del todo al margen de la moda como usted acaba de decir tan generosamente.

—Caso curioso de nadar y guardar la ropa... —dijo Castle—. Parecen estar dentro del agua y fuera a la vez. Por favor, ¿cómo se las arreglan?

—¿Le extraña? —dijo la Sra. Meyerson, como podría haber dicho a un niño «¿estás ofendido?»—. Bueno, creo que la respuesta es que transigimos. Pero no del todo. Al menos, no buscamos la salida más fácil... Nos llevó mucho tiempo de reuniones. Resolvimos el problema... experimentando, ¿no? —Se volvió hacia Frazier.

—No —dijo llanamente sin mirarla—. Intuición.

—Intuyendo, entonces —confirmó la Sra. Meyerson alegremente—. Queremos evitar el gasto superfluo que supone andar cambiando de estilos, pero no queremos estar del todo fuera de moda. Cambiamos sencillamente de estilos más despacio, lo suficiente para no tener que tirar la ropa que está todavía en buen uso.

—Comprendan —dijo Frazier— que no podemos dar ropa vieja a nadie, porque no hay nadie en Walden Dos que la pueda usar.

—¿Pero no se quedan, cada vez más, pasadas de moda? —preguntó Castle.

—No —dijo la Sra. Meyerson—. Sencillamente elegimos aquellas prendas que cambian más lentamente... Trajes chaqueta, jerseys y faldas, o blusas y faldas, o algo así. No encontrarán ni media docena de «trajes de fiesta» entre nosotras, y los que existen no han sido confeccionados por la comunidad. Sin embargo, todas tenemos algo que resulte de buen gusto

excepto si se trata de funciones de etiqueta.

—El traje de gala —dijo Frazier *a* modo de paréntesis— es una forma de ostentoso consumo que no nos divierte... a no ser cuando lo vemos puesto en los demás.

—Me sorprende que una utopía tenga de todo menos smokings—dijo Castle descorazonadamente.

La Sra. Meyerson rió alegremente.

—Mucha gente se sorprende incluso de que usemos trajes —dijo ella—, pero tenemos motivos para ello. Frazier les puede hablar más de esto. No es que nos importe que nos crean raros, estoy segura, pero lo que ocurre es que quizá no queremos pensar en nosotros mismos como seres distintos de los demás.

—Muy bien dicho, Rachel —dijo Frazier. Se volvió a nosotros—. Deben recordar que no nos hemos separado del resto del mundo y que tampoco lo deseamos. Nuestro arte y literatura, nuestro cine, nuestra radio, y excursiones esporádicas fuera de la comunidad nos mantienen en continuo contacto con la vida norteamericana. Una ruptura total nos daría más disgustos que ventajas. Sería incluso desleal hacia nuestros niños hacerles sentir desplazados o diferentes entre los de fuera. Esto podría sugerir que la vida en Walden Dos era extravagante o incluso inferior.

—¿Pero no es el vestido precisamente un estorbo innecesario del que una Utopía debería dispensarse? —dijo Castle—. Estoy seguro de que en el primer Walden no había tal cosa.

—No supone realmente un estorbo —dijo la señora Meyerson—. Nuestros vestidos no nos molestan y son suficientes para cubrir las actuales exigencias.

—Además, nos sobra tiempo para tener estorbos —dijo Frazier—. Ustedes están pensando en el caso típico del hombre que vuelve tarde de la oficina a causa de que una visita intempestiva lo ha retenido; que tiene que vestirse con la prisa habitual; que luego debe zambullirse en el fragor del tráfico a una hora punta para poder llegar a una cena, a tiempo de tomar el aperitivo. Aquí no hay nada de eso, ¿ven? Tenemos tiempo abundante para todo. Nos gusta intercalar un descanso entre la parte activa del día y las horas sociales más tranquilas del atardecer y de la cena. Bañarse y cambiarse de ropa son asuntos importantes en el horario del día. Son psicológicamente refrescantes.

—En cuanto a su cita de Thoreau —añadió Frazier después de un momento—, recuerde que los principales ingredientes de su experimento eran la subsistencia y la soledad. Vestirse es un mecanismo social del que él se pudo privar.

Noté un murmullo lejano. Luego pasaron unos niños por la sala y otros

más les siguieron inmediatamente. Un desplazamiento similar de niños ocurría fuera del edificio, marchando todos en fila entre los parterres de flores.

—Es hora de cenar para los angelitos —explicó Frazier.

Los niños eran de diversas edades, algunos de hasta siete u ocho años, otros por lo menos de trece o catorce. Todos estaban resplandecientes y limpios, con ropa alegre, hecha a medida pero funcional. No había adultos que los vigilaran, pero sin embargo, se portaban bien. Hablaban en voz baja y avanzaban rápidamente. Muchos saludaban a la Sra. Meyerson y a Frazier y nos sonreían amablemente.

Uno de ellos, un muchacho de unos diez años, entró en la sala y dirigiéndose rápidamente a la señora Meyerson, le dio un abrazo cariñoso.

—¡Hola, Rachel! ¿Te vienes? —dijo.

—No lo he olvidado —dijo ella. Se levantó y se volvió hacia Frazier—. Es el debut de Deborah en el comedor. Tengo que irme.

Prometió reunirse de nuevo con nosotros después de la comida del día siguiente, explicando con mucha franqueza que quería dar a Bárbara y a Mary una visión más exacta de Walden Dos de la que Frazier les podía suministrar. Y ella y el muchacho se fueron.

—Los hijos de la señora Meyerson —explicó Frazier asintiendo con la cabeza mientras se iban—. ¡Encantadores! ¡Como todos nuestros niños! Deborah cumple hoy siete años y va a «presentarse» en el comedor. Los más pequeños comen en sus propios edificios hasta que tienen siete años. El cambio supone para ellos un acontecimiento. Quizá podamos después ver a Deborah en su gran momento.

Los niños habían pasado ya y volvimos a nuestra conversación.

—Si no te importa que lo diga —dije— los hombres de aquí parece que van peor vestidos que las mujeres. Me refiero tanto a gusto como a seriedad.

—Tu observación es correcta —dijo Frazier—. Vuelvo a insistir, sin embargo, en que no es realmente una diferencia de sexo. No nos hemos liberado completamente de la cultura de la que provenimos. Los hombres, aquí, cuidan aún menos su forma de vestir. Para esta hora del día, una cazadora o un jersey, o incluso una chaqueta de cuero, si el tiempo es frío, es más que suficiente. Y nada de corbata. En absoluto. Nada de corbata.

—Se me enfriaría la garganta —dijo Castle.

¿Y qué pasaría si a alguno le gustara ir raído? —dije—. ¿Le permitiríais dejarse llevar de su capricho?

—No lo puedo ni imaginar —dijo Frazier—, pero sé que ustedes sí pueden. Conciben un mundo en el que un traje elegante es tanto una señal de riqueza como un instrumento para conseguir riqueza. Un traje raído es un indicio de pobreza o una protesta contra todo un sistema de vida. Tanto

lo uno como lo otro no se puede ni concebir aquí.

—No del todo inconcebible, diría yo —dijo Castle—. Podría ser que indicara solamente un poco de indolencia o sencillamente una falta de cuidado.

—Ambos nacen de la dejadez —dijo Frazier distantemente. De repente se levantó y miró hacia la parte superior de La Escala—. Hablaremos de ello más adelante, agregó—. Ha sido una conversación interesantísima y debemos reanudarla. Ahora creo que nos debemos ir.— Hablaba de un modo mecánico y, de improviso, cogió su vaso y su plato y empezó a subir la escalera. Le seguimos, pero su velocidad aumentó y pronto nos dejó atrás y desapareció en el edificio principal.

Cuando nos acercábamos a la parte superior de La Escala oímos a los niños que cantaban:

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz!

Dejamos nuestros vasos y demás utensilios en un recipiente grande cerca de la puerta, y me adelanté con los demás hacia el lugar en que se oía la música. Frazier estaba de pie en la puerta del comedor. Pareció sentir que nos acercábamos y se metió dentro con un gesto de impaciencia. No quise seguirle.

Desde la puerta pudimos ver que el salón se encontraba a media luz. Mientras el canto proseguía sin interrupción, dos figuras iban en silencio de mesa en mesa. Una de ellas, una niña algo mayor, llevaba una tarta de cumpleaños sobre la que refulgían siete velas en la penumbra. Se detenía en cada mesa y dejaba a los niños leer la inscripción. La otra era una niña de siete años, con su mejor vestido, solemne como una monja, luciéndolo con orgullo.

La procesión concluyó inmediatamente, y la niña menor volvió rápidamente a su mesa, donde se sentaba la señora Meyerson. Las velas se apagaron y empezó la ceremonia de partir la tarta. Cuando se encendieron las luces penetré en el salón lo suficiente para echar un vistazo a Frazier, pero me retiré rápidamente y les rogué a los demás que hicieran lo mismo. Frazier estaba de pie, solo, junto a la pared, su rostro trasmudado por una expresión exagerada de afecto. Me pareció ver una lágrima en su mejilla.

6

Las habitaciones de los huéspedes estaban al final del edificio principal, al otro lado de La Escala y situadas en el nivel inferior. Frazier nos fue a buscar allí a las siete. Subimos en hilera por una estrecha escalera y nos encontramos en el extremo de un ancho corredor llamado «El Paseo». Éste corría a lo largo de todo el edificio, siguiendo la ligera curva que el edificio tenía al contornear el cerro. El sol no se había puesto todavía y el crepúsculo prometía ser agradable, a pesar de existir mucho movimiento dentro del edificio. El Paseo estaba lleno de paseantes que parecían encontrarse allí para saludar a los amigos o para hacer planes sobre la cena. Me recordó la cubierta de un gran transatlántico.

Al unirnos a esta procesión, Frazier nos indicó que observáramos varios «salones comunes», dispuestos a ambos lados del pasillo. A nuestra derecha había salones de lectura, bibliotecas y reducidas salas de estar provistas de sillas y mesas para charlar o jugar. Estas habitaciones daban al exterior y a todo el paisaje de Walden Dos desde el cual habíamos visto el edificio durante la tarde. Todos los salones estaban ocupados.

—¿Por qué hay tanta gente dentro cuando el atardecer es tan hermoso? —pregunté.

—Sencillamente, porque no tienen ninguna necesidad de salir fuera —agregó Frazier—. Los habitantes de Walden Dos pueden salir a cualquier hora del día. No tienen que esperar a terminar el trabajo o a tener acostados a los niños. No tienen interés alguno en escaparse de estas cuatro paredes.

A nuestra izquierda existía una serie de salas de reunión, con grandes lámparas de techo, pero sin ventanas. Algunas estaban amuebladas para escuchar música y disponían de pianos, tocadiscos y estantes con partituras y discos. Otras daban la impresión de lugares de estudio. Había diversas obras de arte todavía sin acabar. Momentáneamente, todas ellas servían de sitio de reunión espontánea. Los comedores se encontraban a este lado del pasillo, cerca de La Escala.

Me sorprendió la falta de grandes masas. Me había imaginado que la palabra «comunidad» implicaría salones de gran tamaño, llenos de gente ruidosa, como una fiesta parroquial, un mercado o una feria de pueblo. Confesé mi asombro y Frazier se rió con toda su alma.

—¿Para qué sirven las muchedumbres? —dijo.

—Bueno, no sé —dije—. ¿Pero cómo se pueden evitar?

—¿Son útiles? ¿Son interesantes?

—Para algunos supone un encanto especial sentirse parte de una muchedumbre —dijo Castle.

—Síntoma de soledad —dijo Frazier sin paliativos —. Consideren a una ama de casa cualquiera. —Se volvió y disminuyó la velocidad de sus palabras para asegurarse que las chicas le oían—. ¿Cómo pasa el día una ama de casa cualquiera? ¡Sola! ¿A quién ve? A comerciantes, a sus hijitos pequeños, a unos cuantos vecinos. No a unos cuantos amigos sino a unas cuantas personas que da la casualidad de que viven a su lado. ¿Es sorprendente que busque el ruido y el barullo de una gran muchedumbre como la comida el hambriento? ¡Por supuesto que encuentra un encanto en la muchedumbre! ¡Y cuanto más grande, mejor! ¡Y tanto más segura se sentirá cuanto, por un momento al menos, no se encuentre sola! Pero, ¿por qué a alguien que no carezca de amistad o afecto le va a gustar una muchedumbre?

—En ella puede encontrarse con gente interesante —dijo apresuradamente Bárbara, que era naturalmente opuesta a este tipo de argumento.

—Pero no es un modo eficiente de conseguirlo —dijo gentilmente Frazier—. Existen mejores métodos para reunir a personas interesantes y con intereses comunes.

—¿Y qué me dices de un espectáculo... una función? —dije—. ¿No implica eso naturalmente una muchedumbre?

—De ninguna manera. Nuestro teatro tiene capacidad para doscientas personas aproximadamente. Esta es nuestra mayor muchedumbre. Cuando una obra de teatro o una película nos interesa a todos —y esto es raro—, se repite sencillamente hasta que todos la hemos visto. A los actores les complace la oportunidad de repetir su actuación, y a la película no le importa. Lo mismo ocurre con los conciertos. Les concedo que algunos acontecimientos, como, por ejemplo, los campeonatos de tenis, no se pueden repetir. Pero los partidos no tienen importancia aquí. No somos adoradores de campeones.

—Pero de ese modo no puede usted resolver bien el problema cuando se trate de un conferenciante —dijo Castle—. Hablando por experiencia propia, pues me gano la vida de ese modo, puedo decirle que no me agrada la oportunidad de repetir mi actuación.

—El problema de las conferencias lo resolvemos no teniéndolas. La conferencia es un medio ineficacísimo de difundir cultura. Pasó de moda con la invención de la imprenta. Subsiste sólo en nuestras universidades, en

sus imitadores y en alguna que otra institución retrógrada. —Echó miradas de indignación a Castle—. En vez de hablar, ¿por qué no reparte sencillamente copias impresas a sus estudiantes? Sí, lo sé. Porque no las leerían. Excelente institución la que se ve obligada a resolver los problemas con trucos de teatro! —Hizo un esfuerzo por controlar su creciente desprecio, y prosiguió más serenamente—. Quizá se pueda permitir en el caso de una exhibición, o por el aspecto grotesco del conferenciante, y comprendo eso que dicen de la «participación del auditorio». Pero concediendo, señor Castle, que está justificado que usted haga una exhibición personal, permítame preguntarle lo siguiente: ¿Sobre qué posible tema podría usted dirigirnos la palabra?

Castle estaba perplejo y no dijo nada.

—¿Pretendes decirnos —dije— que el señor Castle no podría hablar en Walden Dos de un tema que interesara a más de doscientas personas?

—Exactamente. Y doscientas es demasiado. No somos un grupo selecto y nuestros gustos varían. No tenemos modas. Nadie nos dice que «debamos interesarnos» en esto o aquello. Tampoco se podría contar con la atracción de la novedad, pues no tenemos por qué tratar de parecer «informados» sobre temas snobs o de moda. ¿De qué hablaría usted para conseguir un gran auditorio?

—Un conferenciante verdaderamente inteligente —dije— sería capaz de encontrar un tema que entretuviera a más personas de las que caben en un teatro pequeño.

—*Entretener* es diferente —dijo Frazier—. Se trataría entonces de una actuación teatral. Y a tal conferenciante le agradaría repetir su actuación, como lo hacen nuestros actores.

—Acepto la distinción —dijo Castle—. Y me limitaré a discusiones informativas y serias. Pero sospecho que hay temas de... bueno, no diría de importancia económica, pero, digamos, de importancia política, que deben ser de interés para todos porque son cruciales para todos y cada uno.

Frazier rió triunfalmente.

—Me da igual «política» que «económica» —dijo—. Encontrará a algunos de nosotros interesados en política, porque nos hemos visto obligados a interesarnos en ella por el bien de la comunidad. Pero para hablar de eso le basta y sobra con una de las salas comunes más pequeñas.

—¿Quiere usted decir —dijo Castle despacio y con una mirada desafiante— que todos los miembros interesados, digamos, en una discusión sobre la paz mundial cabrían en una de esas salitas?

—¡En un rincón! —dijo Frazier casi coronando su esfuerzo por desconcertarnos.

—¿Y si se tratara de un asunto de la comunidad? —dije.

—En el otro rincón —dijo Frazier riendo abiertamente—. Pero hablaremos de eso más tarde. No, el hecho, liso y llanamente, es que no hay razón suficiente para reunir a la gente en grandes proporciones. Las muchedumbres son desagradables e insanas. Son innecesarias para las formas más valiosas de relaciones personales y sociales, y son peligrosas. La masa corre hacia donde los individuos temen pisar, y los Führers se engañan a sí mismos al creer en el apoyo que se les brinda.

—Espero que no negará que todos ustedes están interesados en *comer* —dijo Castle—. ¿Qué opina, pues, de una muchedumbre en su comedor?

—Excelente ejemplo —dijo Frazier— y que ilustra mi última queja contra las muchedumbres: son caras. Requieren espacio y material costoso que luego no se usan la mayor parte del tiempo. Mire sus campos de deporte y sus teatros... o restaurantes, da lo mismo. En Walden Dos el planteamiento es diferente. Simplemente, alternamos los horarios de nuestros miembros. Consecuentemente, todo nuestro material está, en muchos casos, siempre en uso. Podemos hacerlo porque no estamos sometidos a horarios de tiendas, negocios y escuelas. «De nueve a cinco» no significa nada para nosotros. Nos encontrarán desayunando en cualquier momento entre las cinco y las diez de la mañana. La comida empieza inmediatamente después y dura hasta media tarde. Los niños tienen horas fijas, más bien temprano. Los adultos cenan entre cinco y media y nueve. Nuestros comedores, señor Castle, tienen capacidad para doscientas personas aproximadamente. Como podrá ver en seguida, no existen salas grandes y nunca están llenas.

—¿Supongo que a los miembros se les señalará un turno determinado de comidas? —le dije, y confieso que, con esta pregunta, pretendí demostrar que existía un poco de régimen de cuartel.

Frazier refunfuñó con disgusto.

—¡En absoluto! —dijo—. Lo único que hay que hacer es poner un aviso en el tablón de anuncios indicando que, a ciertas horas, se encontrarán los salones más desocupados.

—Pero si pido a alguien que coma conmigo, ¿cómo puedo saber si su horario va tres o cuatro horas adelantado con respecto al mío? —dije.

—Resulta frecuentemente difícil encontrarse para comer juntos. Pero las reuniones se arreglan fácilmente en Walden Dos, de manera que no importa Y hay una ventaja que compensa: al cambiar los horarios, puede uno cambiar de caras de vez en cuando. —Frazier se detuvo y se rió forzadamente, como si se hubiera traicionado al confesar una ligera insatisfacción. Reanudó la marcha rápidamente con esfuerzos cada vez más enérgicos.

—Sorprendente pieza de ingeniería cultural... ¡el horario flexible! El

resultado es casi increíble. Necesitamos menos material. Cuartos de baño, por ejemplo. Si han estado alguna vez en un hotel de verano que no los tuviera individuales, pueden recordar fácilmente las prisas a las horas de afeitarse y de comer. Con un horario flexible, nos arreglamos bien con pocas instalaciones. Los servicios de té y café trabajan el triple. Y evitamos favoritismos en cierto tipo de representaciones teatrales, el uso de los campos de tenis, o las horas de trabajo. Nuestras instalaciones se usan quince o dieciséis horas diarias sin molestias indebidas para los de los primeros o últimos turnos. Pero quizá el resultado más valioso —Frazier se detuvo momentáneamente, para ver si podíamos adivinar lo que iba a decir— es de tipo psicológico. Estamos completamente libres de esa atmósfera institucional que es inevitable cuando todos hacen lo mismo al mismo tiempo. Nuestros días tienen una continuidad, una flexibilidad, una diversidad, un fluir... ¡Todo es grato y saludable! Nos habíamos detenido, durante la mayor parte de la arenga, en una de las salitas. Sin que mediara otra palabra, Frazier avanzó hacia los comedores, como un guía que ha concluido su discursito en un rincón de la catedral y conduce su rebaño de turistas al siguiente punto de interés.

7

Los comedores resultaron ser de tamaño aún más pequeño de lo que las explicaciones de Frazier sugerían. Cada uno disponía quizá de media docena de mesas de diferentes tamaños. Las salas estaban decoradas en varios estilos. Si se quería, se podía comer con rapidez en un salón de paredes blancas que respiraba velocidad y eficiencia; sin embargo, si se prefería comer despacio y tranquilamente, se podían elegir otros; uno de ellos con las paredes recubiertas de madera de pino y con candelabros de cera, amueblado al estilo americano antiguo; otro, tipo posada inglesa, cuyas paredes estaban llenas de cuadros de carreras de caballos; y, por fin, un tercero, de brillante colorido estilo sueco.

Esta mezcolanza arquitectónica más bien me disgustó. Su propósito, explicó Frazier, era conseguir que los niños se sintieran como en su casa cuando estuvieran dentro de algún recinto que no fuera la comunidad de Walden Dos. A causa de alguna ley psicológica que no debí entender del todo, resultaba que la ingestión de alimentos tenía cierta relación con el desarrollo de preferencias o tolerancias estéticas. El mismo resultado no se podría haber obtenido tan fácilmente de no haber decorado los salones en estilos diversos.

Los comedores estaban agrupados alrededor de una sala de servicio común que funcionaba como una cafetería, aunque no disponía de mostrador con comidas ni de un suministro en cadena. Recordaba más bien a un autoservicio. Al entrar, seguimos el ejemplo de Frazier y cogimos unas bandejas. Eran del mismo cristal fino que habíamos visto en el servicio de té. Frazier cogió una servilleta de un casillero que llevaba su nombre y que contenía también el correo. El resto, cogimos servilletas limpias de un estante.

—Hemos tenido un éxito rotundo con nuestra fábrica de tejidos —dijo Frazier saludándonos con su servilleta en la mano—. No es extraño que la servilleta haya supuesto siempre un lujo. Ésta es de una tela muy duradera y suave. Supongo que esperaban que les diéramos una servilleta de papel —dijo de repente mirándome.

El menú constaba de tres platos: «goulash»*, «soufflé» y chuletas de cordero. Un cartelito describía el «goulash», daba algo de su historia, y mostraba el país de origen en un mapa pequeño. Frazier nos llamó la atención sobre el cartel y explicó que trataban de cocinar, continuamente, nuevos platos originarios de todo el mundo, que luego se incluían en el menú de Walden Dos, de acuerdo con la demanda. Todos nos servimos «goulash» y pusimos ensalada y pastelitos de fruta en nuestras bandejas. Frazier nos animó a que nos sirviéramos también en abundancia pan y mantequilla. Era el mismo tipo de pan que comimos con el té, y que habíamos encontrado delicioso, pero por la fuerza de la costumbre hubiéramos cogido poca cantidad. El pan, aparentemente, era un tema favorito de Frazier y le sirvió de pretexto para otra arenga de guía turístico.

—El panadero comercial —dijo mientras se aseguraba que todos cogíamos grandes rebanadas— trata de producir un pan que agrade, pero utilizando unas materias primas baratas y en la menor cantidad posible. Aquí el objetivo es diametralmente opuesto. Nuestros cocineros tienen que preparar los alimentos que producimos con el fin de que sean comidos. Desean hacer una barra de pan tan deliciosa como puedan. No sería una hazaña de ninguna clase hacer un pan igualmente bueno pero utilizando menos mantequilla o levadura más barata. En este caso, tendrían que cocinar lo que les hubiera sobrado de cualquier otra forma.

Nos miró con las cejas levantadas como el prestidigitador que acaba de concluir un número deslumbrante, y después nos condujo hacia uno de los salones más modernos, donde encontramos una mesa de colores brillantes en la que se reflejaron nuestras bandejas de cristal. Éstas eran ovaladas, con hendiduras a ambos lados. Poseían pequeños compartimientos y una cavidad para colocar una taza. Todos dejamos las bandejas, paralelamente al borde de la mesa, pero Frazier nos enseñó cómo colocarlas en forma radial alrededor del centro, de tal manera que pudiéramos tener el plato principal delante de nosotros y la taza y los demás compartimientos fácilmente asequibles. Al llegar al postre se daba la vuelta a la bandeja. Una especie de armarito empotrado en la mesa contenía cubiertos y condimentos.

A pesar de la evidente impaciencia de Castle ante los detalles de tecnología doméstica, Frazier habló largamente sobre las bandejas. Una de sus innumerables ventajas era la transparencia, que ahorraba dos operaciones en la cocina, porque podía verse la totalidad de la bandeja mientras se lavaba por ambos lados a la vez. Así que Frazier hubo hecho su

---

* «goulash» no tiene equivalente en castellano. *(N. del T.)*

observación, Castle dio un bufido.

—El señor Castle parece divertirse —dijo Frazier con punzante ironía—. Pero a lo mejor no es diversión. Sería interesante pedirle que nos haga un experimento. Señor Castle, ¿le importaría dar la vuelta a una de estas bandejas mil veces? Quizá ceda ante el resultado. O trabaja usted rápidamente y acaba con los músculos agarrotados de dolor, o por el contrario, trabaja despacio y se aburrirá.

Cualquiera de los dos casos es impugnable. Y, sin embargo, alguno de nosotros se vería obligado a realizar esta operación tres veces al día si las bandejas fueran opacas. Y sería *alguno de nosotros,* recuérdenlo, no una persona «inferior» contratada con salarios miserables ¡Nuestras conciencias en este punto están limpias! ¿comprenden ahora la razón? —Frazier levantó las dos manos al aire como señal de una fácil victoria.

—La principal ventaja de la bandeja —prosiguió— es el enorme ahorro de trabajo que supone. Comprenderán lo que quiero decir cuando visitemos el lavadero de vajilla. Los restaurantes comerciales darían cualquier cosa por imitarnos, pero poner esta idea en práctica requiere un poco de ingeniería cultural que no está a su alcance.

Aparentemente esperaba que alguno le preguntara más detalles sobre la «ingeniería cultural», pero todos estábamos demasiado ocupados con nuestra comida y la terminamos en silencio. Entregamos nuestras bandejas vacías a través de una ventanilla que daba a un lavadero, y Frazier dio media vuelta y se encaminó hacia El Paseo. Mary susurró algo al oído de Bárbara, ésta dijo a Frazier:

—¿No vamos a ver el lavadero de platos?

—¿No desean esperar un poco? —dijo Frazier con sorpresa. Parecía orgulloso de haber alcanzado cierto grado de delicadeza, pero inmediatamente se dirigió al lavadero.

Al otro lado de la ventanilla por la que habíamos introducido las bandejas, una chica muy bonita, que parecía estar en muy buenas relaciones con Frazier, recibía las bandejas y echaba las sobras sobre un recipiente móvil continuo que las transportaba hasta una especie de campana donde, según nos dijeron, eran rociadas con leche desnatada. Esta mezcla estaba destinada a servir de alimento a los cerdos.

Un distinguido caballero con barba, que se detuvo ante Frazier para preguntarle si creía que la biblioteca debería adquirir una enciclopedia musical más reciente, sacó una bandeja del baño de leche y la colocó boca abajo sobre un grupo de cepillos giratorios que se ajustaban a los huecos de la bandeja que servían de platos. Al mismo tiempo la bandeja se inundó de agua caliente con detergente. El caballero, entonces, la examinó brevemente, ahorrándose, supongo, una de las operaciones que deberían haber fatigado

a Castle, y la colocó sobre un soporte. Cuando el soporte estuvo lleno de bandejas las hizo descender hasta un tanque de aclarado y, posteriormente, las introdujo en un esterilizador.

Mientras tanto, los vasos y los cubiertos recibían un tratamiento similar en cadenas de limpieza independientes, bajo el control de los mismos operarios.

—Para el lavado de vajilla parece que basta con dos personas —dije.

Frazier afirmó con la cabeza.

—Y cuatro o cinco turnos al día ocupa a ocho o diez personas como máximo —dijo—. Compara esto con doscientas cincuenta amas de casa fregando doscientas cincuenta vajillas compuestas de piezas diversas tres veces al día, y verás lo que ganamos industrializando nuestras amas de casa.

—Pero no se fíen demasiado de lo que digo —prosiguió—. Estamos menos mecanizados que muchos hoteles y restaurantes. Hemos logrado simplemente que la producción en cadena esté al alcance de todos como consecuencia de nuestro vivir comunitario. Podemos aventajar a los hoteles introduciendo algunas prácticas de ahorro de trabajo que requieren un poco de ingeniería cultural.

Se detuvo momentáneamente, pero nadie le preguntó lo que él esperaba—. La bandeja de cristal, por ejemplo —dijo casi con petulancia—. Un adelanto importantísimo, pero imposible para los restaurantes que han de servir a un público cuyos gustos están llenos de prejuicios.

Examinamos brevemente la cocina y la panadería, que, aparentemente, no se distinguían por ninguna contribución especial de ingeniería cultural, y volvimos al Paseo.

8

Encontramos sitio cerca de las ventanas de un salón pequeño y transportamos hacia él algunas sillas para poder ver el paisaje que lentamente se oscurecía. Frazier parecía no tener un tema de discusión preparado de antemano y empezó a simular que estaba un poco cansado. Castle, por el contrario, debía tener muchas cosas que decir, pero por lo visto debió creer que era yo quien debía empezar la conversación.

—Te estamos muy agradecidos por tu amabilidad —dije a Frazier —, no solamente por dejarnos visitar Walden Dos, sino por dedicarnos tanto de tu tiempo. Temo que te suponga una carga.

—Al contrario —dijo Frazier—. Recibo una compensación por hablar con vosotros. Se dan diariamente dos créditos de trabajo por encargarse de los huéspedes en Walden Dos. Yo puedo aceptar solamente uno, pero aun así es una ganga, porque estoy más que suficientemente pagado con vuestra compañía.

—¿Créditos de trabajo? —dije.

—Perdona. Me había olvidado de explicarlo. Los créditos de trabajo son una especie de dinero. No son monedas ni billetes; sólo entradas en un libro de cuentas. Todos los productos y servicios son gratis, como vieron en el comedor esta noche. Cada uno paga lo que usa con mil doscientos créditos de trabajo al año, unos cuatro por cada día laborable. Cambiamos su valor de acuerdo con las necesidades de la comunidad. Con dos horas de trabajo por crédito en una jornada de ocho horas laborales, podríamos funcionar con enormes ganancias. Nos limitamos, sin embargo, a ganar un poco más de lo justo para no perder. Un sistema basado en las ganancias es malo incluso cuando el obrero consigue para sí los beneficios, porque el esfuerzo de trabajo suplementario no se compensa con ningún beneficio por grande que sea. Lo único que pedimos es poder gastar, con un ligero margen de seguridad; de acuerdo con él establecemos el valor de los créditos de trabajo. En el momento presente es aproximadamente de una hora de trabajo por crédito.

—¿Quieres decir con esto que los miembros de la comunidad trabajan sólo cuatro horas diarias? —dije. Y hubo en mi voz un matiz de virtud ultrajada, como si hubiera preguntado si todos eran adúlteros.

—Sí, como promedio —replicó Frazier con tranquilidad. Y a pesar de nuestro evidente interés por el tema se desvió ligeramente del mismo—. El sistema de créditos hace también posible evaluar un trabajo en relación con su deseabilidad. Después de todo, un hombre disfruta más o menos según lo que hace; es el tipo de trabajo lo que cuenta. Así pues, sencillamente asignamos diferentes cantidades de créditos a las diversas clases de trabajo, y las ajustamos de vez en cuando de acuerdo con la demanda. Bellamy sugirió este principio en su libro *Mirando hacia atrás*.

—Un trabajo tan desagradable como limpiar alcantarillas tendrá gran valor, supongo —dije.

—Exactamente. Alrededor de 1,5 créditos por hora. El pocero trabaja algo más de dos horas diarias. Ocupaciones más agradables tienen valores muy bajos, 0,7 ó 0,8. Eso implica cinco horas diarias, o incluso más. Trabajar en los jardines de flores tiene un valor bajísimo: 0,1. Nadie puede vivir de ello, pero a mucha gente le gusta pasar un rato así y se lo pagamos. A la larga, cuando los valores han sido calculados, toda clase de trabajos son igualmente deseables. Si no lo fueran existiría mayor demanda del más deseable y cambiaríamos el valor del crédito. De vez en cuando, si algún tipo de trabajo parece que se rehuye sin causa, forzamos una preferencia.

—Supongo que pondrán cintas magnetofónicas en los dormitorios que repitan continuamente: «Me gusta trabajar en las alcantarillas. Las alcantarillas son muy divertidas»... —dijo Castle.

—No. Walden Dos no es de esta clase de nuevo mundo —dijo Frazier—. No hacemos propaganda. Es el principio básico. No niego que fuera posible. Podríamos lograr que el trabajo más pesado apareciera como el más honroso y deseable. Algo de eso se ha hecho siempre, sobre todo en el pasado, para facilitar el reclutamiento de voluntarios para el ejército, por ejemplo. Pero aquí, no. Pueden decir que hacemos propaganda de *todo* trabajo, si quieren, no veo objeción en ello. Si podemos hacer el trabajo más agradable mediante la autoeducación, ¿por qué no hacerlo? Pero me estoy saliendo del tema.

—¿Y dónde deja el conocimiento y habilidad requeridos por muchas profesiones? —dijo Castle—. ¿No se interfiere esto con la libre oferta de trabajos? Espero que no se permitirá que una persona cualquiera ejerza como médico.

—No. Por supuesto que no. El principio sufre alteración cuando se requiere una larga preparación, pero aun así, las preferencias de la comunidad como tal determinan el valor final. Si nuestros médicos estuvieran notablemente recargados de trabajo *de acuerdo con nuestros standards* sería difícil conseguir jóvenes que escogieran tal profesión. Debemos procurar que haya suficientes médicos que se ajusten al horario

normal dentro de los límites standard de Walden Dos.

—¿Y si nadie quisiera ser médico? —dije.

—Nuestro problema es exactamente el inverso.

—También pienso yo así —dijo Castle—. Demasiados jóvenes querrán ocupaciones interesantes a pesar del exceso de trabajo. ¿Qué hacen entonces?

—Que vean las plazas que hay disponibles, y que decidan. Nos gusta tener más médicos de los necesarios, por supuesto, y podríamos siempre buscar algún tipo de trabajo para ellos, pero no podemos ofrecer más ejercicio estrictamente médico del que permite nuestra fastidiosa buena salud.

—Entonces no ofrecen una libertad personal completa, ¿no es así? —dijo Castle con una excitación casi morbosa—. No han resuelto realmente el conflicto entre una sociedad tipo «laissez-faire» y una sociedad planificada.

—Creo que sí lo hemos conseguido. Deben saber, sin embargo, algo más acerca de nuestro sistema educativo antes de que les pueda mostrar cómo lo hemos logrado. El hecho es que es muy improbable que en Walden Dos haya una sola persona con tal apego a un tipo de tarea que se considere desgraciado si no se le permite ejercerla. Y esto puede aplicarse también a las chicas en lo que se refiere a elegir profesión. Esa envidia personal se desconoce aquí casi totalmente y por una sencilla razón: les ofrecemos una experiencia amplia y muchas alternativas atrayentes El tierno sentimiento de «una y solamente una» tiene menos relación con la estabilidad de corazón que con la unicidad de oportunidad. Lo más seguro es que nuestros candidatos sobrantes a estudiantes de medicina encuentren otros caminos abiertos que pronto se les convertirán en muy atrayentes.

—Aun así veo otro problema —dije—. Seguro que tenéis alguna forma de gobierno. Pues bien, no sé cómo podéis lograr que exista una libre elección de puestos gubernamentales.

—Nuestro único gobierno es el Consejo de Planificadores —dijo Frazier con un cambio de tono que sugería que inconscientemente le había animado a comenzar otra de sus acostumbradas arengas—. El nombre data de los días en que Walden Dos existía sólo sobre el papel. Hay seis Planificadores, normalmente tres hombres y tres mujeres. Los sexos tienen tanta igualdad aquí que nadie mira con envidia la igualdad. Pueden servir durante diez años, pero no más. Tres de los que hemos estado en el Consejo desde el principio nos retiramos este año.

Los Planificadores son responsables del éxito de Walden Dos. Dictan normas, revisan el trabajo de los Administradores y vigilan el estado de la comunidad, en general. También desempeñan ciertas funciones judiciales.

Se les otorgan seiscientos créditos por año de servicio, lo que representa dos créditos diarios. Otro por lo menos debe ganarse con trabajo estrictamente físico. Esta es la razón por la que sólo puedo reclamar un crédito por actuar como su Virgilio a través de «*il paradiso*».

—Era Beatriz —le corregí.

—¿Cómo eligen a los Planificadores? —dijo Rodge.

—El Consejo elige como sustituto a una de cada dos personas propuestas por los Administradores.

—¿Los miembros de la comunidad no votan? —dijo Castle.

—No —respondió enfáticamente Frazier.

—¿Qué función tienen los Administradores? —pregunté en seguida.

—La que su nombre indica: especialistas encargados de los departamentos y servicios de Walden Dos. Tenemos Administradores de Alimentos, Salud, Ocio, Artes, Odontología, Productos lácteos, Industrias varias, Abastecimiento, Escuela de Jardineras, Educación Superior, y muchos más. Solicitan trabajadores de acuerdo con sus necesidades, y su oficio es la función administrativa, la cual subsiste después que han delegado en los demás todo el trabajo posible. Realizan el trabajo más duro. Quien busca y consigue un puesto de Administrador es un individuo excepcional. Debe poseer gran habilidad y un interés real por el bienestar de la comunidad.

—Supongo que ellos sí serán elegidos por los miembros, ¿no? —dijo Castle, pero era obvio que no esperaba respuesta afirmativa ni cosa que se le pareciera.

—Los Administradores no ocupan cargos honoríficos; son, por el contrario, especialistas cuidadosamente adiestrados y probados. ¿Cómo podrían los miembros medir su habilidad? No. Su trabajo es muy parecido al de los funcionarios públicos. Los aspirantes a Administrador ocupan previamente puestos intermedios que implican mucha responsabilidad y proporcionan la experiencia necesaria.

—Entonces los miembros no tienen voz ni voto —dijo Castle con voz cuidadosamente comedida, como si archivara la observación para su uso futuro.

—Ni desean tenerlo —dijo llanamente Frazier.

—¿Deben tener algún título académico los Administradores? —pregunté con rapidez.

—Algunos, sí. El Administrador de Salud es uno de nuestros médicos: el Sr. Meyerson. Pero la palabra «título» poco significa entre nosotros. Toda la educación superior es subvencionada por la comunidad y se considera como parte de nuestro capital común, igual que cualquier otra herramienta.

—¿El Sr. Meyerson? —dije—. ¿Los médicos no son «doctores»?

¿Licenciados de verdad?

—Tan doctores y licenciados como tú quieras, y provistos de un título conferido por una prestigiosa facultad de Medicina. Pero, entre nosotros, no usamos títulos honoríficos. ¿Por qué llamarle *Doctor* Meyerson? A nuestro Administrador de productos lácteos no le llamamos *Lechero* Larson. La profesión médica ha sido muy lenta en desprenderse de las trapacerías de la medicina pre-científica. Por fin está abandonando la treta de la receta cifrada, pero el título honorífico le es todavía muy querido. En Walden Dos...

—Entonces sólo hacéis distinción entre Planificadores, Administradores y Trabajadores —dije para cortar lo que amenazaba convertirse en un discurso interminable.

—Y Científicos. La comunidad sostiene cierta cantidad de investigación. Actualmente, se llevan a cabo experimentos con crías de animales y plantas; se realizan estudios sobre control de comportamiento infantil, procesos educativos de varios tipos, y aprovechamiento de nuestras materias primas. Los Científicos reciben la misma cantidad de créditos de trabajo que los Administradores: dos o tres, según el trabajo.

—¿Nada de ciencia pura? —exclamó Castle con cierta ironía.

—Sólo en nuestros tiempos libres —exclamó Frazier—. Y no me perturban sus ojos altaneros hasta que me demuestre que existen lugares donde se obra de otra forma. Nuestra política es mejor que la de sus instituciones educativas, donde el presunto científico se auto-financia mediante la enseñanza.

—¿Te has olvidado ya de nuestros centros de investigación pura? —dije.

—¿Pura? Querrás decir totalmente confusos en lo que respecta a medios y fines. Te reto a que me cites cinco. Por el contrario, esas instituciones exigen un rendimiento establecido de antemano. ¿Conoces a algún científico «puro» de nuestras universidades que no deseara emplear dos horas diarias en un trabajo físico, en lugar de la profundísima tarea a la que es compelido en nombre de la educación?

No tenía preparada una respuesta, pues debía considerar la ingeniería cultural requerida para igualar las dos posibilidades. Mi silencio empezó a ser significativo y traté de desviar la conversación.

—¿Por qué todos han de ocuparse en trabajos serviles? —le pregunté—. ¿No supone eso una pésima utilización de la mano de obra en el caso de personas con talentos y habilidades especiales?

—No hay tal pésima utilización. Algunos seríamos lo suficientemente inteligentes para sobrevivir sin trabajo físico, pero somos también lo suficientemente inteligentes para darnos cuenta de que, a la larga, esto

significaría un peligro. La clase privilegiada crecería como un cáncer hasta que su presión sobre el resto de la comunidad llegaría a ser intolerable. Es posible que no viéramos las consecuencias nefastas en esta generación, pero sería imposible concebir una sociedad estable, estructurada de esta forma. Al hombre inteligente le molesta sentir que su trabajo es realizado por cualquier otro. Es lo suficiente sensible para sentirse afectado por pequeños resentimientos que, multiplicados por millones, supondrían su caída. Quizá recuerde sus propias reacciones cuando otros se han impuesto a él; quizá haya tenido una educación ética más severa. Llámenlo conciencia, si quieren.

Echó la cabeza hacia atrás y examinó el techo Cuando prosiguió, su tono era dramáticamente distante.

—Esta es la virtud de Walden Dos que más me gusta —prosiguió—. Nunca encontré felicidad alguna en ser servido por otros. Nunca me gustaron los grandes banquetes, pues me imaginaba demasiado bien lo que estaría pasando por la trastienda de la vida. —A las claras se vio que había tomado esta expresión de alguien, pues la juventud de Frazier no había sido precisamente acomodada. Pero, de repente, continuó en un tono de voz fuerte y clara que no dejaba lugar a dudas sobre su sinceridad—. Aquí, un hombre puede llevar muy alta la cabeza y decir: «He hecho lo que me tocaba hacer».

Parecía algo avergonzado de su acaloramiento, de su ostentación de sentimientos, y no pude evitar la sensación de un extraño afecto hacia él. Castle, sin embargo, no debió apreciar estos matices y prorrumpió abruptamente: —¿Pero es que no se puede controlar una habilidad excepcional de forma que no conduzca a la tiranía? ¿Es que no es posible convencer al trabajador manual de que está haciendo el tipo de trabajo para el que está mejor dotado, y de que la persona inteligente también trabaja de verdad?

—Concedo que la persona inteligente trabaja de verdad —respondió Frazier burlándose de sí mismo con esfuerzo—. Nadie se ofendería por el hecho de que nuestros Planificadores y Administradores usaran corbata si quisieran. En el fondo, tiene usted toda la razón. Con una estructura culturalmente adecuada, una sociedad podría existir sin tropiezos aunque el trabajo físico no estuviera equitativamente repartido entre todos. Podría ser incluso posible, mediante una estructura de este tipo, sostener una pequeña clase privilegiada sin que ello representara un serio peligro. Una sociedad bien organizada es tan eficiente y productiva que un pequeño sector de la población desperdiciado no tiene importancia. Un sistema de castas, usando como criterio de división, los cerebros y los músculos, podría funcionar porque entra dentro del interés de los cerebros ser razonables con

los músculos.

—Entonces, ¿por qué insistir en «músculo para todos»? —dijo Castle con impaciencia.

—Sencillamente, porque cerebros y músculos no son nunca exclusivos. Nadie es todo cerebro o todo músculo, y nuestras vidas deben ajustarse a esta realidad. Es fatal olvidarse del elemento minoritario..., fatal tratar a los músculos como si no tuvieran cerebro, y quizá con más razón, fatal tratar a los cerebros como si no dispusieran de músculos. Una o dos horas de trabajo físico diario es una buena medida de salud. Los hombres han vivido siempre de sus músculos. No debemos dejar atrofiar nuestros músculos más grandes solamente porque hemos encontrado mejores medios de usar los músculos más pequeños. Todavía no se ha producido un «Hombre Pensador» puro. Pregunten a cualquier médico sobre las enfermedades profesionales de los desocupados. Por ciertos prejuicios culturales que Veblen describió, el médico no puede recetar más que golf, gimnasia o cortar leña... siempre y cuando el paciente no tenga que cortar leña por necesidad. Pero lo que al médico le gustaría decir es: «Ande, váyase usted a trabajar!»

Existe todavía otra razón mejor por la que los cerebros no deben despreciar a los músculos —continuó Frazier—. Hoy en día, quien ocupa los puestos directivos es el tipo listo, el que usa los músculos pequeños. Éste, en Walden Dos, planifica, obtiene materiales, inventa modos de hacer cosas, evalúa tendencias, lleva a cabo experimentos. En un trabajo de este tipo, el Administrador debe controlar al administrado, debe comprender sus necesidades, debe conocer a fondo sus problemas. Por eso a nuestros Planificadores, Administradores y Científicos se les obliga a ganarse sus créditos de trabajo en tareas manuales. Esto constituye nuestra garantía constitucional de que no se olvidarán de los problemas que aquejan a los que usan los músculos grandes.

Nos quedamos callados. Nuestras figuras reflejadas en los cristales de las ventanas se mezclaban confusamente con las últimas huellas de la luz del sol en el cielo de poniente. Por fin, Castle exclamó:

—Pero... ¡cuatro horas diarias! ¡No acabo de creerle! ¡Piense en la lucha que ha sido necesario llevar a cabo para poder establecer una semana de cinco días con cuarenta horas laborables! ¡Qué no darían los industriales por conocer su secreto! ¡O los políticos! Sr. Frazier, nos vemos obligados a admirar la vida que nos está presentando, pero tengo la misma impresión que si nos estuviera exhibiendo una hermosa dama flotando misteriosamente en el vacío, con una especie de halo a su alrededor para resaltar su embrujo. Y, para colmo, a la hora de descubrirnos la trampa, nos dice que la dama está sujeta por un leve hilo... La explicación es tan dura de

aceptar como la ilusión misma. ¿Dónde está realmente la prueba de que todo esto es cierto?

—¿La prueba de un hecho consumado? ¡No sea absurdo! Pero quizá pueda complacerle si le digo cómo supimos qué podía hacerse antes de que lo intentáramos. —Ya sería algo —dijo Castle secamente. —Muy bien —dijo Frazier—. Tomemos una semana cualquiera de siete días con ocho horas laborables por día. Entre paréntesis vale la pena resaltar que la semana de cuarenta horas laborables y cinco días no ha llegado todavía a todos los rincones de la nación; muchos campesinos llamarían a esto unas auténticas vacaciones. Bueno, pues la semana completa a que me refiero supone casi tres mil horas laborables por año. Nuestro plan primitivo fue reducirlas a mil quinientas. De hecho, las redujimos aún más. Pero, ¿cómo estar seguros de que podíamos dividirlas por la mitad? ¿Quiere una respuesta que lo satisfaga?

—Si existe, realmente me sorprenderá —dijo Castle.

—Muy bien —dijo Frazier rápidamente, como espoleado por la actitud de Castle—. Ante todo, tenemos el hecho obvio de que cuatro es más que la mitad de ocho. Trabajamos con más habilidad y más rápidamente durante las cuatro primeras horas del día. El posible efecto de una jornada laboral de cuatro horas es enorme, supuesto que el resto del día el hombre no efectúe demasiado esfuerzo. Hagamos un cálculo moderado en previsión de aquellas tareas que no puedan acelerarse, y digamos que nuestras cuatro horas son el equivalente de cinco en el contexto de las ocho normales de ustedes. ¿Concedido?

—Si no se lo concediera, sería un obcecado —dijo Castle—. Pero todavía le queda un largo camino hasta llegar a las ocho horas...

—Segundo —dijo Frazier con una sonrisa confiada que prometía alcanzar las ocho horas a su debido tiempo—, tenemos la motivación adicional que nace cuando un hombre trabaja para sí mismo en lugar de hacerlo para un jefe que se queda con todo el beneficio. Se trata de un verdadero «salario con incentivo», y su efecto es prodigioso. Se evitan los desperdicios, la calidad del trabajo es superior, y la lentitud deliberada se convierte en inconcebible. ¿Podríamos deducir de esto que cuatro horas de quien trabaja para sí mismo equivalen a seis de quien trabaja para el vecino?

—Y espero que nos harás observar —dije— que cuatro horas trabajadas en estas condiciones no son más duras que seis de normales. Perder el tiempo no hace el trabajo más fácil. El aburrimiento es más fatigoso que un trabajo intenso. Pero, ¿cómo compensas las dos horas restantes?

—Séame permitido recordar que no todos los norteamericanos capaces de trabajar poseen, en este momento, un empleo —dijo Frazier—. De hecho, estamos equiparando las ocho horas diarias de algunos con las cuatro de

todos prácticamente. En Walden Dos no tenemos clase ociosa, ni ancianos prematuros, imposibilitados, borrachos, criminales, ni mucho menos, enfermos. No tenemos paro obrero debido a mala planificación. Tampoco se paga a nadie para que no haga nada y puedan, de este modo, mantenerse los standards laborales. Afortunadamente, nuestros niños empiezan a trabajar a una edad temprana, en forma moderada. ¿Con qué se queda, Sr. Castle? ¿Puedo añadir otra hora más a las seis que van ya?

—Me temo que le voy a tener que permitir más que eso todavía —dijo Castle con sorprendente buena voluntad.

—Seamos conservadores —dijo Frazier claramente complacido— y digamos que cuando un presunto obrero trabaja cuatro horas para sí, su rendimiento equivale quizá a los dos tercios del de otros obreros que trabajan siete u ocho horas para otra persona. Ahora bien, ¿qué más podemos decir de estos trabajadores? ¿Aprovechan sus cualidades? ¿Han sido cuidadosamente seleccionados para el trabajo que realizan? ¿Sacan el máximo partido de las máquinas y los métodos automatizados que ahorran esfuerzo y tiempo? ¿Qué porcentaje de tierras en los Estados Unidos están tan mecanizadas como las nuestras? ¿Acogen bien los obreros los procedimientos y sistemas automatizados e intentan aún mejorarlos? ¿A cuántos buenos trabajadores les es permitido ascender a niveles más productivos? ¿Cuánta formación reciben los obreros para hacerlos lo más eficientes posible?

—No tengo por qué hacerle mucho caso en cuanto a la mejor utilización de la mano de obra —dijo Castle— si se permite a los miembros de la comunidad la libre elección de sus puestos de trabajo.

—Es una extravagancia, tiene razón —dijo Frazier—. Nos superaremos en la próxima generación. Nuestro sistema educativo se encargará de ello. De acuerdo. No se añada nada a las pérdidas debidas a talentos desperdiciados por estar colocados fuera de su sitio — se calló por un momento, como calculando si podía permitirse tal concesión.

—Todavía te falta justificar una hora — recordé.

—Ya sé, ya sé —dijo—. Pero, ¿y nuestra simplificación en la distribución de productos y los empleos que con ella han desaparecido? ¿Cuántos puestos de trabajo hemos sencillamente eliminado? Paséense por una calle de cualquier ciudad. ¿Con qué frecuencia vemos a gente ocupada en algo realmente provechoso para la comunidad? Encontramos un Banco, y más allá, una compañía de préstamos. Y una agencia publicitaria. Y luego una empresa de Seguros. Y otra... — No fue una demostración efectiva, pero Frazier parecía feliz haciendo tal observación aun a costa de su dignidad personal—. Nos resulta muy difícil explicar los Seguros a nuestros niños. Asegurarse, ¿contra qué? Y una funeraria... ¡un crematorio se ocupa de

nuestras cenizas cuando llega la hora! —Se apartó de este tema con un movimiento de cabeza—. Y aquí y allí, y por todas partes, bares y tabernas totalmente superfluas. En Walden Dos no se prohíbe beber, pero todos dejamos de hacerlo en cuanto satisfacemos las necesidades responsables de este hábito en el mundo entero.

—Si se me permite interrumpir esta jira por la ciudad —dije—, ¿cuáles son esas necesidades?

—Bien, ¿por qué bebes? —dijo Frazier.

—No bebo... mucho. Pero me gusta tomar un cocktail antes de comer. En realidad, las personas que me rodean no significan mucho para mí hasta que lo he bebido.

—Yo, por el contrario, las encuentro agradabilísimas —dijo Frazier.

—Aquí es diferente —dije, cayendo miserablemente en su trampa. Frazier y Castle se rieron estrepitosamente.

—¡Por supuesto que aquí es diferente! —saltó Frazier—. Necesitas tu cocktail para compensar la fatiga y el aburrimiento de una sociedad mal organizada. Aquí no tenemos necesidad de antídotos. Ni de drogas. En el fondo, ¿por qué bebes? O, mejor dicho... ya que veo que tú no eres un caso típico, ¿por qué beben los demás?

—¿Por qué?... Para olvidarse de las propias penas —balbuceé—. Por supuesto, ya sé lo que vas a contestar a esto. Digamos, para evadirse, para cambiar..., para disminuir las propias inhibiciones. Tú también tienes inhibiciones, ¿no es verdad? Pero quizá alguno de los presentes quiera echarme una mano. —Me volví con poco tacto hacia Bárbara, pero ella desvió la mirada.

Frazier se rió entre dientes un momento, y se lanzó de nuevo al ataque.

—Déjenme recordar algunos negocios que todavía no hemos eliminado y que son muy adecuados para comprender el problema del aprovechamiento de la mano de obra —dijo—. Los grandes almacenes, los mercados, las perfumerías, las tiendas de ultramarinos, los salones de exposición de automóviles, las tiendas de muebles, las de calzado, las pastelerías... todas están llenas de gente inútil que hace cosas inútiles. La mitad de los restaurantes se podrían cerrar para siempre. Aquí un salón de belleza y allí un cine. Y más allá, un salón de baile, y luego una bolera... Y, mientras tanto, autobuses y tranvías zumbando por las calles, transportando gente de un lugar inútil a otro igualmente inútil.

La visión era horrenda, y el argumento, devastador.

—¡Quédese con la hora que le falta para completar las ocho! ¡Y enhorabuena! —dijo Castle cuando vio que Frazier se tomaba un momento de reposo—. Debería haberme fiado de su palabra. Después de todo, como usted dice, es un hecho consumado.

—¿Les gustaría que llegara hasta las *diez* horas? —dijo Frazier. Sonrió juvenilmente y todos nos reímos—. No les he mencionado nuestro ahorro más espectacular de mano de obra.

—Entonces todavía te queda una oportunidad para aportar algo original —dije—. Debo confesar que no estoy tan impresionado como el Sr. Castle. La mayor parte de lo que has dicho hasta ahora es, más o menos, la crítica habitual de nuestro actual sistema económico. Te has acercado bastante a lo que los catedráticos criticamos.

—Por supuesto. Hasta los catedráticos lo saben. La economía de una comunidad es un juego de niños.

—¿Y las dos horas que prometiste? —dije, dispuesto a dejar pasar su sarcástica insinuación.

—*Cherchez la femme!* —dijo al fin. Se detuvo para gozar de nuestra confusión—. ¡Las mujeres! ¡Las mujeres! ¿Qué creen que han estado ellas haciendo durante todo este tiempo? ¡Son nuestro tesoro más precioso! ¡Hemos industrializado la técnica de ama de casa! Algunas realizan todavía faenas que hubieran formado parte de su tarea de ama de casa normal, pero aquí trabajan con mayor eficacia y alegría. Y por lo menos la mitad de ellas están disponibles para otro trabajo.

Frazier se apoyó en el respaldo con evidente satisfacción. Castle se incorporó y dijo:

—Estoy preocupado —exclamó con brusquedad—. Usted ha hecho que una jornada de cuatro horas parezca convincente por el argumento de que una gran parte de la población no trabaja en cosas productivas. Pero muchos de los trabajadores comprendidos en este grupo no viven tan bien como usted. Nuestro promedio actual de producción quizá necesite sólo cuatro horas diarias por hombre, pero eso no es suficiente. Creo que debe superarse algo el promedio Y mejor será que dejemos a un lado al labriego improductivo. No produce *ni consume,* ¡pobre diablo!

—Es verdad. Nos gusta un nivel de vida alto —dijo Frazier—. Pero nuestra riqueza individual es, en verdad, muy pequeña. Los bienes que consumimos no ascienden a muchos dólares y centavos por persona. Practicamos el principio de Thoreau de evitar la propiedad innecesaria. Thoreau observó que el obrero medio de Concord tenía que trabajar diez o quince años para conseguir solamente un techo con que cubrirse. Nosotros lo ganamos en unas diez semanas, contando incluso con un pequeño margen de seguridad. Nuestra alimentación es abundante y sana, pero no cara. Tenemos poco o ningún desperdicio en la distribución de alimentos y almacenaje, y nada en absoluto de pérdidas debido a necesidades mal calculadas. Lo mismo podríamos decir de otros productos. No sentimos la presión artificial de incentivos emotivos que estimulan un consumo

innecesario. Tenemos algunos automóviles y camiones, pero en cantidad muy inferior a los cientos de coches particulares y vehículos comerciales que tendríamos si no viviéramos en comunidad. Nuestra instalación de radio es mucho menos cara que los trescientos o cuatrocientos aparatos que tendríamos que tener... incluso considerando que algunos de nosotros fuéramos peones agrícolas sin radio. No, Sr. Castle. Nos esforzamos por alcanzar la libertad económica combinando un altísimo nivel de vida con un consumo de bienes muy bajo. Consumimos *menos* por persona que el promedio de los norteamericanos.

Fuera, había ya oscurecido y se respiraba un ambiente de calma. Sólo podía oírse el rítmico y apagado croar de las ranas y el canto de los pájaros que se filtraba a través de los conductos de ventilación. El mismo edificio se había quedado tranquilo. Nadie había entrado en el salón desde hacía tiempo, y algunas luces estaban apagadas. Una agradable modorra empezó a apoderarse de mí.

Por supuesto —dijo Frazier frunciendo el entre cejo—, este es el aspecto menos interesante de Walden Dos. —Pareció que un temor repentino de que nos estaba aburriendo le sobrecogió—. Y el menos importante también, absolutamente el menos importante. Pero, ahora no recuerdo... ¿a qué venía todo esto?

Porque confesaste que te pagaban por hablar con nosotros —dije—. Y yo añadiría hora que te pagan muy mal. No sé a cuántos dólares y centavos equivaldrá un crédito de trabajo, pero es una medida bien inadecuada para un atardecer tan agradable.

Los demás aprobaron mis palabras con murmullos de asentimiento, y Frazier sonrió con satisfacción.

Aprovechando que están con el ánimo tan bien dispuesto —dijo— debo decirles que también se les permite contribuir con créditos de trabajo mientras permanecen aquí. Pedimos sólo dos por día, puesto que no entran legalmente en la comunidad ni se visten a expensas nuestras.

Es justo —dije, pero quedé un poco desconcertado.

—No les escatimamos ni las comidas que consumen ni el espacio que ocupan; tampoco tememos que una impresión de holgazanería pueda producir mella en la moral de nuestros miembros. Les pedimos que trabajen porque se sentirían poco a gusto entre nosotros si no lo hicieran. Sean ustedes francos, prescindiendo de la acogida calurosa que les hayamos otorgado, ¿no tendrían pronto la sensación de que son una carga para nosotros y deberían irse? Sin embargo, con un par de horas diarias de trabajo pagarán plenamente los servicios que la comunidad les presta e, incidentalmente, les hará mucho bien. Podrán quedarse todo el tiempo que quieran sin miedo a

vivir a nuestras expensas y, dado que recibo un crédito diario por actuar como guía, no tienen por qué creer que son una rémora para mí.

—¿Existiría alguna objeción en que un visitante, un escritor, por ejemplo, trabajase dos horas diarias y se quedase para siempre? —pregunté— De esta forma, podría disponer de mucho tiempo para dedicarse a su oficio, comprar su propia ropa y asegurarse su propio futuro sin llegar a ser miembro.

—No pondríamos objeción alguna, pero pediríamos que la mitad del dinero ganado durante su permanencia entre nosotros se entregara a Walden Dos.

—Bien, bien. Entonces —gritó Castle— sería posible que un miembro acumulase una fortuna propia... escribiendo libros, por ejemplo, en sus ratos libres.

—¿Y para qué? —dijo Frazier. La observación pareció cogerle de sorpresa, pero su tono cambió inmediatamente—. De hecho, es imposible. *Todo* dinero ganado por los miembros pertenece a la comunidad. Parte de nuestro intercambio con el exterior proviene de empresas privadas de este tipo.

—Me parece que es un trato algo injusto para el miembro, si lo comparamos con el huésped, ¿no? —dijo Castle.

—¿Qué hay de injusto? ¿Para qué quiere el miembro el dinero? Recuerde que el huésped no recibe servicios médicos, ropa, seguro de retiro o enfermedad.

Frazier se había levantado mientras acababa de hablar, y todos seguimos su ejemplo. Era evidente que era ya suficiente para el primer día.

—No obraría en bien de los intereses de la comunidad —dijo Frazier— si les retuviera por más tiempo y no les dejara que se fueran a acostar. Mañana pediremos una jornada completa de trabajo de todos ustedes. ¿Conocen el camino de sus habitaciones?

Quedamos en reunimos a las diez de la mañana del día siguiente, y nos despedimos. Castle y yo condujimos a nuestro grupo por El Paseo, silencioso y apenas iluminado. En ese momento nos dimos cuenta de que nos habíamos quedado solos. Nuestros compañeros, por razones que ellos sabrían mejor que nosotros, dieron media vuelta y salieron al aire libre.

—Espero que mañana trabajarán a pleno rendimiento para conseguir sus dos créditos reglamentarios —dijo Castle—: Enemigos del pueblo, eso es lo que habría que llamarles...

9

Me levanté a la mañana siguiente con la sensación de ignorancia total de la hora que era, típica en un cambio de horarios o costumbres. La cortina estaba corrida y la luz irreal que se difundía por la habitación podía significar tanto el crepúsculo como el mediodía. Lo mismo el pasillo que la campiña parecían en calma, aunque pude oír a las ovejas con la claridad suficiente para adivinar que ya las habían llevado al otro lado del riachuelo.

Por fin la incertidumbre me forzó a bajar de la litera. Casi me sorprendió encontrar mi reloj en los pantalones, pues me había acostumbrado a dejarlo siempre en el mismo lugar durante la noche. Estaba todavía en marcha y marcaba las ocho y media. Castle dormía.

Me vestí y atravesé el pasillo con mi máquina de afeitar y mi cepillo de dientes. Diez minutos más tarde golpeé suavemente con los nudillos para ver si Rodge y Steve estaban ya despiertos. Pero me equivoqué de cuarto. Mary abrió la puerta y pude ver, durante un instante a Bárbara, que se encontraba durmiendo en la parte inferior de la litera con el rostro cubierto por un mechón de cabello rubio.

Mary dio un paso hacia el pasillo y cerró la puerta. Ya estaba vestida, y respiraba toda ella una especie de limpia claridad.

—No se ha levantado todavía —dijo suavemente.

—Ni tampoco mi compañero —dije señalando hacia mi puerta. Nos reímos en silencio, como si fuéramos conspiradores — ¿Y los chicos?

Mary se encogió de hombros.

—Deberían estar levantados ya —dijo—. Steve se acostó temprano.

—No lo entiendo —ironicé.

—No lo interprete mal —dijo sonriendo—. Steve y yo salimos juntos desde hace mucho tiempo.

—Vamos a ver si se han levantado —le sugerí—. Llamé suavemente a su puerta, y nos miramos el uno al otro con curiosidad mientras escuchábamos. No hubo respuesta.

—Hagamos novillos y vamonos a desayunar juntos —dije—. Los dos solos.

Mary accedió rápidamente. Parecía sorprendida y complacida a la vez. Subimos por las escaleras y empezamos a avanzar por El Paseo que estaba

desierto, lo mismo que la mayoría de las salas comunes. Vimos a un individuo trabajando laboriosamente en un despacho y a tres mujeres limpiando el polvo y charlando alegremente, pero eso fue todo. Flotaba en el ambiente un delicioso aire matinal.

—¡Me siento formidable! —dije, respirando profundamente.

—Igual que yo. Anoche todo estaba tan *tranquilo*...

—No sabría decirle si he dormido o no —dije—. Algo he debido dormir, desde luego, puesto que cuando me puse en la cama eran las diez de la noche y ahora son las nueve menos cuarto de la mañana.

Mis palabras resultaron algo forzadas y académicas para Mary, pero, al cabo de unos momentos pareció disfrutar con ellas. Probablemente, mi observación le debió chocar por ser momentáneamente ininteligible para ella y ahora sonreía al descubrir que dicha observación era un simple juego de palabras.

El comedor no estaba tan vacío como El Paseo. Cogimos bandejas y nos quedamos de pie cerca de un mostrador calentado por vapor esperando el servicio. En ese momento alguien me tocó el brazo. Era un joven de aspecto avispado, con una servilleta en la mano, que parecía morderse los labios para no reírse.

—Sírvanse, por favor —dijo cordialmente, con un gesto señalando unos platos cubiertos. Y se retiró a una mesa, cerca de la puerta del comedor estilo inglés, todavía riéndose para sus adentros.

Nos servimos huevos revueltos con jamón y un plato de cereales variados, producto especial de Walden Dos que resultó ser delicioso. De una mesa cercana podían cogerse pequeños vasos de sidra dulce sazonada o jugo de uvas. Encontramos sitio bajo la lámpara de uno de los salones modernos. Entonces me di cuenta de que nos habíamos olvidado del café.

—¿Con leche y azúcar? —pregunté, retrocediendo hacia la puerta. Mary dio un brinco.

—Voy con usted —dijo. Empecé a protestar, pero ella añadió —Bárbara dice que nadie sirve aquí a una dama—. Me callé.

—No la estaba tratando como a una dama —no pude por menos de decir—. Podía traer yo las dos tazas ahora, usted al mediodía, y así sucesivamente. Piense... ¡menudo avance de ingeniería humana! Estoy seguro que el señor Frazier lo aprobaría. Y, no sé... ¿cuántas horas-hombre ahorraríamos al año?

—Ni que fuéramos a comer juntos todo el año —dijo Mary, con sorpresa aunque complacida.

—¡Qué pena! Entonces todas esas horas se desperdiciarán.

—¿Y qué? —dijo Mary animándose progresivamente—. No vamos a

tardar tanto en aprender a buscar el café para el desayuno.

—Verdaderamente, verdaderamente —dije frunciendo el ceño—. ¡Qué estúpido soy!

—¡Tonto! —dijo alargándome una taza.

Estaba orgulloso de mí mismo. En el corto espacio de cinco o diez minutos había superado la barrera que me separaba de esta linda jovencita. Su miedo, casi reverente, al catedrático había desaparecido. No es que pudiéramos hablar al mismo nivel —gracias a Dios, no todo el mundo puede hablar la espúrea lengua académica a la que yo estaba condenado—, pero, ya no estábamos en dos planos personales diferentes.

Quería afianzar mi victoria, ampliar nuestro terreno común. Había mencionado a Bárbara, y me figuré que era un tema del que podíamos hablar sin reparos. También tenía curiosidad por conocer el tipo de relación que existía entre ellas.

—¿De modo que Bárbara... —dije mientras llevábamos el café a la mesa.

—Es muy simpática —dijo Mary— Y bonita, ¿verdad? No he visto a nadie como ella.

—¿Le gusta?

Afirmó enérgicamente con la cabeza.

—Me gusta mucho.

—Rodge parece estar encantado con ella —dije.

—*Sí,* lo está.

Intuí que eso no era toda la verdad.

—¿Cuándo se casan? —pregunté.

—No lo sé.

Evidentemente algo pasaba entre Rodge y Bárbara, y no sabía si Walden Dos tenía algo que ver con ello. Me encontraba en un estado de ánimo propicio al chismorreo que era obvio Mary no compartía, y no podía arriesgarme a perder la atmósfera agradable de nuestro desayuno por forzarla demasiado a hablar.

—Desearía saber qué tenemos que hacer esta mañana —dije— para conseguir nuestros créditos de trabajo.

—¿Y cuanto tiempo nos ocupará? Steve debería haberse levantado ya.

—Bueno, me imagino que tendremos tiempo de sobra.

Dos créditos, dijo Frazier. Todos haremos algo tremendamente servil, y acabaremos en diez minutos.

—No creo que me gustara hacer algo tan pesado —dijo Mary seriamente.

—¿La satisfaría más algo así como un crédito por hora?

Pero Mary estaba sencillamente aturdida y tuve la sensación de que el

ambiente se estaba enrareciendo. Afortunadamente, la cosa no empeoró. A través de la puerta del cuarto de servicio vimos a Rodge y Steve dirigiéndose, con sus bandejas, hacia el calentador. Mary no pudo contenerse y fue hacia ellos. Les enseñó cómo servirse y colocar vasos de sidra en las bandejas. Llevé nuestro desayuno medio consumido a una mesa más grande y pronto estábamos charlando alegremente. La sorprendente animación de Mary al hablar con Steve dejó muy malparado mi imaginado triunfo anterior.

Nos enteramos de que Steve y Rodge se habían levantado temprano y no estaban en su cuarto cuando llamamos a su puerta. Habían dado un paseo hasta el terraplén, al otro lado del estanque. Bárbara y Castle, nos dijeron, estaban ya despiertos y vendrían pronto.

Castle fue el primero en aparecer, moviéndose animadamente por el cuarto de servicio con su característico paso saltarín, compuesto por una especie de brinco, paso y salto. Nos saludó con la mano desde el depósito de café, y, al llegar a la mesa, entrechocó los tacones y sonrió de oreja a oreja. Le hicimos sitio e interrumpimos nuestra conversación para verle devorar el desayuno.

Rodge se había levantado al aparecer Castle, y en seguida nos dimos cuenta de que estaba ayudando a Bárbara en el cuarto de servicio. Venía detrás de ella cuando llegó a nuestra altura. Bárbara nos saludó con su más suave «Buenos días» y dio las gracias a Rodge de modo formulario cuando éste le puso la bandeja en la mesa y le acercó una silla.

Se notó una enorme falta de espontaneidad en la conversación que siguió. Bárbara hablaba sin parar, y fue ella quien saludó a Frazier en nombre de todo el grupo cuando éste por fin apareció.

Cuando surgió el tema de los créditos de trabajo, Bárbara exclamó dramáticamente: —Somos sus esclavos, maestro. Haga lo que quiera con nosotros—. Frazier la miró con sorpresa, pero ella no le miró a la cara.

Después del desayuno nos presentamos a la Oficina de Trabajo situada en uno de los salones comunes.

—¿Qué ofrece usted para mis amigos? —dijo Frazier a la joven encargada.

Bsta, consultó un pequeño fichero.

—Se quedarán hasta el lunes al mediodía, ¿no es verdad? Cinco días: diez créditos. Les puedo dar trabajo a razón de 1,2 que no requiere experiencia previa. Podrían trabajar todos juntos, a no ser que usted prefiera separarlos.

—No hay necesidad. Podrán ver el resto de la comunidad en su tiempo libre. ¿Qué les parece?

—El ama de llaves ha pedido que se desarmen y limpien los ventanales

de doble cristal esmerilado del lado meridional del edificio. Hay que sacar la ventana exterior con destornillador, limpiar los dos lados con cuidado, poner de nuevo la juntura aislante y colocar por fin los cristales ya limpios. Si sus amigos se organizan en equipo, acabarán pronto. Dos horas diarias durante tres días consecutivos a razón de 1,2 les dejará el domingo libre.

Frazier se volvió hacia nosotros. —¿Qué tal si limpian ventanas? —preguntó. Se oyeron tenues murmullos de aprobación—. Muy bien, pues. Anótelo. Avise al ama de llaves y yo les daré lo que necesiten.

Me temo que nos marchamos sintiéndonos algo así como un pelotón de prisioneros. Castle, concretamente, se puso en fila con una obediencia exagerada, como si alguien hubiera dudado de su buena voluntad. Y cuando volvimos hacia El Paseo él dio la vuelta con un movimiento de neta factura militar.

Al otro lado del Paseo entramos en lo que parecía ser un pequeño almacén ropero. El encargado nos proporcionó monos con cremalleras, más o menos a medida, y a las chicas les dieron pañuelos para el pelo. Volvimos a nuestras habitaciones para vestirnos, puesto que el día era algo caluroso y pensamos que sería conveniente quitarnos algo de ropa. Minutos después nos presentamos al ama de llaves, que resultó ser un hombre, para que nos diera instrucciones y utensilios. Dejamos a Frazier no sin antes quedar citados para comer juntos.

Teníamos que limpiar todas las ventanas del lado meridional del edificio principal, empezando por el oeste. Para mejor adelantarnos en el espíritu del «ama de casa industrializada» nos organizamos de la siguiente manera: Rodge y Steve, los dos más ágiles, quitarían los cristales y los dejarían apoyados contra la pared, sobre pedazos de lona; Castle y yo daríamos la primera mano con esponja y gamuza a los cristales ya sacados y a las partes fijas de las ventanas; Bárbara y Mary, por su parte, pulirían los cristales con un paño y un líquido especial. Rodge y Steve, o quizá Castle y yo, según el tiempo que nos sobrara, quitaríamos las juntas aislantes que impedían que los cristales se empañaran y las pondríamos de nuevo en su sitio.

Nos pusimos manos a la obra. A Rodge le habían dado un destornillador que se manejaba como una manivela, y los cristales salieron con toda facilidad. Trabajó en extraordinaria coordinación con Steve. Me impresionó la exactitud con la que cada uno se anticipaba a los movimientos o necesidades del otro, aparentemente sin hacerse señales de ninguna clase. Con nosotros sucedió lo contrario. Castle me causó la impresión de un payaso. El encargado del ropero había calculado mal su tamaño por tener la cara más bien rechoncha, y su mono le quedaba arrugado como si estuviera todo él un poco desinflado. Trabajó con furiosa

seriedad. Cuando salió el primer cristal, se avalanzó para ayudar a llevarlo a la pared más cercana, pero tuvo que agarrarlo de tal modo que le fue preciso andar hacia atrás, dando pasos cortos y rápidos como si le hubieran atado las piernas. Más tarde, se cayó, con esponja y cubo, y mojó las lonas, siendo necesario retirar el cristal y fregar el suelo. Pronto, sin embargo, llegamos a un grado de rutina satisfactorio y la tarea empezó a avanzar con rapidez Mary, como podía esperarse, se sentía a sus anchas, lo mismo que Rodge y Steve. Actuaba rápida, eficazmente, y al mismo tiempo con una facilidad natural que era delicioso observar. Bárbara se había colocado el pañuelo en forma de turbante, pero me chocó la torpeza con que manejaba el líquido limpiacristales y el paño de sacar brillo. Le faltaba también naturalidad y se refugió en una serie de bromitas que consiguieron escaso éxito.

Rodge y Steve pronto desaparecieron en la sala siguiente y los perdimos desvista hasta el mediodía. Castle y yo pudimos avanzar dos habitaciones más que las chicas. A esta hora del día los salones y los cuartos de lectura estaban poco concurridos. Los visitantes ocasionales observaron nuestros movimientos con invariable buen humor y, normalmente, hacían algún comentario amistoso.

A las doce vinieron Rodge y Steve, diciendo que habían acabado de quitar cristales y que iban a empezar a ponerlos de nuevo por donde habíamos empezado. Castle y yo conseguimos también terminar nuestro trabajo, y retrocedimos a echar una mano a las chicas. Rodge y Steve nos alcanzaron cuando estábamos justamente acabando, y nos felicitamos mutuamente por nuestra inteligente planificación dándonos todos la mano.

Volvimos a nuestras habitaciones para cambiarnos de ropa. La cara de Castle estaba roja y respiraba profundamente. Se dejó caer en una silla.

—¡Uf! —dijo suavemente.

—Después de todo —dije—, es mejor que poner notas en los libros de calificación.

—O corregir los trabajos de los alumnos —acordó conmigo, dando un puntapié a su maleta, que estaba junto a la pared—. Sin embargo, parece que poseo más facultades para el trabajo intelectual.

10

—El secreto de nuestro éxito económico —dijo Frazier mientras comíamos— es éste: huir de la cabra y del telar.

—Me pareció ver algunas cabras en el barranco —dije.

—Es verdad —dijo Frazier frunciendo rápidamente el ceño—. Y verás telares también, pero mecánicos.

—Espero que las cabras no sean mecánicas sino de la raza acostumbrada que devora hierba —dijo Castle. El color de sus mejillas había bajado de tono y se encontraba de excelente buen humor.

Frazier se unió a nuestra risa, pero fue el primero en dejar de reírse.

—Lo que pretendía hacer notar —dijo— antes de que mi figura retórica fuera tan desafortunadamente mal entendida, es que rehuimos la tentación de volver a métodos primitivos de cultivo e industria. Las comunidades son normalmente más ricas en mano de obra que en materia prima y en capital, y esto ha conducido frecuentemente a la fatal creencia de que no era necesario economizar la mano de obra.

—Así me lo hubiera imaginado yo —dije.

—Nunca hay *trabajo* de sobra, porque éste ha de mantenerse en un nivel mínimo por razones psicológicas. Pero un modo mejor de explicar la cabra y el telar, si la expresión no es mal entendida otra vez por nuestros catedráticos, es que las Utopías surgen normalmente del desprecio hacia la vida moderna. Nuestro punto de vista aquí, sin embargo, no implica atavismo de ninguna clase. Miramos hacia el futuro, no hacia el pasado, y sobre todo, miramos hacia una realidad mejor.

—¿No han hecho algo así como volver al trabajo del campo? —dijo Rodge.

—Todos tenemos que volver al trabajo del campo para alimentarnos y vestirnos, o de lo contrario alguien tiene que hacerlo por nosotros. No es que hayamos retrocedido en el curso del progreso técnico. Nadie se interesa más que nosotros por disminuir la mano de obra. Ningún industrial se ha esforzado tanto por desprenderse de un puesto de trabajo innecesario. La diferencia es que nosotros nos desprendemos del trabajo, no del trabajador.

—Pero, a fin de cuentas, ¿qué hay de malo en el trabajo duro? —dije—. ¿Por qué te preocupas tanto porque no exista aquí?

—No hay nada malo en el trabajo duro, ni nos preocupamos por evitarlo. Simplemente tratamos de evitar el trabajo no creador y carente de interés. Si pudiéramos satisfacer nuestras necesidades sin trabajar en absoluto de esa forma, lo haríamos. Pero esto nunca ha sido posible excepto mediante alguna forma de esclavitud, y no sé cómo podría hacerse si todos tuviéramos que trabajar y contribuir de igual manera. Lo que sí exigimos es que el trabajo de un hombre no coarte su espíritu o amenace su felicidad. De este modo nos queda tiempo para dedicar nuestras energías al arte, la ciencia, el juego, la práctica de habilidades, la satisfacción de curiosidades, la conquista de la naturaleza, la conquista del hombre... la conquista de sí mismo, nunca la de los demás. Hemos creado un ocio sin esclavitud, una sociedad que nunca se vanagloria o se lanza a la guerra. No nos podemos detener ahí, sin embargo. Debemos vivir nuestra responsabilidad hasta sus últimas consecuencias. ¿Podremos llegar a una Edad de Oro?

Frazier movió la cabeza como si el tema le resultara físicamente doloroso.

—Pero, dejemos esto —dijo en seguida—. Existen problemas más inmediatos.

Nos llevó a través de la cocina hasta un cuarto sin ventanas que debía ser un sótano excavado en la colina. Era una especie de despensa gigante, que guardaba todas las verduras y frutas necesarias para un año. Muchas estaban listas para ser almacenadas de un modo especial. Por ejemplo, las mazorcas de maíz fresco estaban bañadas en leche con objeto de sacarles las partes nutritivas mientras la corteza quedaba pegada a la tusa.

—El producto es delicioso —dijo Frazier—. Tienen que probar nuestro «soufflé» de maíz. Especialidad de la casa.

El administrador encargado del almacenaje de alimentos, explicó Frazier, puede reclutar un batallón de trabajadores especializados que hagan las conservas de verduras y frutas a su debido tiempo. Esta mano de obra puede también utilizarse para otros fines. Un agente de la comunidad se mantiene en contacto con los agricultores de la provincia y a menudo encuentra a alguno con una cosecha que no puede recolectar. La comunidad, entonces, hace un trato por el que lo recolectado se distribuye en partes iguales. De esta forma, ambos obtenemos beneficios considerables, ya que el agricultor, de lo contrario, perdería su cosecha.

Mandamos dos o tres camiones llenos de trabajadores por la mañana temprano —dijo Frazier— y vuelven al mediodía con provisiones para un año, de cerezas, fresas y tomates. Por la noche, toda la cosecha se ha preparado y congelado, a un costo muy reducido.

—Parecen una plaga de langostas —dijo Castle—. Tendrá en cuenta este vandalismo, supongo yo..., al probar que cuatro horas al día bastan.

Frazier o no recogió la indirecta o no quiso responder a ella. En vez de ello, nos instó a pasar cerca de un molino de harina e ir hacia la puerta trasera del edificio, donde vimos a dos hombres descargando recipientes de leche de un camión.

—Iremos en el camión a la lechería dentro de un momento —dijo Frazier—, y lo aprovecharemos para empezar desde allí nuestra visita a la granja. Esperaba que la señora Meyerson viniera también con nosotros. —Miró a su alrededor como dramatizando la espera.

Subimos al camión y nos agarramos con fuerza mientras nos bamboleábamos por el camino sin asfaltar que conducía a la cocina y los almacenes.

La lechería era la sección más moderna de la granja de Walden Dos. Las vacas, como las cabras de Castle, eran de la raza común que devoran hierba..., ¡pero se encontraban mecanizadas! La mantequilla, el queso y otros productos se fabricaban en una pequeña mantequería contigua y se utilizaba una cueva natural del Cerro de Piedra para ciertos experimentos en curar quesos especiales.

Encontramos al administrador responsable de esta parte de la granja. Frazier le dejó que nos explicara su funcionamiento, y la diferencia fue sorprendente. La información proporcionada por Frazier había sido hasta entonces altamente selectiva. Frazier prefería hablar de su amada ingeniería, de la conducta o del triunfo del hombre sobre la naturaleza... Normalmente éstos eran sus triunfos más fáciles. El administrador desconocía los principios generales. Su fuerte eran las vacas, leche, forraje y estiércol. La máquina que separaba la crema no ahorraba trabajo o tiempo; simplemente sacaba crema de la leche. Las vacas no eran, parte del ciclo «pasto-vaca-hombre-pasto»; eran sencillamente de raza Holstein y Guernsey de salud certificada, que daban determinada cantidad de kilos de mantequilla al año. Era agradable escuchar hechos tan simples, y estábamos tan absortos como si oyéramos el relato de un testigo presencial sobre la Leche del Paraíso.

De repente me di cuenta de que Frazier, en un sentido estricto, no tenía ideas muy claras de lo que decía. No sabía hacer un «soufflé» de maíz ni limpiar el estanque, probablemente desconocía cuándo era la época de recolección de los guisantes, o cómo debían ser almacenados, e incluso dudé de si podía distinguir el trigo de la cebada. En todas las artes domésticas y rurales que él amaba tanto, era sencillamente un aficionado cualquiera. Pensé en Emerson, en su granja de Brook, labrando el suelo por el gusto de hacerlo, y sentí la preocupación repentina de que Walden Dos pudiera ser un fracaso total. La competencia profesional de este joven experto, sin embargo, levantó mi ánimo. Mientras Frazier soñaba con

estructuras económicas y diseños culturales, él sacaba leche de las vacas.

Frazier sintió que el administrador de la lechería hubiera, de algún modo, alienado nuestros intereses, y mientras recorríamos el camino hacia la huerta, trató de recobrar su prestigio. Explicó que los actuales administradores se encontraban antes asociados en una cooperativa de agricultores que estaba al borde de la bancarrota, cuando Walden Dos apareció en escena y acudió en su auxilio. Se dio cuenta de que su intención era demasiado, obvia y echó mano de otro tema tan pronto como pudo. Señaló con el dedo hacia una pequeña edificación.

—Una auténtica proeza de ingeniería social —nos anunció, probablemente con algo de ironía, pero también con satisfacción de encontrarse en terreno conocido y favorable—. Es imposible andar entre ganado o fábricas de queso, entre cerdos o gallinas, sin quedar empapado de olores desagradables. Para eliminarlos, la limpieza normal no basta. Nuestros granjeros empezaron a sufrir cierto ostracismo por parte de los demás miembros de la comunidad, y el valor del crédito por este tipo de trabajo empezó a subir. Finalmente, nos decidimos a estudiar el problema seriamente. —Se encogió de hombros como si así fuera a resolverlo.

—Esta edificación —dijo— está dividida en tres compartimientos. Cuando los granjeros vienen a trabajar, se quitan la ropa en el primero. Después pasan al tercero y se ponen la ropa de trabajo. A la vuelta, se quitan la ropa de trabajo, se duchan en el cuarto de en medio, y se ponen la ropa normal.

Castle empezó un canto apacible:

—¿Adonde vas, bella doncella? A la ducha, dijo ella.

—Debería haberles explicado —dijo Frazier con rapidez— que hay dos series de vestuarios, una para cada sexo.

Paseamos por el borde de la huerta y Frazier nos señaló los gallineros, y, más hacia el sur, las pocilgas. Regresamos a los talleres, y Frazier entró en disquisiciones económicas. La comunidad, por supuesto, no se bastaba a sí misma. Necesitaba ciertos materiales y equipo, tenía que comprar combustible y pagar impuestos. Por ello hubo necesidad de crear un departamento de «comercio con el exterior», que hasta el momento no había dado resultados plenamente satisfactorios. La comunidad no había usado al máximo su potencialidad de mano de obra especializada; sin embargo, algunas industrias pequeñas estaban ya bien establecidas y otras empezaban a organizarse. La comunidad cubría sus gastos, pero a Frazier le parecía que podía hacerlo con mayor eficacia.

Noté que, de cuando en cuando, Frazier miraba de reojo en dirección al

edificio principal. Cuando llegamos de nuevo frente a los talleres, se sentó en la hierba y nos invitó a hacer lo mismo.

—La señora Meyerson acaba de salir del vestíbulo —nos anunció. Me volví para cerciorarme, pero los pinos me impedían verla. Frazier me observó y disimuló volviendo la cara, en la que aparecían rastros de una sonrisa reprimida—. Estará aquí dentro de diez minutos —continuó— y creo que es mejor esperarla.

Nos agrupamos a su alrededor mientras continuaba su análisis económico de la comunidad. Se esforzaba por ser interesante, pero a pesar de ello miraba la hierba con ojos inexpresivos y repetía, con voz cavernosa una frase estereotipada después de otra. De repente, con un gesto de impaciencia, levantó una mano y exclamó:

—¡Seré idiota! ¡No hay problema de ninguna clase! Nadie puede dudar seriamente de que una comunidad bien llevada es capaz de defenderse con éxito como agrupación económica. Hasta un niño puede probarlo. Los problemas auténticos son los psicológicos. No debería en absoluto hablar de esos detalles que sólo pueden desorientarlos.

Habíamos andado por el terreno fangoso de las huertas y Frazier cogió un palito y empezó a limpiarse los zapatos en silencio. En ese momento apareció la señora Meyerson por el pinar, caminando con paso gracioso aunque rápido y algo militar. Frazier se levantó inmediatamente y anduvo unos metros para salir a su encuentro. Ella le dio la mano izquierda y extendió la derecha hacia las dos chicas.

—Lo siento muy de veras. Espero que no hayan tenido que esperarme mucho —dijo. Se volvió a Frazier y añadió—. Lo de Bach salió muy mal, y Fergy nos tuvo ahí dale que dale.

Cruzamos el camino y llegamos al primero de una serie de edificios. Una nave industrial única contenía telares de diversos tamaños, mesas de trabajo con superficies muy bien pulimentadas, y estantes conteniendo piezas de tela y otros artículos. Para sorpresa de Frazier, el taller estaba vacío.

—Es un día demasiado hermoso para este tipo de trabajo —dijo—. Hay mucho que hacer al aire libre en esta época del año. Si hiciera mal tiempo hubiéramos encontrado este lugar lleno de vida. Manufacturamos todos nuestros tejidos y aun así nos sobra algo. Nuestros telares, ya lo ven, son mecánicos —se dio cuenta, de pronto, de que pisaba terreno resbaladizo— como creo que ya les he dicho —añadió sin una sonrisa—. No podemos hacer propaganda de nuestra ropa como si fuera de artesanía, pero los telares están montados con cuidado por tejedores especializados, y el producto es óptimo en todos los aspectos.

Nos detuvimos ante una máquina cardadora que contenía un poco de

lana pardo rojiza.

—¿Vieron nuestro rebaño de ovejas de color castaño en el cerro más lejano? —preguntó Frazier—. Una novedad. Conseguimos bellas mezclas de colores sin necesidad de usar...

La señora Meyerson lo interrumpió para hablar a las chicas y, sin decir una palabra a Frazier, las condujo a otro edificio. Frazier las miró en silencio y dejó la frase sin terminar. A través de un pasadizo nos trasladamos a un enorme taller de carpintería. Dos hombres estaban aplicando unas prensas a un mueble en reparación, pero por lo demás el edificio aparecía también sin personal.

—Es uno de los días en los que a uno más le apetece trabajar al aire libre —dijo Frazier claramente contrariado.

Un tercer edificio, del mismo tamaño aproximadamente, era un taller mecánico, y un cuarto edificio contenía muchos pequeños departamentos distribuidos a ambos lados de la nave central. Algunos, se nos dijo, eran laboratorios experimentales.

Salimos al exterior. Procedente del taller de carpintería oímos el quejido monótono de la cepilladora mecánica. Una apisonadora descansaba bajo un gran cobertizo, entre montones de tierra de diversos colores y bloques de barro terminados secándose encima de tablones. Varios hombres y mujeres estaban trabajando y comenté el hecho de que la mayoría de ellos fueran realmente jóvenes.

—Se están construyendo algunas habitaciones nuevas a continuación de los cuartos personales —explicó Frazier—. Estos jóvenes las ocuparán. Existe cierta satisfacción en edificar las propias viviendas. Una especie de instinto de construcción del nido. Ha venido a formar parte del proceso de enamorarse en Walden Dos. Por supuesto, personas especializadas dirigen la obra.

—Espero que no será lo único que hagan al enamorarse —balbuceó Castle.

Nos dirigimos al taller de calzado. Cuando entramos, vimos a un grupo de hombres y mujeres rodeando a Mary, quien estaba haciendo una demostración de una especie de bordado sobre un gran bastidor.

—Se lo enseñó su abuela —explicó Bárbara a Rodge—. ¡Es maravilloso!

Steve se las arregló para llegar junto a Mary y miró el bastidor. Lastimosamente susurró:

—¡Estaba seguro! ¡estaba seguro!

Era evidente, a juzgar por el clima de aprobación general, que la aportación de Mary se apreciaba y me sentí orgulloso de ella. Cuando el grupo se dispersó me di plena cuenta de que nadie le había dado las gracias ni expresado gratitud de forma alguna. Esto lo descubrí más tarde, estaba

así reglamentado en el Código de Walden Dos. Lo que me chocó, al recapacitar sobre el incidente, fue que Mary tampoco parecía esperarlo. Se contentó con callarse y, probablemente un poco orgullosa de sí misma, cogió a Steve por el brazo y le murmuró algo al oído. Por mi parte estoy convencido de que las demostraciones de agradecimiento la hubieran hecho sentir incómoda.

Eran casi las cinco, y mientras caminábamos hacia el pinar empezó a ser evidente que todos estábamos un poce cansados. Frazier nos insinuó que esperáramos un camión para que nos llevara hasta el edificio principal. Nos tumbamos cómodamente sobre la hierba, junto al camino, y me sentí soñoliento y feliz de que no se fueran a discutir más aspectos de Walden Dos, al menos en aquel momento.

—De modo que lo de Bach resultó mal, Rachel —oí decir a Frazier.

—Sólo al principio. Valdrá la pena oírlo.

—¿A las ocho?

—Sí. Poco más o menos.

—¿Cómo nos arreglamos para cenar?

—¿Por qué no cenáis más tarde que de ordinario y vais directamente al teatro? En realidad, habéis comido tarde.

—¿Vendrás con nosotros?

—No lo creo. Tengo que tomar el té con Fergy y los McIntyre, y esperaré a comer algo, después del concierto.

Siguieron hablando pero me encontraba narcotizado de cansancio y perdí el sentido de sus palabras. Más tarde oí el monótono ruido de un camión que se acercaba, y Frazier se levantó para salir a su encuentro. Aunque estaba cargado hasta los topes, nos hicimos un poco de sitio y Rodge y Steve se quedaron de pie en los estribos. Descendimos cerca de nuestro alojamiento, y quedamos en reunimos a las siete.

Rodge, Steve y las chicas desaparecieron inmediatamente en el interior. Me dirigí a la señora Meyerson:

—¿Era una coral de Bach de lo que hablaban antes?

—Sí —dijo complacida y un poco sorprendida—. Estamos ensayando algunas corales de la Misa *en Si Menor.*

—¡Estupendo! —dije—. Por diversas razones, nunca he tenido ocasión de oírla.

Empecé a mencionar las obras de Bach que conocía pero, en ese momento, Frazier dijo a Castle:

—Bien, ¿qué piensa ahora de la hermosa dama?

La señora Meyerson perdió interés en mi historia de la música y se volvió ligeramente hacia Frazier.

—¿Está de veras satisfecho de que no flote en el vacío? — prosiguió

Frazier.

Continué mi enumeración aunque sabía que mi interlocutora ya no me escuchaba.

—Temo que preferiría que fuera un sueño —dijo Castle—, pero ha sido interesante ver lo que había dentro.

—¿De qué demonios están hablando? —dijo la señora Meyerson interrumpiéndome con excitación no oculta.

—Nosotros también preferíamos que fuera un sueño, si es así como quiere denominarlo —continuó Frazier—. Nos gusta flotar en el vacío. Tenemos el suficiente *enfant terrible* dentro de nosotros para desear violar lo inviolable. Confieso que me gusta pensar en la hermosa dama como en una ilusión. Pero es de carne y hueso, kilo a kilo, y de veras que cumplimos todas las leyes.

—¡Fraze! —dijo la señora Meyerson, levantando su voz con un tono muy agudo—. ¿Qué demonios estás diciendo?

—Sencillamente que no estamos más libres de las leyes económicas que la encantadora ayudante de un prestidigitador lo está de la ley de la gravedad. Pero disfrutamos imaginando que sí lo estamos. El ocio es nuestro pecado.

—¡Oh!... No entiendo lo que dices —dijo la señora Meyerson con una sonrisa musical. Y mientras se iba, dijo: —¿Vienes, Fraze?

Les dijimos adiós, y Frazier y la señora Meyerson se alejaron rápidamente a través del césped en dirección a La Escala hablando y riéndose abiertamente.

—A propósito —dije a Castle cuando entrábamos— tengo la impresión de que el nombre de la hermosa dama es Rachel.

Fue una falsa agudeza. No tenía ni idea de lo que quería decir.

11

En el corredor cercano al cuarto de servicio había una cartelera informativa parecida a la de los programas de radio en los periódicos. En la parte izquierda estaban impresas las horas del día, y en la parte superior y horizontalmente, los nombres de las diversas secciones de Walden Dos: Teatro, Estudio 3, Jardín, Salón de Radio, Entrada Oeste, Salón Inglés y Salón Amarillo de Juego. Los anuncios de reuniones, festejos, conciertos, partidos, etcétera, estaban sujetos con clips en los lugares apropiados. Algunos de los que recuerdo, no todos inteligibles para mí, decían: «Hedda Gabler», «Grupo Curran», «Sinfonía de Boston», «Paseo en Camión a Cantón», «Baile Juvenil», «A.G.L.», «Grupo de Noticias», «Tap» y «Código Walden».

Mientras Castle y yo esperábamos al resto de nuestro grupo para cenar, me fijé en la columna de teatro a las ocho de la tarde. El aviso decía: «Bach (Grupo del señor Fergus). Tres Corales de la *Misa en Si Menor.* Cincuenta minutos».

Frazier apareció por uno de los salones.

—¿Encuentran algo de interés para ustedes? ¡Ofi!, veo que ya han localizado el anuncio de nuestro concierto.

—Ciertamente hay mucha actividad —dije, señalando hacia la cartelera con la mano.

—Sí, la hay. Y siempre es así. Más de lo que pueden imaginarse al contemplar estos pequeños caracteres de imprenta. A primera vista puede parecer que los anuncios carecen de interés. No tenemos titulares llamativos, luces deslumbradoras ni ninguno de los trucos con los que la industria del espectáculo envenena a un público inerte. Pero dentro de uno o dos días estos sencillos anuncios conseguirán despertar en ustedes el mismo entusiasmo que una brillante cartelera de espectáculos. Cuando no hay carteles de cuatro metros, los de dos bastan. Y cuando no hay de dos, los de uno cumplen bien con su cometido. No es el color, brillantez o tamaño de un cartel lo que atrae sino las experiencias que han acompañado a carteles similares en el pasado. La emoción es un reflejo condicionado. Esta cartelera constituye nuestro gran centro nocturno. Y su fulgor nos deslumbra.

Frazier examinó concienzudamente el aviso del concierto.

—Cincuenta minutos —leyó—. Suficientemente largo.

—¿Son los conciertos normalmente tan breves?

—Por lo general, sí. No tiene sentido un concierto largo. Aquí, al menos.

—¿Qué importa que sea aquí o en otra parte?

—En una ciudad, un concierto de cincuenta minutos sería imposible. A nadie le compensaría el dinero pagado.

—Pero si los precios fueran razonables...

—Mi querido amigo, el costo de la entrada es sólo una pequeña porción de lo que uno paga por ir a un concierto. Considere el desplazamiento, las horas perdidas, a menudo también el tiempo desapacible. Suponga que un desconocido le pide que vaya a una sala de conciertos Para recogerle un paquete. ¿Cuánto le cobraría? Si hay que pasar por todas esas molestias, no se conformará con menos de dos o tres horas de concierto. Pero existen solamente unas cuantas obras de importancia que requieren más de cuarenta y cinco minutos. Algunas óperas valdrá la pena oírlas por entero. Y, desde luego, la *Novena* de Beethoven.

—¿Y la *Misa en Si Menor?* —dije—.

—Algún día la oiremos completa. Depende de Fergy*. Pero, ¿qué otra pieza te gustaría oír que durara más de una hora, por ejemplo?

Esto me pareció una clara muestra de incultura.

—¿Qué tiene de malo un programa bien hecho? Un poco de variedad. El contraste entre estilos o estados anímicos.

—¿Crees que Beethoven escribió la *Quinta Sinfonía* para que se interpretara detrás de *Til Eulenspiegel?*

—No, pero sí detrás de cualquier otra cosa, me imagino.

—Únicamente porque encontró los mismos obstáculos con los públicos de entonces. No. Una obra musical es una experiencia que debe realizarse aisladamente. Y somos libres de hacer precisamente eso.

Vi a Steve y Mary que venían por El Paseo con varios jóvenes a quienes ya había visto en el taller de sastrería aquella tarde. Uno se adelantó hacia Frazier.

—¿Le importa que me lleve a sus amigos esta noche? No quieren oír la Misa.

—¿Cómo saben si les va a gustar o no? —dijo Frazier dirigiéndose algo disgustado hacia Steve y Mary —¿La han oído ya alguna vez?

—No, pero nos parece que no nos gustaría Preferimos ir al baile.

Vi que Mary me miraba. Hizo un gesto con las cejas para preguntarme

---

* «Fergy» : nombre amistoso y familiar por Fergus. *(N. del T.)*

si me parecía bien. Y yo asentí con la cabeza.

—¿Para cenar también? — preguntó Frazier. —Si no le importa.

Frazier, algo impaciente, los dejó ir, haciendo un gesto con la mano, y se fueron al comedor. En ese momento aparecieron Rogers y Bárbara, andando silenciosamente hacia nosotros. Rogers dejó que el amplio saludo de Bárbara sirviese para los dos, y nos fuimos a cenar.

—No sé cómo, pero hasta ahora —dijo Frazier, cuando encontramos una mesa en el comedor sueco— ustedes han evitado hacerme la mayoría de las preguntas superficiales que todos nuestros visitantes nos suelen hacer. Por ejemplo: «Si no trabajan, ¿qué hacen durante todo el día?» Les felicito. Estoy encantado con ustedes.

—Al contrario —dijo Castle—. Usted ha estado esperando dicha pregunta y se ha quedado frustrado al ver que no la formulábamos. Le pondré, pues, en el compromiso. Perdóneme por ser superficial, pero ¿qué hacen durante todo el día?

—Caso de ceñirme a un plan de exposición, sería por mi parte un error plantear tan pronto la pregunta. No tengo todavía mis armas preparadas. Cuando tengamos oportunidad de charlar sobre la administración psicológica de la comunidad les demostraré lo ridículo de la pregunta. Pero, ¿va en serio?

—Bastante en serio.

—¿Y no le basta la evidencia que tiene ante sus mismos ojos? Mire nuestra cartelera.

—No estoy muy convencido de que eso sea evidencia —dijo Castle—. El hacer una cosa cada minuto puede ser un gesto de desesperación, o el punto crítico de una batalla contra el aburrimiento.

—¡Bravo! —gritó Frazier—. Sr. Castle, usted debería haber sido el psicólogo y Burris, el filósofo. Puede que sea «el punto crítico de una batalla contra el aburrimiento». Magnífica metáfora. Hablaremos, sin embargo, del aburrimiento en otra ocasión. Sencillamente quería exponerles un aspecto de Walden Dos que no deben pasar por alto a la hora de juzgarnos. Me refiero a nuestro fomento de las artes. No nos encontramos en una época particularmente brillante ni en el arte ni en la música. Y, ¿por qué no? ¿Por qué nuestra civilización no puede producir el arte en la misma abundancia que ciencia y tecnología? Simplemente porque faltan las debidas condiciones. Aquí es donde entra en juego Walden Dos. En nuestra comunidad se dan estas condiciones.

—¿Qué se sabe en concreto de ellas? —dije un poco irritado por habérseme calificado de filósofo.

—No mucho, te lo concedo, pero sí lo suficiente. El ocio, por ejemplo. Una clase acomodada que facilite el ocio del artista es una característica de

una era artísticamente grande. No es que los artistas sean perezosos, sino que deben verse razonablemente libres de la responsabilidad de tenerse que ganar el sustento. ¿No consiste en esto la verdadera esencia del arte: en abrir de par en par las energías y los talentos que, en un mundo más estricto, deberían concentrarse en ganarse la vida?

—*Te* puedo demostrar que hay excepciones —dije—. Existen artistas que han trabajado mucho, aparte de su actividad como artistas.

—La excepción confirma la regla —dijo Frazier dogmáticamente—. Cuando los artistas y compositores no reciben ayuda, generalmente logran un poco de ocio mediante el descuido irresponsable de su trabajo. De aquí su reputación entre el público. Irresponsabilidad o segundad... El efecto momentáneo es el mismo. Pero a la larga un buen sueldo es más productivo.

—Dudo que las condiciones por ti mencionadas se encuentren ausentes de nuestra cultura actual —dije—. ¿Y los premios y las becas? ¿Dónde los dejas?

—Los premios son pan para hoy y hambre para mañana. No se puede estimular el arte únicamente con dinero. Lo que se necesita es cultura. Una oportunidad efectiva para artistas jóvenes. La profesión debe ser económicamente factible y socialmente aceptable, y los premios nunca consiguen eso. Se necesita aprecio. Tienen que existir públicos, no para pagar las entradas sino para disfrutar del arte. En resumen, realmente se sabe mucho de lo que hace falta. Debemos ayudar al artista antes de que haya probado su valor. Una cultura altamente productiva debe estimular grandes cantidades de jóvenes sin discriminación. La filantropía es incapaz de hacerlo; quizá podrá producir unas cuantas obras artísticas, pero eso son sólo los cimientos. Si sólo contamos con ella no podemos esperar que florezca una Edad de Oro.

Frazier tragó saliva cuidadosamente y continuó su perorata.

—Se cansarán de oír esto —dijo—, pero he de repetirlo hasta la saciedad. Una Edad de Oro, ya sea en arte, música, ciencia, paz o abundancia, está fuera del alcance de nuestras actuales técnicas económicas y gubernamentales. Algo saldrá por casualidad, como ha sucedido alguna que otra vez en el pasado. Pero nunca como fruto de un intento deliberado. En este mismo momento, innumerables hombres y mujeres inteligentes y de buena voluntad están tratando de crear un mundo mejor. Pero los problemas surgen más deprisa que su capacidad para resolverlos. Nuestra civilización corre como un caballo asustado, con el cuerpo cubierto de sudor y echando espuma por la boca. Y al correr, su velocidad y su pánico aumentan conjuntamente. En cuanto a sus políticos e intelectuales, aunque blanden sus armas y gritan de la forma más salvaje que pueden, se

muestran incapaces de dominar la bestia enfurecida.

—¿Y qué haría usted con un caballo desbocado? — preguntó Castle.

—Dejarlo galopar hasta que se desplome de agotamiento —dijo Frazier llanamente—. Y mientras tanto, ver qué se puede hacer con su descendencia. —Dejó de hablar para dirigir su atención a la bandeja. Me encontré enmudecido por este súbito chorro de metáforas, como si no debiera hablar hasta que encontrara palabras de exaltación similar. Frazier nos miró una o dos veces inquisitivamente, pero continuó cenando. Finalmente acabó y se limpió la boca con la servilleta.

—La música, por ejemplo —prosiguió diciendo—.

Si vivieran en Walden Dos y les gustara la música, podrían saciarse de ella si quisieran. No dedicarle unos minutos diarios, sino todo el tiempo y toda la energía de que fueran capaces sin llegar a perder la salud. Si les gusta oírla, tienen una discoteca extensa y, por supuesto, muchos conciertos, algunos a nivel profesional. Todos los programas de radio buenos se transmiten a través de nuestro sistema de altavoces que llamamos Red Walden y que pasan por el filtraje de un control que suprime los anuncios comerciales Si prefieren tocar, pueden recibir clases de casi todos los instrumentos dadas por otros miembros, quienes reciben créditos por este trabajo. Si tienen alguna habilidad, pueden hallar pronto un público. Todos vamos a los conciertos. Nunca nos encontramos demasiado cansados y la noche nunca es demasiado fría o húmeda. Incluso nuestros aficionados son muy populares, al menos entre los demás aficionados... *Se* lavan la ropa unos a otros, por decirlo de algún modo. Tenemos una atronadora banda militar, con un repertorio reducido, entre Sousa y von Suppé. Pero disponemos también de excelentes conjuntos de cuerda y de una pequeña orquesta sinfónica muy buena.

«Nuestros coros son especialmente populares. Los que les gusta cantar pueden participar en coros especializados en música filarmónica, composiciones musicales de mayor envergadura o introducirse en el Club Cantatas de Bach. Y todos tienen siempre la oportunidad de hacerlo activamente. En general, los cantantes se muestran extrañamente envidiosos unos de otros, pero aquí no. Entre nosotros no hay lucha por unas cuantas posiciones lucrativas, ni gran rivalidad por el aplauso del público, y todo ello lo hemos conseguido gracias a un poquito de ingeniería cultural.

Imagínense lo que esto significa para el joven compositor. ¡Algunas veces se presenta su obra antes de que esté completamente terminada! Incluso, a veces, amigos entusiastas le ayudan a concluirla. Y se comenta entre el público que le conoce y posee sólidos conocimientos musicales. No pueden ustedes ni imaginarse cómo todo esto estimula a un hombre hasta

que lo hayan visto con sus propios ojos. Recientemente he venido observando a un grupo de jóvenes escritores de canciones. Recuerdo que antes me parecía difícil creer que Schumann pudiera escribir tres canciones en un solo día, pero ahora lo creo. Aquí lo han hecho. Incluso un *Lieder* muy aceptable con gran sentido de la armonía moderna. Y nuestros compositores siguen conquistando nuevos campos Es inevitable. Es natural por el ritmo de composiciones que llevan hechas. Y los standards comerciales no nos influyen en lo más mínimo. Nuestro público crece con los compositores. Naturalmente, llegaremos a desarrollar nuestro propio género. Es la aurora. La aurora, por fin, de una Edad de Oro...

La voz de Frazier se hizo más lenta, y como un eco repitió imperceptiblemente: una Edad de Oro. Y a continuación prosiguió con mayor entusiasmo todavía:

—Piensen en el efecto que esto tiene sobre nuestros niños. Expuestos a la música desde la misma cuna... Una figura retórica, dicho sea de paso, pues hemos suprimido la cuna y creado un instrumento más eficiente. Niños a quienes se les da la oportunidad de seguir toda inclinación musical, con profesores excelentes y entusiastas, con público benévolo y de buen humor que espera ansioso sus primeras creaciones. ¡Vaya ambiente! ¿Cómo podrá el más mínimo residuo de habilidad musical dejar de encontrar su posible y más plena expresión?

—¡Pero una Edad de Oro de una comunidad que cuenta sólo con un millar de miembros! —dije—. ¿Cuántos genios esperas sacar de tan limitado surtido de genes?

—¿Pretendes hacer un juego de palabras? ¿O es que crees que los genios surgen de los genes? Bien, quizá sea así. Pero ¿es que acaso se ha intentado siquiera sacar el máximo jugo a los genes? He aquí el problema real.

De ningún modo puedes darme una respuesta, Burris, tú bien lo sabes. No ha habido en absoluto forma alguna de ofrecerla hasta ahora, porque nunca ha sido posible manipular el ambiente de la forma adecuada.

—¿Y qué me dices de las familias de músicos y los centros musicales? —dije—. ¿No demuestra todo esto que la herencia es importante?

—No, ¡eran los *ambientes*! —medio gritó Frazier—. La historia nunca te dará la respuesta. La historia nunca hace bien los experimentos. Se podrían sacar conclusiones contrarias de los mismos hechos. ¿Dónde estaban los genes antes de los días gloriosos de dichos centros? ¿Cómo se formaron? ¿Y adonde se fueron cuando la gloria se marchitó?

Frazier miró súbitamente al reloj.

—Llegamos tarde —dijo con alarma.

Dejamos las bandejas y nos dirigimos al teatro.

—Y no vayan a creer que nos especializamos sólo en música —prosiguió diciendo Frazier, volviendo el rostro para dirigirnos la palabra mientras nos conducía rápidamente al teatro—. Podría decirles lo mismo sobre la pintura, la escultura o cualquier otro arte.

—Maravilloso —dije—. Realmente maravilloso. Me estoy acordando de las pinturas de La Escala. Tengo intención de volver a verlas. ¿Son sus autores miembros de Walden Dos?

Frazier se detuvo rebosando júbilo.

—Todos —dijo—. Todos. ¡Pero nada de maravilloso! ¿Por qué tendría que serlo? — Con la prisa tropezó con varias personas. Luego tuvo que levantar el tono de voz cuando nos quedamos separados por otros individuos que iban en la misma dirección.

— ¡Nada de maravilloso! —gritó—. Ahí está precisamente el secreto. Condiciones apropiadas, eso es todo. Condiciones apropiadas, eso es todo... ¡Perdone! —dijo a alguien con quien tropezó—, eso es todo. Déseles una oportunidad, eso es todo. Ocio. Oportunidad. Estima.

Se rió súbitamente, y en un arrebato de optimismo ante el éxito con que nos había dejado deslumbrados, se sonrojó y se dejó llevar por lo que pareció un breve delirio maníaco y agitando las manos por encima de la cabeza, gritó: *Liberté! Egalité! Fraternité!*

El coro estaba ya en el escenario cuando entramos en el teatro. Los músicos estaban colocándose cerca de las candilejas, pues no había foso de orquesta. El director (Fergy, supongo) estaba ya frente a un atril improvisado en el pasillo central, dirigiendo la colocación de los atriles y las sillas de los músicos.

La sala quedó en silencio en el momento de sentarnos y, en ese instante, se apagaron algunas luces. Me quedé mirando a Fergy. quien se secaba la frente con un pañuelo enorme. Los temas de nuestra conversación anterior revoloteaban por mi cabeza... «genio» y «genes», «*égalité*», «Edad de Oro». Sí. Era la voz de Frazier, pero la mía surgía, de pronto, en violento desafío: *¿Por qué no? ¿Por qué* no?»

Un tenue murmullo se podía percibir en la silenciosa sala, como una especie de música divina que auguraba la llegada al paraíso.

¿Qué era, en resumidas cuentas, una Edad de Oro? ¿Qué la distinguía de otra cualquiera? La diferencia podría ser increíblemente imperceptible. Mayor estímulo personal. Tiempo para pensar. Tiempo para obrar. Un mero abrir las puertas a la oportunidad. Estima. Libertad. Igualdad. Sí, y, por supuesto, fraternidad. En realidad, un volar de ideas sin rumbo. ¡Y Frazier sólo las traducía!

Fergy levantó los puños al aire y miró al coro rápidamente de un lado a otro.

Pensé: tengo que leer todo lo que dice la psicología sobre la creación artística. Esto es lo que debería hacer. Había dictado algunos cursos de Experiencia Estética. Seguro que en la biblioteca encontraría algo.

Súbitamente sentí que me ruborizaba. ¡Qué fantásticos se habían vuelto mis hábitos académicos de pensar! «En la biblioteca encontraría algo». ¡Qué distinto lo habría dicho Frazier! Suspiré profundamente. ¿Podría escaparme alguna vez del mundo de los libros? Los ojos me escocían al recordar; me revolvía interiormente, casi vomitaba. En ese justo momento el coro exclamó: —«Kyrie eleison...»

No estaba en absoluto preparado para ello, y me acobardé como si hubiera recibido un golpe físico. Mi cuerpo se quedó terso como si presintiera un peligro y mis dedos atenazaron los brazos de la butaca.

No recuerdo casi nada del concierto. Estaba en la misma postura cuando acabó, y me sentí inseguro, incapaz de relajar los puños y unirme al aplauso. Observé a Frazier y a Castle, a ambos lados, aplaudiendo frenéticamente... y Fergy radiante de gozo y orgullo, haciendo reverencias a diestra y siniestra, y volviéndose para dar apretones de manos a los cantores. Una vez, mientras hacía una reverencia, me miró fijamente, por encima de las gafas, como monstruo imaginario, y supongo que si hubiera podido hablarme lo hubiera hecho con acento extraño y sus palabras hubieran sido:

«¿Le gusta? ¿Nuestra Edad de Oro? ¿De acuerdo?»

12

Nos reunimos temprano para desayunar, después de haber dejado preparada nuestra ropa de trabajo en nuestras habitaciones para cambiarnos más tarde. Castle se había sorprendido con el mono puesto, ante uno de los espejos de los cuartos de baño y, al ver su facha, rehusó presentarse en público vestido de tal forma a no ser que le pusieran un cartelito con la indicación «hombre trabajando». Pero no llegamos a necesitarlo. Frazier apareció justamente cuando acabábamos de desayunar y nos anunció que íbamos a pasar la mañana visitando las escuelas y que nos ganaríamos los créditos de trabajo por la tarde.

Nos condujo fuera del edificio y pasamos entre las hileras de flores en forma de arco hasta las pequeñas mesas campestres donde habíamos descansado el primer día de nuestra visita a Walden Dos. Grandes hojas de papel estaban sujetas a las mesas con tachuelas, y varios alumnos, la mayoría de diez a doce años, aunque dos o tres de ellos no eran ciertamente mayores de ocho, estaban dibujando sobre ellas, con lápiz negro, algo que parecían ser figuras de Euclides. Otros niños clavaban estacas en el suelo y las unían con cuerdas. Usaban pequeños teodolitos y un metro metálico. Por lo que pude ver, Euclides estaba siendo sometido a una demostración experimental.

Podría ser también trigonometría, no estoy seguro. Frazier parecía que no sabía mucho más que nosotros sobre ello. Se encogió de hombros ante una vacilante pregunta de Rogers y se apresuró a continuar su camino hacia la parte del edificio más cercana al lugar donde estaban *los* niños. Quizá quería enseñarnos las cosas por orden, pues éste resultó ser la guardería infantil.

Una joven con uniforme blanco nos recibió en una pequeña sala de espera cerca de la entrada. Frazier se dirigió a ella como Sra. Nash.

—Espero que el Sr. Frazier ya les habrá advertido —dijo ella con una sonrisa— que vamos a ser algo mal educados, pues les dejaremos ver sólo brevemente a nuestros bebés: queremos preservarlos de toda posible infección durante el primer año. Esto reviste especial importancia entre nosotros, ya que los niños son criados en grupo.

—¿Y los padres? —dijo Castle inmediatamente—. ¿No pueden ver a

sus hijos?

—¡Oh, sí!, siempre y cuando gocen de buena salud. Algunos padres trabajan en la guardería. Otros pasan por aquí todos los días, más o menos, aunque sólo sea durante unos minutos. Sacan el niño al sol o juegan con é! en un salón de juego. —La Sra. Nash sonrió a Frazier—. De esta forma conseguimos bebés muy resistentes.

Abrió una puerta y nos dejó que viéramos un pequeño cuarto en cuyas paredes se alineaban varias cabinas, cada una de las cuales estaba provista de un amplio ventanal. A través del cristal pudimos ver a niños de diversas edades. Ninguno tenía puesto más que un pañal, y no tenían ropa de cama. En una de las cabinas, un pequeño recién nacido de buenos colores dormía boca abajo. Otros bebés de más edad estaban despiertos y jugando con juguetes. Cerca de la puerta, un niño a gatas apretaba la nariz contra el cristal mientras nos sonreía.

—Parece un acuarium —dijo Castle.

—Con peces de gran valor —dijo la Sra. Nash como si la comparación no le fuera desconocida.

—¿Cuál es el tuyo? —le preguntó Frazier.

—Aquel dormidito —dijo la Sra. Nash señalando hacia el rincón opuesto—. Está casi listo para salir de aquí. Cumplirá un año el mes que viene. —Cerró gentilmente la puerta antes de que hubiéramos satisfecho nuestra curiosidad.

—Les puedo enseñar una de estas unidades en el cuarto de aislamiento que no está en uso en este momento.

Nos condujo por el pasillo. Abrió la puerta y entramos. Dos cabinas estaban colocadas junto a la pared.

—Éste es un modo mucho más eficaz de mantener caliente al niño, que la costumbre ordinaria de envolverlo en pañales y ropas —dijo la señora Nash abriendo una ventana de cristal irrompible para permitir que Bárbara y Mary miraran dentro—. El recién nacido necesita una humedad relativa ambiental de un 88% a un 90%. A los seis meses, 80% es, aproximadamente, lo mejor.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Castle con un poco de beligerancia.

—El bebé nos lo dice —dijo la señora Nash con agrado, como si esta pregunta tampoco le fuera desconocida.

—Usted conoce la anécdota sobre la temperatura del baño, ¿no, señor Castle? —interrumpió Frazier—. El agua del baño está bien, cuando al introducir al niño, éste no se vuelve ni rojo ni azul.

—Espero que... —empezó a decir Castle.

—Es sólo cuestión de uno o dos grados —se adelantó a decir la señora Nash—. Si el niño siente demasiado calor, se pone algo rosado, y

normalmente se echa a llorar. Siempre deja de llorar cuando se le baja la temperatura. —Giró la aguja de un termostato situado en la parte delantera de uno de los compartimientos.

—Y supongo que cuando se forma escarcha en la nariz del niño, señal de que está demasiado frío —dijo Castle tratando de dominarse.

—El niño se pone pálido —dijo la señora Nash sonriendo— y toma una postura curiosa, con los brazos estirados por los costados o un poco curvados. Con un poco de práctica se puede adivinar, con una ojeada, si la temperatura es correcta o no.

—¿Y por qué no los visten? —dijo Bárbara.

—¿Para qué? Para nosotros supondría lavado de ropa, y para el niño falta de confort. Lo mismo podemos decir de las sábanas y mantas. Nuestros niños se acuestan encima de un tejido plástico que absorbe la humedad y puede limpiarse en un momento.

—Da la impresión de ser muy cómodo —dije—. ¿Por qué no duermen todos ustedes así?

—Lo estamos ensayando —dijo Frazier, aparentemente muy en serio—. Nos ahorraría mucho lavado y, como bien dices, sería muy cómodo.

—Las ropas y las sábanas son un estorbo enorme —dijo la señora Nash—. Impiden el ejercicio del niño y le fuerzan a mantener posturas incómodas.

—Cuando un bebé sale de nuestra Primera Guardería —Frazier interrumpió— desconoce totalmente la frustración, la ansiedad y el temor. Nunca llora, excepto cuando está enfermo, lo cual ocurre raramente. Y siente un vivo interés por todo.

—¿Pero le preparan para la vida? —dijo Castle—. Ciertamente no se puede seguir así, evitándole toda frustración o las situaciones de temor.

—Por supuesto que no. Pero puede preparárseles para ellas. Se puede crear una tolerancia a la frustración introduciendo obstáculos gradualmente conforme el niño crece y se hace lo suficientemente fuerte para resistirla. Pero me estoy adelantando demasiado. ¿Quieres explicar algo más? —añadió dirigiéndose a la señora Nash.

—Creo que te gustará que les digamos algo del trabajo que nos ahorramos —dijo ella—. Como el aire es filtrado, bañamos a los niños sólo una vez por semana, y nunca tenemos que limpiarles la nariz o los ojos. No hay que hacer camas, por supuesto. Y es fácil evitar la infección. Las paredes están insonorizadas y los niños duermen bien sin molestarse unos a otros. Les hacemos seguir horarios diferentes y así la guardería funciona divinamente. Espera que piense... ¿hay algo más?

—Creo que es más que suficiente —dijo Frazier—. Tenemos mucho que ver hoy por la mañana.

—No tan rápido, por favor —dijo Castle—. Todavía no he quedado satisfecho. Me parece que están ustedes creando una serie de organismos totalmente inadecuados para enfrentarse con la vida. Temperatura controlada, dormir sin ruido... ¿pero no van a estar estos niños más tarde a merced de un ambiente completamente normal? ¿Es que pueden seguir mimándolos eternamente?

—Déjame contestar a eso —dijo Frazier a la señora Nash—. La respuesta es *no*. Nuestros niños son resistentes de modo singular. Es verdad que una molestia constante puede crear tolerancia, pero el resultado más frecuente es que el niño se cansa o se enerva. Introducimos incomodidades poco a poco, de acuerdo con la habilidad del niño para enfrentarse con ellas. Se parece mucho al proceso de inoculación.

—Otra cosa —dijo Castle—. ¿Y el amor materno?

Frazier y la señora Nash se miraron mutuamente y se echaron a reír.

—¿Se refiere usted al amor materno como esencia, señor Castle? —dijo Frazier.

—¡No! —dijo Castle encrespándose—. Hablo de algo concreto. Hablo del amor que la madre proporciona a su hijo..., el afecto...; bueno, para ser concretos, los besos, las caricias, todo eso que a uno, supongo, se le ocurriría. ¡No espere que yo le dé las características físicas del amor materno! —Estaba confuso y sonrojado—. Es muy real para el niño, ¡le apuesto cualquier cosa! —añadió oscuramente.

—Muy real —dijo pausadamente Frazier—. Y se lo suministramos en dosis generosas. Pero no lo limitamos a la madre, lo ampliamos al amor paterno también, al amor de todo el mundo, al amor comunitario, si prefiere llamarlo de esta forma. A nuestros niños se les trata con afecto, todos les tratamos con afecto, especialmente con afecto reflexivo, el cual no se encuentra sometido a accesos de mal genio debidos a un exceso de trabajo, di a descuidos fruto de la ignorancia.

—Pero la relación personal entre madre e hijo, ¿no es una norma intocable? Siempre creí que la personalidad entera se moldeaba de esa forma. —Castle acudió a mí en busca de confirmación profesional, pero le defraudé.

—Se refiere, supongo, a lo que los freudianos llaman ¡identificación! —dijo Frazier—. Estoy de acuerdo con su importancia, y la utilizamos eficientemente en nuestro sistema educativo. Pero, a no ser que usted sea un freudiano estricto, estamos perdiendo el tiempo con esta discusión. Aplacémosla, si le parece, hasta que hayamos visto a otro grupo de niños de edad más avanzada. ¿Puedes venir con nosotros a la Guardería Superior? —preguntó Frazier a la señora Nash.

—Espera que vea mi personal... —dijo ella. Desapareció en el

«acuarium», regresó casi inmediatamente, y nos condujo a otra nave del edificio.

13

Las viviendas de los niños de uno a tres años consistían en varias pequeñas salas de juego provistas de muebles miniatura, cuarto de baño, y una sala-vestuario con armarios. Los pequeños dormitorios funcionaban con el mismo principio de las cabinas. La temperatura y la humedad estaban controladas, de modo que no necesitaban ropa de vestir o de cama. Las camas estaban dispuestas como literas, con colchones de plástico parecidos a los de las cabinas. Los niños dormían sin ropa, excepto los pañales. Había más camas de las necesarias, de modo que los niños podían agruparse de acuerdo con criterios tales como: grado de desarrollo, enfermedades contagiosas, necesidad de supervisión, o, sencillamente, fines educativos.

Seguimos a la señora Nash hasta un porche cerrado con telas metálicas, situado en la parte meridional del edificio, donde varios niños jugaban con cubos de arena, columpios y toboganes. Algunos llevaban «pantalones de entrenamiento»; los demás iban desnudos. Más allá del porche había un jardín de juego con césped, rodeado por un seto podado donde, también desnudos, jugaban otros niños. En aquel momento se encontraban en plena actividad.

Al regresar, nos cruzamos con dos mujeres que llevaban comida en cestas. Dijeron algo a la señora Nash y la siguieron al porche. En un momento, cinco o seis niños vinieron corriendo a las salas de juego, entraron en los cuartos de baño, y se vistieron. La señora Nash nos explicó que se los iban a llevar de paseo.

—¿Y los niños que no van? —dijo Castle—. ¿Cómo se defienden contra el «monstruo de ojos verdes»? La señora Nash, confusa, no entendió. —Celos. Envidia —explicó Castle—. ¿No se sienten tristes los que se quedan?

—No lo entiendo —dijo la señora Nash. —Y espero que no lo intentes comprender —dijo Frazier con una sonrisa—. Mejor será que sigamos adelante. Nos despedimos e hice un esfuerzo por dar las gracias a la señora Nash, pero ella también acogió mis palabras con perplejidad y Frazier frunció el ceño como si hubiera cometido la violación de una norma de buen gusto.

—Creo que la extrañeza de la señora Nash —dijo Frazier mientras salíamos del edificio— es prueba suficiente de que nuestros niños rara vez son celosos o envidiosos. La señora Nash tenía doce años cuando se fundó Walden Dos. Era ya un poquito tarde para deshacer su educación anterior, pero, a pesar de ello, creo que lo hemos logrado. Ella es un buen ejemplar de lo que produce Walden Dos. Quizá podría aún recordar alguna experiencia de envidia, pero es evidente que ya no forma parte de su vida presente.

—Es claro que exagera —dijo Castle—. ¡Es imposible que se parezcan tanto a Dios! ¡A ustedes les acosarán las emociones tanto como al resto de los mortales!

—Podemos discutir el asunto de ser como dioses más tarde, si lo desea —replicó Frazier—. En cuanto a las emociones, no estamos libres de ellas, ni quisiéramos estarlo. Pero las más ruines y molestas, las emociones que dan pábulo a la infelicidad, son aquí casi tan desconocidas como, por ejemplo, la misma infelicidad. No las necesitamos ya en nuestra lucha por la existencia, y es más fácil para nuestro sistema circulatorio y, ciertamente, resulta más agradable pasarnos sin ellas.

—Si ha descubierto cómo hacerlo, en verdad que es un genio —dijo Castle. Parecía casi anonadado mientras Frazier afirmaba con la cabeza—. Todos sabemos que las emociones son inútiles y nocivas para nuestra paz de conciencia y para la presión sanguínea —prosiguió—. Pero ¿cómo conseguir cambiar las cosas?

—Nosotros, las cambiamos —dijo Frazier mostrando una mansedumbre de modales que interpreté como un signo de confianza.

—Pero las emociones son... ¡divertidas! —dijo Bárbara—. La vida sin ellas no valdría la pena de ser vivida.

—Algunas, sí —dijo Frazier—. Las emociones productivas y fortalecedoras de la personalidad: la alegría y el amor. Pero la tristeza y el odio, y las excitaciones de alta tensión como la cólera, el temor, la rabia, son desproporcionadas con las necesidades de la vida moderna, desgastan y son peligrosas. El Sr. Castle citó los celos; una pequeña variante de la ira, creo que podríamos llamarlos. Naturalmente, los evitamos. Han cumplido ya con su misión en la evolución de la especie humana. Ya no son necesarios. Si permitiéramos que siguieran existiendo, lo único que harían sería minar los cimientos de la vida. En una sociedad cooperativista como ésta no hay celos, por la simple razón de que no hay necesidad de ellos.

—Eso implica que ustedes consiguen todo lo que quieren —dijo Castle—. Pero ¿y las posesiones sociales? Anoche citó usted al joven que escoge una chica o una profesión determinadas. Ahí queda un resquicio para los celos, ¿no cree usted?

—No hay por qué deducir que conseguimos todo lo que queremos

—dijo Frazier—. Por supuesto que no. Pero los celos no nos servirían para nada. En un mundo competitivo, quizá sí. Pueden proporcionar energías para hacer frente a una situación frustradora. El impulso y la energía desarrollada son una ventaja. En efecto, en un mundo competitivo, las emociones funcionan a las mil maravillas. Consideren el fracaso continuo del hombre condescendiente. Gusta de una vida más serena pero por lo mismo probablemente menos fructífera. El mundo no está preparado para el simple pacifismo o la humildad cristiana, para citar dos casos concretos. Antes de poder eliminar sin tropiezos las emociones destructivas, debe estarse muy seguro de que ya no hay necesidad de ellas.

—¿Cómo os habéis convencido de que los celos no son necesarios en Walden Dos? — pregunté.

—En Walden Dos no se pueden resolver las cosas atacando a otros —dijo Frazier con marcada resolución.

—Pero eso, sin embargo, no es lo mismo que eliminar los celos —dije.

—Claro que no. Pero cuando una emoción en concreto no es ya una pieza útil dentro del mecanismo de la conducta, procedemos a eliminarla.

—Sí..., pero ¿cómo?

—Es un simple problema de ingeniería de la conducta — dijo Frazier.

—«¿Ingeniería de la conducta?»

—Quieras que pique en el cebo, Burris. Sabes perfectamente a lo que me refiero. Las técnicas se conocen desde hace siglos. Las utilizamos en educación y en la administración psicológica de la comunidad. No me tientes —añadió—. Lo estaba guardando para esta noche, pero ya que te empeñas, asestaré mis golpes ahora mientras el hierro está caliente.

Nos habíamos detenido a la puerta del gran edificio de los niños. Frazier se encogió de hombros, se dirigió a la sombra de un árbol grande, y se tumbó en el suelo. Nos sentamos a su alrededor y esperamos.

14

—Todo hombre —empezó diciendo Frazier— está empeñado en una batalla constante y sin cuartel con el resto de la humanidad.

—Premisa curiosa para una Utopía —dijo Castle—. Hasta un pesimista como yo ve la cosa de modo más esperanzador.

—Sí, sí —dijo Frazier—. Pero seamos realistas. Todos y cada uno tenemos intereses que están en conflicto con los intereses de los demás. Es nuestro pecado original, y no se puede remediar. Ahora bien, tíos demás» es lo que llamamos «sociedad». Es un contrincante poderoso, y siempre vence. Bueno, alguna que otra vez un individuo prevalece momentáneamente y consigue lo que quiere. A veces, arremete contra la cultura de una sociedad y altera ligeramente dicha sociedad en provecho propio. Pero a la larga, la sociedad acaba ganando, pues lo aventaja en número y en experiencia. La cantidad vence a la unidad. Y el hombre al niño. La sociedad ataca temprano, cuando el individuo no tiene defensas. Lo esclaviza casi antes de que pueda saborear la libertad. Las «logias» tratan de explicar la causa. La Teología define el fenómeno como formación de la conciencia o del espíritu de abnegación. La Psicología lo llama crecimiento del super-ego.

Considerando los siglos de existencia de la sociedad, uno creería que debieran haberse obtenido ya mejores resultados. Pero las campañas han sido deficientemente planeadas y la victoria nunca ha sido definitiva. Se ha moldeado la conducta de los individuos de acuerdo con patrones de «buena conducta» y nunca como resultado de un estudio experimental. Pero, ¿por qué no realizar experimentos? Las preguntas son bien sencillas: ¿cuál es la mejor conducta para el individuo en sus relaciones con el grupo? y, ¿cómo se puede inducir al individuo a comportarse de este modo? ¿Por qué no explorar esas cuestiones con espíritu científico? Vimos que precisamente eso lo podíamos hacer en Walden Dos. Habíamos ya elaborado un código de conducta, sujeto, por supuesto, a modificación experimental. El código ayudaría así a que todo funcionara sin roces, con tal de que cada uno lo viviera en la práctica. Nuestra labor consistió en hacer que todo el mundo lo cumpliera. Ahora bien, no se puede esperar que la gente cumpla un código útil con la misma perfección de un engranaje mecánico. No se pueden prever todas las circunstancias futuras y, por tanto, no se puede especificar,

en cada caso, el comportamiento futuro más adecuado. Se desconoce cuáles serán las necesidades del momento, y por ello, en su lugar, se tienen que proponer ciertos procesos de conducta que induzcan al individuo a moldear su propio «buen» comportamiento en cada momento. A esto se le llama «autocontrol». Pero no se confundan. El control siempre descansa, en definitiva, en manos de la sociedad.

Uno de nuestros Planificadores, un joven llamado Simons, cooperó conmigo en este trabajo. Era la primera vez en la historia que el asunto se trataba de modo experimental. ¿Tiene alguna objeción contra dicha afirmación, señor Castle?

—No estoy muy seguro de entender el sentido exacto de sus palabras —dijo Castle.

—Entonces, permítame que continúe. Simons y yo empezamos estudiando las grandes obras de moral y ética:

Platón, Aristóteles, Confucio, el Nuevo Testamento, los teólogos puritanos, Machiavello, Chesterfield, Freud y muchos más. Buscábamos todos y cada uno de los posibles modos de moldear el comportamiento del hombre por medio de las técnicas de autocontrol. Algunas de éstas eran claramente obvias pues han marcado un hito en la historia de la humanidad. «Amar a los enemigos» es un buen ejemplo... un invento psicológico para suavizar la suerte de un pueblo oprimido. La prueba más dolorosa que sufren los oprimidos" es la rabia constante que sienten al pensar en el opresor. Lo que Jesús descubrió fue cómo evitar esta destrucción interior. Su técnica fue *practicar la emoción opuesta.* Si un hombre llega a conseguir «amar a sus enemigos» y «olvidarse del mañana», no se verá acosado por el odio al opresor, o por la ira causada por la pérdida de su libertad o de sus propiedades. Podrá recuperar, o no, su libertad o sus posesiones, pero sin embargo se sentirá menos desdichado. Lección difícil. Una de las últimas en nuestro programa.

—Creí que ustedes se oponían a modificar las emociones y los instintos hasta que el mundo estuviera preparado para ello —dijo Castle—. Según usted, el principio de «amar al enemigo» tendría que haber sido suicida.

—Hubiera sido un suicidio a no ser por una consecuencia enteramente imprevista. Jesús debió sorprenderse un poco ante el resultado de su descubrimiento. Esta nos empezando a entender el poder del amor porque estamos empezando a entender la debilidad de la fuerza y de la agresión. Pero la ciencia de la conducta humana aclara ahora todo esto muy bien. Recientes descubrimientos en el análisis del castigo... ¡Ay!, perdónenme; me estoy yendo de un tema a otro. Permítanme que no me. detenga a explicar por qué las virtudes cristianas —y me refiero únicamente a las técnicas cristianas de autocontrol— no han desaparecido de la faz de la tierra,

aunque debo reconocer que, en tiempos recientes, se han salvado por un pelo.

Cuando Simons y yo habíamos terminado de coleccionar todas las técnicas de control, nos encontramos que todavía teníamos que descubrir cómo enseñarlas, lo cual presentaba mayores dificultades. Los métodos educativos en uso nos sirvieron de poco, y las prácticas religiosas sólo nos ayudaron ligeramente. Llegamos a la conclusión, generalmente admitida, de que la promesa del paraíso o la amenaza del fuego infernal son ineficaces. Se basan en un fraude fundamental que, cuando es descubierto, vuelve al individuo contra la sociedad y alimenta precisamente lo mismo que dicha promesa o amenaza tratan de borrar. Lo que Jesús ofreció en recompensa por amar al enemigo fue el cielo *en la tierra,* mejor conocido como «paz de espíritu».

»Encontramos algunas sugerencias dignas de que el psicólogo clínico las pusiera en práctica —prosiguió—. Nos propusimos engendrar tolerancia contra experiencias molestas. La luz del sol a mediodía es dolorosísima si se sale de un cuarto oscuro, pero aumentando gradualmente las dosis de claridad es posible evitar todo dolor. La analogía puede resultar desconcertante, pero de forma similar se puede producir tolerancia a estímulos dolorosos o desagradables, a la frustración, a situaciones que provocan miedo, cólera o rabia. La sociedad y la naturaleza presentan estas molestias al individuo prescindiendo totalmente d» si éste las tolera o no. Algunos lo consiguen, la mayoría fracasan. ¿Qué sería de la ciencia de la inmunización si no se controlaran las dosis inoculadas?

Tomemos, por ejemplo, el principio de «Apártate de mí, Satanás» —continuo Frazier—. Se trata de un caso especial de autocontrol mediante la alteración del ambiente. Sub-clase A-3, me parece. A todos los niños les damos un caramelo que ha sido previamente introducido en azúcar de modo que pueda notarse fácilmente si se ha puesto en contacto con la lengua y les decimos que se lo podrán comer más tarde, siempre que antes no lo chupen. Como el niño tiene sólo tres o cuatro años, es bastante dif...
—¡Tres o cuatro! — exclamó Castle.

—Toda nuestra educación ética se da por terminada a la edad de seis años —dijo Frazier tranquilamente—. Un principio tan sencillo como el de no pensar en la tentación puede adquirirse antes de los cuatro años. Pero a tan temprana edad, el problema de no chupar el caramelo no es fácil. Ahora bien, ¿qué haría usted, señor Castle, en una situación similar?

—Poner el caramelo fuera de mi vista tan pronto como pudiera.

—Exactamente. Veo que ha sido educado correctamente. O quizá fue usted mismo el que descubrió el principio. Fomentamos la búsqueda personal siempre que es posible, pero en este caso tenemos una meta más

importante y no dudamos en ofrecer ayuda verbal. En primer lugar, a los niños se les obliga a examinar su propia conducta mientras miran a los caramelos. Esto les ayuda a reconocer la necesidad de autocontrol. Entonces les escondemos los caramelos y se les pregunta si han notado un aumento en felicidad o una reducción de tensión. Inmediatamente, se les presenta una fuerte distracción; por ejemplo, algún juego entretenido. Más tarde, se les recuerda la existencia de los caramelos y se les anima a que examinen su propia reacción. El valor de la distracción, por lo general, aparece evidente. Bueno, ¿hace falta que siga? Cuando el experimento se repite un día o dos después, los niños todos corren con los caramelos a sus armarios y hacen exactamente lo que hubiera hecho el señor Castle. Señal clara del éxito de nuestra educación.

—Quisiera presentar una observación objetiva sobre mi reacción a lo que acaba de decir —dijo Castle, controlando su voz con gran precisión—. Me subleva interiormente esta demostración de sádica tiranía.

—No quisiera negarle el ejercicio de una emoción en la cual parece que usted encuentra placer —dijo Frazier—. Por lo tanto, permítame continuar. Ocultar un objeto tentador pero prohibido es una solución odiosa. Y además no es siempre factible. Es preciso conseguir una especie de ocultación psicológica... lograr la desaparición del dulce debido a que se deja de prestarle atención. En un experimento posterior colgamos caramelos al cuello de los niños, durante unas horas, como si fueran medallas.

—En vez de medalla, caramelo me fue colgado al cuello

declamó Castle

—Ojalá alguien me hubiera enseñado eso —dijo Rodge lanzando una disimulada mirada a Bárbara.

—Ojalá nos lo hubieran enseñado a todos, ¿no es verdad? —dijo Frazier—. Algunos aprendemos el autocontrol más o menos por casualidad. El resto va por la vida sin conocer siquiera su posibilidad y echando la culpa de su fracaso a la mala suerte.

—¿Cómo se puede producir la tolerancia ante una situación molesta? —dije.

—Bueno, por ejemplo, haciendo que los niños aprendan a «aguantar» calambres cada vez más dolorosos, o tomando cacao con menos azúcar cada vez hasta que puedan saborear una mezcla amarga sin hacer muecas.

—Pero los celos y la envidia..., eso no se puede administrar en dosis graduadas —dije.

—¿Por qué no? También se puede controlar el ambiente a esta edad. Por eso es por lo que empezamos temprano este tipo de entrenamiento ético.

Tomemos un ejemplo: unos chiquillos llegan a casa después de un largo paseo, cansados y hambrientos. Esperan que se les dé la cena. Pero, en vez de ella, se encuentran con que es la hora de la lección de autocontrol. Tienen que quedarse de pie, durante cinco minutos, ante la taza de sopa caliente. Y lo aceptan como un problema de aritmética. Cualquier gruñido o queja es una respuesta errónea. Por ello los chicos empiezan inmediatamente a dominarse a sí mismos rehuyendo toda infelicidad durante la espera. A uno se le ocurrirá un chiste. Fomentamos el sentido del humor como un buen sistema de no tomar una molestia en serio. Aunque el chiste no sea de mucho valor para el gusto de un adulto... a lo mejor al chico sólo se le ocurre decir que le gustaría meterse de golpe todo el tazón de sopa en la boca. Otro empezará una canción con muchas estrofas. Los demás le seguirán a coro, pues han aprendido que es un buen método de pasar el tiempo.

Frazier observó con disimulo a Castle que no acababa de estar satisfecho…

—¿También considera esto una forma de tortura, señor Castle? —preguntó.

—Preferiría que me sometieran al tercer grado —dijo Castle.

—Entonces no ha tenido usted un entrenamiento tan completo como creía. No se imagina con qué facilidad toman los chicos una experiencia así. Es, en verdad, una frustración biológica severa, pues los chicos están cansados, hambrientos, y sin embargo han de quedarse inmóviles mirando la comida. Pero, transcurrido el tiempo de espera, sus efectos desaparecen con rapidez. Lo consideramos un test elemental. A éste siguen problemas mucho más difíciles.

—Me lo imaginaba —balbuceó Castle.

—En experimentos posteriores prohibimos todas las ayudas que puedan provenir de los demás. Ni cantos, ni chistes. Completo silencio. Cada niño sólo puede contar con sus propios recursos... Un paso muy importante.

—Lo supongo —dije—. ¿Y cómo sabéis si tiene éxito? Podría darse el caso de que el experimento produjera una serie de chicos interiormente resentidos. Ciertamente es un paso muy peligroso.

—Lo es. Por eso seguimos la pista a cada niño con extremo cuidado. Si ano no ha asimilado todavía las técnicas necesarias, hacemos marcha atrás. Un estudio aún más avanzado... —Frazier miró de reojo otra vez a Castle quien mostraba síntomas de incomodidad— me lleva al punto que deseaba exponer. Cuando es hora de sentarse a tomar la sopa, los chicos lo echan a suertes. El grupo se divide en «caras» y «cruces»; tiran una moneda al aire, y si sale cara, los «caras» se sientan y comen mientras los «cruces» se quedan de pie otros cinco minutos más.

Castle gruñó.

—¿Y a eso lo llamas envidia? —pregunté.

—Quizá no del todo —dijo Frazier—. Por lo menos rara vez se da una agresión contra los que han tenido suerte. La emoción, si es que hay alguna, se dirige contra la misma Suerte que se opone a la caída favorable de la moneda. Eso, en sí mismo, es una lección digna de aprenderse, pues es la única dirección en la cual la emoción puede tener una posibilidad de ser útil. Y el resentimiento contra las cosas en general, aun traduciéndose en acciones tan tontas como la agresión personal, se controla más fácilmente. De esta forma, su expresión no provoca problemas, socialmente hablando.

Frazier observó nerviosamente a cada uno de nosotros para averiguar si compartíamos los prejuicios de Castle. También empecé a darme cuenta de que hubiera preferido no contar este relato. Era vulnerable. Pisaba un terreno resbaladizo, pues estaba casi seguro de que Frazier no había establecido el valor de la mayoría de estas prácticas mediante el método experimental. Diez años era un intervalo de tiempo demasiado corto. Trabajaba basándose en una creencia y este hecho lo llenaba de desasosiego.

Intenté devolverle la confianza en sí mismo recordándole que tenía un colega profesional entre sus oyentes.

—¿No enseñas inadvertidamente a tus niños algunas de las emociones que tú mismo pretendes eliminar? —dije—. ¿Cuál es, por ejemplo, el resultado de conocer con anticipación que una cena caliente puede verse súbitamente frustrada? ¿No puede conducir a sentimientos de incertidumbre o aun de ansiedad?

—Es posible —dijo Frazier—. Sin embargo, piensa que hemos trabajado mucho para descubrir la frecuencia con que podíamos administrar nuestras lecciones sin peligro para los niños, y que todos nuestros planes educativos están comprobados experimentalmente. Por tanto, prestamos gran atención a toda consecuencia no deseada, de la misma forma que cualquier científico vigila, en sus experimentos, los factores perturbadores.

»Al fin y al cabo se trata de un programa sencillo y lleno de sentido común —prosiguió con tono apaciguador—. En el fondo, no es más que un sistema de molestias y frustraciones, gradualmente mayores, inmerso en un ambiente de serenidad total. Aumentamos las dificultades de un ambiente fácil de acuerdo con la capacidad de adaptación del niño.

—Pero, *¿por qué?* —dijo Castle—. ¿Por qué esos disgustos premeditados... por calificarlos de algún modo benigno? Debo confesar que la actuación de usted y de su amigo Simons me produce una impresión de refinado sadismo.

—Usted mismo ha dado media vuelta a su propio argumento, señor

Castle —dijo Frazier con un súbito golpe de cólera que casi despertó mi simpatía. Castle empezaba a utilizar el ataque personal y se estaba mostrando quizá intencionadamente obtuso —. Hace un momento usted me acusó de engendrar una raza de blandurrones —continuó Frazier—, y ahora se opone a que los hagamos fuertes. Pero lo que usted no entiende es que estas presuntas situaciones desagradables no son nunca molestas. Nuestro sistema lo demuestra. Sin embargo, usted no puede comprenderlo porque, al parecer, no está tan adelantado como nuestros niños.

Castle se puso lívido.

—¿Pero qué sacan los niños de todo eso? —insistió, aparentemente tratando de sacar algo de partido de la cólera de Frazier.

—¿Que qué sacan? — exclamó Frazier, con los ojos brillando de desprecio. Retorció los labios y bajó la cabeza para observar cómo sus propios dedos arrancaban trocitos de hierba.

—Conseguirán felicidad, libertad y valor —dije, colocándome en una posición ridícula al tratar de apaciguarlos.

—No me parecen demasiado felices ni libres mientras aguardan de pie, ante unos tazones de sopa prohibida —dijo Castle interrumpiéndome mientras miraba de lleno a Frazier.

—Si desea que se lo explique todavía más —empezó a decir Frazier con un profundo suspiro—, lo que obtienen es evitar las emociones inútiles que carcomen el corazón de los que no están instruidos. Consiguen la satisfacción de unas relaciones sociales agradables y provechosas, a escala casi ni soñada por el mundo en general. Su eficacia en el trabajo queda notablemente incrementada porque pueden enfrentarse con cualquier ocupación sin sufrir los dolores y sufrimientos que pronto nos acosan a la mayoría. Ven abrirse ante ellos más amplios horizontes, pues se encuentran libres de las emociones características de la frustración y el fracaso. Obtienen... —sus ojos se perdieron en la fronda de los árboles—. ¿Le basta con esto? —dijo al fin.

—Y la comunidad se beneficia con la lealtad de sus pequeños miembros —dije— cuando éstos descubren los temores, envidias y dificultades del mundo exterior.

—Me gusta que lo enfoques así —dijo Frazier—. Aunque esto equivaldría a decir que estos chicos deberían sentirse superiores a los miserables productos de los colegios corrientes y, por nuestra parte, también nos esforzamos en controlar cualquier sentimiento de superioridad o desprecio. Habiendo sufrido personalmente de ello, he dado prioridad a este objetivo en nuestro .plan de acción. Evitamos cuidadosamente toda satisfacción en el triunfo personal que implique el fracaso de otros. No encontramos placer alguno en lo rebuscado, lo discutible, lo dialéctico. —

Miró cruelmente de reojo a Castle— No usamos, como motivación, el dominio sobre los demás, porque siempre pensamos en el grupo como un todo. Podríamos, si quisiéramos, motivar a algunos genios de esa forma —éste fue, en el fondo, mi propio incentivo—. Pero, si así lo hiciéramos, sacrificaríamos algo de la felicidad de otro. Triunfar sobre la naturaleza y sobre uno mismo, sí; sobre otras personas, nunca.

—Usted ha quitado del reloj el resorte principal —dijo abiertamente Castle.

—Se trata de una cuestión experimental, Sr. Castle, y su respuesta no es la correcta.

Frazier no se esforzaba lo más mínimo por ocultar su estado de ánimo. Si en aquel momento Castle hubiera sido un caballo, le habría clavado con fuerza las espuelas. Quizá notó que nos había convencido a los demás y que podía abatirle de un solo golpe. A pesar de ello había algo más que mera estrategia. Era un sentimiento auténtico: el escepticismo inflexible de Castle suponía para él una creciente frustración.

—¿Son tus técnicas realmente tan nuevas? —dije apresuradamente—. Personalmente me recuerdan la costumbre primitiva de someter a los muchachos a torturas diversas antes de otorgarles un lugar entre los adultos, las técnicas disciplinarias del Puritanismo o, simplemente, las de cualquier colegio moderno.

—En parte tienes razón —dijo Frazier—. Y creo que has contestado admirablemente al tierno interés del señor Castle por nuestros pequeños. Los sufrimientos que deliberadamente les imponemos son, con mucho, más suaves que la infelicidad habitual de la que les libramos. Incluso en el punto álgido de nuestra educación ética, la infelicidad resultante es ridículamente pequeña para el niño bien adiestrado.

Pero existe una diferencia notable en la forma con que nosotros usamos las incomodidades —prosiguió—. Entre otras cosas, nunca castigamos. Nunca reñimos a nadie con la esperanza de reprimir o eliminar el comportamiento indeseable. Existe todavía otra diferencia. En la mayor parte de las culturas, el niño se enfrenta con molestias y reveses de incontrolada magnitud. Algunos son impuestos por la autoridad en nombre de la disciplina; otros, como los castigos corporales, son tolerados aunque no estén permitidos; otros son meramente accidentales y nadie se preocupa o es capaz de prevenirlos. Todos sabemos lo que sucede: unos pocos niños emergen; en particular, los que han recibido infelicidad en dosis apropiadas, y se convierten en hombres excelentes. Otros, en cambio, se transforman en sádicos o masoquistas en diversos grados patológicos. No habiendo aprendido a sobreponerse a un ambiente hostil, llegan a obsesionarse por el dolor y hacen de él un arte tortuoso. Otros se rinden y esperan que todo les

salga bien por arte de magia. Los demás —los pusilánimes, los cobardes— viven con temor durante el resto de sus días. Y este es sólo un aspecto: la reacción ante el dolor. Podría citar una docena de casos paralelos. El optimista y el pesimista, el alegre y el malhumorado, el amado y el despreciado, el ambicioso y el desanimado... Todos ellos no son más que productos extremos de un sistema desdichado.

»Las prácticas tradicionales son, admitámoslo, mejor que nada —Frazier prosiguió—. Educación espartana o puritanismo; nadie pone en tela de juicio que sus métodos den alguna vez resultado, pero el sistema como tal descansa sobre el principio despilfarrador de la selección. El colegio público inglés del siglo XIX produjo hombres de gran valor, colocando obstáculos casi insuperables y utilizando únicamente a aquellos que lograban vencerlos. Pero selección no es educación. Las cosechas de hombres de valor serán siempre reducidas, y las pérdidas, ingentes. Como todos los principios primitivos, la selección sólo puede sustituir a la educación, al precio de enormes pérdidas de material. Procrear con abundancia y seleccionar con rigor. Se trata de la filosofía de «parir mucho» como alternativa a una buena higiene infantil. En Walden Dos tenemos un objetivo diferente: Hacer de cada hombre un hombre de valor. Todos vencen los obstáculos. Algunos necesitan más preparación que otros, pero todos los vencen. El modo tradicional de combatir la adversidad es elegir al fuerte. Nosotros, en cambio, controlamos la adversidad para crear fortaleza. Y lo hacemos deliberadamente, prescindiendo de lo sádicos que nos pueda creer el Sr. Castle, con el fin de preparar a nuestros niños para enfrentarse con éxito con las adversidades que están fuera de todo control. Nuestros niños, en alguna ocasión, experimentarán el dolor de corazón y los sinsabores de la vida, porque son seres de carne y hueso… Sería una práctica cruel protegerlos tanto tiempo como pudiéramos, especialmente porque *podríamos* hacerlo eficazmente durante bastantes años.

Frazier extendió los brazos con gesto exagerado de interpelación.

—¿Cuáles serian las consecuencias de esta alternativa? —dijo como si estuviera lleno de dolor—. Ciertamente durante cuatro o cinco años podríamos darles una vida en la que ninguna necesidad importante dejara de ser satisfecha, una vida prácticamente libre de ansiedad, de frustración, de molestias. ¿Es esto lo que harían ustedes? ¿Dejarían que el niño gozara de este paraíso sin pensar en el futuro... como una madre idólatra y consentida? ¿O acaso suavizarían el control del medio ambiente para que el niño se enfrentara con frustraciones ocasionales? Pero, ¿qué ventajas tiene *lo ocasional?* No; nos quedaba un sólo camino abierto: *planear* una serie de adversidades de tal forma que el niño pudiera desarrollar un máximo de auto-control. Pueden llamarlo crueldad deliberada, si quieren, y acusarnos

de sadismo. No había otro camino.

Frazier se volvió hacia Castle; su actitud no era desafiante. Parecía esperar la capitulación de éste. Pero Castle se limitó a desviar el tema.

—Me resulta difícil clasificar estas prácticas —dijo Castle. Frazier emitió un malhumorado «¡Vaya por Dios»! y se dejó caer hacia atrás —. Su sistema parece que ha usurpado el campo de las técnicas religiosas.

—Religiosas *y* familiares —dijo Frazier agotado—. Pero yo no lo llamaría usurpación. La educación ética pertenece a la comunidad. Y en cuanto a las técnicas, tuvimos en cuenta cualquier sugerencia que se nos hizo sin prejuicio alguno en cuanto a su origen. Pero no las aceptamos por fe. Prescindimos de todos los argumentos basados en la verdad revelada, y sometimos cada principio a una prueba experimental. Y, a propósito, les he descrito mal todo el sistema si suponen que cualquiera de las prácticas que he mencionado es fija y definitiva. Experimentamos con técnicas diferentes. Poco a poco, nos esforzamos por descubrir la mejor. Y no prestamos mucha atención al éxito aparente de un principio, en el devenir histórico. La Historia es venerada en Walden Dos únicamente como pasatiempo. No la tomamos en serio como alimento para la mente. Lo cual me recuerda, hablando con rudeza, nuestro plan original para esta mañana. ¿Tienen ya bastantes emociones? ¿Podemos volver al intelecto?

Frazier dirigió estas preguntas a Castle de un modo muy amistoso, y me alegré al ver que éste respondió de igual modo. Era perfectamente claro, sin embargo, que ninguno de los dos había llevado colgado un caramelo del cuello o permanecido inmóvil ante un tazón de «sopa prohibida».

15

Las viviendas y los horarios de los niños mayores ofrecían, particularmente, un buen ejemplo de ingeniería de la conducta. A primera vista, parecían completamente normales, casi accidentales. Pero cuando Frazier nos hizo observar sus características más importantes y las consecuencias que de ahí se derivaban, empecé a vislumbrar un vasto proyecto casi maquiavélico.

Los niños pasaban sin estridencias de un grupo de edad a otro, siguiendo un proceso natural de crecimiento y evitando los abruptos cambios del sistema hogar-colegio. Estaban organizados de tal modo que cada niño imitaba a niños de edad ligeramente superior a la suya. Y de ellos aprendían motivaciones y normas, durante gran parte de su primera educación, sin recibir ayuda de los adultos.

El control del ambiente material y social, en el que Frazier tanto había trabajado, se iba relajando paulatinamente —o, para ser más exactos, el control se transfería de las autoridades al niño mismo y a los otros miembros de su grupo—. Después de pasar la mayor parte del primer año en una cabina con aire acondicionado, y el segundo y tercer año en una habitación provista asimismo de aire acondicionado, con un mínimo de ropa de vestir y de cama, se proporcionaban al niño de tres o cuatro años vestidos normales y se le confiaba una pequeña cama en un dormitorio común. Las camas de los de cinco y seis años estaban agrupadas de tres en tres o de cuatro en cuatro, en una serie de departamentos, amueblados como habitaciones y usadas como tales por los niños. Cada grupo de tres o cuatro niños de siete años ocupaban una pequeña habitación común, y esa práctica continuaba, con cambio frecuente de compañeros, hasta que los niños cumplían aproximadamente trece años, a cuya edad pasaban, temporalmente, a ocupar habitaciones en el edificio de los adultos, casi siempre de dos en dos. Al casarse, o siempre que el individuo lo deseara, podía participar en la construcción de un cuarto más amplio para sí mismo, o en el arreglo de un cuarto viejo que estuviera libre.

Una disminución parecida de vigilancia, paralela al aumento progresivo de autocontrol, podía observarse en la organización de las comidas. Desde los tres años hasta los seis, los niños comían en un pequeño

comedor para ellos solos. Los niños mayores, como habíamos observado ya en nuestro primer día de estancia en Walden Dos, comían a horas determinadas en el edificio de los adultos. A los trece años se abandonaba toda vigilancia y el joven era libre para comer donde y cuando quisiera.

Visitamos algunos talleres, laboratorios, estudios y salas de lectura, usados en lugar de aulas. Estaban ocupados, pero no se veía muy claro si los niños estaban de hecho en una escuela o no. Supuse que los pocos adultos que se encontraban en el edificio eran los maestros. Pero la mayoría eran hombres, lo cual iba en contra de mi creencia de que a esta edad era preferible que los maestros fueran mujeres; además, se les veía frecuentemente ocupados en algún asunto privado. Puesto que Frazier nos había pedido que nos abstuviéramos de hacer preguntas y discutir en presencia de los niños, fuimos avanzando de uno a otro cuarto con creciente perplejidad. Tuve que admitir que, probablemente, se estaba desarrollando una enorme labor de aprendizaje, pero nunca había visto antes una escuela parecida.

Inspeccionamos un gimnasio muy bien equipado, una pequeña sala de conferencias y otras instalaciones. El edificio estaba hecho de barro prensado y decorado con sencillez; todo él respiraba un ambiente muy agradable *y* nada institucional. Las puertas y muchas de las ventanas se encontraban abiertas y buena parte del trabajo escolar, o lo que fuera, tenía lugar al aire libre. Los niños entraban y salían continuamente. Aunque se notaba gran animación, ésta, sin embargo, no tenía nada de común con la ruidosa confusión que se desarrolla en cualquier colegio cuando la disciplina se relaja momentáneamente. Todos parecían disfrutar de extraordinaria libertad, pero se respetaba la eficacia y bienestar de todo el grupo. Me recordaron a unos niños en un momento de buena conducta, y estuve a punto de preguntar con qué frecuencia la tensión alcanzaba el punto de ebullición. Pero presentí alguna diferencia y, poco a poco, mi pregunta se evaporó en el aire. Finalmente, llegué a la conclusión de que esta atmósfera alegre y productiva era probablemente la habitual. Aquí también, por lo que pude deducir, Frazier o algún otro habían puesto las cosas bajo control.

Cuando volvimos a la sombra de nuestro árbol, estaba impaciente por hacer preguntas, y me imagino que a Castle le pasaba lo mismo. Pero Frazier tenía otros planes. O bien se había olvidado de repente del maravilloso espectáculo que acabábamos de presenciar, o intencionadamente quería dejar que fermentase nuestra admiración y curiosidad. Y así, empezó hablando de algo muy diferente.

En nuestra conversación sobre la economía de nuestra vida comunitaria —dijo— debería haberles menciono la educación. Los maestros

son, naturalmente, unos trabajadores más, y estoy dispuesto a defender todo lo dije sobre nuestra superioridad económica, aplican especialmente al problema de la educación. Bien sabe Dios que el mundo exterior no es precisamente generoso en la educación de sus niños. Las cantidades destinadas a material didáctico o sueldos de los maestros son irrisorias. Pero, a pesar de esta política mezquina, el gasto es enorme. Si la sociedad estuviera más bien organizada, con menos dinero se podría conseguir una educación mejor. Nosotros podemos arreglar las cusas más rápidamente porque no tenemos necesidad de estar constantemente reeducando. Cualquier maestro ordinario se pasa la mayor parte del tiempo cambiando los hábitos culturales e intelectuales que el niño adquiere a través de su familia y de la cultura en que vive. O, en el mejor de los casos, duplica la educación familiar con una auténtica pérdida de tiempo. En nuestra comunidad casi podemos decir que la escuela *es* la familia, y viceversa. Podemos adoptar los mejores métodos educativos, y evitar, al mismo tiempo, todo el mecanismo administrativo que las escuelas necesitan con el fin de adaptarse a una estructura social desfavorable. No tenemos que preocuparnos por seguir programas oficiales con el fin de permitir a los alumnos pasar de una escuela a otra, ni valorar o controlar la actividad de colegios particulares. Tampoco exigimos de nuestros niños que todos desarrollen las mismas habilidades o talentos. Ni ponemos especial interés en un grupo de asignaturas determinado. No creo que tengamos un solo niño que haya realizado estudios de «Enseñanza Media», sea cual fuere el significado de esta expresión. Pero todos se han desarrollado con la rapidez aconsejable, y todos están bien formados en muchos aspectos útiles. Por la misma razón, no perdemos el tiempo en enseñar lo inenseñable. La educación estática, representada por un diploma, es un ejemplo de notable despilfarro que no tiene cabida en Walden Dos. No damos valor económico ni honorífico a la educación. No hay término medio: o la educación tiene un valor por sí misma, o no tiene ningún valor. Puesto que nuestros niños son felices y están llenos de energía y curiosidad, no tenemos por qué enseñarles «asignaturas». Sólo les enseñamos las técnicas de aprender y pensar. En cuanto a la geografía, literatura y ciencias, facilitamos a nuestros niños oportunidad y consejo, y las aprenden luego por sí mismos. De ese modo, nos ahorramos la mitad de los profesores requeridos en el sistema tradicional y la educación es incomparablemente mejor. A nuestros niños no se les abandona, y, sin embargo, casi nunca se les *enseña* nada. La educación en Walden Dos es parte de la vida de la comunidad. No tenemos necesidad de inventar situaciones imaginarías. Nuestros niños empiezan a trabajar a una edad muy temprana, lo cual no supone para ellos una desgracia; antes al contrario, lo aceptan con tan buena disposición como el

deporte y el juego. Buena parte de nuestra educación se lleva a cabo en talleres, laboratorios y cultivos. Según el Código de Walden Dos, debe estimularse a los niños hacia todas las artes y oficios. Nos satisface emplear tiempo en instruirlos, pues sabemos que es importante para el futuro de Walden Dos y para nuestra propia seguridad.

—¿Y educación universitaria? —dije.

—No estamos preparados para la educación profesional, naturalmente —dijo Frazier—. A los que quieren seguir estudios superiores en una universidad se les da una preparación especial. Las condiciones para el ingreso son siempre tiránicas, aunque quizá inevitables en un sistema de producción de masa. Hasta ahora hemos podido encontrar universidades que aceptan nuestros jóvenes como estudiantes especiales, y si siguen sacando notas excelentes como hasta ahora, confiamos que se pongan cada vez menos dificultades. Si las cosas empeorasen, tendríamos que crear una universidad y acreditarnos a nosotros mismos. Pero ¿se imaginan los estúpidos cambios que tendríamos que introducir? Deberíamos idear in «curriculum», exigir unas «notas mínimas», un «idioma extranjero», determinados «años de residencia», etcétera, etcétera. ¡Hasta sería divertido!

—¿Entonces vuestros muchachos no siguen, normalmente, estudios universitarios?

—No existen más razones para distinguir entre universidad y colegio de enseñanza media que entre colegio de enseñanza media y colegio de enseñanza primaria. En todo caso, ¿para qué sirven estas distinciones una vez que se ha separado la educación de la administración de la educación? Muchos de nuestros niños, naturalmente, siguen estudios cada vez más avanzados a medida que se van haciendo mayores. Les ayudamos en todo lo posible menos en darles clase. Les facilitamos nuevas técnicas que les permiten adquirir conocimientos y pensar con mayor facilidad. A pesar de las creencias de la mayoría de educadores, a nuestros niños se les enseña a pensar. Les damos una recopilación excelente de los métodos y técnicas de pensar, procedentes de la lógica, la estadística, el método científico, la psicología y las matemáticas. Ésa es la «educación universitaria» que necesitan. Lo demás, lo obtienen por sí mismos en nuestras bibliotecas y laboratorios.

—¿Bibliotecas y laboratorios? —dije—. ¿Qué puedes actualmente ofrecer en esta línea?

—En cuanto a biblioteca, nos enorgullecemos de tener los mejores libros, aunque no la mayor cantidad de ellos. ¿Has estudiado alguna vez durante mucho tiempo en una gran biblioteca universitaria? ¡Cuánta basura ha amontonado el bibliotecario para que luego pueda aparecer en el

catálogo que tienen un millón de volúmenes! Folletos encuadernados, revistas viejas, antiguos desperdicios que incluso la tienda más miserable de libros de lance barrería de sus estantes... Pero todos, eso sí, conservados bajo el sutil pretexto de que algún día alguien querrá estudiar «la historia de una especialidad». Aquí tenemos la médula de una gran biblioteca, quizá no suficiente para satisfacer al intelectual o al especialista, pero sí para interesar al lector inteligente durante su vida. Para ello, basta con dos o tres mil volúmenes.

Frazier me miró desafiante, pero no quise pelear en terreno tan difícil.

—El secreto es éste —prosiguió—: a medida que vamos adquiriendo libros nuevos, sacamos de los estantes libros viejos en la misma proporción. El resultado es una colección que nunca falla el blanco. Siempre topamos con algo vital cuando sacamos un libro de una estantería. Si alguien demuestra interés por algún tema especial, se le dan facilidades para que otras bibliotecas se lo presten, y si lo que desea es escarbar en las antiguallas tenemos la mitad de un almacén lleno de libros desechados Nuestros laboratorios son buenos porque son reales. Nuestros talleres son de hecho pequeños laboratorios técnicos, y cualquiera que tenga auténtica inclinación científica puede alcanzar un grado de profundidad mayor que el estudiante universitario. Enseñamos anatomía en el matadero, botánica en el campo, genética en la vaquería y en la granja, química en la sección médica, en la cocina y en el laboratorio de la lechería. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Y todo esto por diversión nada más? ¿No opina que cierto estudio disciplinado es necesario? —dijo Castle.

—¿Para qué? — preguntó Frazier con sorpresa mal fingida.

—Para impartir técnicas y habilidades que serán de gran valor más tarde —dijo Castle—. Por ejemplo, el estudio de un idioma.

—¿Por qué más tarde? ¿Por qué no aprender *cuando* lo necesitamos? Esta es la razón por la que aprendemos nuestro propio idioma. Por supuesto, usted está pensando en un proceso educativo que la mayoría de veces muere completamente alrededor de mediados de junio del último año de universidad. En Walden Dos la educación persiste siempre. Es parte de nuestra cultura. Podemos adquirir una técnica nueva siempre que la precisemos.

»En cuanto a los idiomas —continuó Frazier— usted debe saber que incluso en nuestras universidades más importantes el departamento de lenguas considera un éxito que sólo dos o tres estudiantes consigan, al mismo tiempo, hablar un idioma con una fluidez parecida a la normal. Aquí podemos hacerlo algo mejor. Un miembro de Walden Dos que vivió un tiempo en Francia ha promovido el interés por el francés en algunos de nuestros miembros de diez a quince años. Quizá los vean durante su

estancia. Los oigo por el comedor de vez en cuando y dan un toque cosmopolita muy agradable. Y he sido informado de que están adquiriendo gran sensibilidad en la lengua y literatura francesas. No obtendrán notas ni créditos. Pero sabrán francés. ¿Hay otra alternativa? O nos interesa aprender francés *al mismo tiempo que lo aprendemos,* o no vale la pena hacerlo. Seamos realistas.

—Todavía me siento escéptico —dijo Castle—. Estoy en desventaja al argüir ante un hecho consumado —Frazier asintió violentamente con la cabeza— pero todavía quedan cabos sueltos —prosiguió Castle—. Sus aulas agradables, sus niños laboriosos y satisfechos... todo esto no hay más remedio que aceptarlo. Pero pasará mucho tiempo hasta que se pueda averiguar el nivel real de formación de sus niños de acuerdo con nuestros standards. — Frazier intentó hablar, pero Castle *se* adelantó—. Admito que estos standards no nos lo dirán todo. No podríamos pedir a sus niños que pasaran nuestros exámenes porque no han aprendido las mismas cosas, incluso en el caso del francés. Sus alumnos contestarían probablemente tan mal los exámenes de segundo año de francés como el promedio de los parisienses. Admitido, y confieso con toda la humildad de que soy capaz que el tipo de aprendizaje que usted ha descrito es el mejor — si es posible la comparación—. Es el ideal al que todo catedrático aspira alguna que otra vez cuando levanta sus ojos desde el barullo infernal en que se encuentra sumergido. Pero no puedo aceptar el sistema que usted ha descrito, sencillamente porque no veo cuál es la causa que hace que los motores sigan funcionando. ¿Por qué razón aprenden sus niños siquiera algo? Nosotros tenemos normalmente una serie de motivaciones pera hacerles aprender. Pero ¿cuáles son las suyas?

—¡Motivaciones! —exclamó Frazier—. Ha dado en el clavo. Una institución educativa emplea la mayor parte del tiempo no proporcionando información ni impartiendo técnicas de aprendizaje, sino tratando de lograr que sus alumnos aprendan. Para ello, se ve obligada a crear falsas necesidades. ¿Se ha molestado usted alguna vez en analizarlas? ¿Cuáles son esas motivaciones, Sr. Castle?

—Debo admitir que no son muy atractivas —dijo Castle—. Supongo que consisten en el miedo a la propia familia, en caso de notas bajas o expulsión; la recompensa en buenas notas y honores; el valor snob del birrete y la toga; el valor económico de un diploma...

—Muy bien, Sr. Castle —dijo Frazier—. Es usted un hombre sincero. Y ahora, para contestar a su pregunta: nuestras motivaciones consisten simplemente en la ausencia de las que usted ha nombrado. Hemos tenido que *descubrir* las motivaciones que valían la pena y que eran verdaderamente productivas —las motivaciones que inspiran trabajo

creador en la ciencia y en el arte al margen de las academias—. Nadie se pregunta cómo motivar a un bebé. Un bebé, naturalmente, explora todo le que está a su alcance, a no ser que ya se le pongan impedimentos para ello. Y esta tendencia, al crecer, no desaparece; se la *extirpan.* Llevamos a cabo un estudio de las motivaciones del niño en libertad y hallamos resultados en abundancia. Nuestro trabajo de ingeniería consistió en *preservar* las motivaciones fortaleciendo al niño contra el desaliento. Introducimos el desánimo en su vida con tanto cuidado como lo hacemos con cualquier otra situación emotiva, empezando a la edad de los seis meses aproximadamente. Algunos de los juguetes, en nuestras cabinas de aire acondicionado, están diseñados para engendrar perseverancia. Se dispone una tonadilla en una caja de música o un conjunto de luces intermitentes, de forma que funcionen inmediatamente después de una respuesta apropiada, como, por ejemplo, tirar de una cuerda. Al cabo de un tiempo, para oír la música el niño tiene que tirar de la cuerda dos veces; después tres, cuatro o más veces. Es posible así crear una conducta fantásticamente perseverante sin tropezar con frustración o cólera. Quizá no se sorprenderán si les digo que algunos de nuestros experimentos fracasaron debido a que la resistencia al desaliento se hizo casi estúpida o patológica. Uno tiene que correr algún riesgo en este tipo de trabajos, por supuesto. Afortunadamente, en los casos mencionados pudimos invertir el proceso y volver los niños a la normalidad.

»Engendrar tolerancia ante acontecimientos desalentadores resultó ser todo lo que hacía falta —continuó Frazier—. Las motivaciones en la educación, Sr. Castle, son las motivaciones de todo comportamiento humano. La educación debería ser solamente una parte de la vida misma. No hace falta crear motivaciones. No queremos, entre nosotros, falsas necesidades académicas como las que usted ha enumerado tan francamente, ni tampoco otras como la huida ante la amenaza, método tan profusamente usado por nuestras instituciones civiles. Apelamos a la curiosidad, típica tanto del niño educado sin restricciones como del adulto vivo e indagador. Apelamos a esta tendencia a controlar el ambiente que hace, por ejemplo, que un niño continúe manoseando un trozo de papel ruidoso y que el científico continúe incansablemente con sus análisis predictivos de la naturaleza. No tenemos por qué motivar a nadie creando necesidades artificiales. —He conocido a algunas personas con este tipo de motivación al que tú te refieres —dije.

—La cultura contemporánea produce algunas por casualidad —dijo en seguida Frazier—, igual que produce unas cuantas personas valiosas o felices.

—Pero nunca he llegado a comprenderlas —dije algo apagadamente.

—¿Por qué tendrías que comprenderlos? Tampoco los desgraciados comprenden a los que son felices.

—Existe, sin embargo, una necesidad real de crear satisfacciones artificiales —dije—. Pequeños símbolos de éxito personal, dinero —dominación personal, también, si quieres—. La mayor parte de lo que hago tiene por objeto evitar consecuencias indeseables, evadirme de algo desagradable, y rechazar o atacar las fuerzas que se interfieren con mi libertad.

—Todas son motivaciones desafortunadas —dijo Frazier.

—Desafortunadas puede ser. Pero poderosas. Creo que precisamente lo que parece más falto de porvenir en todo tu sistema es su felicidad. Tus hombres van a ser demasiado felices, demasiado afortunados. ¿Qué les impedirá caer en un agradable letargo? ¿Se podrán esperar de ellos auténticas proezas? ¿No han sido los grandes personajes de la historia esencialmente desafortunados, desadaptados o neuróticos?

—Me interesan muy poco las conclusiones sacadas de la historia —dijo Frazier—, pero te seguiré el juego. Por cada genio que me cites cuya grandeza parece haber brotado de una neurosis, te citaré actos similares de grandeza pero sin neurosis. Si vuelves tu oración por pasiva probablemente nos pondremos de acuerdo. Un hombre con rasgos de genio es posible que ataque con tanto vigor las instituciones existentes que todos lo llamen desequilibrado o neurótico. Los únicos genios producidos por el caos de la sociedad son los que actúan de esta forma —Frazier hizo una pausa, y me pregunté si estaría pensando en sí mismo—. El caos engendra genios. Ofrece a un hombre algo sobre lo que ser un genio. Pero aquí tenemos cosas mejores en que ocuparnos.

—¿Y los casos en que la infelicidad ha conducido a logros artísticos o científicos? —pregunté.

—Bueno, me figuro que algún que otro soneto de primera calidad se hubiera quedado en el tintero si la dama hubiera consentido —dijo Frazier—. Pero no demasiados. No pueden atribuirse muchas obras de arte a la falta de satisfacción de las necesidades básicas. No es meramente el sexo lo que da impulso al arte, sino las relaciones personales, que son sociales y culturales más que biológicas. El arte trata de algo menos evidente que el placer de una simple comida.

Frazier se rió explosivamente como si quizá hubiera dicho más de lo que pretendía.

—Nunca podremos llegar a producir un mundo tan lleno de satisfacciones que no haya lugar para el arte —continuó—. Al contrario, Walden Dos ha demostrado felizmente que tan pronto como las necesidades ordinarias de la vida se han cubierto con poco esfuerzo, se

produce un enorme florecer del interés artístico. Y menos todavía nos tenemos que preocupar de que las satisfacciones ordinarias nos aparten de la conquista científica del mundo. ¿Qué científico auténtico se preocupa, como científico, por la satisfacción de sus propias necesidades básicas? Podrá pensar en las de los demás; sus propias motivaciones son claramente culturales. No existe lugar a duda sobre el valor perdurable del espíritu indagador —la curiosidad, la exploración, la necesidad de dominar el medio, de aumentar el control sobre las fuerzas de la naturaleza—. El mundo nunca será plenamente conocido y el hombre, por su parte, no puede evitar tratar de descubrir todos sus secretos.

El tema se volvió demasiado ambiguo para estimular más debate, pero Castle pronto salió al paso de la situación.

—Me encuentro dividido entre dos problemas que parecen incompatibles, pero que, sin embargo, son ambos igualmente importantes —dijo—. ¿Cómo actúan ante las diferencias existentes en los niños en cuanto a inteligencia y talento? Y ¿qué hacen para no producir jóvenes completamente uniformes y masificados? ¿Cuál de las dos preguntas debo plantear y cuál es su respuesta?

—Ambas preguntas son buenas —dijo Frazier— y perfectamente compatibles.

Hice un intento de hablar y Frazier dijo:

—Veo que el señor Burris quiere colaborar en la búsqueda de la solución.

—Me inclino a creer —dije— que las diferencias se deben a factores ambientales y culturales y que, por tanto, el señor Frazier no encontrará muchos obstáculos para resolver dichas preguntas. Si a todos los niños se les imparte la misma y excelente atención, como acabamos de presenciar con nuestros propios ojos, las diferencias serán imperceptibles.

—No; te equivocas, Burris —dijo Frazier—. Eso es algo que hemos logrado demostrar. Nuestros niños de diez años han tenido todos el mismo ambiente desde su nacimiento, pero las variaciones en sus coeficientes de inteligencia son casi tan grandes como en los del resto de la población. Estas diferencias parecen también confirmarse en otras aptitudes y habilidades.

—Y, por supuesto, en capacidad física —dijo Castle.

—¿Por qué dice «por supuesto»? —preguntó Frazier con marcado interés.

—Porque supongo que todo el mundo admite la existencia de diferencias físicas.

—Todas las diferencias son físicas, mi querido señor Castle. También pensamos con nuestros cuerpos. Su respuesta hubiera podido ser que las diferencias fácilmente observables han sido siempre obvias e imposibles de

ocultar, mientras que ha existido la costumbre de ocultar otras diferencias por razones de prestigio u orgullo familiar. Nosotros, en cambio, aceptamos todas nuestras limitaciones físicas sin protesta, y nos sentimos razonablemente felices a pesar de ellas, en lugar de pasarnos la vida con una concepción totalmente falsa de nuestra capacidad y sufriendo el dolor de un prolongado fracaso. Aquí nos aceptamos como somos.

—Y los chicos cortos de inteligencia, ¿no se sienten desgraciados?

—No favorecemos las rivalidades personales. Raras veces comparamos a los individuos entre sí. Nunca fomentamos una afición para la que no se tenga capacidad. Nuestros padres tienen pocas razones para desfigurar, ante sí mismos o ante los demás, las habilidades de sus hijos. Resulta fácil para nuestros niños aceptar las propias limitaciones, de igual manera que siempre se han aceptado las obvias diferencias que el señor Castle denominó capacidad física Al mismo tiempo, no existe ninguna mediocridad organizada que frene a los mejor dotados. No desequilibramos a los genios. Entre nosotros, se desconoce el tipo brillante pero inestable. El genio se manifiesta espontáneamente.

De vez en cuando habíamos tenido que cambiar de postura para poder permanecer a la sombra del árbol. Estábamos ahora mirando hacia el norte y apretados contra el tronco, pues era ya mediodía. La actividad estudiantil en la zona próxima al edificio había ido disminuyendo paulatinamente y había empezado la migración hacia el comedor. Frazier se levantó y flexionó sus piernas con cuidado. El resto también nos levantamos, excepto Castle que, tercamente, permaneció en su sitio.

—No puedo creer —dijo éste, mirando hacia el suelo y aparentemente prescindiendo de si le oíamos o no—, no puedo creer que usted realmente consiga espontaneidad y libertad mediante un sistema de control tan tiránico. ¿Dónde está la iniciativa? ¿Cuándo empieza el niño a pensar por sí mismo como ser independiente y libre? En una palabra, ¿qué es la libertad dentro de un sistema así?

—Libertad, libertad... —dijo Frazier estirando los brazos y el cuello y casi cantando las palabras, como si las estuviera pronunciando al bostezar—. La libertad es un problema, ¿no es así? Pero es mejor aplazar su solución para más adelante. Dejemos, sin embargo, que siga repicando en nuestros oídos. Sí, que siga repicando...

16

En la parte meridional de los jardines en flor, encima de una manta extendida sobre el cálido césped, yacía una niñita desnuda de unos nueve o diez meses. Un chico y una chica trataban de que se arrastrase para alcanzar una muñeca de goma. Nos paramos un momento, antes de proseguir nuestro camino hacia las salas comunes, para disfrutar con los esfuerzos graciosamente impotentes de la niña.

Cuando reanudamos la marcha, Frazier dijo como por casualidad:

—Su primer hijo.

—¡Por Dios! —grité—. ¡No me digas que esos chicos son los padres de la niña!

—Pues claro. Y es una niña extraordinaria.

—¡Pero si no tienen más de dieciséis o diecisiete años!

—Probablemente.

—¿Se trata de algún caso especial? Espero que no sea lo corriente. — Mi voz tembló con duda.

—No es raro en absoluto entre nosotros —dijo Frazier—. El promedio de edad de una madre de Walden Dos, en su primer parto, es de dieciocho años, y esperamos que ese promedio baje aún más, aunque la guerra obstaculizó un poco estos objetivos. Me parece que la chica que has visto tenía dieciséis años cuando tuve a su hija.

—¿Y por qué fomentan *eso?* —dijo Bárbara. —Existen una serie de buenas razones. No hay motivo para retrasar, de modo habitual, las bodas y, aún más", la procreación. ¿Qué les parece si hablamos de ello durante la comida? ¿A la una en el cuarto de servicio? Llegamos a nuestras habitaciones y Frazier se despidió sin más. Nos aseamos y nos reunimos de nuevo frente al edificio, sentándonos en fila en un largo banco adosado a la pared, que estaba parcialmente sombreado por la cornisa. Nos sentíamos cansados.

—Quiero créditos de trabajo por este tipo de discusiones —dijo Castle dejándose caer en el banco—, y tendrán que tener un valor de 2,00... o, de lo contrario, me niego a participar.

—¿Qué piensa de lo que el Sr. Frazier dijo esta mañana? —preguntó Rodge.

—Lo único que puedo decirle —dijo Castle— es que yo no pondría mi firma debajo.

Rodge, en evidente desacuerdo, miró de reojo a Bárbara.

—¿Por qué? — pregunté, ofreciendo cuanto apoyo pude.

—¿Lo harías tú? — me dijo Castle. —Bueno, no sé que decirte. Pero lo que dijo Frazier esta mañana parecía bastante razonable. Admitió que todo era experimental. Si realmente es capaz de conservarse libre para cambiar los métodos —si puede evitar el aferrarse tercamente a una teoría—, creo que tendrá éxito.

—Es realmente hábil esa actitud experimental —dijo Castle—. Con ella el científico puede estar seguro de sí mismo antes de llegar a conocer algo. Nosotros, los filósofos, podíamos haber pensado también en ello.

—Puede ser que tengas razón —dije—. El científico podrá no estar seguro sobre cuál será la solución, pero, a menudo, está seguro de que puede encontrar una respuesta. Y ése es un privilegio del que la filosofía, claramente, no puede gozar.

—Me gustaría ver algunas de estas respuestas; no me conformo con la afirmación de que existen.

—¿No crees en tus propios ojos? —dije, tratando de apoyar el entusiasmo de Rodge.

—Mis ojos no me dicen nada. Empresas de este tipo han funcionado muchas veces bien, pero sólo momentáneamente. Lo que nos interesa saber es si la empresa posee intrínsecamente la potencialidad de permanencia. Quiero conocer más cosas acerca de esa maravillosa segunda generación.

—Es curioso —dije—. A mí me preocupa más la primera. Creo que Frazier tiene toda la razón en educar a la gente para vivir cooperativamente. Lo que me preocupa es cómo enterrar o relegar a sus butacas de anciano a la primera generación en el momento en que la segunda esté ya lista para tomar las riendas. Frazier nos ha prometido hablar más sobre ello esta noche.

—Ojalá que hable más —dijo Castle con impaciencia—. Mucho más.

—¿No es ya hora de comer? —dijo alegremente Bárbara—. ¿Se imaginan tener un hijo a los dieciséis años?

Encontramos los comedores casi llenos y elegimos una pequeña mesa en el comedor inglés. Frazier nos estaba esperando, y apenas habíamos cogido los tenedores cuando empezó a hablar corno si acabara de concluir una frase.

—No hay duda de que el pensamiento de que una muchacha se case uno o dos años después del comienzo de la pubertad les choca como algo característico de las culturas primitivas. O, todavía peor, de comunidades retrasadas como las que se dan todavía en nuestro propio país —dijo—. Los

matrimonios precoces se consideran desaconsejables. Las estadísticas muestran que éstos tienden a ser menos estables a la larga, y que son, a menudo, inviables desde un punto de vista económico. No necesito recordarles, sin embargo, que en Walden Dos, no hay obstáculos económicos para casarse, sea cual sea la edad de los cónyuges. Los jóvenes pueden vivir igualmente bien, casados o solteros. A los niños se les imparten iguales cuidados, prescindiendo de la edad, experiencia o poder adquisitivo de sus padres.

Aunque la mayor parte de las muchachas pueden tener hijos a los quince o dieciséis años, a la gente le gusta ridiculizar el «amor de cachorros» porque no es duradero ni profundo, ¡Por supuesto que no dura! Millares de fuerzas conspiran contra él. Y no son las fuerzas de la naturaleza, no, sino las de una sociedad mal organizada. El chico y la chica son capaces de amar. Nunca más tendrán esa misma capacidad de amar. Y pueden casarse y procrear —en el fondo todo es lo mismo—, pero la sociedad no les permite demostrarlo.

—En cambio, la sociedad hace de eso un problema sexual —dije.

—¡Pues claro! —dijo Frazier—. Lo sexual no es un problema en sí mismo. Aquí el adolescente encuentra una expresión inmediata y satisfactoria a sus impulsos naturales. Una solución que es productiva, honrosa y vista por la comunidad con admiración y orgullo. ¡Qué distinto del secreto y la vergüenza con que la mayoría de nosotros recordamos un incidente sexual que nos acaeció alguna que otra vez! La adolescencia es pocas veces agradable de recordar, está llena de problemas innecesarios, retrasos innecesarios. Debería ser breve y sin dolor, y así la hacemos en Walden Dos.

»Todos los planes de la sociedad exterior para conservar al adolescente libre de inquietud... ¡todos sus sustitutivos «sanos» de lo sexual! —continuó Frazier—. Pero, ¿qué tiene de *insano* lo sexual? ¿Por qué tiene que haber un sustitutivo? ¿Qué tienen de malo el amor, el matrimonio, la paternidad? Nada se resuelve con retrasarlos; al contrario, todo se complica. Las aberraciones más o menos patológicas que se siguen, son fácilmente observables. Más aún, a menudo los ajustes sexuales normales acaban por hacerse imposibles, mientras que se exalta el elemento deportivo de lo sexual. Toda persona del sexo opuesto se convierte en un objeto de seducción. Característica cultural fastidiosa que con gusto tratamos de evitar aquí; la agresividad sexual generalizada es tan poco natural como las peleas, la tendencia a importunar o la de dar palmadas amistosas en la espalda. Pero si se insiste en hacer de lo sexual un juego o una cacería en vez de tomarlo con seriedad, ¿cómo puede esperarse una actitud sana más tarde?

—¿Pueden dar a luz con facilidad chicas tan jóvenes? — preguntó Bárbara.

—Con más facilidad que de mayores —dijo Frazier llanamente, como si él mismo hubiera dado a luz varios hijos en su adolescencia—. Nos aseguramos, por supuesto, de que la chica sea capaz de un embarazo normal. Pero eso debería comprobarse a cualquier edad.

—¿Y durante cuánto tiempo sigue teniendo hijos?

—Tanto tiempo como quiera, pero generalmente no más de lo normal. Si, por ejemplo, quiere cuatro hijos, habrá terminado sus alumbramientos a los veintidós o veintitrés años. No. resultan demasiado seguidos porque la madre se libra del penoso trabajo de criar y cuidar al hijo, aunque, de hecho, tenga que trabajar algo diariamente en el jardín de infancia; y además, porque se le presta una atención médica excelente. A los veintitrés años se encontrará tan joven de cuerpo y de espíritu como si hubiera pasado esos años soltera. Su vida como mujer adulta se presenta llena de interesantes perspectivas. En este aspecto, se encuentra en parecidas circunstancias que el hombre. Ha pagado su contribución especial, que es tanto su obligación como su privilegio por ser mujer, y puede ocupar su sitio en la vida sin estar sometida a ninguna distinción de sexo. Ya habrán observado la total igualdad de hombres y mujeres entre nosotros. No existen apenas trabajos que no puedan ser hechos indistintamente por los dos sexos.

Una súbita observación me vino con tal fuerza a la mente que me sorprendí yo mismo cuando la oí de mis propios labios:

—¡Una «generación» en Walden Dos debe suponer unos veinte años!

—En vez de los treinta que se estiman normalmente —dijo Frazier riéndose de mi sorpresa—. No nos cansamos de divertirnos a expensas de los partidarios de las familias numerosas. No es que inmolemos a nuestras mujeres en aras de una política de máxima procreación. No. Pero nosotros igualamos o excedemos el índice de natalidad normal, y con niños bien sanos. Todo por el simple medio de obtener tres generaciones en el tiempo de dos.

—Y un hombre puede ser abuelo a los treinta y cinco años —dije con creciente asombro—, y ganar 3,10 cuando nazca la quinta generación.

—Cualquiera de nosotros puede tener el mismo número de biznietos —con menos hijos por pareja— que cualquier persona nietos a esa misma edad —dijo Frazier—. Y eso bastaría como debida respuesta a la objeción de que hemos obstaculizado algo la alegría de la familia o los lazos familiares. El promedio de los miembros de Walden Dos ve, en el transcurso de su vida, más descendientes que el miembro más excepcional de la sociedad exterior. Y todo niño tiene aquí gran cantidad de abuelos, bisabuelos y demás parientes vivos que se interesan por él. —Creo que puede haber todavía una

ventaja más —dije—. Los padres jóvenes tendrán una memoria más fresca y una comprensión mayor por los problemas de los niños. Podrán brindar más cariño y ayuda a sus hijos. —Esto en el caso de que la simpatía y la ayuda fueran necesarias —dijo Frazier algo irritado como si yo hubiera sugerido que la comunidad era deficiente en algún aspecto.

—Encuentro un inconveniente —dijo Bárbara—. ¿Saben realmente los jóvenes el tipo de persona con la que desean compartir el resto de sus días?

—Parecen estar convencidos de ello —dijo Frazier.

—Pero los jóvenes evolucionan de forma distinta.

—¿De veras cree esto?

—Las estadísticas —dijo Bárbara con evidente orgullo de hablar en los mismos términos que Frazier— demuestran que los matrimonios prematuros tienden a ser desgraciados.

—¿Porque marido y mujer evolucionan de forma distinta, o porque el sistema económico existente impide los matrimonios jóvenes?

—No sé.

—Quizá sean las dificultades económicas las culpables de que los jóvenes evolucionen de forma distinta —dijo Frazier.

—Lo que sí puedo decirle es que los chicos que me gustaban cuando era más joven no me apetecen ahora—dijo Bárbara alegrándose de poder dejar las estadísticas—. Ni siquiera recuerdo por qué me gustaron.

—Ahora bien, me pregunto si eso no puede ser verdad a cualquier edad. Evolucionamos por separado cuando vivimos por separado.

—Creo que lo que acaba de decir la señorita Macklin tiene su importancia —dijo Castle—. A esa edad es difícil hallar la norma definitiva de vida. Aun en la madurez seguimos tratando de conocernos a nosotros mismos.

—Muy bien, admitámoslo —aunque no veo que esto pudiera cambiar nada, pues la gente de Walden Dos nunca cesa de evolucionar—, pero, al menos, podemos ofrecer algunas ventajas que pueden compensar este problemático inconveniente. Estamos seguros, por ejemplo, de que marido y mujer proceden del mismo nivel económico, la misma cultura, y han recibido el mismo tipo de educación. ¿Qué dicen sobre este punto las estadísticas?

Bárbara trató de recapacitar.

—No recuerdo bien, pero creo que eso es también importante —dijo por fin.

—Entonces, empatados —dijo Frazier—. Nuestros chicos y chicas se conocen mutuamente muy bien. Entre nosotros, no se dan los matrimonios relámpago.

—El mismo hecho de casarse pronto servirá para prevenir los

matrimonios debidos a apasionamiento sexual —dije—, a menos que pienses que quiero echar a perder tu simpática imagen del «amor de cachorros».

—De ningún modo la echas a perder. El «amor de cachorros» no tiende en absoluto a ser abiertamente sexual. Con frecuencia es altamente idealista. Lo más importante no es que evita la excitación producida por la frustración de los impulsos naturales, sino que el amor puede surgir espontáneamente y con el menor número de impedimentos posible, y es, por tanto, la garantía más segura de éxito.

—Muy romántico y poco científico —dije.

—Entonces, déjame que añada un toque científico. Cuando dos jóvenes se hacen novios, van al Administrador de Matrimonios. Éste examina sus intereses, sus antecedentes escolares y su salud. Si existe una discrepancia considerable en capacidad intelectual o en temperamento, se les aconseja no casarse. Al menos, se retrasa la boda, y esto significa, habitualmente, que se abandona todo proyecto de matrimonio.

—¿Es tan fácil como lo presentas? —dije.

—Normalmente, sí. Las oportunidades existentes para conseguir otro novio o novia ayudan mucho, igual que en el caso de la envidia personal.

—Pero ¿no están echando a perder los mejores años de una chica obligándola a casarse tan joven? —dijo Bárbara.

—No está «obligada» a casarse. Esto se deja a su elección. De hacerlo, es posible que se pierda algunos de los años juveniles, pintados con tintes más románticos por nuestra literatura, pero los recuperará pronto cuando haya terminado de dar a luz a sus hijos. Y estos nuevos años serán realmente mejores que los que tuvo que perder. Para la mayoría de las mujeres, la adolescencia es un período de preocupación por su éxito personal y el matrimonio. Para las más afortunadas, supone una falsa excitación. La imagen de una resplandeciente joven debutante rodeada por un grupo de rendidos enamorados es un artificial pedazo de oropel del que la civilización puede muy bien prescindir.

—No sé por qué tu descubrimiento me ha resultado tan desconcertante —dije—. Casarse a los dieciséis o diecisiete años no era del todo infrecuente en otros tiempos y en otras culturas. Sin embargo, en cierto sentido, me ha llamado la atención como el rasgo más radical de la vida en Walden Dos.

—Me parece que a mí no me gustaría —dijo Bárbara.

Frazier la miró fríamente.

—Me pone en un compromiso para contestar al señor Burris —dijo Frazier—. Iba a hacer la observación de que en otros tiempos y en otras culturas se llegaba a la madurez mucho más pronto. Podían ser adultos a los dieciséis años. Estoy convencido de que la señorita Macklin ha aprovechado

últimamente estos años que tanto valora, pero eso no es lo común. Por lo menos la mitad de los años de colegio no sirven para nada —al igual que la mitad del tiempo que se pasa en la universidad, como nuestros educadores más avanzados están empezando a descubrir—. Cualquiera que sea su edad, los jóvenes de Walden Dos no se casan hasta que alcanzan la madurez. Tienen un mejor control de sí mismos que los jóvenes de fuera de su misma edad, y menos probabilidad de equivocarse al interpretar sus propias emociones o las motivaciones de los demás. Disfrutamos «los mejores años de nuestra vida», señorita Macklin, después que los problemas de la adolescencia han sido resueltos o superados. Aquí, esa clase de años los tenemos en abundancia.

—Me temo que los defensores del control de natalidad no te van a agradecer tu campaña pro matrimonios juveniles —dije—. Malthus ha debido agitarse más de una vez en su tumba.

—No es buena solución para el problema malthusiano reducir el índice de natalidad de las personas que comprenden su importancia. Al contrario, necesitamos propagar una cultura que reconozca la necesidad del control de natalidad. Si me arguyes que debemos dar ejemplo, tienes que probarme que no nos extinguiremos antes de que nuestro ejemplo sea imitado. No, nuestro programa genético es vitalista. No nos asustan ni nuestro índice de natalidad ni sus consecuencias.

—¿Estáis llevando a cabo algún experimento genético? —dije.

—No —dijo Frazier, pero al decirlo se incorporó como si el tema fuera para él de especial interés—. Al inepto le disuadimos de que tenga hijos, por supuesto, pero de ahí no pasa. Recuerda que hace muy poco tiempo que hemos alcanzado nuestro actual número de habitantes, y aun así, no somos suficientes para experimentar en serio. Más adelante quizá pueda hacerse algo. El debilitamiento de la estructura familiar hará posible la procreación experimental.

Frazier sonrió calladamente.

—¡Lo estaba viendo venir! —dijo Castle explosivamente—. ¿Qué es eso del «debilitamiento de la estructura familiar», señor Frazier?

—Lo que le pasa a la familia en Walden Dos —dijo— es lo que preocupa a todo el mundo fuera de aquí también. La familia es la más endeble de las instituciones modernas. Su debilidad es evidente a cualquiera. ¿Podrá sobrevivir a los cambios culturales? ¡Quién sabe! Pero le aseguro que estamos observando el fenómeno con el mismo pánico que invade a una madre cuando su hijo, retrasado mental, sube al escenario y empieza a recitar su papel. Bueno, sólo puedo decirle que en la familia de Walden Dos se están desarrollando cambios importantes.

Habíamos terminado de comer; mucha gente se había ido y, por tanto,

pudimos conservar la mesa que teníamos. Frazier, con muestras evidentes de encontrarse incómodo, nos sugirió que fuéramos a buscar un sitio más confortable para descansar un rato hasta que se nos asignara trabajo. Las salas vecinas estaban llenas, pero localizamos un estudio vacío. En el suelo, se encontraban varios almohadones de cuero y nos sentamos en ellos, sintiéndonos muy bohemios y, por tanto, muy en armonía con el tema que estábamos discutiendo.

17

—El hecho más significativo de nuestro tiempo —empezó Frazier— es el creciente debilitamiento de la familia. La pérdida de importancia del hogar como medio para perpetuar una cultura; la lucha por la igualdad de las mujeres, incluyendo el derecho a elegir profesiones que no sean las de ama de casa o niñera; las extraordinarias consecuencias del control de la natalidad y la separación práctica de sexo y paternidad; la aceptación social del divorcio; la disminución de las uniones realizadas por razones de sangre o raza; todos son aspectos del mismo problema. En realidad, difícilmente se puede sostener que se trata de un tema tranquilo. Una comunidad debe resolver el problema de la familia revisando ciertas prácticas ya establecidas. Es absolutamente inevitable. La familia es una antigua forma de comunidad, y las costumbres y los hábitos establecidos para perpetuarla están fuera de lugar en una sociedad que no se base en lazos de sangre. Walden Dos ha suprimido la familia, no sólo como unidad económica, sino hasta cierto punto también como unidad social y psicológica. Lo que sobreviva de ella es una cuestión experimental.

—¿A qué conclusión ha llegado usted? —dijo Castle.

—No tengo una respuesta definitiva todavía. Pero puedo describirles algunas de las prácticas familiares que han formado parte de nuestro plan en Walden Dos y decirles las consecuencias observadas hasta ahora. Algunos de los problemas experimentales han obtenido una solución satisfactoria.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, por ejemplo, la conveniencia de cuartos separados para marido y mujer. No es obligatorio, pero cuando se practica, a la larga se conservan relaciones conyugales más satisfactorias que si se utiliza una sola habitación común. Muchos de nuestros visitantes suponen que la vida en comunidad significa un sacrificio de la intimidad. Nosotros, por el contrario, hemos logrado que exista mucha más intimidad personal de la que probablemente puede encontrarse en el mundo exterior. Aquí uno puede estar solo siempre que quiere. La habitación de un hombre es su dominio privado y absoluto, y lo mismo podemos decir de la de la mujer.

—¿Pero cómo pudo usted *probar* que los cuartos separados eran más

convenientes? —dijo Castle.

—Muy sencillo. Al principio, mostramos un plano con diversos tipos de habitaciones a todas las personas casadas, indicándoles que podían elegir cuartos separados o comunes, según desearan. Nuestros psicólogos fueron anotando cuidadosamente todos los problemas personales que surgieron, y al cabo de ocho años se realizó un balance de molestias y satisfacciones, tomando como variable el hecho de vivir en habitaciones comunes o separadas. Es un tipo de experimento imposible o casi imposible de realizar en otra parte que no sea en Walden Dos. El resultado no dejó lugar a dudas. La habitación individual hacía al individuo más feliz, mejor adaptado, y, sobre todo, tendía a afianzar el amor y el afecto entre marido y mujer. La mayor parte de nuestros matrimonios se han cambiado ahora a cuartos separados. Es difícil explicar las ventajas a los recién casados. Me imagino que seguirán durmiendo en el mismo aposento hasta que el período procreación haya concluido, pero las ventajas posteriores, en cuanto a higiene, conveniencia y libertad personal, son demasiado grandes para despreciarlas.

—¿Pero no abren así la puerta a la promiscuidad? —dijo Castle.

—Al contrario; perpetuamos la lealtad y el afecto. De esta forma, podemos estar seguros de que todo afecto continuado es auténtico, y no resultado de un régimen policiaco, y, por ello, podemos sentirnos muy orgullosos de él. Como pueden ver, situamos el afecto constante a un nivel muy elevado.

»El hecho escueto es que no tenemos más promiscuidad en Walden Dos de la que existe en la sociedad en general. Y, probablemente, hay menos. Entre otras cosas, fomentamos la simple amistad entre los sexos, mientras que el mundo exterior no hace sino prohibirla. Y lo que podría ser una amistad agradable, tiene que convertirse en algo clandestino. Aquí favorecemos la amistad. No practicamos el «amor libre», pero apoyamos el «afecto libre». Y éste nos lleva a satisfacer necesidades que en otros sitios conducen a la promiscuidad. Hemos establecido con éxito el principio de «no esperar la seducción». Cuando un hombre entabla relaciones con una mujer, no se preocupa por lograr avances en sus relaciones afectivas. Ni la mujer se siente defraudada si el hombre no los intenta. Esa especie de juego sexual se considera, por tanto, en su justo valor: no como signo de potencia, sino como prueba de desasosiego o inestabilidad.

»No quiero decir con esto que en Walden Dos nunca se hayan dado relaciones "ilícitas" — prosiguió Frazier —, pero estoy seguro de que, entre nosotros, la sexualidad sin amor se ha reducido a un mínimo. No miramos el amor extramatrimonial como algo totalmente justificable o sin dificultades, y si se nos presenta un caso de cónyuge abandonado, hacemos

todo lo posible para evitar que se sienta desgraciado. Forma parte del Código de Walden Dos evitar los chismes sobre las relaciones personales, y cualquier pequeña insinuación en este sentido puede ser evitada, a menudo, con facilidad. En estos casos, también son de gran ayuda las enormes oportunidades de afecto. Nadie puede sentirse realmente abandonado. No hay mucho honor perdido. Por el momento, es lo mejor que podemos hacer. No es una solución definitiva, pero es un progreso. Recuerden que muchas culturas toleran, en determinadas circunstancias, el cambio de cónyuge. Sólo tenemos que fijarnos en los frecuentes divorcios entre quienes disponen de abundantes medios de fortuna. No hemos llegado a este punto y confiamos no llegar nunca a él. Desde un prisma puramente económico, podríamos seguir adelante sin matrimonio permanente. Pero el afecto personal estable es algo más que una racionalización romántica de una unidad económica.

—¿Te ha parecido necesario —dije— ocultar o disimular algunas de vuestras costumbres para evitar críticas adversas del exterior o incluso acciones legales contra vosotros?

—De ninguna manera, porque respetamos los preceptos legales del Estado. Evidentemente, éstos se encuentran siempre sometidos a una interpretación local, y en esto, Walden Dos no es una excepción. Concertamos muchos «noviazgos». En todo el mundo, ésta es una declaración de intenciones y un período de prueba. Lo mismo ocurre entre nosotros. Los novios reciben consejo médico y psicológico. No se fomentan los noviazgos largos, además de que son innecesarios aquí por no existir dificultades económicas. Nuestra ceremonia matrimonial no es ambigua, y estoy seguro de que se va a ella de buena fe. Si, con el transcurso del tiempo, las amistades extramatrimoniales debilitan la unión legítima, tratamos entonces por todos los medios de evitar la ruptura. Una persona desinteresada, normalmente uno de nuestros psicólogos, les ofrece inmediatamente consejo y dirección. Frecuentemente, la cosa se arregla y la unión primera conserva. Pero si el amor primero está totalmente muerto y el nuevo es genuino, entonces se permite el divorcio. Les será un poco difícil comprender la simplicidad de este proceso, ya que no pueden apreciar por completo nuestro triunfo sobre emociones como los celos o el honor ultrajado. Aquí, la comunidad entera se esfuerza para facilitar la reanudación de los antiguos vínculos, en vez de convertirlos en tema de escándalo.

Los ojos de Frazier centellearon de rabia al pronunciar la última frase y, con gesto nervioso, cambió de postura sobre el almohadón. De repente, me di cuenta de que había estado extrañamente tranquilo hasta aquel momento sin haber dado señales de su habitual agresividad. Había mostrado una

preocupación benévola, casi paternal, por el problema del matrimonio. Me inclinaba de nuevo a interpretarlo como mero signo de confianza, pero sus palabras traslucían tal fondo de ternura —o sentimentalismo— que casi me dejaron atónito. Sus modales se hicieron aún más suaves mientras proseguía la conversación.

—¿Y los niños? —pregunté—. El cuidado comunitario que vimos esta mañana debilitará también la relación entre padres *e* hijos.

—Efectivamente, y lo hacemos a propósito. Tenemos que atenuar dicha relación por varias razones. El cuidado comunitario es mejor que el cuidado de los padres. En la vieja era precientífica, la primera educación del niño podía dejarse a los padres, y en verdad era lo mejor que podía hacerse. Pero con la llegada de la ciencia de la conducta humana, todo ha cambiado. La mala reputación que posee la educación científica del niño no es reflejo de nuestros conocimientos técnicos de lo que debería hacerse. Las condiciones para un buen cuidado de niños están bien establecidas. Pero donde se ha fracasado es en la introducción de las prácticas científicas en la mayoría de los hogares. No se ha conseguido que los padres aprendan ni siquiera los principios científicos más sencillos y no es extraño. El control de la conducta humana es una ciencia compleja que no podría ser comprendida por la mayoría de madres sin una instrucción previa de varios años. La realidad, sin embargo, es que la culpa de la deficiente educación de muchos niños no se debe enteramente a la falta de habilidad técnica. Incluso cuando la madre sabe lo que se debe hacer, a menudo no lo puede hacer por otras muchas preocupaciones caseras. El hogar no es el lugar más adecuado para educar niños.

»Aun cuando nuestros jóvenes padres y madres llegan a ser competentes trabajadores de la Guardería-Escuela, evitamos que exista una fuerte dependencia personal entre padres e hijos —continuó—. Nuestra meta es que cada miembro adulto de Walden Dos mire a todos nuestros niños como suyos, y que cada niño mire a todos los adultos como sus padres. Con este fin hemos establecido la norma de que resulta de mal gusto preferir al hijo propio, dándole muestras de favoritismo. Si quiere uno llevarse de excursión a su hijo, lo correcto es llevarse también a los amigos de éste. Si se le quiere obsequiar el día de su cumpleaños, todo el mundo espera que se ofrezcan regalos similares a los invitados a la fiesta. Se puede permanecer tanto tiempo como se quiera con los propios hijos, pero hacerlo de manera exclusiva es tabú. El resultado es que el niño nunca recibe de sus padres alguna ayuda o favor que no obtengan también frecuentemente de otras personas. Lo hemos desatado de las faldas de su madre, por decirlo de algún modo.

Frazier todavía no se encontraba a gusto en su almohadón. Intentó

varias posturas y por fin adoptó la de un Buda. Desde ella, parecía dirigirse a nosotros con la autoridad de un oráculo.

—¡Piensen en lo que esto significa para el niño que no tiene padre ni madre! No tiene ocasión de envidiar a los compañeros que sí tienen, porque, prácticamente, casi no existe diferencia entre ellos. Es verdad que no podrá llamar a nadie «papá» o «mamá», pero esto, entre paréntesis, no lo aconsejamos en ningún caso, pues preferimos que los niños se dirijan a sus padres por sus nombres. Recibe regalos y atenciones de muchos adultos, y puede encontrar, entre ellos, uno o varios con los que entablar relaciones de profundo afecto.

»¡Y piensen en lo que significa también para los que no tienen hijos! Pueden expresar su afecto natural hacia los niños a pesar del impedimento biológico o social que les privó de la paternidad. Nadie con sentido común acepta que el amor o el afecto tienen algo que ver con la sangre. La ley estipula un solo amor para una sola esposa para liberarnos de una comunidad de sangre cerrada. Se siente tanto afecto por los hijos adoptados y los hijastros como por los propios. El amor y el afecto son psicológicos y culturales; los lazos de sangre, afortunadamente, pueden ser olvidados.

—¿Y no hay padres a quienes moleste compartir sus hijos con los demás? —dije.

—¿Por qué? ¿Qué están, de hecho, compartiendo? En la práctica, ven más a sus propios hijos que la típica madre en la mayoría de hogares de clase social elevada —en los cuales, entre paréntesis, todo se hace por capricho—. Y mucho más que el padre corriente. Muchos padres se alegran de que se les libre de la tremenda responsabilidad de ser la única fuente de afecto y ayuda para el hijo. Aquí, es imposible ser un padre inadecuado o mal preparado, y el crecimiento vigoroso y feliz de nuestros niños es prueba suficiente para desvanecer cualquier sospecha de que se les ha privado de algo vital.

»El debilitamiento de la relación entre padres e hijos puede valorarse también de otras maneras —continuó Frazier con la misma suavidad—. En los casos en que no se puede evitar el divorcio, los niños no se ven turbados por cambios radicales de sistema de vida o en su conducta hacia sus padres. También resulta fácil convencer al inepto o enfermizo para que renuncie a la paternidad. Ningún estigma ni falta de afecto se cierne sobre los que no tienen descendencia. A esto me refería cuando antes indiqué la posibilidad de realizar experimentos de procreación selectiva en Walden Dos. La conexión hereditaria podrá reducirse hasta un punto en que se olvide por completo. Pero incluso mucho antes de que lleguemos a esta etapa se podrá conseguir el embarazo por inseminación artificial sin alterar la relación personal entre marido y mujer. Nuestra gente podrá casarse cuándo y con

quien quiera, pero tendrá los hijos de acuerdo con un plan genético.

—Me parece —dijo Castle— que está usted volando en alas de fuertes vientos naturalistas.

—¿Qué diría usted si yo defendiera la idea de matar a las niñas nacidas pero no deseadas? —dijo Frazier—. Esta práctica todavía es tolerada por muchas culturas. Realmente, ¿qué sabemos, en realidad, sobre la *naturaleza* de la relación paterna? ¿Un poco? Lo dudo.

—Eso me recuerda —dije— una pregunta anterior del señor Castle. ¿Qué sucede con la «identificación»? ¿Tienes algún sustituto para la imagen filial de los padres como norma de conducta? Si tus muchachos no quieren ser «como papá», o menos afortunadamente, «como mamá», ¿cómo se forman sus personalidades?

—Sabemos muy poco de lo que sucede en el proceso de identificación —dijo Frazier—. Nadie ha realizado todavía un estudio cuidadoso y científico. La evidencia no es verdaderamente experimental. Hemos observado el proceso solamente en el seno de una estructura familiar normal. La interpretación freudiana quizá se deba a peculiaridades de dicha estructura e incluso a las excentricidades de los miembros de la familia. Lo único que sabemos es que los niños tienden a imitar a los adultos, en sus gestos, en sus vicios de expresión y en sus actitudes y relaciones personales. Esto sucede también entre nosotros, pero el efecto es diferente puesto que la estructura familiar ha sido alterada. Nuestros niños son cuidados por personas muy diversas, y no se trata de una atención puramente institucional, sino de un afecto genuino. Nuestros miembros no están sobrecargados de trabajo, y nunca se les obliga a realizar una tarea para la cual no tienen talento o inclinación. Lo que el niño imita es una especie de adulto esencialmente feliz. Puede evitar las idiosincrasias de un solo padre y la identificación es fácil y valiosa.

»Recuerden —prosiguió— que los adultos que cuidan de nuestros niños son de ambos sexos. Hemos suprimido los prejuicios existentes sobre las ocupaciones típicas de cada sexo y nos hemos esforzado, de modo especial, en mantener un equilibrio heterosexual entre los que trabajan en el jardín de infantes y la escuela. Trabajar en esta tarea no representa una pérdida de prestigio, y a muchos hombres les gusta positivamente. El trabajo en el jardín de infantes es muy parecido al de un técnico de laboratorio altamente especializado. Equilibrando los sexos, eliminamos todos los problemas freudianos que nacen de las relaciones asimétricas con la madre, aunque éste es un problema técnico que podemos discutir en cualquier otro momento.

—Pero, cuando el niño se hace mayor —dije—, ¿acaso no selecciona naturalmente a individuos concretos como objetos de interés y afecto?

—Eso es exactamente lo que pretendemos —dijo Frazier—. A veces, puede suceder debido a una comunidad de intereses: el que sienta una inclinación hacia el arte se sentirá espontáneamente atraído por los artistas; al potencial agricultor le gustará recorrer los campos. Otras, puede nacer de similitudes de carácter o personalidad. En la familia, la identificación se limita normalmente al padre o a la madre, pero es posible que ninguno de los dos posea las características adecuadas a la personalidad en desarrollo del niño. En estos casos, se desarrolla una especie de identificación forzada, y estamos muy satisfechos de poder evitarla.

—¿Y no conducen a sentimientos de inseguridad estas relaciones personales tan mitigadas? —dijo Castle. —¿Quién sufre de inseguridad? ¿Y sobre qué? Nuestros niños, desde luego, no. Tienen todas las oportunidades posibles de recibir afecto y ayuda de cientos de adultos. Encontrará síntomas de inseguridad en niños cuya madre es muy emotiva o está sobrecargada de trabajo, cuyos padres riñen con frecuencia, que asisten a la escuela sin la necesaria preparación o cuando deben tratar con otros niños de nivel cultural distinto. Nosotros hemos *aumentado* el sentimiento de seguridad de nuestros niños.

—Pensaba más bien en las mujeres —dijo Castle—, en las esposas y madres. ¿No se sienten menos necesarias a sus familias?

—Por supuesto y es bueno que así sea. Usted habla de una tradición de esclavitud, y de los sentimientos que la han preservado durante miles de años. El mundo ha hecho algunos progresos en la emancipación de las mujeres, pero todavía queda mucho camino hasta llegar a la igualdad. Existen pocas culturas en las que se respeten los derechos de las mujeres. Estados Unidos es quizá una de las tres o cuatro naciones en las qué se ha avanzado algo; a pesar de ello, pocas mujeres norteamericanas disfrutan de la independencia económica y la libertad cultural de los hombres norteamericanos.

»¡Sentimientos de inseguridad! —continuó Frazier, acalorándose por momentos—. ¡El sistema matrimonial juega con ellos! ¿A qué se reduce el matrimonio ordinario de clase media? Está tácitamente estipulado que el esposo proporcionará vivienda, ropa, comida y quizá alguna diversión, mientras que la esposa trabajará como cocinera, mujer de limpieza y máquina de dar a luz y criar niños. El hombre es, hasta cierto punto, libre de escoger o cambiar su trabajo. La mujer sólo puede elegir entre aceptar «sus obligaciones» o descuidarlas. Ella tiene derecho legal a ser mantenida; él tiene derecho a elegir su tipo de trabajo. Para empeorar todavía las cosas, educamos a nuestras mujeres como si fueran iguales, y les prometemos igualdad. ¿Es sorprendente que pronto se desilusionen? El remedio usual es revivir los slogans y los sentimientos que han hecho que el sistema funcione

en el pasado: a la buena esposa se le dice que considere un honor y un privilegio trabajar, en la cocina, hacer las camas todos los días y vigilar a los niños; se le hace creer que es *necesaria,* que de ella dependen la felicidad y el bienestar de su esposo, la salud de sus hijos. Este es el tratamiento que suele recetarse al ama de casa neurótica: ¡reconciliarla con su suerte! Pero la mujer inteligente vislumbra la verdad inmediatamente, por mucho que se esfuerce en creer lo que le dicen. Sabe muy bien que otra persona podría hacer las camas, cocinar y lavar la ropa, y que la familia no notaría la diferencia. El papel de madre quiere desempeñarlo personalmente, pero éste no tiene más conexión con sus tareas diarias que el papel de padre con el trabajo en la oficina, la fábrica o el campo.

»En Walden Dos no hay razón para sentir que uno sea más necesario que cualquier otro —continuó—. Todos somos necesarios en la misma medida, es decir, muy poco. La comunidad seguiría mañana su ritmo tranquilo si alguno de nosotros muriera esta noche. No podemos, por tanto, obtener mucha satisfacción a través de un sentimiento de importancia personal. Pero hay satisfacciones que lo compensan. Cada uno es necesario como persona en la medida en que es querido como persona. Ninguna mujer se alegrará si siente que se la echaría de menos como cocinera o fregona; quiere sentir, por el contrario, que su presencia es importante como esposa y como madre. Hacemos hincapié en las necesidades personales, esmerándonos espontáneamente por todos y por cada uno. Si una madre siente que está perdiendo el afecto de su hijo, es más probable que descubra la verdadera razón. No tratará de hacerse más necesaria haciendo a su hijo más indefenso. Eso es imposible. Su único recurso será ganarse de nuevo el afecto del hijo, y probablemente lo conseguirá si comprende el verdadero problema. Nuestra comunidad, como nuevo modelo de familia, ha cambiado el papel de las mujeres más radicalmente que el de los hombres. Algunas mujeres se sienten temporalmente inseguras por este motivo, pero su nueva posición es más digna, más agradable, más sana, y todo problema de seguridad acaba por desaparecer. En un mundo de completa igualdad económica, se reciben y se mantienen los afectos a que uno se hace acreedor. No se puede comprar el amor con regalos o favores, no se puede conservar el amor criando hijos mediocres, y no se puede estar seguro en el amor por servir como una buena asistenta o por traer mucho dinero a casa.

—Me imagino que te será muy difícil convencer a las mujeres de las ventajas de la vida comunitaria —dije.

—¡Naturalmente! Los que pueden obtener más ventajas son siempre los más difíciles de convencer. Lo mismo podríamos decir del obrero explotado —y por la misma razón—. Tanto a la mujer como al obrero se les ha mantenido a raya, no mediante la fuerza física sino, mucho más

sutilmente, por medio de un sistema de creencias introducido dentro de sus cerebros. Supone a veces una tarea sin esperanza tratar de romper las cadenas que los esclavizan. Pero es factible. Y, hablando de cadenas, no debo retenerles por más tiempo apartados de su trabajo.

18

No pudimos continuar con tranquilidad nuestro trabajo de lavar ventanas porque, por la tarde, los salones estaban por lo general llenos de gente. Pero como ya teníamos casi la mitad del trabajo hecho, Rodge pensó que podríamos terminarlo sin dificultad a la mañana siguiente. Así, pues, nos presentamos en la Oficina de Trabajo otra vez. Rodge y Steve pidieron un trabajo duro. Dijeron que habían estado inactivos demasiado tiempo. A pesar de lo caluroso del día, yo también me sentía con ganas de trabajar. Castle, por el contrario, todavía preocupado por su rango social como catedrático, aceptó con alegría un trabajo ligero con las chicas, especialmente porque no requería ponerse mono para ello.

Rodge, Steve y yo nos pusimos pantalones cortos y nos dirigimos a la zona situada detrás del teatro, donde encontramos un montón de leña partida en trozos de poco más de medio metro. La había descargado un camión y nuestro trabajo consistía en amontonarla junto a la pared sin ventanas del teatro situada a dos o tres metros de distancia. Steve propuso lanzar por el aire hacia la pared una buena cantidad de troncos para ahorrarnos el trabajo de llevarlos a cuestas. Esto, para un joven de menos de treinta años, era una idea excelente. Pero pronto me di perfecta cuenta de que era demasiado para mí y me ofrecí para empezar a ordenarlos siempre que pudiera protegerme de los troncos voladores. Me hice un buen plan para amontonarlos bien, pero como avanzaba poco, Rodge acudió en mi ayuda.

Después de un cuarto de hora nos detuvimos para descansar un poco, sentándonos en el montón que acabábamos de hacer. Pero Steve despreció el descanso y siguió con su rítmico bombardeo.

—Bueno, ¿y qué pensáis de todo esto? —dije.

Rodge me miró de soslayo, casi con timidez.

—Es lo que Steve y yo solíamos soñar, señor. Y mucho más. — Se notó que al decirlo se esforzaba, como si fuera un deber desagradable decirlo.

—Muy notable, ¿verdad? —concedí.

—Y el Sr. Frazier..., es el primer genio auténtico que he conocido.

—Tipo brillante, en verdad. Y ha sido lo suficientemente listo para rodearse de gente extraordinaria. Todo el cuadro directivo parece muy

competente; Frazier sería el primero en admitir su valiosa contribución.

—Pero eso no impide que sea un genio... Planear todo esto él solo...

—No creo que se lo atribuya todo a sí mismo —dije—. Hubo otros Planificadores.

—Pero la idea central... ésa fue suya, ¿no es cierto?

—Quizá. Pero muchos detalles estaban ya elaborados. Algunos ya habían sido incluso ensayados.

—Bueno, no sé cómo sucedió, y no me importa. ¡Pero mire cómo lo ha hecho funcionar! ¡Qué caramba, esta gente es feliz! ¡Todos! Y no dependen de nadie, ¡Hay tantas cosas maravillosas que nadie había mencionado antes! —Casi dio un gruñido y movió la cabeza lentamente—. ¿Quién, señor, podría soñar con una vida mejor? ¿Y por qué no todo el mundo se lanza por el mismo camino?

—Porque es una vida que no satisfaría a todo el mundo —dije—. Estoy bastante seguro de que Frazier logrará mantener en línea a la segunda generación, pero en la primera, muchos no han tenido en su pasado las influencias ambientales más adecuadas. —Lo sé— dijo Rodge.

Permanecimos en silencio unos momentos, hasta que Steve, fingiendo quejarse de nuestra holgazanería, se puso a tirar leños hasta nuestros mismos pies.

—Algunos —continuó Rodge— ni siquiera comprenden que este tipo de vida pueda gustar á alguien. No ven la razón.

Me miró, pero no dijo nada.

—Parece que no se dan cuenta —continuó— de que cualquier otro tipo de vida implica la infelicidad para algunos. Mientras ellos sean felices, esto no les importa. Parece que no ven avecinarse la tormenta. Permanecí callado.

—¿Qué argumentos emplearía usted, señor, para convencer a alguien que pensase así? —suplicó Rodge casi desesperadamente.

—Me temo que, en este caso, las palabras influirían muy poco. Proporcionar a una persona una conciencia social es un proceso largo y lento Es difícil interpretar nuestra propia vida en función del mundo entero. Aprendemos sobre ambos por caminos distintos.

—Debería haberlo comprendido ya —dijo Rodge—. Hace pocos años yo era uno de esos hombres felices. Me esperaba una vida bastante cómoda: al cabo de poco tiempo habría conseguido casa, una mujer guapa, probablemente hijos, coche, más dinero que el común de los mortales. ¡Vaya que no estaba mal!

—De ningún modo.

Nos levantamos y empezamos a colocar troncos otra vez.

—No recuerdo que nunca abusara de nadie —continuó Rodge—.

Siempre pagaba lo que compraba, y todo el mundo me trataba amistosamente. Creo que era el tipo de hombre querido por todos.

—¿Qué te hizo reflexionar? ¿Los dos o tres años en el Pacífico?

—Exacto, señor. Me hizo pensar sobre eso y también sobre un montón de cosas más. —Tiró con estrépito un tronco de los más pesados.

—Bueno, pues yo de ti me consideraría afortunado. Eres joven todavía. Aún estás a tiempo de hacer algo. En tu propia vida y quizá también en la de otras personas.

—El problema es que no todo el mundo piensa lo mismo. Muchos todavía no ven la realidad de las cosas. La vida antigua les parece bien; no hacen daño a nadie, al menos a nadie conocido, y no parece importarles gran cosa que este tipo de vida persista, sin cambios, durante mucho tiempo —Rodge tiró otro tronco.

—A mi juicio, uno de «ellos» es...

—Bárbara. Sí, es cierto.

—¿No le gusta Walden Dos?

—No, por Dios, ¡Lo detesta! No comprende cómo pueden ser aquí tan... raros. Tiene gracia, señor Es lista, creo. Al menos, así lo creía. Pero es completamente ciega para algunas cosas... Usted habló de conciencia social. Bueno, pues de eso ella ni idea.

—La tendrá a su debido tiempo. ¿Has hablado con ella sobre esto?

—No mucho. Pero... no tiene remedio. Por ejemplo, no comprende por qué un hombre tan genial como el Sr. Frazier no se dedicó a ganar mucho dinero para conseguir luego, para él solo, un tipo de vida a su gusto.

—Sí. Más bien parece que no ha entendido gran cosa.

—Es que, sencillamente, no le va. Quiere un hogar y niños. Y una sirvienta, claro. Quiere dar fiestas. Y tener coche.

—¿Y tú?

—Si de mí dependiera, nunca me iría de aquí. No sé lo que diría mi padre. Al principio se pondría del lado de Bárbara, aunque, después de todo, no tendría por qué venirse conmigo, e incluso es posible que llegara a comprenderlo. Algo que me ha insinuado desde que volví...

—¿De modo que todo depende de Bárbara?

—Bueno, no sé. Es difícil decidir. Ha cambiado mucho. —Arrojó con tal fuerza otro tronco contra la pared que empecé a preguntarme con alguna inquietud sobre la resistencia real de las paredes de barro prensado.

—Me parece que eres tú el que has cambiado, Rodge.

—Por supuesto que sí, señor, pero siempre es el mismo disco rayado: no estamos *de* acuerdo. Y me parece que no sería justo aferrarme a mi punto de vista. Después de todo, podría adaptarme bastante bien al modo de vida de Bárbara.

—¿Crees que podrías? ¿No es ya demasiado tarde?

—No lo sé, señor. De verdad que no lo sé. Para serle sincero, no sé qué significa todo esto. Nunca había estado en un lugar parecido a éste, ni siquiera en el servicio militar. ¿Qué me ocurre? ¿Qué diría un psicólogo?

—Te lo podría decir, pero quizá no te gustaría oírlo.

—Puede soltarlo. Tengo la piel muy dura.

—Es meterme en donde no me llaman, pero me parece que estás padeciendo una indigestión de caramelo.

19

Los muchachos tuvieron razón al querer trabajar en algo duro. Era justamente lo que me hacía falta. La ducha y el cambio de ropa me dejaron como nuevo. Después de la comida me hubiera gustado echarme un rato aunque había planeado descansar más tarde, pero un par de horas amontonando leña habían clarificado mi mente algo fatigada tras la conversación extenuante de la mañana y me encontraba dispuesto para asimilar una nueva dosis de Walden Dos.

Castle no había aparecido todavía. Recordé con algo de satisfacción que el valor del crédito por amontonar leña había sido algo más alto que el de su trabajo con las chicas. Decidí darme el gusto de echar un vistazo en privado al arte de Walden Dos. Además de la galería de La Escala me había fijado en muchos cuadros de los salones y salas de lectura, algunos a escala bastante ambiciosa. Había también muchas esculturas de pequeñas dimensiones y me habían dicho que la mayoría de los cuartos personales contenían cuadros o esculturas tomadas en préstamo de la colección común.

Mi jira resultó ser más oportuna, y en muchos aspectos, más agradable que la visita a un museo. Generalmente, era posible acercar una silla y permanecer tanto tiempo como se deseara ante una obra determinada, y en cierto sentido me agradó aún más el hecho de que los salones estuvieran habitados. Nada daba la impresión de estar meramente exhibido.

Al cabo de una hora empecé a sentirme cansado. Empujé un sillón hasta uno de los ventanales que daban al paisaje de Walden Dos y me senté. Estaba cerca de la sala de servicio, donde habíamos quedado en reunimos a las seis y media, y decidí descansar un poco antes de la cena.

Un grupo de gente que volvía de los comedores me despertó a las siete. Un poco alarmado, cosa muy opuesta al espíritu de Walden Dos, me lancé al pasillo en busca de mis compañeros. No estaban a la vista, pero los encontré en seguida, sumidos en animada conversación, en el comedor sueco. Al parecer, habían estado haciendo cabalas sobre mi desaparición y tan pronto como hube llenado mi bandeja, me informaron sobre algunas de sus conclusiones.

A mi juicio, exageraron un poco la nota cómica, pero como me encontraba todavía amodorrado por la larga siesta, quizá los juzgué con

demasiada dureza. Sus teorías eran completamente disparatadas, y, a mi entender, los efectos hilarantes producidos, completamente desproporcionados. Uno sugirió que yo era en realidad un espía, con una misión de sabotaje, al servicio del Antiguo Régimen, y que debía estar enseñando a las ovejas cómo mordisquear la cerca sin electrificar. La teoría de Frazier —me creía sospechoso de simpatías freudianas— era que me había introducido en las cabinas de los niños para poner cartelitos que indicaran: «Paisaje Uterino». Cuando traté de explicar dónde había estado realmente, se negaron tercamente a creer una sola palabra, dando la sensación de que se lo estaban pasando en grande.

Empezaron a disiparse los efectos de la siesta, y la conversación se encauzó hacia materias más serias. Sucumbí a la tentación de intervenir y pregunté: —¿Pero cómo explicas el fracaso invariable de las comunidades, en el pasado?

Frazier apoyó el cuchillo y tenedor con cuidado sobre la mesa, pero no los soltó, mirándome fijamente con unos ojos inexpresivos, cuyo significado no pude en aquel momento interpretar Parecía un animal domesticado levantando las patas de forma graciosa para que le sacaran una foto. Poco a poco afloró a los mismos una mezcla de rabia y desprecio.

—Me resulta difícil —dijo por fin, con exagerado dominio de sí mismo— responder con ecuanimidad a una pregunta de esa naturaleza. ¿Por qué haces esta pregunta?

—Por lo común, se supone que el hombre se aprovecha de la experiencia —dije, tratando de aparentar que no estaba amilanado—. Me inclino a creer que el fracaso de intentos similares en el pasado habrá tenido algún impacto en Walden Dos.

—¡Similares! ¡Similares! — tarareó como si cantara *¡Fígaro! ¡Fígaro!* —. La melodía que las sirenas dirigen a todos los historiadores. ¿Qué sabemos realmente de ellos? ¿*Cuánto* hay de similar? ¿*Cuánto* de similar?

—Vamos, vamos —dije, no dándome por vencido, a pesar de que vi el sesgo que iba a tomar el asunto y empecé a sentirme cogido en la trampa — Me parece que es posible reconstruir un caso real con considerable similitud: un grupo de gente decide vivir en colectividad e independiente del mundo...

—Y apoyándote en *esto* —me interrumpió con desprecio— predices el fracaso de Walden Dos.

—No, no me baso en eso solamente. Y no predigo ningún fracaso. Pero algo se sabe sobre las condiciones de vida en esas comunidades antiguas, sus costumbres…

—Se sabe que comían, bebían y realizaban todas las demás funciones digestivas; que trabajaban mucho; que la mayoría creía en Dios; que

algunos tenían hijos; que ganaban dinero o que no lo ganaban; y que se dispersaron. Se sabe cómo eran sus casas a través de las descripciones de algunos artistas de segundo orden, y se conoce lo que escribieron sobre sí mismos en el caso de existir entre ellos algún aficionado a la literatura.

—Me deja pasmado, Sr. Frazier —dijo Castle—. Me imaginaba que tendría el mayor respeto por los pioneros de la vida comunitaria.

—Me merecen el mayor respeto como *creo* que han sido. Pero realmente no sé nada de ellos. Lo poco que conozco lo debo a unos pocos documentos literarios que nos dejaron, y la mayoría eran más bien espíritus poco comunicativos. El hecho de que en conjunto no dé a los mismos demasiada importancia se debe a que, en mi opinión, un relato histórico no constituye una base suficientemente sólida para predecir el éxito de una empresa contemporánea.

—Pero admites la importancia de esos escritos —dije casi en voz baja.

—Sí. Y también admito que la mayoría de las comunidades no han sobrevivido largo tiempo. Pero la predicción, en el campo de las ciencias sociales, es muy dudosa incluso cuando se sabe de lo que se habla; y apenas conocemos nada de las condiciones reales de estos llamados experimentos comunitarios. La mayoría tuvieron éxito económicamente. Algunas comunidades se deshicieron porque sus miembros no pudieron resistir la tentación de repartirse el botín, y unas pocas todavía sobreviven. Pero el problema crucial reside en las directrices psicológicas, y de esto sabemos muy poco. Algunos hechos, sí, pero una descripción adecuada, no.

—Me parece que llevaron a cabo experimentos psicológicos de cierta importancia —dije.

—Pero no sabemos cómo los llevaron a cabo, y, por tanto, por qué fracasaron. Por otro lado, ignoramos por qué probablemente no utilizaron el mejor sistema. Las normas culturales solían formar parte de una verdad revelada, incapaz de ulterior modificación experimental... excepto cuando se demostraba, sin lugar a dudas, su ineficacia. La comunidad no se planteó como un verdadero experimento, sino como un medio para poner en práctica ciertos principios. Estos principios, cuando no eran revelados por Dios, emanaban de una filosofía perfeccionista. Generalmente, el programa consistía en evitar todo tipo de gobierno y dejar amplio cauce de acción a la virtud natural del hombre. ¿Qué más se puede pedir como explicación de su fracaso?

—Bueno, pues podrías haber empezado por ahí —exclamé, con una sonrisa, tratando de suavizar el agitado estado de ánimo de Frazier.

—Quizá no te entendí bien —dijo, sin reír—. Pero, de todos modos, hemos llegado al punto crucial de la aventura. Deberíamos buscar un sitio más confortable para seguir charlando.

20

Frazier nos condujo hacia el sector de las habitaciones personales, y, por un momento, creí que nos llevaría a su propia habitación, por la que sentía cierta curiosidad, pero dimos la vuelta y ascendimos por una pequeña rampa hasta una terraza situada encima de las salas comunes. Muchos miembros estaban allí sentados contemplando el crepúsculo. Era una parte de Walden Dos que no habíamos visto antes.

Soplaba una brisa agradable y el cielo estaba casi uniformemente teñido de rosa. Reunimos unas cuantas «chaises longues» y dos o tres almohadones de cuero, y nos dispusimos a gozar del atardecer y la conversación.

Frazier se dirigió primero a Castle.

—¿Ha dado usted alguna vez un curso de ética, señor Castle? — dijo.

—He venido dándolo cada año desde hace trece años —dijo Castle con la mayor precisión de que era capaz.

—Entonces, podrá decirnos en qué consiste la felicidad — preguntó Frazier.

—¡Oh!, no, no puedo —dijo Castle—, de ninguna manera, no puedo. Llega usted con trece años de retraso.

Frazier empezaba a disfrutar.

—Entonces permítanme explicárselo —dijo.

—No faltaría más —dijo jovialmente Castle—. Pero debo informarle que todo lo que diga será anotado y podrá usarse en contra suya. Esperaba este momento, porque si no me *puede* demostrar en qué .consiste la felicidad y que ésta pueda realmente darse en Walden Dos, le diré que se quede con sus telares mecánicos, sus depósitos de alimentos y sus bandejas de cristal. Y regresaré a los grandes almacenes y las cafeterías de nuestras ciudades.

—Por supuesto que no sé nada sobre su curso de ética —dijo Frazier —, pero el filósofo que busca unas bases racionales para determinar lo que es bueno me ha recordado siempre al ciempiés que trata de decidir cómo debe empezar a andar. Simplemente, ¡adelante y anda! Todos sabemos lo que es bueno hasta el momento en que nos paramos a pensar sobre ello. Por ejemplo, ¿existe alguna duda de que la salud es mejor que la enfermedad?

—Podría darse el caso de que un hombre escogiera la enfermedad o

incluso la muerte —dijo Castle—, y quizá tendríamos que aplaudir su decisión.

—Sí, pero está usted moviendo la ficha que no le corresponde. Trate de mover otra en dirección opuesta —Frazier no jugaba limpio y Castle, naturalmente, se ofendió: se había mostrado amistoso y Frazier se estaba aprovechando de ellos —. *En igualdad de condiciones,* escogemos la salud —continuó Frazier—. El problema técnico es muy sencillo; quizá mañana tengamos tiempo de visitar nuestro departamento médico. En segundo lugar, ¿acaso puede alguien dudar de que la felicidad implica un mínimo de trabajo desagradable? —Frazier de nuevo se volvió hacia Castle, pero éste sólo le respondió con un hosco silencio.

—¿Y qué? Ésa es la noción del millonario —dije— Quiero decir, el mínimo posible sin abusar de nadie. Debemos siempre pensar en todo el grupo. No es que queramos estar inactivos —hemos probado que no formamos una comunidad ociosa—, pero el trabajo molesto o sin interés es una amenaza para la salud tanto física como psicológica. Nuestro plan inicial fue reducir el trabajo desagradable a un mínimo; pero hemos logrado desterrarlo por completo. Aun el trabajo duro es divertido si no sobrepasa la capacidad de la persona y si no es excesivo. Un hombre fuerte disfruta corriendo una carrera, cortando leña o construyendo un muro. Cuando no se nos impone, cuando escogemos nuestro trabajo libremente, entonces *queremos* trabajar. Incluso buscaremos trabajo cuando parezca que nos va a faltar. William Morris, como recordarán, trató de demostrarlo en su libro *Noticias de Ningún Sitio,* pero, en mi opinión, sin demasiado éxito. ¡Imagínese nuestra sorpresa al ver que lo habíamos convertido en verdadero profeta!

Mencioné lo que había disfrutado amontonando leña y dije que estaba dispuesto a aceptar este punto sin necesidad de más pruebas.

—Pero no creo que recibieras muchos aplausos de ningún dirigente obrero —añadí.

—Puede que sí, a la larga —dijo Frazier—, aunque en este momento no puedan permitirse ese lujo. Ése es el defecto funesto del plan de reivindicación obrera; tal como está concebido requiere una larga y pesada campaña durante la cual los líderes no sólo deben mantener la primitiva insatisfacción de sus hombres, sino que tienen que encontrar nuevos motivos, a menudo artificiales, capaces de aumentar la insatisfacción. Mientras la reforma del mundo laboral se realice a través de la lucha entre capital y trabajo, el dirigente obrero se verá forzado a ¡incrementar el sentimiento de explotación! para elevar la moral de sus tropas. Nadie se imagina lo pesada que hacen la carga del obrero los mismos que pretenden librarlo de ella. Entre nosotros, la lucha de clases no existe y debo admitir

francamente que nos gusta trabajar. ¿Me creerán si les digo que no tenemos necesidad de llevar un control estricto de la aportación de cada persona? ¿O que la mayoría de nosotros hemos almacenado ya suficientes créditos de trabajo para tomarnos, si quisiéramos, unas largas vacaciones? Pero permítame proseguir: la felicidad también significa una oportunidad para ejercitar talentos y habilidades. Y lo estamos cumpliendo. Disponemos de tiempo para hacer deporte, dedicarlo a un hobby o practicar artes y oficios; y lo que es más importante, para expresar ese interés por el mundo, que se llama *ciencia,* en su sentido más profundo. Podrá manifestarse en un ocasional interés por problemas de actualidad o literarios, o por un esfuerzo controlado y creador en el laboratorio... En cualquier caso, representa una exploración selectiva, innecesaria pero agradable, de la naturaleza. Necesitamos contactos personales, íntimos y gratificadores, y para ello debemos tener las máximas oportunidades posibles de encontrar espíritus gemelos. Nuestro Administrador Social se encarga de ello usando muchos procedimientos ingeniosos. Y en ningún caso restringimos las relaciones personales debido a costumbres pasadas de moda. No provocamos las actitudes de dominación y crítica. Nuestra meta es conseguir tolerancia y afecto hacia todos. Y, por último, la felicidad significa relajación y descanso. Esto lo practicamos en Walden Dos casi como algo natural, pero no meramente por haber reducido las horas de trabajo, ya que en el mundo exterior, la clase ociosa es quizá la menos reposada. Lo importante aquí es satisfacer nuestras necesidades. Es la única fórmula para cesar en el esfuerzo ciego por «pasar un buen rato» o por «obtener lo que queremos». Hemos logrado el ocio auténtico. Y eso es todo, señor Castle, absolutamente todo. A nada de esto le puedo ofrecer una justificación racional. No puedo reducirlo a ningún principio de «bien más universal». Esto *es* la Felicidad. Lo sabemos. Es un hecho, no una teoría, llene una justificación experimental, no racional. En cuanto a su conflicto de principios, también es eso una cuestión experimental. No exigimos de nuestros pobres cerebros la solución del conflicto entre Amor y Deber; sencillamente, hemos organizado un mundo en el que los conflictos serios ocurren muy infrecuentemente, o, con un poco de suerte, nunca ocurren.

Castle estaba contemplando fijamente el paisaje crepuscular. No había indicios de que estuviera prestando atención. A Frazier no se le podía contradecir, —¿Está usted de acuerdo, señor Catedrático? —dijo, con abierta ironía hacia el título honorífico.

—Me parece que estamos persiguiendo objetivos distintos —dijo Castle.

—Bueno, por mi parte les he explicado el *nuestro,* y creo que lo hemos alcanzado —dijo Frazier claramente defraudado—. Al menos, todo nos va

saliendo bien.

—Si la memoria no me falla, hace poco dijiste que descartabas el perfeccionismo —dije—. Y ahora da la impresión de que estás adoptando una especie de actitud perfeccionista. Al menos supones que la gente va a ser feliz, activa, afectuosa, etc., por naturaleza con la única condición de que se les dé la oportunidad de serlo. ¿Cómo mantienes esas cualidades con vigor, con fuerza?

—No hay perfec... *¡con fuerza!* ¡Se me acaba de ocurrir una expresión feliz! Y es que no se puede *forzar* o imponer la felicidad. A la larga, nada se puede imponer por la fuerza. ¡No *usamos* la fuerza! Lo único que nos hace falta es una adecuada ingeniería de la conducta.

—Bueno, por fin catamos llegando a algo —dijo Castle, con mirada altanera y todavía algo malhumorado —Debo admitir que existe un problema especial en el caso de las personas que ingresan ya adultas en la comunidad —dijo Frazier—. Es más fácil conseguirlo con los miembros nacidos en Walden Dos y que pasan íntegramente por nuestro sistema educativo. Con los nuevos miembros adultos tenemos que recurrir a algo parecido a una conversión.

—Me lo imagino —dijo Castle. —No es tan difícil —dijo Frazier con suspicacia —. El nuevo miembro simplemente se compromete a seguir las costumbres de la comunidad en pago a las ventajas que obtiene al vivir entre nosotros. Podrá todavía apoyarse en motivos que hemos cuidadosamente eliminado en el proyecto de nuestros niños. Podrá ser víctima de emociones de las que nosotros prescindimos. Pero se compromete a dominarse a sí mismo, a vivir de acuerdo con ciertas especificaciones para obtener determinados resultados. Por ejemplo, podrá encontrarse muy motivado por un rechazo del mundo exterior —motivación casi totalmente ausente de nuestros niños—, pero se compromete a no perder demasiado tiempo en comparaciones odiosas. Tarde o temprano, los miembros adultos llegan a ser muy parecidos a nuestra segunda generación debidamente educada.

—Todo eso está muy bien como programa —dijo Castle—. Más todavía, es bello. Pero el punto crucial del problema de la vida comunitaria reside en cómo ponerlo en práctica.

—No es tan difícil como piensan los ignorantes —dijo Frazier—. Tenemos ciertas reglas de conducta, el Código Walden, que se modifica de vez en cuando de acuerdo con los dictámenes de la experiencia. Algunas reglas, como los diez Mandamientos, son casi fundamentales, pero muchas otras tienen una apariencia mucho más trivial. Cada miembro se compromete a obedecer el Código cuando entra en la comunidad; a cambio, recibe la garantía constitucional de participación en la propiedad y vida de

la comunidad. El Código sirve para ayudar a la memoria hasta que la conducta correcta se hace habitual.

—¿Nos podrías dar un ejemplo de una regla trivial? — le pregunté.

—A ver... una de ellas es: «No hablar a los forasteros sobre los asuntos de la comunidad.» Se exceptúa a los Planificadores, y a los demás se les permite violarla en ciertas ocasiones. — Frazier se volvió hacia Steve y Mary —¿Qué descubrieron sobre nosotros en el baile de anoche?

—Nada — dijo Steve —. Precisamente lo comentamos.

La razón de esta regla es que nuestro Administrador de Relaciones Públicas podría verse en un aprieto si se confundiera a los visitantes con comentarios que pudieran prestarse a dobles interpretaciones. El mundo no nos mira todavía con muy buenos ojos y debemos, por tanto, tomar precauciones. Otra regla es: «Explica tu trabajo a cualquier miembro que se interese por él.» Ésta es la «Regla del Aprendizaje». Con ella se consiguen, por una parte, miembros mejor informados y más capacitados, y, por otra, una más justa asignación de los valores de crédito a los diversos tipos de trabajo. Una más: «No murmures sobre las relaciones personales de los miembros » ésta fue difícil de poner en práctica, pero creo que realmente lo hemos logrado. Una regla muy valiosa, por cierto, para suavizar las dificultades personales.

»El Código incluso desciende al nivel formal de las relaciones sociales —continuó Frazier—. Hemos llevado a cabo una serie de experimentos para facilitar y mejorar las relaciones personales. Por ejemplo, en Walden Dos sólo se usan las presentaciones si se tiene que comunicar información. No esperamos ser presentados a un desconocido, ni nos molestamos en hacer presentaciones a no ser que deba transmitirse una información importante Si nos dirigimos al norteamericano medio sin presentación previa, o bien nos escuchará sorprendido, violento y mudo, o nos considerará unos mal educados; sin embargo, se trata de una costumbre admitida entre los ingleses a los que no causa ningún sonrojo o comentario. Una norma parecida permite manifestar abiertamente el aburrimiento. Tuvimos que usar medidas más bien drásticas para introducir esta costumbre, la cual sólo se usa ocasionalmente. De acuerdo con ella, entre nosotros, es perfectamente correcto usar expresiones como: «Ya me lo dijo antes», «Conozco ya el tema lo suficiente», o «Eso es algo que no me interesa». El resultado es que nos ahorramos muchas horas de aburrimiento. Apreciarán el valor de esta regla si se detienen a pensar en una comunidad implica muchos contactos sociales.

—Y el que habla, ¿no se ofende? —dije.

—No, cuando la práctica es plenamente aceptada como parte de la cultura. Es sólo cuestión de acostumbrarse. Muchas observaciones

típicamente norteamericanas parecen de mala educación en otras culturas. Recuerden además que el que habla gana tanto como el que escucha, ya que no necesita pedir a su auditorio que lo interrumpa si es que ya «lo ha oído antes», y nunca debe tener miedo a ser aburrido.

—¿Y el Código se obedece? —dije—. ¿No existe una propensión natural hacia la desobediencia? ¿O, simplemente, desacuerdo con el mismo?

—En cuanto al posible desacuerdo, todo el que lo desee, puede examinar los motivos por los que la regla se introdujo en el Código. Y, si quiere, presentar recurso contra su inclusión acompañando sus propias pruebas. Si los Administradores se niegan a cambiar la regla, puede apelar a los Planificadores. Pero nunca podrá discutir sobre el Código con los miembros en general. Hay una regla que lo prohíbe.

—Yo, ciertamente, me opondría a *esa* regla —dijo Castle—. Toda democracia por mínima que sea requiere el debate público de una materia tan fundamental como es un Código.

—Aquí no verá mucho de esa «democracia por mínima que sea» —dijo Frazier sin darle importancia, y continuó su discusión como si se hubiera referido a la falta de harina blanca en el pan de Walden Dos—. En cuanto a la propensión a desobedecer el Código, la prevenimos utilizando los mismos procedimientos con que los Administradores suelen conseguir su observancia. Las reglas se recuerdan a menudo a los miembros. Se discuten periódicamente en nuestras reuniones semanales. Se ponen de relieve las ventajas de la comunidad y se describen las aplicaciones específicas. En algunos casos, las reglas más simples se ponen en el tablón de anuncios.

—Vi una en el cuarto de baño —dijo Castle.

—¿Cuáles fueron las «medidas drásticas» que se usaron para implantar la regla sobre el aburrimiento? — pregunté.

—Puedes encontrar un informe sobre este aspecto de la ingeniería social en un manuscrito que se conserva en una de las bibliotecas —dijo Frazier—. Se titula la «Guerra contra el Aburrimiento». Dicha regla se consideró al principio como un experimento dudoso, pero se obtuvieron resultados muy positivos. Se anunció y se explicó en una reunión semanal. Hubo muchas bromas intencionadas a propósito de la regla. En un cambio radical de costumbres es importante apelar al sentido del humor. A cada miembro se le pidió practicarla al menos una vez al día, aunque supusiera buscar una excusa para hacerlo. Aparecieron pequeños carteles en las mesas de los comedores que decían: «¿Se ha aburrido usted hoy? En caso negativo, ¿por qué no?» Alguno se quejó al Administrador de que los mismos carteles resultaban aburridos, e inmediatamente se quitaron para probar el valor de la regla. Un miembro escribió una obra de teatro titulada *El hombre que aburrió a todo el mundo,* recibiendo 1,00 en créditos de trabajo por el tiempo

empleado. La obra considera el dilema de un hombre al que siempre que abría la boca para hablar se le decía que era un tostón Por fin, el hombre en cuestión se aprovecha de su idiosincrasia exhibiéndose en un escenario como el «Mayor Aburridor del mundo», pero la policía prohíbe el espectáculo porque 1a muchedumbre que hace cola para adquirir entradas demuestra que su aburrimiento es un fraude, si es capaz de interesar a tanta gente. El breve argumento que acabo de presentarles no hace justicia a las divertidas situaciones que el autor desarrolla a lo largo de la obra. Pero no importa. Gracias a toda esta publicidad, la costumbre de manifestar la falta de interés llegó a ser una práctica corriente y la gente dejó de molestarse por ella. Las ventajas, tanto para el que habla como para el que escucha, han sido lo suficientemente grandes para mantener la regla en uso.

—Has utilizado la palabra «publicidad» —dije—.

Y quisiera preguntarte si las técnicas que utilizáis son ya conocidas por los publicitarios, políticos y otros tipos de psicólogos prácticos. ¿Hay en vuestros métodos algo de original?

—Nada en absoluto, ahí está el secreto. La sociedad ya posee las técnicas necesarias para conseguir la observancia universal de un código... un código que pueda garantizar el éxito de una comunidad o un estado. La dificultad consiste en que esas técnicas están en manos de gente que las usa de forma equivocada —o, mejor dicho, no hay nadie que las use rectamente—. El gobierno de los Estados Unidos no acepta la responsabilidad de crear el tipo de conducta necesario para que la nación sea feliz. En Walden Dos hemos creado una agencia que tiene esta misión.

Castle no había prestado mucha atención a todo esto, y aprovechando una pausa de Frazier, cambió totalmente de postura en su aparentemente incómoda «chaise longue», y tosió varias veces, como preámbulo a su intervención.

—Su Felicidad no me satisface —dijo por fin mirando derecho a Frazier.

—¿No?

—No. Le falta algo.

—¡No será, desde luego, el mayor bien posible para el mayor número! —dijo Frazier.

—No; le falta lo necesario para conservar extraordinaria a su gente extraordinaria. La vida aquí no tendría para mí ningún aliciente..., y sospecho que tampoco la tendría Para esos pocos alumnos de primera categoría que han pasado por mi aula durante la pasada década. Por lo que recuerdo de ellos, no les interesaban las tareas momentáneas; les hubiera importado muy poco lo que pudiera concluirse al día siguiente. Lo que a ustedes les falta, comparado con el mundo en general, es la oportunidad de

hacer planes a largo plazo. El científico los tiene; un experimento que responda a una cuestión aislada tiene poco interés. Aun el artista tiene planes; si es un buen artista o un buen compositor, no se preocupa sólo por el cuadro que tiene en su caballete o por la partitura colocada en el piano, quiere sentir que todos sus cuadros o composiciones dicen algo, que todas son parte de una vasta inspiración. El mero gozo de correr en una carrera, de pintar un cuadro, de tejer una alfombra no basta. Su hombre feliz debería trabajar en una teoría, en un nuevo estilo, en una técnica mejorada.

—¡No crea que todos vivimos al día! —dijo Frazier —. Comprendo que piense así porque sólo ha visto nuestra vida cotidiana normal. Podemos dar la impresión de que sumergidos en el goce momentáneo de la felicidad, no tenemos preocupaciones permanentes y, sin embargo, nada está más lejos de la realidad. Pero antes permítanme que aclare otro punto. Usted mencionó un puñado de alumnos que no se sentirían contentos aquí. ¿Y los demás? —¡Se encontrarían aquí perfectamente! —dijo Castle—. Están a su disposición.

—La diferencia entre usted y yo, señor Castle, es mayor de lo que suponía —dijo Frazier—. No solamente tenemos trabajo para ese tipo de gente que usted desecha, sino que les tenemos respeto. La mayoría de la gente vive al día, y aunque tenga algún plan a largo plazo, no es más que una pequeña anticipación de algún proceso natural: esperan tener hijos, verlos crecer, etc. La mayoría de la gente no quiere hacer planes; quiere sentirse libre de la responsabilidad de planificar. Lo único que quiere es alguna seguridad de que podrá vivir decentemente. El resto es un diario disfrutar de la vida. Ésa es la explicación de la imagen paterna de muchas divinidades: la gente acude naturalmente a alguien en quien pueda confiar para subvenir a las necesidades de la vida. Personas de este tipo creo que son totalmente felices aquí y pagan su precio por ello. No son parásitos, e ignoro por qué los mira con desprecio. Son el pilar de toda comunidad: sólidos, de confianza, esenciales. Pero, volviendo a la minoría superdotada que tenga metas distantes y grandiosas... ¿en qué sentido podríamos interferir sus sueños? Tengo la ligera impresión que esos alumnos se sentirían muy a gusto entre nosotros. A alguno le podría preocupar un problema social, por ejemplo. ¿Y cree usted que no tenemos problemas sociales? ¿Cree que no le gustaría a ese joven amigo suyo pasar unos meses de aprendizaje con nuestros Administradores de Conducta Personal, Conducta Cultural, o Relaciones Públicas? ¿Que no encontraría ideas dignas de ser elaboradas a largo plazo para educar a nuestra juventud..., quizá sistemas para interesarlos en los mismos problemas que él siente como suyos? ¿Que no sería un miembro entusiasta de nuestra reciente Oficina de Información que está a punto de dar al mundo un informe sobre

nuestro experimento? No..., no creo que a su joven amigo le faltaran metas distantes. Y lo importante es que nosotros le podríamos enseñar cómo *alcanzar* esas metas, o la mayoría de ellas, en un plazo de tiempo razonable. ¿Está en su mano hacer lo propio?

—En general, no puedo hacer mucho, lo confieso.

—Por supuesto que no. Porque existen multitud de fuerzas que les impiden a usted y a todas las demás personas de buena voluntad, avanzar hacia su objetivo. Lo que su joven amigo tiene, le apuesto lo que quiera, es un verdadero espíritu de experimentación, pero, como otros miles, no tiene ni laboratorio ni métodos. ¿Intentamos un experimento ahora mismo? ¡Envíemelo aquí y veremos si encuentra a faltar metas a largo plazo!

El argumento no era muy sutil, y la creciente excitación de Frazier, menos todavía. No acertaba a adivinar si es que Frazier quería reclutar nuevos prosélitos, o si se limitaba a refutar la acusación de Castle del único que sabía: con una prueba práctica de que Walden podía fascinar a un superdotado. No pensaba en nadie concretamente —dijo Castle—. Únicamente en un tipo de persona. La respuesta de usted es razonable, pero el caso que he planteado es quizá demasiado fácil. Supongamos ahora que el muchacho quiere hacerse un nombre en algún negocio; por ejemplo, que ha descubierto un procedimiento nuevo y quiere montar una industria.

—¿Qué significa «hacerse un nombre»? —preguntó Frazier—. ¿Se refiere a hacer una fortuna? No necesitamos fortunas, y hasta que no me pruebe cómo se puede hacer una fortuna sin arruinar del todo a unos cuantos, nos alegraremos en el alma de poder sacrificar una meta así.

—Perdone, pero me refería más a la fama que a la fortuna —dijo Castle.

—La fama también se gana a expensas de los demás. Aun los honores bien merecidos del científico o erudito son injustos para muchas personas con iguales merecimientos que nunca reciben ninguno. Cuando se coloca a un hombre en un pedestal, se relega a otros hombres a la oscuridad. Desde el punto de vista colectivo, no hay ganancia en absoluto, y quizá sí una pérdida.

—¿Pero qué hay de malo en admirar las realizaciones excepcionales de una persona, o en alegrarse de recibir el público reconocimiento por ellas? —dije.

—Es una equivocación —dijo rotundamente Frazier— ensalzar las realizaciones excepcionales de los demás. Nos oponemos a la competición personal. Por ejemplo, no fomentamos los juegos competitivos, con excepción del tenis o el ajedrez, en los cuales el ejercicio de la habilidad es tan importante como el resultado mismo del juego. Nunca tenemos torneos, nunca damos homenajes. Deben existir otras fuentes de satisfacción en el trabajo o en el juego; de lo contrario, juzgamos lo realizado como totalmente

absurdo. Un triunfo sobre otro hombre nunca es un acto meritorio. La decisión de eliminar el culto a la personalidad surgió espontáneamente de nuestro criterio de pensar en el grupo como *uno*. Fuimos incapaces de comprender que el grupo pudiera ganar a través de la gloria individual.

—¿Excluye usted la simple gratitud personal? —preguntó Castle— Suponga que uno de sus doctores inventa una vacuna gracias a la cual todos ustedes pueden evitar los resfriados. ¿No les gustaría rendirle un homenaje, y él aceptarlo?

—No hay por qué hablar de casos hipotéticos —dijo Frazier—. Nuestra gente está continuamente contribuyendo a mejorar la salud, el ocio, la felicidad, el confort, y la diversión de la comunidad. Su joven amigo, a través del nuevo procedimiento industrial, se encontrará a sí mismo. Pero destacar a uno sería descuidar a los demás. La gratitud en sí misma no es mala; pero sí lo es la ingratitud o la falta de gratitud que trae consigo.

—¿De modo que ustedes han dejado de ser agradecidos? —dijo Castle.

—Al contrario. Todos somos extraordinariamente agradecidos. Derrochamos gratitud. Pero no hacia nadie en particular. Sentimos una espacie de gratitud generalizada por la comunidad entera. Algo muy parecido a cuando se dan gracias a Dios por un favor que se debe mis inmediatamente al vecino de enfrente o incluso al sudor de la propia frente.

—¿Y cómo se expresa esa gratitud generalizada? —pregunté.

—Bueno, ¿y en qué consiste la gratitud, en resumidas cuentas? —dijo Frazier. Esperó una respuesta, pero al no contestar nadie, prosiguió—. ¿Acaso no es una disposición para devolver favores? Al menos aquí usamos la palabra en ese sentido. Entre nosotros, no hay ni una sola persona que no esté dispuesta a realizar en caso de necesidad las tareas más difíciles si éstas se consideran necesarias. Estamos siempre preparados para hacer algo por todos en retorno por lo que hemos recibido de todo.

—En otras palabras, conseguís los efectos de la gratitud evitando la injusticia del olvido.

—Puede ser —dijo Frazier dubitativamente—, aunque no creo que nos preocupemos mucho por la injusticia. Es un asunto práctico. Las cosas andan mejor si no se reparten dádivas de gratitud y se ocultan las aportaciones personales.

—Eso es muy difícil de practicar —dijo Castle—. ¡No me diga que un paciente no muestra gratitud por la inyección de morfina que le calma el dolor!

—¿Y por qué? Piense en el fontanero que se tiene que levantar a media noche para arreglar una tubería rota... y cuya acción quizá tenga unos efectos mucho más duraderos para el confort y la salud de la comunidad que una inyección de morfina. ¿Quién se lo agradece en tal caso?

—¿No se podría explicar a la comunidad la labor realizada por el fontanero y organizar algún tipo de reconocimiento público? —dije.

—Nadie se sentiría más incómodo que el mismo fontanero si lo hiciéramos. ¿Y los cocineros, los lecheros, y todos los demás trabajadores de la comunidad? ¿Cuándo se acabaría la lista? Es mejor no empezar; es preciso eliminar todas las expresiones de gratitud personal. Después de todo, la comunidad pagó la morfina y la formación que capacitó al médico para inyectarla.

—¿Recibís entonces atención médica sin siquiera un «gracias»? —dije.

—*Sin* siquiera un «gracias» —dijo Frazier—. La manifestación deliberada de agradecimiento se prohíbe en el Código. Se permite algún «gracias» sin importancia por razón de flexibilidad social, pero tiene más o menos el mismo significado que «¿Cómo está usted?» o «Perdón». Podemos decir «Perdón» para llamar la atención de alguien que nos impide el paso, pero en realidad no se considera como petición de perdón.

—Eso explica la extrañeza de la bella jovencita en el acuarium —dije—. Intenté darle las gracias...

—Ya me di cuenta —dijo Frazier—. La pusiste en un compromiso. Como enfermera, o como miembro autorizado hablando a visitantes, era deber suyo explicar su trabajo. No esperaba que le dieras las gracias, como tampoco el fontanero espera que visites su taller para agradecerle el agua caliente de que has disfrutado durante tu estancia. La Sra. Nash conoce las costumbres exteriores; sin embargo, la pusiste en una situación muy embarazosa. Es como si le hubieras dado un dinero que pertenece a toda la comunidad.

—Me cuesta creerlo —dije.

—Naturalmente. Un hecho cultural es muy difícil de *ver, y* todavía más de entender. Es imposible que sepas cómo suena un «Gracias» para cualquiera que haya Vivido unos meses en Walden Dos. Debe operarse un cambio psicológico...

Sentí haberle dado pie para empezar con ese tema otra vez, e interrumpí a Frazier tan pronto como encontré algo que decir.

—¿De qué disponéis entonces para motivar a los trabajadores? —dije—. Un Administrador, por ejemplo. No trabaja por dinero; eso, descartado. No trabaja por alcanzar prestigio personal; eso está prohibido. ¿Qué más queda? Supongo que me dirás que trabaja para evitar las consecuencias de un fracaso. Tiene que seguir trabajando o de lo contrario se le considerará responsable del lío resultante.

—Tanto no me atrevería a decir yo. No condenamos a nadie por trabajar mal. Después de todo, si no alabamos a nadie, sería injusto censurar a alguien.

¿Quiere usted decir que dejarían que un incompetente siguiera haciendo mal su trabajo? —dijo Castle. De ninguna manera. Le daríamos otro trabajo, y pondríamos a una persona competente en su lugar. Pero no le reprenderíamos.

—¡Por Dios! ¿Y por qué no? —dijo Castle. —¿Acusa usted a un hombre por enfermar? —Por supuesto que no.

—Pues trabajar mal supone, en un hombre capaz, una especie de enfermedad.

—Eso me suena a *Erewhon*[*] —dijo Castle—, y confieso que lo encuentro absurdo.

—A mí también me pareció absurdo *Erewhon* cuando lo leí por primera vez —dijo Frazier, y al ver que Castle hacía un gesto de impaciencia, se apresuró a decir—: Lo siento; no quiero decir con esto que usted no haya reflexionado sobre el asunto, sino que la reflexión sobre estos problemas nunca puede ser total: hay que *ponerlos en práctica.* «La experiencia es la madre de toda certeza». No esperábamos ver la fantasía de Butler tan bellamente confirmada. Y, a propósito, no hemos confirmado en cambio otra de sus creaciones de ingeniería cultural[*]. No llevamos a nadie a la cárcel por enfermedad. Butler cayó en el principio de volver las cosas al revés. Un traspiés ético o moral, con o sin violación explícita del Código, necesita tratamiento, no castigo.

—Ante un modesto caso de hurto, ¿sólo ofrece su sentido pésame? —dijo Castle.

—No. Los pésames también están descartados. El médico pocas veces expresa su compasión por el paciente. Y con razón, me parece. Nos limitamos a tratar la enfermedad como un hecho objetivo.

—¿Cómo tratáis a un hombre atacado de «trabajo deficiente»? —pregunté.

—¡Con sentido común! Quitándole de ese trabajo. Si el chico encargado de coger huevos rompe demasiados, dale otro trabajo. Y lo mismo podemos decir de un Administrador. Pero, ¿por qué condenarlo o censurarlo?

—Me da la impresión de que así fomentáis una especie de holgazanería —dije—. ¿No se cae en la tentación de trabajar mal para conseguir un trabajo más fácil? Bueno, perdóname. Ya sé la respuesta. Que no tenéis trabajos fáciles ni difíciles, claro. Y que, en todo caso, nada le impide

---

[*] Sátira escrita por el novelista inglés Samuel Butler (1135-1902), cuyo título, al revés, es la palabra inglesa «nowhere» que significa «en ningún sitio». *(N. del T.)*

[*] Alude a *La Ruta de Toda Carne*, autobiográfica. (N. del T.)

cambiar libremente de trabajo. Lo siento, retiro lo dicho.

—¿Y si una persona hiciera mal su trabajo, o no trabajara en absoluto, en cualquier puesto que se le asignara? —dijo Castle.

—La enfermedad sería diagnosticada como muy grave, y la persona en cuestión sería llevada a uno de nuestros psicólogos, aunque lo más probable es que hubiera ido el interesado a verlo por su propio impulso mucho antes de llegar a un estado crítico, en cuyo caso la curación sería muy factible. Comparen esto con lo que hubiera sucedido en el mundo exterior. Allí, la persona hubiera permanecido inmóvil en su empleo a pesar de su falta de disposición —esto es, a pesar de su deseo de no trabajar o de hacerlo deficientemente—, por necesidad del sueldo, temor a la crítica o no encontrar otro trabajo. En este caso, la situación puede fácilmente alcanzar su punto crítico. Creo que es este tipo de postrera sublevación violenta en lo que usted está pensando. Aquí es imposible que suceda.

—Pero ¿qué pasaría si ocurriera? —Castle insistió—. Ciertamente se puede concebir que un miembro se niegue a trabajar.

—Tendría que resolverse de algún modo. No sé. Con igual razón podría usted preguntar qué pasaría si apareciera la lepra. Pensaríamos en algo. Siempre habría un remedio.

—Es curioso —dije algo sorprendido al ver que estaba tratando de sacar a Frazier de un apuro—, con que precisión predijo Butler el cambio moderno de actitud hacia las faltas criminales y morales.

—Es un cambio que deploro —dijo Castle agudamente—. Ha dejado al individuo sin responsabilidad, sin libertad. «La culpa la tiene la sociedad. Todo es obra de la ley natural.» Y ¿qué sucede con el individuo si se defiende esta tesis? ¿Dónde queda la iniciativa personal? ¿Siguen teniendo algún sentido lo «moral» y lo «inmoral»?

—Sólo sé que no lo sé —dijo Frazier—. ¿Lo sabe usted acaso? Sin embargo, lo que me sorprende, señor Castle, es que no quiera someter sus conceptos tan queridos a un test experimental. ¿No le parece interesante preguntarse qué sistema será el más eficaz para eliminar las faltas contra «la moral»? Ciertamente, no podrá aportar muchos argumentos en favor de la antigua noción de responsabilidad personal. Al menos, hasta la fecha no ha producido progresos demasiado notables.

—No voy a dejarme coger en la trampa de aceptar un criterio pragmático de la moral —dijo Castle—. La ley moral continuaría siendo la ley moral aunque llegara a probarse que para alcanzar la felicidad es más eficaz adoptar un criterio mecanicista de la conducta humana. En eso no puedo transigir.

—Yo le muestro una comunidad —dijo Frazier hablando despacio y con precisión — en la que no hay más crímenes que unas cuantas faltas

insignificantes, y usted la condena porque ninguno de sus miembros ha oído hablar o se ha preocupado por la ley moral. ¿No es nuestro Código suficiente?

—Ni mucho menos. ¿Por qué ha de serlo si lo cambian periódicamente? ¿Qué clase de ley moral es ésa?

—¿No puede usted concebir un tipo de ética experimental? ¿No está dispuesto a aprender de la experiencia para conseguir, poco a poco, acercarse a un auténtico bien común?

—Me temo que no. Esa postura conduce a muchas situaciones totalmente irrealizables en todo lo que se refiere a la posición del hombre en el mundo y en la sociedad. Necesito una ética que sea lógicamente satisfactoria.

—¿Aunque la tenga que contemplar eternamente desde un mundo de caos moral?

—Aun así.

Frazier suspiró.

—Supongo —dijo— que esto es debido a que usted no tiene temperamento para la investigación experimental. Me gustaría poderlo convencer de lo simple y adecuado del punto de vista experimental. Los problemas que se plantean son bastante claros. ¿Cuál es la «naturaleza original del hombre»? Es decir, ¿cuáles son las características psicológicas básicas de la conducta humana... las características hereditarias, si es que las hay, y las posibilidades de modificarlas y de crear otras? Ésa es ciertamente una cuestión experimental... de las que debe ocuparse la ciencia de la conducta. ¿Y cuáles son las técnicas, las prácticas de ingeniería capaces de moldear el comportamiento de los miembros de un grupo a fin de que puedan funcionar sin roces en beneficio de todos? También es eso una cuestión experimental, señor Castle, que debe ser contestada por la ingeniería de la conducta. Esto requiere el conocimiento de todas las técnicas de la psicología aplicada, desde los distintos sistemas de pulsar las opiniones y actitudes hasta las prácticas educativas y persuasivas que influyen en el individuo desde la incubadora hasta la tumba. Experimentación, Sr. Castle, y no razón. Experimentación con la vida, ¿hay algo más fascinante?

—Has usado muchísimo la palabra «experimento» —dije—, pero ¿haces de verdad, experimentos? ¿No existe una característica de buena práctica científica que brilla por su ausencia en todos los casos que nos has descrito hasta ahora?

—¿Te refieres al «control»? —dijo Frazier.

—Sí —dije sorprendido de que me hubiera entendido rápidamente—. ¿Cómo sabes que la educación ética que dais a los jóvenes es realmente la

causa de su ecuanimidad y felicidad? ¿No podrían ser debidas a otras condiciones experimentales casualmente producidas? ¿Por qué no dividís a los niños en dos grupos, uno de los cuales recibiría educación ética y otro no?

—Probablemente —dijo Frazier— porque no estoy usando Walden Dos como prueba de una tesis doctoral. Además, no daría ningún resultado; existen muchas influencias entremezcladas. Somos todavía muy pocos para tener dos grupos de niños separados. Algún día quizá sea posible y dispongamos de grupos de control para satisfacer al estadístico más exigente. Además, con el tiempo, serán necesarios dos grupos, pues tendremos que discriminar entre diferencias muy sutiles Pero ahora no son necesarios. Complicarse la vida creando grupos de control equivaldría, en este momento, a convertir el método científico en fetiche. Aun en las ciencias exactas con frecuencia no se exigen tales controles. Si acerco una cerilla a una mezcla de elementos químicos y explota, no vuelvo a repetir el experimento para ver si estalla sin ayuda de la cerilla. El efecto de la cerilla es obvio.

—La explosión de la mezcla podría haber coincidido con la aplicación de la cerilla —dije, con evidente escrúpulo académico.

—Pero es una posibilidad muy remota. Estoy dispuesto a correr un riesgo de error de la misma magnitud. Tengo otras muchas cosas en que pensar. De todas formas, esto pronto se vería si continuaba trabajando con explosivos.

—Pero tu ejemplo no es muy adecuado —insistí— Aquí estás manejando muchos elementos..., muchas fuerzas que actúan todas a la vez. Te hace falta un grupo de control para estar seguro de algo.

—El número de fuerzas es lo de menos —dijo Frazier—. Es como un hombre que va al médico porque padece de pies planos, vista cansada y caspa. El médico le receta plantillas, gafas y loción para el pelo. Un mes *más* tarde regresa el paciente completamente curado. Ahora bien, el médico no vacila en absoluto en saber qué tipo de remedio curó cada dolencia. No se pone a cavilar si fueron las gafas o la loción las que curaron los pies planos; no tiene por qué pensar que las plantillas o las gafas...

Frazier rara vez decía «y así sucesivamente». Una idea era para él una idea, y tenía que salir entera. Le dejé que nos explicara lentamente todas las conclusiones a las que no llegaría el médico y después dije: —Has escogido un ejemplo en el que los factores están claramente separados. La analogía no es buena. De ninguna manera prueba que la felicidad del adulto esté relacionada con el autocontrol adquirido antes de los siete años. Muchos aspectos de la vida en Walden Dos podrían conducir al mismo resultado...

—Es cierto, ¿no es extraordinario? —dijo.

—¡Un momento! ¿Cómo contestas a mi objeción? ¿Son los elementos de Walden Dos tan distintos como los pies planos y la caspa, o no lo son?

—Mi querido amigo —dijo Frazier—, por supuesto que no lo son. No es la distinción lo que importa, sino el problema de si la relación entre causa y efecto es evidente. La felicidad y la ecuanimidad de nuestra gente están *obviamente* relacionadas con el auto-control adquirido.

La cabeza me daba vueltas como la de Alicia en este lógico país de las maravillas. No comprendía cómo Frazier había tenido tanto éxito si ésos eran realmente los principios que practicaba y no algo que se le hubiera «unido para enojarme. Más tarde, cuando todavía le estaba dando vueltas al asunto, me di cuenta de que la historia de la ciencia había conocido muchos casos parecidos. A menudo se atribuye al genio habilidad para diseñar un plan experimental basándose en presentimientos que luego, resultan acertados, aunque, a mi juicio, cabría otra explicación: en los comienzos de toda ciencia puede ser posible realizar un avance extraordinario sin necesidad de un elaborado control estadístico; una técnica nueva puede permitir una observación correcta que, a veces, es tan directa como nuestro contacto sensorial con la naturaleza. Confiaba, empero, que el desprecio emotivo por el rigor académico demostrado por Frazier no continuaría prevaleciendo en los estadios ulteriores del experimento de Walden Dos.

No puedo recordar aquel atardecer sin que me venga a la memoria la grandeza del cielo oscureciéndose lentamente. No era una puesta de sol pintoresca, pues no había nube alguna, pero todo aparecía bañado por una extraña luz rosada como si en realidad estuviéramos contemplando el mundo a través de cristales rosados. Llegó un momento en que el cielo perdió todo color, oscureció, y emergieron las estrellas.

Era bastante tarde, ya que las horas, en Walden Dos, también pasaban. La mayoría de los que ocupaban la terraza se habían ido, y el croar de las ranas y los trinos de los pájaros se habían apoderado de todas las conversaciones menos de la nuestra. Frazier se permitió un pequeño bostezo.

—No puedo por menos de recordar nuestra pieza fundamental de ingeniería personal —dijo volviéndose hacia mí—. ¿Has hecho alguna vez estudios sobre el descanso?

—Únicamente he leído lo que dicen los libros de texto y alguna que otra cosa .—dije—. Parece que es importante para evitar los desórdenes de conducta en los niños.

—Y en los adultos también —dijo Frazier—. A mí me afecta enormemente. Puedo aguantar cualquier frustración en la vida si he dormido suficiente. Que me den una buena noche de descanso, y hago mi trabajo del día en un par de horas.

—Yo creía que eso era lo normal aquí —dijo Castle.

—Quiero decir, trabajo intelectual. Ahora puedo pensar y escribir todo el día con contenido creador, y no cuando me forzaba a seguir dale que dale a pesar del agotamiento. ¡Qué locura fue aquello! ¡Qué uso más ineficaz del Hombre Pensador!

—Estoy seguro que mucha gente nunca sabe lo que es descansar —dije.

—Por supuesto que no —dijo, confirmando por fin una idea ajena—. Nunca tienen oportunidad de descubrir lo cansados que están realmente o lo bien que podrían trabajar o las ideas tan felices que podrían tener.

—Yo lo vislumbro en las vacaciones —dije.

—Creo que tú eres capaz de darte cuenta de ello, pero no en cambio la persona normal que va de vacaciones. La gente está tan acostumbrada a un ritmo acelerado de vida que inmediatamente se busca algo que hacer. Aun los afortunados que saben relajarse, los que no creen que pierden el tiempo durmiendo mucho, rara vez logran sobrepasar el estado de adormecimiento. La realidad es que nuestra civilización no valora en absoluto el descanso.

»Estoy seguro que influye también en la longevidad —prosiguió Frazier—. Muchos párrafos del libro *Noticias de ninguna parte* son ridículas, pero si Morris me pudiera convencer de que sabía cómo realizar su «época del ocio», entonces me sería fácil aceptar la fabulosa juventud de su gente.

Nos levantamos, cogimos nuestras sillas y almohadones, y los amontonamos con cuidado a lo largo de la parte interior de la terraza.

—Sospecho que la regla «colocar las sillas en su sitio» se encuentra en alguna página del Código —dije.

Frazier sonrió, pero no dijo nada. Nos acompañó por la rampa, asegurándose de que sabríamos llegar hasta el Paseo, y regresó a su cuarto.

Pronto Castle y yo nos quedamos solos otra vez. Cuando llegamos frente a nuestra habitación, nos detuvimos un instante y le insinué que me apetecía salir fuera, Castle se encontraba ensarzado en una amarga lucha con sigo mismo. Apretó el puño y dio un golpe contra la palma de su otra mano, movió la cabeza bruscamente y sin aparente relación con nuestra conversación, exclamó: —¡Esto no es para mí! —y repitió—: ¡No es para mí!

Le dije que no veía ningún error fundamental en el programa de Frazier y aduje el éxito que teníamos ante nuestros propios ojos. Realmente, no jugaba limpio, lo admito, pues todavía no acababa de ver las cosas claras, pero me gustaba contemplar la lucha interna de Castle. En líneas generales, me encontraba de parte de Frazier.

Finalmente, con un «Buenas noches» que sonó como «¡Basta ya de bromas!», Castle se introdujo en nuestra habitación y cerró con un portazo.

21

Decidí dar un paseo por los jardines y fumar un cigarrillo.

En Walden Dos fumaba muy poca gente —Frazier no lo hacía en absoluto, aunque personalmente lo recordaba como un gran fumador de pipa en la universidad—. Debido al ejemplo de tales compañías, mi consumo de tabaco bajó a límites insospechados. Al principio no fumaba para no llamar la atención y no sentirme culpable, aunque nunca se me hizo o insinuó la más mínima objeción; después noté que casi se me habían quitado las ganas de fumar. Me sorprendió ver que todavía tenía el mismo paquete que me había metido en el bolsillo el miércoles por la mañana. Había fumado sólo dos cigarrillos desde el desayuno. Empecé a dudar de si, después de todo, no sería yo mismo capaz de dejarlo. Mientras daba una vuelta por los jardines en flor iba aspirando bocanadas de humo cada vez más fuertes, y con una mezcla de gozo y alarma vi que no estaba sacando de ello ningún placer. Había oído que fumar en la oscuridad no gustaba, pero nunca hasta entonces me había dado cuenta de ello. Me imaginé a Hans Castorp en su montaña mágica. Me acordé que le había pasado, en las mismas circunstancias, lo mismo con un puro. En resumidas cuentas, ¿cuál era la razón psicológica de fumar? La misma que la del niño que se chupa el dedo, solía decir en mis clases. Pero nunca lo decía en serio.

Oí pisadas en el césped bañado ya de rocío y vi a Steve y Mary muy cerca de mí. Cubrí el cigarrillo con la mano con la intención de dejar a la doncella y a su amante seguir susurrándose cosas al oído. Me imaginaba que sería difícil cortar la conversación una vez que empezáramos a hablar, y no quería estropearles la noche.

—¿Profesor?

Era Steve. Me habían estado buscando, y Castle les había dado la pista.

—¿Podemos preguntarle un par de cosas, profesor?

—Las que quieras, Steve. ¿Vamos dentro?

—Aquí es mejor — dijo Mary.

Empezamos a bajar la cuesta y esperé a que Steve empezara a hablar.

—Profesor, ¿qué piensa usted de todo esto? —dijo por fin.

—¿Quieres decir de Walden Dos?

—Sí.

—Que ¿qué pienso yo de esto? Bueno, no sabría cómo expresarlo... así, en pocas palabras. No sé ni siquiera si tengo todavía una opinión formada. Es un menú demasiado grande y apetitoso.

—¿Cree usted que todo es, en realidad, tal como lo presenta el señor Frazier?

—Si lo que me preguntas es si Frazier nos está diciendo la verdad, sí, creo que dice la verdad. Y estoy seguro que nos está dando una visión completa. No es de esos hombres que ocultan sus errores.

—Nosotros también lo creemos —dijo Mary— . Steve no se refirió a...

—Lo que ocurre es que... no podemos creerlo —dijo Steve— . Es decir, no estamos convencidos de que todo esto pueda realmente estar a nuestro alcance. Por ejemplo, si Mary y yo decidiéramos ingresar mañana, como miembros, y nos aceptaran, ¿significaría esto que podría comer en esos comedores desde este mismo instante hasta que nos *muriéramos?*

—Me imagino que sí.

—y otra cosa. ¿Nos podríamos casar ahora mismo?

—Por lo que he entendido, deduzco que sí.

—¿ Y tener un cuarto propio, y usar de los salones como los demás? ¿Ir al cine, a los bailes y cosas así?

—No veo inconveniente.

—Y ¿vivirían nuestros niños en el jardín de infancia que vimos e irían al colegio exactamente igual que los demás niños?

—Eso es.

—*¿Exactamente* como los demás? ¿Los mismos vestidos y todo?

—Sí.

—¿Y se harían amigos de niños como los que vimos?

—Sí.

—Pero ¿cómo podríamos pagar todo eso? —dijo Steve con semblante abatido—. Esas cosas no se dan gratis. Ahí debe haber gato encerrado.

—No —dije—. Tú y Mary deberíais ganaros vuestros cuatro créditos de trabajo cada día.

—Ganaré los créditos más gordos que hayan visto en su vida —dijo Steve arrancando un puñado de césped y alejándose un poco de nosotros.

—Me parece que no se hace usted cargo de lo que esto significa —dijo Mary—. ¿Sabe lo que nos espera si regresamos a la ciudad?

—Creo que puedo imaginarlo bastante bien.

—No nos podríamos casar hasta que Steve consiguiera trabajo. Y no sería muy bueno que digamos. Luego tendríamos que conseguir un par de habitaciones junto a las vías del tren. Y nuestros niños nacerían en casa y crecerían como el resto de los niños de la ciudad.... en la calle la mayor parte del tiempo. Y en la escuela... —Steve y yo nos educamos en ella— los chicos

reciben golpes y se pelean. Se meten con los judíos, los irlandeses y los italianos. Es horrible.

—Tú y Steve podríais evadiros de eso —dije.

—Lo *deseamos,* y lo intentaríamos. Pero no lo conseguiríamos. Steve y yo lo sabemos. Mi hermana lo intentó, y no pudo. Y eso que era mucho más lista.

Empezó a llorar, y me encontré perdido. Pero Steve regresó inmediatamente, la rodeó con el brazo y empezaron a andar en silencio.

—¿A qué esperamos, Profesor? —dijo él por fin—., ¿me lo puede decir?

—Supongo que siempre es necesario algún tiempo para convencerse de las cosas —dije.

—¿Quiere usted decir que...?

—Si yo estuviera en vuestro caso, lo probaría. No tenéis nada que perder, y mucho que ganar.

—¿Nos aceptarán? ¿Usted cree?

—No creo que haya ningún problema. Por lo que conozco de Frazier, estáis admitidos desde ahora mismo. Nos detuvimos Steve cogió a Mary en sus brazos y la retuvo largo tiempo. Pareció que se olvidara de mí, y caminaron unos pasos. Luego, volvieron.

—¿Lo podríamos dejar arreglado esta noche? —dijo Steve.

—No molestaría a Frazier ahora, si fuera de vosotros. No tenéis nada que temer. Idlo a ver por la mañana. Supongo que tendréis que someteros a un examen médico, pero no os llevará mucho tiempo.

Steve y Mary trataron de besarse de nuevo mientras andaban, y pronto se quedaron rezagados. Un poco más tarde les oí diciéndose algo al oído y riéndose excitadamente.

—Me parece que me voy a dormir —les dije, tratando de no parecer demasiado diplomático—. Desayuno a las ocho. ¿De acuerdo?

—A las ocho, Profesor —dijo Steve.

Les di las buenas noches y empecé a subir la pendiente. Un minuto más tarde Steve me llamó otra vez, y se reunieron de nuevo conmigo.

—Nos olvidamos de darle las gracias —dijo Steve.

—Nunca dejaremos de agradecérselo —dijo Mary—. Ha sido usted maravilloso.

Me vi obligado a negarlo, pues había hecho muy poco. Pero me agradó oírlo y no dejé de recordar sus palabras mientras me dirigía a la habitación. Despertaban en mí un extraño conflicto de emociones, y mientras me quitaba la ropa en la oscuridad para no despertar a Castle, aunque estaba casi seguro que no estaba dormido, traté de analizarlas.

No vi modo de eludir la conclusión de que envidiaba a Frazier. Al confesarme que era él quien merecía el agradecimiento de Mary, comprendí

con meridiana claridad la profunda satisfacción que él debía estar continuamente sintiendo, y empezó a invadirme un insidioso sentimiento de envidia. El episodio que acababa de presenciar debió haberse repetido centenares de veces durante los pasados diez años. Mi emoción presente, empero, era algo más que envidia.

Al subir a mi litera, pensé por un momento que si yo también viviera en Walden Dos podría ver a Mary —y a Steve, por supuesto— de vez en cuando. Era un pensamiento tonto, pero me agarré a él para tratar de explicar mi desasosiego. Había dos explicaciones posibles. Una de ellas parecía indicar que me estaba encariñando con Mary. Eso, naturalmente, era absurdo; apenas la conocía, y nadie podría compartir menos intereses míos que ella. Sin duda debía encontrarme bajo la influencia de una vaga atracción sexual.

Otra explicación, todavía más sorprendente, radicaba en la premisa «si yo también viviera en Walden Dos». ¿Pensaba realmente en quedarme?

Decidí no pensar más tonterías y me dormí.

22

Castle todavía estaba furibundo cuando le encontré a las ocho y media en el cuarto de baño.

—Bueno, ¿cómo se presenta la mañana? —dije mientras desenredaba el cordón de mi máquina de afeitar.

—He decidido que todo esto es un timo —dijo.

—¡Hombre!

—Bueno, me he expresado mal. Pero sí una falsedad muy inteligente. —Sacaba su barbilla para acomodarla a la máquina de afeitar, y no podía pronunciar con claridad.

—¿Dijiste «falsedad»? ¿Y qué tiene de falso?

—Pues que no creo que pueda marchar del modo como dice Frazier. Es un truco parecido al del viejo jugador automático de ajedrez. El público veía un montón de ruedas y palancas falsas, pero un gran campeón de ajedrez se ocultaba dentro de la máquina.

—¿Y quién es ese campeón?

—Frazier.

—¡Frazier!

—Sí. No es ni más ni menos que el magnetismo de su persona. El principio del Führer. Tiene a su gente hipnotizada. Los puede hacer trabajar o pecar. Los mantiene sonriendo para guardar las apariencias.

—¡No hablarás en serio! —dije elevando el tono de mi voz para contrarrestar el ruido de la maquina de afeitar.

—Es posible que no. Pero el ejemplo es válido. *Algo* tiene que haber detrás del escenario.

—¿Y por qué no aceptarlo tal como aparenta ser?

Castle estaba restregándose la barbilla y no contestó.

—Bueno, el hipnotizador tiene dos víctimas en su poder desde esta mañana —dije.

Castle se detuvo.

—¿Quiénes?

—Steve y Mary. Han decidido quedarse.

Castle movió lentamente la cabeza. Luego cogió el tapón del desagüe del lavabo y tiró de él con fuerza rompiendo la cadena. Lo miró un

momento y dio un bufido de disgusto como si le hubiera ofendido la mala calidad del objeto. Puso el tapón de nuevo en el hueco y lo sacó otra vez; volvió a ponerlo y por fin lo dejó. Después de recoger todos sus utensilios de afeitar, intentó una vez más sacar el tapón con delicadeza, como esperando que, a lo mejor, se hubiera soldado con el resto, como un hueso roto.

—¿Qué debo hacer yo ahora con esto? — dijo moviendo el tapón en el aire —. ¿Qué crees tú que dirá el Código sobre los lavabos rotos?

***

Desde la sala de servicio eché un vistazo a Rodge y Bárbara, quienes ya estaban desayunando y discutiendo en voz baja.

Cuando Castle y yo nos reunimos con ellos, Bárbara exclamó: —¡Steve y Mary se quedan en Walden Dos! ¿No es maravilloso?

La mirada de sorpresa de Rodge indicaba que Bárbara había expresado antes una opinión diferente.

Pues me parece un acierto —dije, creyendo que alguien debería opinar tajantemente en términos nada confusos—. Hallarán una vida más feliz que la que podrían tener en su ciudad. ¿Está ya todo resuelto?

—Han ido a ver al señor Frazier —dijo Bárbara—. Parece tan raro... ¿no creen? ¡*Vivir* aquí de verdad...!

—Será una vida hermosa — dije. Minutos más tarde aparecieron Steve y Mary en la sala de servicio con dos miembros de Walden Dos a quienes no conocíamos todavía. Frazier los acompañaba. Se sentaron en una mesa de otra sala y no pude averiguar lo que estaban haciendo; pasado un cuarto de hora, sin embargo, Steve y Mary se reunieron con nosotros en el momento en que llevamos las bandejas a la ventana de servicio. Frazier y los otros miembros habían desaparecido.

—Y bien, ¿ya estáis apuntados? —dije para aliviar una situación aparentemente embarazosa para ellos.

—No lo sabemos todavía —dijo Steve—. Nos preguntaron muchas cosas y se las respondimos todas ¿no? —Dio a Mary un pellizco—. Nos podremos casar la semana que viene... si es que nos admiten.

—¡Maravilloso! —dijo Bárbara.

—¡Formidable! —dijo Rodge con una avidez que pretendía reforzar la sinceridad de sus palabras—. Me alegro que todo haya salido tan bien.

—¡Es cierto que es maravilloso! —dijo Steve—. Para nosotros, al menos. Estrechó con fuerza la mano que Rodge le alargaba, y que al principio le había pasado desapercibida. Bárbara besó a Mary en la mejilla como si se hubieran hecho una especie de anuncio formal de compromiso. Rodge lo

vio y sus facciones se contrajeron con un estremecimiento patético. Nunca vi a un hombre más desgraciado.

—¡A trabajar! —dije desesperadamente—. ¡Tenemos que lavarle o la Sra. Jamnik todas esas ventanas! —No fue una salida muy feliz ni suavizó del todo la tirantez reinante, pero creo que ayudó algo. Al fin y al cabo, algo tenía que decirse, y rápido, y fue lo único que se me ocurrió. Steve, quien quizá era el que estaba menos nervioso en ese momento, pareció comprender mi intención y apoyó mis palabras.

¡Y que nadie intente despistarse! —dijo—. ¡Aquí no toleramos a los vagos!

Empezamos a andar por El Paseo hacia nuestras habitaciones para cambiarnos de ropa, pero nos topamos con Frazier que salía de uno de los salones. Estaba radiante, y nos miró de reojo a Castle y a mí con un evidente gesto de triunfo. Se las arregló para colocarse entre Steve y Mary y puso los brazos sobre sus hombros

—Lo único que tenéis que hacer es pasar el examen médico —dijo mirando a uno y a otro—. El Sr. Meyerson os visitará alrededor de las doce. No creo que haya ningún problema.

—Soy fuerte como un toro —dijo Steve con voz áspera, mirando a Mary con desamparo.

—Te felicito, Frazier —dije—, y los felicito a ellos también. Simplemente quisiera decir que todos creemos que es algo estupendo. —Eso no era realmente verdad, puesto que estábamos más o menos empatados en opinión, pero de nuevo tuve que hablar nada más que para hacer ruido. Aparentemente, era lo correcto, pues halagaba a Steve y Mary, y Frazier estaba extravagantemente orgulloso.

—Supuse que podía contar contigo para esto —dijo dándome la mano.

Nadie acudió en mi ayuda, y hubo un momento algo violento. Por fin continuamos nuestra marcha por El Paseo. Frazier se fue otra vez, recordando, con tono ligeramente paternal, la entrevista que iban a tener Steve y Mary con el Sr. Meyerson a las doce.

Eran casi las diez cuando nos pusimos a trabajar, pero acabamos antes de las doce. Evidentemente, habíamos encontrado el truco. En dos días acabamos con lo que la chica de la Oficina de Trabajo creyó una tarea de tres días.

Después de cambiarnos de ropa, salimos fuera y subimos al cerro, rodeando el sector de las habitaciones personales hasta llegar al edificio médico que estaba situado en una especie de meseta, sobre La Escala. Por el camino pasamos cerca de un nuevo edificio en construcción. Sólo tenía terminada la base de cemento, sobre la que se construirían las paredes de barro prensado, y las principales conducciones eléctricas y tuberías. Steve se

lo enseñó a Mary y nos explicó que su habitación estaría emplazada probablemente allí. Todos subimos al bloque de cemento e inspeccionamos el panorama. Debajo de nosotros estaban las salas comunes y una de las naves de las habitaciones personales. A lo lejos, se podía contemplar el valle de Walden Dos casi en su totalidad.

Era un lugar delicioso, pero eran ya más de las doce, y Steve, un poco intranquilo, nos invitó a que fuéramos hacia el centro médico. El Sr. Meyerson esperaba en la puerta y nos saludó cordialmente.

—Mi esposa ya me ha hablado de ustedes —dijo—. Ella esperaba que *todos* ustedes se quedaran con nosotros.

Le dije que era una tentación grande, pero que desgraciadamente teníamos algunos asuntos que reclamaban nuestra atención. Me di cuenta de que mi observación resultó algo tonta, pero sólo después de haberla pronunciado. No hubo presentaciones, por supuesto, pero indiqué que Steve y Mary eran la pareja afortunada, y el Sr. Meyerson los dejó en manos de una enfermera de aspecto muy profesional.

—¿Les gustaría por casualidad visitar nuestro centro médico? —nos preguntó a los demás como si nos estuviera pidiendo un gran favor.

—Estamos deseando verlo —dije.

—Es posible que les interese —dijo—. En la actualidad es una institución casi excepcional, pero confiamos que pronto muchos millones de personas reciban tratamiento en establecimientos similares.

—Mis colegas y yo somos responsables de la salud de Walden Dos —prosiguió diciendo mientras avanzábamos lentamente por el pasillo central—, y no podíamos aceptar una responsabilidad tan singular sin disponer de poderes extraordinarios. Nos es permitido poner a la comunidad entera en cuarentena con respecto al mundo exterior, por ejemplo. Y podemos solicitar exámenes médicos personales de los miembros tan a menudo como queramos, y me complace decirles que nadie pone objeciones para someterse a ellos. Podemos controlar su régimen alimenticio, en colaboración con nuestros excelentes dietéticos y, por supuesto, supervisamos todos los problemas de higiene. Nuestros pacientes obtienen automáticamente ejercicio, aire libre, sol y descanso, los cuales entran a formar parte de sus vidas en Walden Dos. Es una situación privilegiada desde el punto de vista de medicina preventiva.

Nos detuvimos enfrente de un pequeño consultorio dental.

—Nuestros dentistas les explicarán las excelencias de nuestra situación sanitaria —continuó el Sr. Meyerson, levantando la voz para que le oyera una joven en bata blanca que se estaba lavando las manos y se volvió para sonreímos—. La Srta. Ely es dentista. Ella les puede hablar del programa increíblemente inteligente que ha reducido sus horas de trabajo hasta el

punto de que estamos dispuestos a prescindir de alguno de ellos. —Lo dijo como si fuera un chiste.

—En el momento en que a los dentistas se les dio Poderes extraordinarios —explicó el Sr. Meyerson— se pusieron en cuerpo y alma a eliminar toda carie y diente enfermo de la comunidad. Cada tres meses, todos los miembros se someten a un reconocimiento; se toman radiografías y sufren una inspección completa. El resultado es que pocas veces las enfermedades se convierten en únicas. Nuestros dentistas no hacen sino rellenar algunas caries del tamaño de la cabeza de un alfiler. El Sr. Meyerson dirigió una mirada a la Srta. Ely, quien rió alegremente —. Debo confesar, sin embargo que el consumo de amalgama ha sufrido un notable descenso. Nuestro comercio con el exterior se ha beneficiado extraordinariamente.

Seguimos andando y pasamos por tres pequeños dormitorios de hospital, de los cuales sólo uno estaba ocupado. Un joven, con la pierna suspendida y sometida a tracción, disfrutaba de una alegre tertulia con tres o cuatro visitantes. En la parte posterior del edificio varios jóvenes trabajaban en un laboratorio grande y bien equipado.

—Es una situación más interesante que la medicina militar o institucional, de cualquier modo que se la mire —dijo el Sr. Meyerson mirando cariñosamente al reluciente equipo —. Nuestros pacientes hacen vida normal, son, en general, representativos del hombre medio y podemos contar con su cooperación inteligente en nuestros dilatados experimentos.

—¿Está alguno de sus dentistas realmente sin trabajo? —dije cuando la Srta. Ely se iba del edificio. El Sr. Meyerson se rió con ganas.

—¿Sin trabajo? No. De ninguna manera —dijo—. No se puede dejar a un hombre competente sin trabajo. Se pasan mucho tiempo en el laboratorio. Estomatología preventiva, claro está. Me parece que ahora están experimentando con fluorina en nuestro jardín de infantes. Si tienen un éxito *completo* no necesitaremos los dentistas para nada en la generación siguiente. Perdonen, pero creo que me necesitan en el cuarto de reconocimiento. Debemos acabar pronto con sus jóvenes amigos para que lleguen a tiempo de tomar algún bocado Nos quedamos todavía un rato visitando el centro médico sin guía. Vimos un despacho con ficheros muy bien organizados, una pequeña cocina, y otras dependencias complementarias.

—Disponen de más médicos y dentistas que los que hay por cada mil personas en todo el mundo —dijo Castle—. No sé cómo justificarán eso.

¿Por qué hay que justificarlo? —dije—. Ciertamente no son más de los que necesitan mil personas si quieres que el médico goce de una jornada laboral de cuatro horas. De todas formas sospecho que la comunidad

producirá más médicos de los que necesita.

—Me da la impresión que se están aprovechando de nuestras Facultades de Medicina —insistió Castle—. La educación de estos médicos debe estar subvencionada por Fundaciones o por el Estado, ¿entiendes?, pero el Estado no se beneficia de su ejercicio profesional. Tengo que preguntarle a Frazier cómo justifica eso.

23

Regresamos a los comedores por una puerta de la cocina. Frazier apareció cuando estábamos acabando de servirnos y nos indicó una gran mesa central situada en uno de los comedores de estilo moderno, adonde él acababa de llevar su bandeja.

—Bien —dijo cuando empezamos a comer —, no queda mucho más por ver. Y colorín, colorado. Tengo ahora curiosidad por saber si han sacado una impresión apropiada.

—«Impresión» no es la palabra —dije—. Es la experiencia más extraordinaria de toda mi vida.

—Un experimento muy interesante, no hay duda —dijo Castle —. La Utopía se ha encarnado. Así parece, al menos.

—Utopía, ciertamente —dijo Frazier—. ¿Y saben ustedes cuál es el hecho que me parece más increíble?

—Nos miró con avidez uno a uno, en especial a Rogers, y empecé a preguntarme si no estaría insatisfecho con dos conversos de un grupo de seis.

—El hecho de que haya sido un éxito, me imagino —dije.

—¿Y qué tiene eso de increíble? ¿Cómo podría haber fracasado? No. Me refiero a un simple detalle que distingue a Walden Dos de todas las demás Utopías imaginarias que se hayan soñado. —Siguió mirándonos, pero nosotros estábamos totalmente perplejos.

—¡Pues el hecho de que existe ya, aquí mismo y ahora! —nos anunció por fin—. ¡En mitad de la civilización moderna! —Observó el efecto que sus palabras nos producían, pero éste, por cierto, no fue muy notable.

—Las Utopías *han* tendido siempre a estar un poco fuera de la realidad —dijo por fin Castle, con alguna vacilación pero empezando a comprender.

—¡Fuera de la realidad! ¡Pues claro! «Utopía» es una palabra griega que significa ten ningún sitio». ¡Y Butler tituló su libro «En ningún sitio», pero escrito al revés! Bacon escogió la perdida Atlántida, y Shangri-La se encuentra separada del resto de la Humanidad por las montañas más altas del mundo. Bellamy y Morris creyeron necesario apartarse uno o dos siglos en la dimensión del tiempo. ¡Fuera de la realidad! ¡Pues no faltaría más! Es la regla número uno del romance utópico: Apartarse de la vida tal como la

conocemos, tanto en el espacio como en el tiempo, o de lo contrario nadie querrá creernos.

»Lo único que gritaría desde lo alto de todos los tejados del mundo es esto: La felicidad nos espera. ¡Aquí y ahora! —prosiguió. Gritaba como un tambor del Ejército de Salvación*, redoblando en la distancia—. No depende de un cambio de gobierno o de las maquinaciones de la política internacional. No espera a que la naturaleza humana mejore. En este preciso momento disponemos de las técnicas necesarias, tanto materiales como psicológicas, para crear una vida plena y satisfactoria para todos.

Lo difícil es poner esas técnicas en práctica —dijo Castle —. Todavía le quedan por resolver los problemas del gobierno y la política.

—¡Gobierno y política! No se trata en absoluto de un problema de gobierno y política. Ésta es precisamente la piedra angular de Walden Dos. ¡No se puede progresar hacia la felicidad por medio de la acción política! ¡Ni bajo *ninguna* de las actuales formas de gobierno! Se debe actuar a un nivel totalmente distinto. Lo que se necesita es una especie de Corarte de Acción Apolítica: Mantenerse al margen de la política y prescindir del gobierno excepto para alcanzar objetivos prácticos y temporales. El gobierno no es el lugar más apropiado para hombres de buena voluntad o que posean una adecuada perspectiva de los problemas.

»De acuerdo como entendemos los términos hoy en día, gobierno significa poder..., especialmente poder para obligar a la obediencia —prosiguió Frazier—. Las técnicas del gobierno son las que se podrían esperar: La fuerza o la amenaza por la fuerza; lo cual es incompatible con un estado duradero de felicidad. Conocemos lo suficientemente bien la naturaleza humana para estar seguros de ello. No se puede forzar a alguien a ser feliz; nadie será feliz si se ve *obligado* a seguir una hipotética norma de felicidad. Hay que conducirlo a ella de modo diferente si se quiere que el resultado sea satisfactorio. —Pero han existido ciertamente muchos hombres felices bajo todas las formas de gobierno— objeté yo.

—No *a causa* del gobierno, sino *a pesar* de él. Algunas filosofías de la vida han hecho a los hombres felices, de acuerdo, porque han promulgado ciertos principios que bien desearía verlos practicados seriamente como principios de gobierno. Pero dichas filosofías han surgido siempre entre los rebeldes. Los gobiernos que usan la fuerza se basan en principios de ingeniería humana equivocados y no son capaces de mejorar tales principios, o descubrir su incompetencia, porque no pueden acumular una

* «Salvation Army»: Institución religiosa y filantrópica inglesa, fundada por Guillermo Booth en l865, con una organización paramilitar, muy extendida en los países protestantes. *(N. del T.)*

densidad de conocimientos que se aproxime a una ciencia. El único camino para obtener una «mejora» es arrebatar el poder a un grupo y transferirlo a otro. Nunca es posible planificar y llevar a cabo experimentos para investigar la mejor utilización del poder o para hallar cómo deshacerse de él totalmente. Eso podría ser fatal. Los gobiernos siempre tienen razón... No pueden realizar experimentos porque no pueden tolerar la más pequeña duda u objeción. Alguna que otra vez un nuevo gobierno inicia un programa para conseguir un mejor uso del poder, pero su éxito o fracaso, en realidad, nunca prueban nada. En la ciencia, los experimentos son concebidos, examinados, alterados, repetidos..., lo cual no ocurre en la política. De ahí que nuestro progreso hacia una ciencia de gobierno sea tan extraordinariamente lento. La historia no nos dice nada. He ahí la tragedia del reformador político. No dispone de hechos reales, ni de leyes auténticas. ¡El panorama es patético!

—Tiene que luchar contra tremendos obstáculos —dije.

—Pero eso no es lo patético. Supongo que se debe admirar a David cuando sale al encuentro de Goliat. Pero lo patético es que David quiere convertirse en Goliat. No tiene otro programa mejor que colocarse en el poder. Todos los liberales y radicales quieren gobernar. Quieren tratar de demostrar, a su manera, que la gente será más feliz si el poder es esgrimido de modo diferente o con fines distintos, pero ¿cómo lo saben? ¿Lo han probado alguna vez? No. Se lo imaginan nada más. Y sabemos que se equivocan, porque si estuvieran en lo cierto no querrían el poder en absoluto.

»Y, en resumidas cuentas, ¿son completamente sinceros estos liberales? — Frazier siguió diciendo —. ¿Por qué no construyen un mundo a su gusto sin pretender conquistar el poder? Realmente, todos los gobiernos no persiguen a los que consiguen ser felices. Por el contrajo, cualquier grupo de personas de buena voluntad puede elaborar una vida satisfactoria dentro de las estructuras políticas existentes en algunos de los gobiernos actuales.

—¿No estás pasando por alto lo referente al altruismo? —dije—. A lo mejor los liberales de que hablas quieren mejorar la suerte de todos los hombres, y no precisamente la suya propia.

—¿Pero saben cómo conseguir lo que desean? ¿Saben qué tipo de mundo será satisfactorio para la mayoría de los hombres? No; están adivinando otra vez. Cualquiera es capaz de sugerir cambios que podrían ciertamente suponer mejoras, pero eso es un remiendo. Una civilización eficaz sólo puede descubrirse mediante experimentación.

—Esto suena un poco al viejo programa de los anarquistas —dijo Castle.

—De ninguna manera. No estoy defendiendo la desaparición de todo

gobierno, sino solamente la de los que actualmente existen. Queremos un gobierno basado en la ciencia de la conducta, pues consideramos que es el único sistema que puede producir una estructura social permanente. Por primera vez en la historia estamos preparados para este tipo de gobierno, porque ahora podemos trabajar con el comportamiento humano de acuerdo con simples principios científicos. El defecto de los anarquistas es que confiaban demasiado en la naturaleza humana. Su doctrina fue una derivación de la filosofía del perfeccionismo.

—Pero tú mismo pareces tener una fe ciega en la naturaleza humana —dije.

—No tengo ninguna —dijo Frazier con brusquedad — si te refieres a que los hombres son buenos por naturaleza o que están preparados por naturaleza para llevarse bien con el prójimo. No tenemos ningún punto en común con las filosofías que proclaman la bondad innata del hombre — ni la maldad tampoco, que para el caso es igual —, pero tenemos fe en nuestro poder para cambiar la conducta humana. Podemos *hacer* a los hombres adecuados para la vida en comunidad... proporcionando satisfacción a todos. Ésta era nuestra esperanza, ahora, es nuestra realidad.

Algo que no veo claro son sus relaciones con el gobierno actual —dijo Castle—. ¿Cómo se las arreglan?

—Lo único que pedimos es que nos dejen en paz —dijo tranquilamente Frazier.

—¿Pero lo harán? —dijo Castle—. Usted mencionó los impuestos, y me imagino que son tan capaces de cumplir con esta exigencia como cualquier otro. Pero ¿y, por ejemplo, los soldados en tiempo de guerra?

—No estamos en mejor ni en peor situación que los demás en ese aspecto tampoco. Por el contrario, cuando estalló la guerra nuestros jóvenes dejaron a sus mujeres e hijos en un ambiente seguro y normal, y no tuvieron ninguna duda sobre el mundo al que querían regresar.

—¿Pero crees que habéis aceptado la responsabilidad plena de la ciudadanía? — insistí.

—¿En qué sentido podemos ser deficientes ciudadanos?

—¿Votáis todos? ¿Os interesáis por la política local o nacional?

—Nos mezclamos en la política para obtener objetivos prácticos inmediatos. Todos votamos, pero no todos nos interesamos en ella. Disponemos de un Administrador Político, quien se informa de las cualidades de los candidatos en las elecciones provinciales y nacionales. Con la ayuda de los Planificadores, prepara lo que llamamos la Candidatura Walden, y todos vamos a las urnas a votarla.

—¿La mayoría vota entonces únicamente como se les dice? —dijo Castle.

—¿Y por qué no? —dijo Frazier—. ¿Cree usted que seríamos tan tontos como para votar la mitad de una manera y la otra mitad de otra? Para eso nos quedaríamos en casa. Recuerden que nuestros intereses son los mismos, y que nuestro Administrador Político esta en la mejor posición posible para decirnos qué candidatos actuarán en favor de esos intereses. ¿Por qué deben nuestros miembros emplear tiempo — ¡y vaya que lleva tiempo! — en informarse por sí mismos de una materia tan compleja?

—Pero el sufragio libre... —empezó a decir Castle

—¡Disparate libre! —dijo Frazier—. Todos sabemos lo que queremos en lo que atañe al gobierno local, y también sabemos cómo obtenerlo: votando la Candidatura Walden.

—Me imagino que tendrá éxito —dijo—. Y que vuestro voto tendrá peso, porque ¿cuántos votos tenéis? ¿Seiscientos o setecientos?

—Desde luego influye. Dominamos la ciudad, y tenemos el camino expedito para hacer lo mismo con el Estado. Mucha gente de los alrededores sabe lo que estamos haciendo y preguntan por la candidatura Walden cuando van a las urnas. Saben bien que se trata de una selección honesta. Los candidatos también saben que tenemos una excelente memoria, y se acuerdan de lo prometido en la campaña. Y hemos podido, mediante la promesa de ayuda, inducir a hombres de mayor talla a presentarse a las elecciones. ¿Sufragio libre? ¡Qué tontería!

—No estoy muy seguro que el fin justifique los medios —dijo Castle, dando la impresión de falta de convicción —. Ustedes están pervirtiendo el proceso democrático, por muy deseable que sea el resultado.

Yo me adelanté para evitar la respuesta de Frazier. Sentía una especie de vergüenza cada vez que él sugería ciertos principios antidemocráticos; y la única salida que tenía en aquel momento era desviar la conversación.

—Estáis jugando con pólvora si os aficionáis a la vida política —dije—. Probablemente, habéis limpiado las fuerzas políticas locales de corrupción, pero ¿no intentarán los aliados de los candidatos derrotados del resto del Estado pararos los pies antes de que vuestra influencia crezca demasiado?

—Entonces me recomiendas que rehuyamos las responsabilidades de la ciudadanía —dijo Frazier con un ademán socarrón.

—¿Pero no tenéis miedo a que ocurra algo de eso?

—¿Y cómo podrían detener nuestro avance?

—Promulgando leyes que limitaran vuestras actividades o elevando los impuestos.

—Tendrás que hablar con nuestros abogados —dijo Frazier— sobre este asunto, pero creo que cualquier ley de esa naturaleza heriría a una porción de gente muy poderosa. Las organizaciones religiosas, por ejemplo. E incluso los grandes negocios, puesto que somos legalmente una empresa.

O las cooperativas, que son bastante poderosas en la provincia.

—Las fuerzas de la corrupción —dijo Castle— nunca les atacarían de frente, acudiendo a la legislación. Se dedicarían a propagar rumores sobre el amor libre, los matrimonios múltiples o el ateísmo de Walden Dos.

—¡No crea que no hemos pensado en eso! Y tampoco que estemos inactivos esperando, con los brazos cruzados, a que suceda. Nuestro Administrador de Relaciones Públicas se encarga de que las comarcas vecinas tengan una buena opinión de nosotros. No comparto algunos de sus métodos actuales porque me opongo a cualquier exceso de la verdad mediante la propaganda, pero los demás Planificadores no han compartido este punto de vista, y por tanto he tenido que ceder un poco, especialmente en lo que toca a la religión. En estos momentos, llevamos a cabo una especie de contra-propaganda anticipada.

—Estaba deseando preguntarte algo sobre las prácticas religiosas —dije—. ¿Tienes algún inconveniente en describirme...?

En absoluto. Walden Dos no es una comunidad religiosa. Difiere en este aspecto de todas las otras comunidades razonablemente estables del pasado. No damos a nuestros niños educación religiosa alguna, aunque los padres pueden hacerlo si así lo desean. Nuestro concepto del nombre no procede de la teología sino del examen científico del mismo hombre. Y no reconocemos como revelado, ni verdades sobre lo bueno o lo malo, ni leyes o códigos propios de un pueblo elegido. El hecho es que las prácticas religiosas que trajeron nuestros miembros a Walden Dos han decaído poco a poco, lo mismo que el beber o el fumar. Sería muy largo describirles, y no sé si podría hacerlo, cómo la fe religiosa llega a perder su importancia cuando los temores que la alimentan son mitigados y las esperanzas son colmadas... aquí en la tierra. No sentimos necesidad alguna de una religión formal, ni como práctica religiosa ni como filosofía. Pero me parece que constituimos un pueblo devoto en la mejor acepción de la palabra, y nos comportamos, en general, mejor que los miembros de cualquier iglesia. Hemos tomado prestadas algunas prácticas de la religión organizada, destinadas a fomentar la lealtad de grupo y afianzar la observancia del código. Creo que les he mencionado ya nuestras reuniones dominicales. Podemos oír en ellas un poco de música, a veces religiosa. Y se lee o se representa alguna obra filosófica, poética o religiosa Nos satisface el resultado producido por estas reuniones en las conversaciones de la comunidad. Nos da un patrimonio común de citas literarias. También suele darse en ellas una breve «lección», de inmensa importancia para mantener la observancia del Código. Normalmente se escogen algunos puntos para discusión posterior que traten sobre auto-control y ciertas formas de articulación social.

»No se trata de una falsificación — continuó Frazier—. No es una imitación de ceremonia religiosa, *y,* en este aspecto, nuestros miembros no se llevan a engaño. La música cumple el mismo cometido que en la iglesia: hacer agradable la ceremonia y proporcionar un ambiente. La lección semanal es una especie de terapéutica de grupo. Y parece que es justamente lo que necesitamos. Si el Código resulta demasiado difícil de cumplir para alguien o cree que va en contra de sus intereses, busca la ayuda de los psicólogos. Éstos son nuestros «sacerdotes», por decirlo de alguna manera. Los tratamientos prescritos se parecen mucho a los de una clínica psicológica, aunque los trastornos son comparativamente casi siempre de menor importancia, y la terapéutica, por tanto, tiene normalmente éxito. Esto es todo en cuanto a nuestras ceremonias. No tenemos ritos ni contactos con lo sobrenatural. Nada más que una experiencia agradable, en parte estética, en parte intelectual. Ahora bien, ¿qué más ofrece la religión organizada? ¿Ayuda al enfermo y al necesitado? No quiero insultarles con una cita de nuestras obras. ¿Apoyo en tiempo de desgracia? ¿Pero qué necesidad hay de un consolador profesional? ¿No es eso algo que hemos superado ya, como las plañideras profesionales de antaño? Aquí, ofrecemos apoyo auténtico: la simpatía y el afecto de muchos amigos. ¿Esperanza de un mundo mejor en el futuro? Nos gusta lo suficiente el presente de la tierra. No pedimos que se nos consuele con promesas de paraíso por vivir en un valle de lágrimas.

—¿A qué te referías —dije— cuando hablabas de «exceso de la verdad» cuando hacéis propaganda en las zonas circunvecinas?

—A veces se entienden mal nuestras ceremonias. Nuestro encargado de Relaciones Públicas insiste en que invitemos a todos los clérigos de los pueblos vecinos a cenar un domingo, con su familia, aproximadamente una vez por año. Les damos bien de comer, y ellos siempre aceptan con gusto. Normalmente, nos acompañan en una de nuestras ceremonias. Leemos la Biblia ese día, ya que todos ellos parece que miren a Confucio como un pagano, y el coro no se aparta de Bach o Haendel. Yo llamo a esto engaño, pero mi voto ha sido minoritario, como les dije. Su argumento es que estamos luchando contra la beatería, y que debemos hacerlo en su propio terreno.

»Otro truco que no me gusta es poner en manos de los clérigos unos impresos destinados a nuestros niños de diez años. Son pequeños folletos que tratan de la gula, la envidia, el hurto, la mentira —una especie de curso de tuca práctica —. A los clérigos se les hace creer que dichos folletos están hechos para nuestros adultos. Supongo que habrá en ello alguna justificación, puesto que los adultos realmente los usan con frecuencia, especialmente cuando lo recomiendan nuestros psicólogos. Yo mismo

consulté uno el otro día pues acababa de leer un artículo sobre un tema que siempre había deseado escribir también, y me sentía muy desgraciado; afortunadamente el folleto sobre la Envidia me curó inmediatamente. Son pequeñas obras maestras de ingeniería de la conducta. De hecho, estas obritas las escribí yo.

—¿Habéis conseguido desterrar el prejuicio en lo que respecta a la religión? — pregunté.

—Creo que sí. Al menos no se nos ha atacado. El Administrador lo ha hecho muy bien, te lo confieso, a pesar de sus métodos. Siempre que tenemos un exceso de alimentos frescos, lo distribuimos entre las personas más pobres de los alrededores; y cada año les llevamos cestas de Navidad. Al principio también enviábamos algunos miembros a la Iglesia una o dos veces al mes — y les dábamos 0,75 por ello —, pero hemos visto que ya no es necesario. Siempre disponemos de argumentos a nuestro favor: nuestros antecedentes penales brillan por su ausencia; tenemos menos divorcios que cualquier comunidad normal del mismo tamaño, y no existen, entre nosotros, hijos ilegítimos. Debo añadir además que nuestras relaciones con el clero más inteligente son excelentes. Algunos de nuestros visitantes más interesantes han sido eclesiásticos, y, en general, han aprobado lo que estamos haciendo. El verdadero problema surgirá cuando aumentemos en número y empiecen a considerarnos como una amenaza. La forma en que entonces nos tratarán dependerá, supongo yo, de su integridad intelectual y ésta no tengo medios para conocerla.

—Me alegra comprobar que tiene algunos escrúpulos sobre estas prácticas —dijo Castle—, pues personalmente las considero reprensibles. Dudo de que sus ceremonias dominicales puedan hacerles ningún bien como medio de educación ética, siendo como son tan obviamente fraudulentas.

—Fraude es una palabra dura, señor Castle —dijo Frazier—. Necesitamos estas ceremonias. Mis objeciones no van contra ellas sino contra la imagen que pretende darse de ellas. A mi juicio, serla suficiente mostrarlas como son; tengo la impresión de que nuestro Administrador de Relaciones Públicas exagera el peligro. Pero ése es su trabajo. Quizá sea yo quien esté equivocado.

—Creo que estas técnicas pueden tener éxito en las comarcas vecinas —dije—. Y que si os planteáis abiertamente el problema de las relaciones públicas, podréis evitaros complicaciones. Pero ¿y vuestras relaciones con el resto del país?

—Todavía tendrá que pasar un poco de tiempo antes de que sea preciso adular a toda la nación —dijo Frazier.

—¿Y vuestras responsabilidades como ciudadanos de los Estados

Unidos? ¿Qué interés os tomáis por los problemas nacionales?

—Participamos en las elecciones presidenciales porque coinciden con las elecciones locales y tenemos que ir a las urnas de todas formas. Nuestro Administrador Político nos recomienda un candidato y lo votamos aun sin poner en ello demasiado calor, pues ninguno de nosotros cree que el peso de nuestro voto se va a notar en unas elecciones nacionales.

—Sin embargo —dijo Castle—, el gobierno nacional no carece de importancia. Les protege a ustedes contra eventuales invasores que podrían, si se lo propusieran, arrasar Walden Dos. Y, dicho sea de paso, ¿no es esto algo que usted olvidó cuando habló de auto-suficiencia? De ningún modo. Pagamos esas ayudas gubernamentales como cualquier contribuyente. Aunque de hecho sólo utilizamos una parte mínima de los servicios que pagamos. Por ejemplo, nunca pedimos ayuda económica para obreros parados.

—Pero dan la impresión de que no se consideran parte de la nación —dijo Castle.

—Es cierto. Tenemos un concepto del gobierno mucho más elevado que los políticos y no tenemos, por lo tanto, ningún interés en lo que los políticos están haciendo. Las mismas amenazas de invasión que usted mencionó hace un momento tienen su origen únicamente en gobiernos que desean imponer su influencia a los demás.

—¿Y no está ahí precisamente el problema? —dijo Castle—. ¿Es que no están olvidando aspectos importantes de política mundial? ¿No tienen interés alguno por la paz del mundo?

—Tanto como los demás —dijo Frazier—, aunque tenemos un enfoque más realista en cuanto a los métodos para conseguir la paz. Aun así, la mayoría estamos dispuestos a dejar el asunto en manos de especialistas. Ninguna solución tiene su origen en un frívolo movimiento de labios general.

—¿Pero trabajan activamente por la paz del mundo? —dijo Castle.

—¡Trabajar activamente! — gritó Frazier—. Nos limitamos a esto: ¡no hacer la guerra! No tenemos una política imperialista, ni deseos de poseer lo de los demás, ni interés en mantener contactos con el exterior excepto para fomentar la felicidad y la autosuficiencia. ¿Qué es Walden Dos sino un grandioso experimento de un mundo en paz? Cíteme cualquier especialista en política internacional que realmente *sepa* qué tipo de sociedad, cultura o gobierno puede asegurar la paz. ¡No lo sabe! .¡Sólo lo adivina! A través de las maquinaciones del poder político podrá, si tiene suerte, empezar a experimentar, pero, casi con certeza, de tal forma que el resultado no probará nada. Es posible que por alguna casualidad colosal consiga la paz del mundo, quizá permanentemente. Pero la probabilidad de que esto

suceda es insignificante. La política mundial no proporcionará la clase de datos necesarios para una solución científica de los problemas básicos. ¿Qué es lo que quiere el pueblo? ¿Qué puede satisfacerlo? ¿Cómo puede hacerse que quiera lo que realmente puede obtener? ¿O cómo puede obtener lo que quiere sin quitárselo a otros? Podría seguir formulando preguntas de este estilo todo el día. ¿Y quién me puede responder siquiera una de ellas? ¡Los políticos, no!

—¿Cree que su punto de vista es realista? —dijo Castle—. Supóngase que toda la nación se convirtiera en una comunidad como ésta. ¿Cómo harían la guerra si les atacaran? ¿Dónde estaría su industria pesada? Hace un par de días usted dijo que el mundo no estaba preparado para aceptar la humildad cristiana o el pacifismo. ¿Cree que es consecuente?

—Hay mucho que responder a eso, pero dudo que pueda realmente convencerle. Podría argüir diciéndole que nosotros podríamos disponer de un poder militar no sólo aceptable, sino también inmensamente grande. También podríamos tener industria pesada, aunque distribuida de tal forma que la hiciera casi invulnerable a un bombardeo atómico. Los grandes centros de población son un anacronismo, debe admitirlo. Y nuestra mano de obra disponible sería dos o tres veces mayor que en la última guerra* porque exprimiríamos hasta la última gota de fuerza física y psicológica.

»Pero esta línea de actuación no me atrae — continuó —. Para un enfoque distinto del problema podría atarles algunas voces autorizadas, desde Jesucristo hasta Henry David Thoreau, y podría repasar las técnicas de desobediencia civil y resistencia pasiva. O podría argüir que los Estados Unidos no cambiarían su sistema de vida sin que esto tuviera enormes consecuencias para el resto del mundo..., lo cual podría borrar toda amenaza de agresión. Realmente, no quiero discutir sobre este asunto ni en pro ni en contra, porque el problema no puede resolverse mediante la discusión. Pero permítanme que les compare lo que yo estoy haciendo por la paz mundial con lo que ustedes están haciendo como «buenos ciudadanos». ¿Cuáles son sus procedimientos? ¿Qué progresos están logrando en orden a la paz?

—Bueno, bueno —dijo Castle con una sonrisa —. Usted pidió que le dejáramos en paz. Le daremos gusto.

---

* Alude a la segunda guerra mundial. *(N. del T.)*

24

—El mundo exterior también puede significar para vosotros otro tipo de peligro —dije, después de abandonar el comedor y mientras nos dirigíamos por tácito acuerdo hacia una de las puertas —. Es posible que consiga alejar a los jóvenes de vosotros. Después de todo, se está desplegando una gran cantidad de talento y habilidad para hacer atractiva la vida moderna. ¿Cómo os protegéis contra esta amenaza? Adoctrinándolos, supongo.

Salimos fuera, y a falta de un plan mejor, nos sentamos en los bancos parcialmente sombreados, junto a la fachada.

—Adoctrinar es un término demasiado duro —dijo Frazier—. No hacemos propaganda en favor de nuestro sistema de vida, excepto para presentar lo que juzgamos una comparación imparcial con otros tipos de sociedad. No utilizamos métodos emotivos o motivacionales que establezcan una actitud favorable hacia Walden Dos o contra el mundo en general. No tenemos himnos que glorifiquen nuestro grupo. No nos burlamos del resto de la humanidad ni ridiculizamos sus estúpidas costumbres económicas o sociales. Lo único que hacemos es proporcionar una formación objetiva.

—¿Y es suficiente? ¿Es lo bastante eficaz para que jóvenes brillantes de quince años no se impresionen con los cines de la ciudad, los «night clubs» o los caprichosos restaurantes? ¿Pueden acaso pasar por una ciudad sin experimentar un poco de envidia o sin preguntarse si, en definitiva, Walden Dos será el mejor, de los mundos? No se les puede mantener ignorantes sobre esas cosas. Tenéis cine aquí, he visto algunas películas anunciadas en el tablón de anuncios. Los niños conocen, pues, el mundo exterior. ¿Cómo podéis evitar los estragos causados por la envidia o por la duda?

—¡Pues claro que nuestros niños conocen el mundo exterior! ¡Simplemente nos cercioramos de que sepan toda la verdad! Les llevamos a la ciudad de vez en cuando, y pueden ver los cines, las catedrales, los museos, las mansiones lujosas. Pero también ven el reverso de la medalla: el hospital municipal, las parroquias de los suburbios, el hogar para indigentes, las tabernas, las cárceles. A menudo hallamos en los suburbios quien, por el precio de una bebida, nos deja visitar su barraca destartalada.

Todo esto es de por sí suficiente. Alguna que otra vez encargamos a un grupo de muchachos una especie de misión detectivesca. El juego consiste en encontrar, en el tiempo más corto posible, una relación entre un aspecto cualquiera de lujo y una muestra de pobreza o de privación. Los niños pueden empezar con un chalet lujoso, por ejemplo. Si entran por la puerta de servicio les será posible, seguramente, hablar con la lavandera negra que está tendiendo la ropa y convencerla de que les enseñe su propia vivienda. Con ello basta. Pueden también elegir un mendigo que salga de la catedral y seguirlo hasta los sórdidos ambientes en los que pasa la mayor parte del día. Algo parecido hacemos con nuestras revistas y películas. Les explicamos por qué los anuncios casi siempre muestran gente simpática y atractiva, hermosas campiñas, playas, y mansiones. Y les decimos que todo esto no habría sido posible para muchos si, al mismo tiempo, no hubiera significado la pobreza, la enfermedad y la inmundicia para muchísimos más. Nuestros jóvenes inteligentes se muestran, naturalmente, interesados por el problema y desean investigar por qué la pobreza ha tenido que ser necesaria. Estos son los que nos preocupan menos en cuanto a una posible deserción.

—¿Por qué, sin embargo, no los adoctrináis? —dije—. ¿No sería ese el medio mejor para asegurar el éxito de la comunidad?

— Sería el medio mejor para asegurar su fracaso —dijo Frazier con algo de cordialidad— . Sería un error fatal. Nada más que la verdad; éste es nuestro lema. Nadie puede dudar de la posibilidad de crear miembros adictos en cualquier tipo de comunidad. Las técnicas para lograrlo han probado su validez desde hace tiempo. Consideren las culturas religiosas, que se han perpetuado a través de los siglos mediante la educación de los niños en sistemas de vida que a nosotros nos parecen una violación de todo instinto humano. Reflexionen sobre los monasterios, las lamaserías* y demás formas de sociedades antinaturales. No; el poder de la ingeniería de la conducta humana no puede despreciarse. Sólo que le hace a uno preguntarse por qué no se ha hecho mejor uso de sus procedimientos mucho antes. Ciertamente, podríamos enseñar a nuestros niños a contentarse con una existencia muy limitada y austera, a despreciar otras formas de sociedad, a abstenerse de los placeres de la carne y podríamos conseguir que una sociedad de este tipo durara muchos años.

—¿Y por qué no siempre? —dijo Castle— . ¿Por qué preferir una sociedad a otra? ¿Qué tienen de malo la lamasería del Tibet, la comunidad Mennomita* de Pennsylvania, o cualquier monasterio de Sicilia? Si la supervivencia es como usted cree la piedra angular de a sociedad, ¿cómo

---

* Convento de monjes lamas en el Tibet, Mongolia. (*N. del T.*)

* Sectas religiosas que toman el nombre de la ciudad bíblica de Ammán. (*N. del T.*)

puede elegir entre ellas? Supongo que me dirá que algunas modalidades de comunidad son más felices que otras.

—La felicidad no es el factor decisivo —dijo Frazier—. Todas las comunidades que usted menciona podrían proporcionar igual cantidad de felicidad, aunque me parece que es defendible exigir un pequeño extra de ella cuando las necesidades básicas han sido ya satisfechas.

—Pero un pequeño extra no basta para justificar todo esto —dijo Castle señalando impacientemente todo el paisaje de Walden Dos.

—Claro que no. No estamos satisfechos con producir meramente un pueblo feliz. Nuestra tecnología es lo suficientemente poderosa para conseguir que los hombres sean felices bajo muchas condiciones de vida.

—Entonces, ¿qué criterio puede usar para saber si ha tenido éxito? —grito Castle, saltando del banco como un jugador excitado.

—¿Estás seguro? —dije—. Yo creía que la felicidad consistía en el mayor bien para el mayor número... —Esto quiere decir que me he expresado mal —dijo Frazier—. ¿Es que no ven dónde está la equivocación de las comunidades adoctrinadas que usted acaba de mencionar? ¿Cuál es su característica más notable? ¿Acaso no es el hecho de que nunca cambian? Han permanecido inmutables durante siglos.

—Pero si se consigue una vida feliz, ¿para qué cambiar? —dijo Castle, moviéndose impaciente delante de nosotros.

—¿No es su permanencia la mejor prueba de su éxito? — añadí yo, también, levantándome con el pretexto de recoger del suelo un trozo de papel.

Frazier permaneció impasible.

—Hablo de permanencia en otro sentido —dijo—. Si esas comunidades han sobrevivido, es únicamente debido a que, prácticamente hasta ahora, no han tenido competencia. Parece obvio que, actualmente, la civilización las ha dejado atrás. No han sabido mantenerse al nivel del progreso humano, y algún día desaparecerán de hecho, igual que se han oscurecido ya los principios en que se basaban. Su debilidad se prueba por su incapacidad por expansionarse en competencia con otras formas sociales. Tienen defectos mortales, y mi opinión es que los defectos no se han visto a tiempo debido a un exceso de propaganda.

—¿Cómo puedes explicar que el fracaso por mantenerse al nivel de la civilización esté relacionado con la propaganda? —dije, y me senté de nuevo, mientras Castle se paseaba por el jardín describiendo un círculo de unos seis metros de diámetro.

—Está directamente relacionado —dijo Frazier—. Nada podría ser más directo. —Habló despacio para dar ocasión a Castle a intervenir en la conversación otra vez —. Está directamente relacionado del siguiente modo:

con el fin de lograr que sea aceptable una cultura de este tipo, es preciso suprimir algunos de los motivos y emociones humanos más poderosos. Se embrutece al intelecto o se le distrae en meditaciones hipnóticas, encantamientos rituales y cosas por el estilo. Las necesidades básicas se subliman, y se crean falsas necesidades para absorber las energías. Contemplen la India: ¿necesitan una prueba más clara de la estrecha relación entre propaganda y progreso? Lo que pretendemos lograr, mediante nuestros experimentos culturales en Walden Dos, es un sistema de vida que satisfaga las necesidades sin necesidad de propaganda y por el que no tengamos que pagar el precio del atontamiento de la persona. La felicidad es nuestra meta primera, pero un impulso, alerta y activo, hacia el futuro, es la segunda. Nos contentaremos con el grado de felicidad que han logrado otras comunidades o culturas, pero no nos sentiremos satisfechos si no conseguimos, además, la inteligencia de grupo más despierta y dinámica que jamás haya aparecido sobre la faz de la Tierra.

—«Impulso hacia el futuro» — masculló Castle, notablemente desilusionado por el cariz de la conversación — ¿Qué significa eso? ¿A qué viene? ¿Cómo quiere qué le sigamos en la conversación si usted está introduciendo elementos nuevos a cada momento? ¿Cómo sabe que *existe* un futuro? ¿Cómo puede el futuro desempeñar un papel en una cultura actual?

—No puede —dijo Frazier—. No estoy hablando de destino, ni de historia. El pasado y el futuro nos son ajenos. No obramos porque haya un futuro, ni porque sepamos que va a haberlo. Pero el hombre cambia. Es característica suya descubrir y controlar, y el mundo no sigue siendo el mismo durante mucho tiempo, una vez que el hombre se ha puesto manos a la obra. Consideren lo que ha hecho, a pesar del caos político y económico en que ha vivido siempre. Y esa característica sobrevivirá en toda comunidad próspera. Debe sobrevivir si la comunidad no quiere que otras culturas menos competentes se pongan por encima de ella.

—Sigues diciendo que se debe evitar la propaganda porque lo que te interesa es la permanencia —dije—, pero no has probado todavía la conexión.

—Echaríamos a perder todo nuestro experimento si procedíamos a un adoctrinamiento sistemático —dijo Frazier—. No se puede hacer propaganda y experimentar al mismo tiempo. Si mecanizamos una actitud en favor de Walden Dos, esto nos ocultaría síntomas que son absolutamente esenciales para nuestros psicólogos. La felicidad es uno de nuestros índices, y no podríamos evaluar una cultura experimental si el índice estuviera cargado de propaganda. No puede despreciarse el hecho de crear satisfacción de cualquier forma que sea; pero nosotros la queremos

auténtica. Walden Dos debe ser *naturalmente* satisfactorio.

—No sé cómo puedes lograr una neutralidad tota —dije—. La verdad es que señalas las ventajas de vida de Walden Dos, pero ¿cómo sabes cuándo debes detenerte? También podrías defender que se debería hacer propaganda *contra* la propia comunidad.

—A. lo mejor lo haremos algún día —dijo Frazier rápidamente —. Como medio para probar una cultura. Lo haríamos con cuidado, claro, pero si pudiéramos demostrar que nuestros miembros preferían la vida en Walden Dos pese a sufrir un adoctrinamiento considerable en contra, esto supondría la evidencia más palpable de que habíamos alcanzado una estructura social segura y productiva. Eliminaríamos la contra-propaganda, por supuesto, una vez que la prueba hubiera concluido.

Castle hizo chirriar el banco al sentarse. Claramente se veía que era un hombre preocupado y descontento. Yo también me sentía algo desequilibrado, pues esto constituía un nuevo enfoque y necesitaba tiempo para reflexionar sobre ello. Nadie quería continuar la discusión, y en ese momento Frazier se levantó. Al mismo tiempo, Steve y Mary aparecieron por el lado poniente del edificio, andando rápidamente cogidos de la mano. Agitaban alegremente las manos que les quedaban libres, y el mensaje que traían era fácil de adivinar. Ya estaban admitidos.

25

Me sentía constantemente subyugado por el agradable ambiente que reinaba en Walden Dos. A primera vista, el lugar recordaba un gran hotel de verano. Mucha gente, sin hogar en el sentido habitual de la palabra, con pocas responsabilidades, mucho tiempo libre y con la oportunidad de hablarse unos a otros durante gran parte del día. Pero también me acordé de la pesada rutina de la vida en un hotel veraniego, las tensiones después de la excitación, los esfuerzos desesperados con que algunos empleados intentaban alejar la monotonía siempre amenazante. Nada de esto era evidente en Walden Dos. Pero, ¿por qué?

Decidí llevar a cabo una pequeña investigación. Podía darse el caso de que nos hubieran engañado mediante una serie de itinerarios preparados de antemano. Se nos había invitado a andar por la comunidad a nuestro gusto, pero de hecho, la mayor parte de nuestro tiempo había sido cuidadosamente regulado. ¿No habría algún aspecto de Walden Dos que se nos hubiera ocultado? Decidí mezclarme entre los miembros a la hora del té y examinar una muestra imparcial de su conducta.

Empecé a las cuatro de la tarde, al pie de La Escala. Habíamos quedado citados para la cena y probablemente nuestro grupo se había ido a descansar a sus habitaciones. Mi plan era permanecer, como por casualidad, exactamente cinco minutos en cada nivel y escuchar las conversaciones. Mirando de vez en cuando el reloj esperaba dar la impresión de que estaba esperando a alguien. Así podía también cronometrar con exactitud mi visita a cada nivel. Esto parecerá sin importancia al lector no profesional, pero el método de muestreo objetivo era casi apremiante para mí.

Desempeñé muy mal mi papel de detective. No logré acercarme a una sola persona durante unos minutos sin que un séquito de curiosos se detuviera a contemplarme para ver qué hacía. Estar así, de pie, sin hacer nada, no sale natural. Por lo tanto, no pretendo afirmar que mi pequeña aventura de exploración fue un éxito de disimulo; sin embargo, los miembros de Walden Dos resultaron extraordinariamente cordiales y tuve la impresión de que contemplaban sin suspicacias la forma de comportarse de los demás. Estoy satisfecho de que no alteraran apreciablemente su conducta por el hecho de que yo estuviera errando sin rumbo fijo a pocos

pasos de distancia.

En el primer salón me encontré con un grupo de hombres y mujeres de casi cincuenta años, quienes podrían describirse con una sola palabra: divertidos. Su conversación era una especie de chismografía no mal intencionada: anécdotas de los amigos, recuerdos de su vida pre-comunitaria, planes para la tarde, comentarios sobre la chica que hizo el debut en una función de teatro de un acto, y así sucesivamente.

En el segundo nivel, cuatro jóvenes estaban embebidos en un sutil análisis de disciplina militar y distinción jerárquica. Uno de ellos hacía continua referencia a la organización de un ejército de guerrillas chino producto de su imaginación. Mis cinco minutos se acabaron antes de que comentaran la superior eficacia de un ejército totalmente democrático.

En el tercer nivel todo parecía tranquilo, aunque la narración de las guerrillas chinas todavía flotaba suavemente sobre las flores. Algunas personas, bebiendo té miraban un partido de ajedrez entre un joven y una señora algo mayor. Antes de que mis cinco minutos llegaran a su fin, la señora movió una ficha cuidadosamente. El joven miró al tablero, luego a su contrincante. Dijo «¡Umm!» y volvió a contemplar el tablero con el ceño fruncido, mientras uno de los espectadores transmitió a otro su opinión sobre la próxima jugada más probable, utilizando unos signos especiales que no pude interpretar.

En el cuarto nivel una mujer leía a tres niños pequeños que tomaban bebidas con unas cañas. Un hombre, sentado de espaldas a la lectora y mirando hacia el jardín de entrada, volvía la cabeza de vez en cuando como si estuviera siguiendo la historia con gran avidez. Me enteré, una vez concluido el capítulo, que él era el autor, y que los capítulos siguientes todavía estaban por escribir. Cuando se acabó la lectura, las niñas señalaron hacia un jardín de flores que estaba al cuidado de su grupo. El hombre y la mujer hicieron comentarios sobre lo rectas que estaban las hileras de flores y lo inteligente de la mezcla de colores conseguida.

En el quinto nivel pensé que había detectado una nota discordante.

—¡Es pura suerte! — decía uno —. Un fuerte aguacero y todo hubiera ido a parar al estanque.

—¿Y por qué no se lo dijiste al Administrador? — preguntó otro.

—Se lo dije, y me contestó que al responsable de ello le gustaría oír mi consejo. Pero ya conoces a esos jóvenes. Mejor es no decirles nada.

—Sin embargo, salió todo bien, ¿no?

—Sí, pero ése no es modo de hacer las cosas. Para el caso es lo mismo. Un fuerte aguacero... Fue pura suerte.

—Bueno, pero también fue una suerte para ti, ¿no te estás comiendo las fresas.

Esta observación fue recibida con risas generales, y la conversación que siguió fue desagradablemente jovial. El nivel siguiente estaba vacío. Y en el que venía a continuación me encontré con tres atractivas jóvenes tomando el té. Dirigiéndose a mí sin el menor reparo me pidieron que me uniera a ellas. Les dije que tenía una cita dentro de cinco minutos, pero que me encantaría sentarme con ellas unos momentos. Pronto se enteraron de que era catedrático y empezaron a hacerme toda clase de preguntas sobre mi trabajo. El desconcertante sistema educativo de Frazier debía incluir por lo visto un estudio de las técnicas de la conversación, pues la condujeron hábilmente y empezaron a insistir en infinidad de embarazosas preguntas. ¿Por *Qué* las universidades obligan a los alumnos a examinarse, y por qué les dan notas? ¿Qué significa realmente una nota? Cuando un alumno estudia, ¿hace algo más que leer y pensar? ¿Es que se estudia algo especial que nadie sepa todavía en Walden Dos? ¿Por qué los catedráticos dan conferencias a los alumnos? ¿Se admite que los alumnos se dediquen sólo a preguntar? ¿Es verdad que a los alumnos se les hace leer libros que no les interesan?

Me escapé antes de que mis cinco minutos tocaran a su fin, y me salté dos niveles para hacer más verosímil mi partida. Detuve mi marcha al llegar a un salón en el que un grupo bastante grande de bebedores de té discutía el artículo de una revista que, aparentemente, acababan de leer y del que uno de ellos leía párrafos en voz alta, de vez en cuando. Impaciente por conseguir éxitos en mi misión de detectar evidencias de insuficiencia psicológica, decidí pasar de largo los otros niveles y echar un vistazo a los salones y salas de lectura, los cuales, a pesar del buen tiempo, estaban llenos de gente. En los salones vi grupos similares a los de La Escala. En una las salas de lectura me quedé tan absorto ante un estante de libros, que me olvidé de mi misión. Era una notable biblioteca de consulta provista de libros técnicos formularios y cosas por el estilo, aparentemente destinada al uso de los diferentes Administradores y científicos prácticos. Tales publicaciones me eran bastante desconocidas y siempre había supuesto que este tipo de conocimientos existía solamente en la cabeza de algunos profesionales, quienes los transmitían directamente a sus aprendices.

Me acordé del propósito que tenía entre manos, y dándome cuenta de que había perdido un tiempo precioso, traté de añadir a mis datos, lo más rápidamente que pude, una observación del paisaje de Walden Dos desde una de las ventanas. Por todas partes veía grupos o personas solas entretenidas en alguna actividad aparentemente provechosa o agradable. Me dio la sensación de que reinaba un ambiente hogareño.

No tenía más planes, pero me encontraba totalmente insatisfecho, y empecé a deambular sin rumbo fijo. Desde una de las salas de música

llegaron hasta mí algunos compases de un excelente cuarteto de cuerda y, finalmente, me decidí a marchar en esa dirección. Al acercarme, oí los acordes del comienzo vibrante del *Quinteto para Piano* de Schumann. Me quedé unos momentos quieto, con la cabeza casi pegada a la puerta.

Me sorprendieron «in fraganti» al abrirse la puerta para dejar paso a un grupo de jóvenes. Uno de ellos, creyendo que me disponía a entrar, dejó la puerta entornada. Dentro pude ver una serie de almohadones de cuero esparcidos por el suelo y gente desperdigada, leyendo o meramente escuchando el concierto. Había un sitio libre cerca de la puerta y acepté la implícita invitación metiéndome en la sala y dejándome caer en el almohadón con la mayor delicadeza que pude.

Los músicos eran todos sorprendentemente jóvenes, pero demostraban tanta competencia como equilibrio. Desde donde me encontraba sólo podía ver los pies del pianista, pero era claro que éste tenía menos habilidad que sus demás compañeros. Conocía la partitura de piano lo suficientemente bien para darme cuenta de varias trampas inteligentes que se deslizaban de vez en cuando. El efecto total era animado y realmente agradable. Cuando se acercaba el fin del primer movimiento, el pie izquierdo del pianista pasó por alto los matices que faltaban, aumentó el volumen, y el ritmo —no puedo por menos de recordarlo— fue demasiado acelerado. El final llegó tras un imponente *fortissimo.*

Hubo un estallido de aplausos, principalmente de los mismos músicos. El pianista levantó al aire sus dos manos, se incorporó súbitamente y gritó: ¡Bravo!

Era Frazier.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó dirigiéndose a los demás músicos—. ¡Sois ángeles! ¡Ángeles! —Cogió el brazo del segundo violinista y lo besó con una reverencia ceremoniosa—. ¡Lo hiciste maravillosamente! —Empezó a recoger las partituras—. Os *suplico* que lo toquemos juntos otra vez, y pronto —dijo con tono algo infantil—. ¡Si supierais lo que esto significa para mí! ¡Y os prometo que ensayaré esa maldita parte con todas mis fuerzas!

Todos se echaron a reír por este modo de hablar de Frazier. Luego, éste, dobló las partituras y las colocó todas dentro de la del piano; saltó por encima del violoncello y pasando entre los atriles se dirigió a la puerta. Intenté pasar desapercibido acurrucándome entre los almohadones.

—Adiós, adiós —se volvió para decir mientras los músicos preparaban otras partituras en los atriles. Después, en tono más bajo, añadió — ¿Qué hay, Burris? Te vi cuando entraste.

Me levanté rápido y dije con cierta candidez: ¡Caramba, caramba, Frazier! No sabía que tocabas el piano.

—Un vulgar aficionado —dijo encogiéndose de hombros y

adelantándose al pasar por la puerta— ¡un vulgar aficionado! Hay cincuenta pianistas en Walden Dos que lo pueden tocar mejor que yo. Y lo hacen malditos sean, ya lo creo que lo hacen.

26

Regresé a mi cuarto dando un paseo a lo largo de la fachada del edificio principal, sobre los parterres de flores, y me encontré con una señora de unos cincuenta y cinco o sesenta años, que se encontraba sentada en una ligera «chaisse longue». Llevaba un simple traje casero, y recogía su cabello gris en un sencillo moño. Sus manos descansaban cómodamente sobre su regazo, mientras contemplaba pacíficamente el valle. Nada raro había en su semblante, pero me detuve a contemplarla como si fuera un fantasma. ¿Sería ella fruto de mi imaginación? De hecho creí por un momento que estaba sufriendo una alucinación, y me temo que también consideré la posibilidad de que Frazier estuviera confabulado con el Príncipe de las Tinieblas y que hubiera reducido mis pensamientos a una especie de chiste fantasmagórico.

Lo que pensaba podría reducirse a lo siguiente: mi inspección había fracasado, pero quizá no la había llevado a cabo como debía. Después de todo, la había realizado a una hora del día en que la gente debería estar alegre. Siempre cabía la posibilidad de que, como la esfera del reloj del sol, hubiera recogido sólo horas soleadas. ¿Qué pasaría si llevara a cabo lo que usualmente se conoce como un estudio «longitudinal», esto es, seguir una misma persona todo el día?

A estas alturas, ya no me hacía muchas ilusiones en cuanto a mi objetividad. Ya no deseaba informarme de los hechos; sólo quería, desesperadamente, hallar algún error. De lo contrario, me encontraba cogido en una posición intolerable. No estaba dispuesto a suscribir el programa de Walden Dos, pero, a fin de cuentas, ¿qué había de malo en él? Tenía que encontrarlo. La economía estaba hecha con suficiente sentido común, lo concedo. Pero existía la posibilidad de que el punto flaco de toda la aventura fuera el exceso de ocio. Las artes, oficios y deportes que Frazier había enumerado podían canalizar las vocaciones de muchos miembros, particularmente los que tenían talento. Pero, ¿y la típica ama de casa de clase media? ¿Qué haría ésta con ocho o diez horas de tiempo libre todos los días? ¿No se aburriría? ¿No se volvería fácilmente impaciente y enfermiza?

Y ahora, ahí estaba sentada... ¡Exactamente la que tenía en la imaginación! Y en frente estaba yo, de pie, desconcertado. Ella fue la

primera en dar señales de vida. Se volvió hacia mí y sonrió.

—Éste es mi lugar favorito —dijo—. Me encantan las flores.

—Es un lugar precioso —dije dándole la razón.

—Me alegra que le guste. Usted es un visitante, ¿no?

—Sí, el Sr. Frazier me invitó a venir.

—¿Frazier? Ah, sí. Ya sé quién es. Tiene una pequeña barba de chivo. Delgado. Piensa demasiado.

Me senté en el césped, sosteniendo las piernas con los brazos y mirando las flores.

—¿Y qué le parece Walden? — preguntó. Como muchos otros miembros, también ella omitió el «Dos».

—Me parece estupendo —dije—. Un bello lugar Y todos son perfectamente felices —Y mi cara enrojeció de vergüenza al utilizar tal artimaña.

—¿Felices? —dijo ella con evidente sorpresa.

Desvié la mirada. Quizá había dado en el clavo.

—Sí. Claro. Todos parecen muy felices, ¿acaso no es cierto?

—Qué curioso —dijo—. No he pensado en ello desde hace ya muchos años. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Por qué? Bueno, pues porque me parece bastante importante saberlo para poder emitir un juicio sobre este lugar.

—¿Y por qué no me preguntó si estamos todos bien alimentados? De *eso* sí que le podría hablar. O de si tenemos salud. Aunque todo se reduce a lo mismo.

—Ya veo que todos están bien alimentados y sanos —dije—. Eso no hace falta preguntarlo.

—¿Es que no parecemos felices?

—Pero es posible que no siempre sea así —dije.

—Usted es un poco sombrío, si me perdona la expresión...

—¿Por qué lo dice?

—¡Oh!, por eso de pensar si somos o no felices y cosas por el estilo. Usted me recuerda al joven que..., ¿cómo se llama eso?... Sí, el joven que pasa preguntando si estamos satisfechos de todo.

—¿Hay alguien encargado de eso?

—Sí. Una vez al año, más o menos Era uno nuevo la vez pasada. Me reí un rato con él.

—¿Qué hizo usted?

—Bueno, quizá no debería hablarle de esto..., pero él me preguntó: «¿Tiene usted alguna queja, Sra. Olson?», y yo le dije: «Si la tuviera, ya sé a quién notificarla. El Administrador de la Cocina, ya sabe.... la señora para quien trabajo». «Bueno, dice él, ¿hay algo que usted quisiera y que no

tiene?», y yo dije: «Para decirle la verdad, sí». Así que sacó su pequeña libreta negra... —La señora Olson se rió estrepitosamente— y anotó mi nombre y luego dijo: «Ahora, Sra. Olson, dígame lo que es». «¡Bueno, dije, siempre he deseado parecerme a Greta Garbo!» —Otra risotada explosiva. «Bueno, dijo él, me parece que eso está un poco fuera de mi alcance». Debo confesar que no se incomodó mucho por la broma.

—¿Qué tipo de trabajo hace usted? —dije.

—Cocina. Pastelería. ¿No se lo imaginaba?

—¿Cuántos créditos de trabajo le dan por eso?

—No sé. Yo sólo hago pasteles y tartas. Algunas buenas chicas me ayudan. La Sra. Engelbaum también.

—¿Qué hace la Sra. Engelbaum? — le pregunté.

—Pasteles.

—¿Cuánto tiempo le ocupa su trabajo?

—Psss, hasta que acabo los pasteles y las tartas. Las mañanas.

—¿Y no le sobra mucho tiempo durante el cual no tiene nada que hacer?

—Casi nunca hago nada. No hacía nada cuando usted llegó. Es una especie de descanso.

—¿En qué más emplea su tiempo?

—Bueno, pues con los chicos de mi hija y sus amiguitos. Paseo muchos ratos con ellos. Ahora les enseño a cocinar. Pasteles y tartas. Les veo nadar también. Luego tengo, en esta época del año, un jardín con flores. Me encantan las flores. No se puede ver mi terreno desde aquí. Para descansar, siempre me alejo de él; prefiero sentarme en este lugar, para que la gente no piense que me siento a contemplar mi propio jardín.

—¿Y qué más hace usted?

—Bueno, pertenezco al club de pinacle. Y a veces, cuando no se puede salir al exterior, realizamos el entramado de la tapicería. Precioso. Trabajamos siete. Uno de los jóvenes artistas lo pinta. Utilizamos una forma curiosa de punto. Nunca lo había visto antes. Pero... es encantador.

—¿De modo que solamente se dedican a fabricar tapicería?

—*Fabricar* no es lo único que hacemos. También hablamos. No hay muchas cosas que no sepamos. Conocemos todas las noticias antes que el pequeño periódico que publican los jóvenes.

—¿Y esto le basta para estar siempre ocupada?

—No es que me tenga ocupada, lo que se dice ocupada.

No he estado ocupada desde tiempo inmemorial. Puedo salir aquí siempre que quiero. Es Un lugar estupendo, ¿verdad?

—Sí, sí —dije—. Y usted es quizá lo más estupendo que tiene este lugar.

Ella sonrió abiertamente.

—¿Por qué no se queda usted con nosotros para siempre? —dijo ella—. Los chicos le harían una de estas sillas si se lo pidiera. La podría dejar junto a la pared cuando no la usara, lo mismo que yo. Y a lo mejor, dentro de poco, ya no pondría una cara tan sombría.

Le dije que no podía pensar en nada más halagador y me fui. Mi corazón me había desviado del estudio longitudinal. Es verdad que un solo caso no probaba nada. Pero, ¡demonios!, era claro que la gente podía ser feliz sin «nada que hacer». Antes de llegar a mi habitación estaba furioso. ¡Qué cinismo tan extraordinario... mantener la opinión de que nada más que un trabajo intenso puede evitar el aburrimiento! Y, al fin y al cabo, ¿qué sabemos sobre la felicidad? ¿Es que había florecido lo suficiente en algún lugar del mundo o en alguna época para que hubiera sido posible realizar un experimento decente?

¡Experimento!

Abrí de par en par la puerta de mi cuarto con aprensión. Frazier no estaba allí, pero me imaginé por un momento, que olía a azufre.

27

Cuando Frazier, Castle y yo paseábamos despacio por el jardín, bien entrada ya la tarde, Frazier se detuvo y señaló la hondonada. Una caravana de cuatro o cinco camiones avanzaba lentamente por el desvío de la carretera. Los observamos cómo atravesaban el puente y giraban en nuestra dirección por el camino privado de Walden Dos. Durante unos instantes el pinar los ocultó, pero pronto emergieron y empezaron a subir la cuesta formando un gran arco.

Al mismo tiempo, un grupo de unos cien miembros de Walden Dos que habían estado esperando cerca de la fachada poniente del edificio se lanzaron hacia el camino. Los camiones aminoraron la velocidad cuando llegaron a su altura, y los miembros corrieron a su encuentro c intercambiaron saludos con el grupo de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que venían en ellos. Muchos de éstos descendieron, y se intercambió gran cantidad de abrazos amistosos.

—Los pioneros de Walden Seis —dijo Frazier quitando importancia al asunto con toda intención —. Vienen a pasar el domingo con nosotros.

—¿Quiere decir que hay otro... que hay un sexto Walden? —le dije con toda la perplejidad que Frazier podía haber deseado.

Todavía no es una comunidad completa —dijo Frazier. Pero pronto lo será. Walden Dos ha crecido demasiado y estamos a punto de subdividirnos.

—Pero «Seis»… ¿Es que ya os habéis subdividido varias veces?

—Por desgracia, no. No hemos crecido tan rápidamente Y dudo que hubiéramos podido encauzar un crecimiento más rápido. No mantenemos conexiones con los Waldens Tres, Cuatro y Cinco, aunque están estructurados de acuerdo con nuestras normas. El Cuarto fue fundado por uno de nuestros miembros, pero no se debió a ningún cisma.

—¿Pensabas en otros Waldens cuando comenzaste éste? — pregunté.

—Sólo en Walden Uno. Elegimos el nombre en honor del experimento de Thoreau, que fue, en muchos aspectos, parecido al nuestro. Fue el experimento de un sistema de vida, y nació de una doctrina sobre las relaciones con el Estado parecida a la nuestra. Este nombre presenta algunas ambigüedades, que encontramos divertidas por prestarse a un

juego de palabras. El de Thoreau no sólo fue el primero de los Waldens, sino que también fue un experimento con *una* vida; pero se descuidaron los problemas sociales. Nosotros hemos querido crear un Walden para *dos.*

Frazier sonrió abiertamente; luego, se puso de nuevo serio y continuó:
—Hace cuatro años un hombre, en la costa del Pacífico, empezó una aventura similar, y nos preguntó si le permitíamos que lo llamara Walden Tres. No podíamos monopolizar un nombre que a su vez nosotros habíamos tomado prestado de Thoreau, y, naturalmente, accedimos. Walden Tres funciona muy bien, aunque tiene, me parece, sólo doscientos o trescientos miembros. Uno de nuestros primeros Planificadores empezó un Walden Cuatro, no lejos de la antigua región de Oneida. El grupo de Walden Cinco había oído hablar de la comunidad del Pacífico, y pidió ser denominada Cuatro. Nosotros la bautizamos Cinco. De una manera o de otra, nos hemos convertido en propietarios del sistema.

—¿Por qué no establecen ustedes alguna organización conjunta? —dijo Castle—. ¿Una especie de «Comunidades Unidas»?

—Sería posible. Se ha sugerido crear un comité planificador que nos oriente en la elección de industrias para que podamos intercambiar productos.

—Entonces tendrán que enfrentarse con el problema del transporte, que usted presumía haberse ahorrado —dijo Castle, y su sonrisa triunfante me hizo sospechar que su primera pregunta había sido una trampa para coger a Frazier.

—Totalmente de acuerdo —accedió Frazier—. Walden Seis está a sólo cien kilómetros, pero los demás están demasiado lejos para que el intercambio resulte rentable.

—¿Quiénes son los que acaban de llegar? —dije.

—Son miembros de Walden Dos que han estado trabajando en misión especial desde el comienzo de la primavera. Están construyendo las edificaciones mínimas necesarias para permitir la vida de un grupo reducido de trabajadores durante el invierno. Dentro de un año, Walden Seis será ya autosuficiente.

—¿Significa esto que una nueva generación se trasladará a otra comunidad, como los pájaros y las abejas? —dije.

—De ninguna manera. Sería desastroso. Se necesitan miembros de todas las edades en cada grupo para subvenir a las necesidades de los miembros más viejos. La división tiene lugar verticalmente. No hemos elaborado los detalles todavía, pero el programa general está claro. Los Vice-administradores de Walden Dos se convertirán en Administradores de Walden Seis. Incluso se subdividirá nuestro Consejo de Planificadores, y lo aumentaremos a cuatro más el próximo otoño. Pero, me gustaría que

hablaran con nuestros arquitectos. Tienen que haber llegado en los camiones.

Nos dirigimos hacia el lado poniente del edificio, y dos tres de los recién llegados se acercaron a estrechar la mano de Frazier. Éste les preguntó por los arquitectos y le dijeron que habían marchado ya hacia las salas comunes. Los encontramos en uno de los salones más grandes, sentados frente a un mapa portátil y en relieve de Walden Seis. Estaban exponiendo los avances realizados desde su última visita. Uno de los arquitectos, una bella joven con acento extranjero, terminaba la descripción de un nuevo método de construcción.

Fue maravilloso —dijo. Hizo un gesto de complacencia y añadió—. Todo salió perfecto.

Por primera vez en Walden Dos, vimos a mucha gente en el mismo sitio. El salón estaba atestado. Frazier se esforzó por llegar hasta los arquitectos. Al ver que no podía, dio un golpecito en el hombro a uno de los asistentes y le pidió que pasara un mensaje para ellos. Pero se perdió por el camino; alguien se volvió y movió la cabeza con extrañeza. Frazier se encogió de hombros y se marchó a otro salón. Desconcertado, permaneció callado y malhumorado. Intenté acudir en su auxilio.

—¿No tendrán que separarse muchas familias cuando llegue el momento de la división? —le dije, mientras nos sentábamos.

—Probablemente. No se separan los maridos de las mujeres ni los padres de los niños pequeños —dijo sin entusiasmo—. En cuanto al resto, intentaremos dividir tanto como nos sea posible. Hay que tener presente el problema de la procreación. No sería aconsejable, desde el punto de vista genético, que una comunidad dispusiera solamente de unas pocas familias numerosas.

—En mi opinión una operación como ésta puede suponer un fuerte golpe para su sistema —dijo Castle—. ¿No cree que va a traer mucho descontento?

—¿Por qué? Al fin y al cabo, los del Seis van a estar sólo a unos cien kilómetros. En el mundo exterior, muchas familias están mucho más separadas. Y trabajamos para que en un día no lejano, los miembros puedan pasar con facilidad de una comunidad a otra. No creo que esto sea excesivamente difícil, pues nuestra gente puede realizar con competencia muchos tipos de trabajo y se amoldan bien a cualquier sitio.

—¿No sufrirán una seria falta de mano de obra después de la subdivisión? —dije.

—Durante un tiempo, es posible. Pero ingresarán nuevos miembros en la comunidad.

—¿Con qué rapidez podéis asimilarlos? —dije—. Dos jóvenes como

Steve y Mary pronto observarán el Código como cualquiera, pero suponte que admites a la vez a un elevado número de personas. ¿Qué puede ocurrir? Suponte que acabáis de subdividiros, de modo que tu influencia se encuentra atenuada. ¿Podéis educar y convertir con la rapidez suficiente para evitar que vuestra estructura social se desmorone?

—Ésa es una cuestión experimental —dijo Frazier—. Desde luego, no arriesgaremos toda la aventura aceptando aumentos de población en gran escala; al menos, no por ahora. Probablemente aumentaremos nuestro ritmo de crecimiento más adelante. Nuestros psicólogos harán un estudio especial sobre los cambios culturales, y no será difícil localizar los transtornos antes de que tomen proporciones serias. Quizá alguna vez tengamos que detener la imaginación temporalmente, pero esto no es ningún problema, ya que somos libres de aceptar nuevos miembros o no.

—Me parece que siempre es posible que se produzca, de improviso, una situación grave —insistí yo—. Suponte, por ejemplo, que admites a una familia con un hijo de catorce años que crea problemas de agresividad sexual. Vosotros educáis a los jóvenes con una sana actitud hacia el sexo. ¿No os crearía disgustos un chico como éste?

—¿Cómo? ¿Seduciendo a nuestras muchachas?

Es posible. O contando cosas sucias y otras por el estilo.

Frazier se rió convulsivamente.

Me pones en un curioso aprieto —dijo por fin—.

Deberé, por tanto, probar que la Virtud es un escudo, y una coraza. Por supuesto que nunca admitiríamos a un auténtico criminal. No podemos permitirnos el lujo de actuar como reformatorio. La sociedad ha hecho al criminal, y, por tanto, debe encargarse de él. Pero la agresividad sexual normal de un chico de catorce años no supone ningún problema en absoluto. Pronto se acostumbra a vivir por sí mismo y se debilitan los lazos que le unen a su familia, lo cual ya elimina parte del estado de excitación. Se encuentra entonces entre muchachos de su misma edad que son un par de años más maduros. Y que le aventajan tanto en conocimientos como en aptitudes sociales. Nuestros muchachos nunca han considerado lo sexual como algo secretamente divertido o excitante. Conocen las funciones corporales de ambos sexos y consideran el matrimonio como una posibilidad en un futuro no muy lejano. Tienen hermanos, hermanas y amigos, apenas un poco mayores que ellos, que están casados y tienen hijos. El primer intento de chiste sexual por parte del recién llegado obtendrá el fracaso manifiesto que se merece. No causará sorpresa, puesto que a nuestros chicos de catorce años ya se les han explicado las actividades sexuales de los chicos de la sociedad exterior. Simplemente, lo clasificarán como un defecto, parecido a la falta de conocimientos gramaticales. Gran

parte de la reeducación necesaria será realizada por sus mismos compañeros.

—Pero, ¿y las muchachas? ¿De verdad no temes que pueda dañarlas con obscenidades o intentos de seducción? —insistí.

Frazier se rió otra vez.

—Te olvidas de la posición que ocupan los sexos en Walden Dos. La muchacha de catorce años es bastante más madura que el chico de la misma edad. El interés sexual del recién llegado no la sorprenderá ni la perturbará en lo más mínimo.

Frazier estaba desagradablemente seguro de sus palabras como si quisiera compensar su irritabilidad anterior, y, al darme cuenta de ello me apresuré a cambiar de tema.

—¿Cómo se admite a un miembro nuevo? ¿Existe alguna especie de contrato legal?

—Existe un acuerdo que garantiza ciertos derechos de la persona mientras permanezca en Walden Dos —dijo Frazier cambiando de tono sin dificultad—. En correspondencia, el miembro acepta trabajar de acuerdo con nuestros horarios y no reclamar ninguna participación en los frutos de su trabajo. Puede irse cuando le plazca y llevarse las cosas personales que trajo. Pero no puede llevarse nada de lo que haya producido en la comunidad. Puede beneficiarse sólo mientras permanezca con nosotros, a lo cual adquiere un derecho aun cuando se convierta en un miembro no productivo.

De repente, gran cantidad de gente empezó a pasar por la puerta del salón y pude ver el mapa portátil de Walden Seis transportado por varias personas. Frazier dio un salto y corrió hacia la puerta. Detuvo a una joven y le hizo una pregunta en voz baja. Ella afirmó con la cabeza, señaló hacia La Escala, y se fue corriendo.

—Sólo quería que conocieran a unos amigos míos —Frazier casi le gritó antes de que desapareciera.

No obtuvo respuesta alguna y regresó a su silla, algo avergonzado. Esta vez fue Castle quien acudió en su ayuda.

—Me interesa conocer más detalles sobre sus planes para el futuro —dijo—. Después de todo, tengo que buscar una forma de sociedad que me guste. ¿Constituyen ustedes una verdadera amenaza?

—Creo que sí, si lo mira desde ese ángulo, antes que pasen muchos años —dijo Frazier de nuevo sin entusiasmo—. Creceremos al máximo ritmo que nos permita la asimilación de nuevos miembros y construir nuevas edificaciones. Si exigiéramos mil quinientos créditos de trabajo al año, en vez de mil doscientos, podríamos construir nuevas comunidades muy rápidamente. Pero ¿por qué hemos de sacrificar aquello mismo por lo

que estamos luchando?

Afirmación curiosa —dijo Castle—. Me lo había imaginado como reformador agresivo.

—Soy bastante agresivo —dijo Frazier animándose—. Supóngase que fuera factible crecer y subdividirse cada dos años. A los diez años, los Waldens Dos y Seis habrían dado a luz a más de sesenta comunidades.

—Y bien raras por cierto* —dije, pero nadie se rió y Frazier me atravesó con la mirada.

—Y a los *treinta* años —prosiguió con creciente firmeza— podríamos absorber todo el país sin dificultad. Evidentemente, Sr. Castle, no he pensado en todas las posibilidades de la dinámica de la reforma. Por supuesto, aparecerán factores que la limiten. Las predicciones de este tipo son siempre optimistas. Pero no veo nada que a la larga nos pueda parar. Usamos la única técnica de conquista que ha dado siempre buenos resultados permanentes: dar ejemplo. Ofrecemos una vida plena y feliz a todos los que se animen a imitarnos.

—Las perspectivas que se abren ante nosotros casi dan vértigo —continuó—, porque quizá no estamos preparados para el futuro. Debemos controlar el ritmo con que se propaga la idea. Nuestra Oficina de Información se creó no para hacer sino para controlar publicidad. Una historia brillante y atractiva sobre Walden Dos podría inducir una confusión espantosa. Nos sería imposible asimilar a los conversos, y éstos probablemente se meterían en un lío si pretendieran fundar una comunidad por cuenta sin contar con nuestras técnicas científicas.

Nuestro plan consiste en estimular sólo el suficiente interés para que entren nuevos miembros al ritmo previsto. Publicaremos una detallada descripción de Walden Dos dentro de seis meses aproximadamente, pero restringiremos su circulación hasta que se hayan establecido más comunidades.

—Eres excesivamente optimista —dije—. La publicidad es algo que no se puede controlar. Si alguna revista de actualidad llega a localizaros puede echar por el suelo todos tus planes.

—Es una posibilidad que siempre nos ha asustado, pero hasta ahora hemos conseguido evitarlo. De todas maneras, no es probable que una publicidad que no está bajo nuestro control nos sea totalmente favorable, y, por tanto, difícilmente producirá un alud de candidatos. Deja que pasen cinco o diez años más, y no nos importará. Estaremos preparados para todo.

—¿No está usted haciendo pública confesión de una debilidad interna? —dijo Castle—. Después de todo, la Iglesia se las arregló para establecer

---

* Juego de palabras intraducible. *(N. del T.)*

nuevos grupos de creyentes mediante el envío de misioneros aislados. Y debió suponer una conversión más completa que la que usted necesita aquí. ¿Por qué no puede una persona fundar «Walden N»?

—Uno pudo y lo hizo. Pero esto no es válido como norma general. Un hombre solo no puede impartir la información técnica y las habilidades requeridas en todos nuestros departamentos. Conforme avance la ciencia de la ingeniería de la conducta, cada vez quedarán menos cosas sujetas al juicio personal. De momento, debemos proceder con pies de plomo y adiestrar un equipo completo de administradores competentes para cada nuevo Walden.

—Esa clase de crecimiento a interés compuesto siempre choca con el problema del exceso de gente —dije—. Tendréis que empezar comunidades cada vez más lejanas de otras para que puedan éstas subdividirse libremente.

—Lo cual será factible.

Pero quizá no podáis lograr el terreno necesario, al menos con la misma rapidez con que se consigue gente.

—El problema de la adquisición de terrenos en el caso de expansión en gran escala es interesante —dijo Frazier amistosamente—. No es que necesitemos mucha tierra cultivable por persona, pero tienes toda la razón, es posible que nos encontráramos con dificultades en ese sentido. Normalmente, la tierra cultivable pasa de una generación a otra; a los campesinos no les gusta vender y rara vez se encuentran en situaciones tan desesperadas que deban hacerlo. Quizá se nos obligara a comprar a precios exorbitantes, y eso retardaría nuestra expansión. Pero en el momento en que la escasez de tierra nos amenazase en un sitio determinado, estaríamos en buena posición para ejercer presión. Si compramos la mitad de los campos cultivables de una población determinada, podremos en cierta manera controlar dicha población. Los distribuidores de alimentos, las tiendas de herramientas, los vendedores de maquinaria agrícola, todos dependerán de nosotros. Les podemos poner en bancarrota o controlarlos a través de nuestro comercio. Los valores de la propiedad dicha población se podrán entonces manipular a voluntad e incluso ella misma puede hacerse desaparecer paulatinamente. Siempre podremos usar ladrillos y materiales de construcción de segunda mano. Conseguiremos que la zona se convierta en inhóspita para aquellos propietarios de terrenos que no acepten nuestro sistema cooperativista, porque se verán privados de sus conductos ordinarios de abastecimiento y distribución. A la larga, cualquier aumento en el valor de nuestros terrenos significará un descenso en el de los demás. Es un caso muy distinto del que tiene lugar cuando determinadas propiedades aumentan rápidamente de precio. No nos preocuparemos por

la terquedad de una minoría. No necesitamos toda la tierra.

—¡Ya, ya, ya! —dijo Castle—. ¡De modo que ustedes no están en pie de guerra...! ¡Mi opinión es que ningún monopolista ha tenido jamás un programa tan despiadado!

Frazier quedó avergonzado. Se había dejado llevar de sus sueños y Castle le cogió de improviso.

—Todo dependerá —dijo trabándosele la lengua— de cómo se lleve a cabo el programa. No haríamos ninguna injusticia a nadie.

—¡Un momento! ¡Un momento! — gritó Castle—. ¡Eso es lo que decían los nazis! Hitler no iba a pactar injustamente con Polonia. Eliminar varios millones de indeseables sólo se hacía para mayor gloria de ésta, acuérdese bien. El apasionado siempre cree que sabe lo que es bueno y justifica de esa manera su agresión. Pero pregunte a ese distribuidor de alimentos si le agrada la ayuda que usted le va a proporcionar.

—Podría unirse a nosotros —dijo Frazier. —Pero a lo mejor no *quiere* unirse a ustedes. A lo mejor sólo quiere administrar una pequeña pero próspera tienda de alimentos, esa tienda que antes abastecía a las haciendas que usted habría devorado y colectivizado.

—En tal caso, sencillamente, se haría lo que se pudiera tanto para tranquilidad de nuestra conciencia como para evitar malas relaciones públicas —dijo Frazier—. Este hombre se encontraría aferrado a una moribunda sociedad competitiva. Lo único que podríamos hacer es que su muerte personal fuera lo menos dolorosa posible, a no ser que el tal tendero resultara lo bastante listo Para adaptarse al nuevo orden.

—¡Nuevo orden! —exclamó Castle—. Ese es otro término conocido para explicar el «progreso» de la gente que aceptaría sus ideas.

Castle daba saltos en su silla. Parecía sentir que por fin había encontrado el punto flaco de Frazier, y apenas podía contener. Frazier recibía los golpes con creciente resentimiento.

—Y apuesto a que usted tiene planes políticos también —prosiguió Castle—; que, a la larga, no se contentaría con votar la candidatura Walden. En realidad, desea apoderarse de los mismos cargos, y lucha para ser lo bastante poderoso para conseguirlo.

—Sí, debo confesar que tiene toda la razón. ¿Pero qué tiene de malo? Tan pronto como seamos mayoría en una localidad determinada, ejerceremos nuestros derechos bajo una forma de gobierno democrático, y la controlaremos.

—Pero usted ha sugerido varias veces que tiene poca fe en la democracia —dijo Castle.

—Haré algo más que sugerir, si lo desea —dijo acalorado Frazier—. Hablo, desde luego, de asuntos prácticos, como, por ejemplo, que los

impuestos se traduzcan en servicios útiles a las comunidades. Estamos firmemente decididos a infiltrarnos en la política democrática con este objetivo tan pronto como nos sea posible. Mediante la reorganización de la ciudad y de los gobiernos provinciales, podríamos reducir los impuestos, recobrar nuestros propios impuestos en salarios colocando a nuestra gente en dichos cargos, y, al mismo tiempo, podríamos elevar la provincia a nuestro propio nivel. El sistema educativo caería naturalmente en nuestras manos, podríamos adaptar algunas de las escuelas para nuestro propio uso, y así eliminar el doble impuesto de la educación privada. ¿Quién se opondría a ello?

—Cualquiera —dijo Castle con creciente disgusto —. El hecho de que su oposición sería estéril prueba lo peligroso del sistema.

Sería la voluntad de la mayoría, sin embargo —dijo Frazier—. Y aunque reconozco que eso es una forma de despotismo, lo tendremos que usar temporalmente con el objeto de lograr un mejor gobierno para todos.

—Y antes de que lo consiga, Marte estará ya colonizado! —exclamó Castle—. ¡Oh, extraordinario «mundo feliz»!

Frazier frunció el ceño.

—Ya otros me han llamado fascista —dijo tranquilamente.

—Apuesto que sí —gruñó Castle.

—Es una táctica muy eficaz para evitar todo intento de mejorar la democracia tipo *laissez-faire* —continuó Frazier con la misma voz pausada.

—Y también muy eficaz para describir de forma atractiva una forma de gobierno autoritario —dijo Castle con menos excitación. Obviamente estaba molesto de que Frazier no quisiera gritar—. ¿Qué responde a eso?

—Que no veo ninguna similitud entre Walden Dos y el gangsterismo de un Mussolini o de un Hitler —dijo Frazier.

—Pero usted admitió que es antidemocrático —insistió Castle—. El pueblo no tiene voz...

—El pueblo tiene toda la voz que necesita. Puede aceptar o protestar, y con más efectividad que bajo el régimen democrático. Y todos participamos en igual proporción de la riqueza común, lo cual es la intención, pero no la realización, del programa democrático. Toda persona nacida en Walden Dos posee el derecho a ocupar entre nosotros cualquier cargo para el que demuestre talento o habilidad suficientes. No hay preferencias hereditarias de ninguna clase. De lo que usted se queja es de nuestro proceder no-democrático fuera de la comunidad, y estoy de acuerdo con usted en que es infame. Ojalá fuera posible que nuestras relaciones con el mundo se parecieran a las que mantenemos en el seno de Walden Dos. Pero el mundo insiste en que se hagan las cosas de otra manera.

—¿Y la élite de ustedes? ¿No supone eso un método fascista? —dijo

Castle—. ¿No es cierto que sus Planificadores y Administradores ejercen una especie de control, el cual, por otra parte, es negado al miembro ordinario?

—Sí, pero sólo porque el control es necesario para el debido funcionamiento de la comunidad. Ciertamente, nuestra élite no manda sobre gran parte de la riqueza de la comunidad. Por el contrario, trabaja más bien demasiado, diría yo, teniendo en cuenta lo que recibe. La suerte de un Administrador no es demasiado envidiable. Y a fin de cuentas, el Planificador o el Administrador vuelven a convertirse en simples ciudadanos al final de su mandato. Temporalmente tienen poder, y en ese sentido manejan las cosas —pero su poder es limitado; por ejemplo, no pueden forzar a nadie a obedecer— . Un Administrador debe hacer que el trabajo sea agradable. No tiene esclavos a su mando, puesto que nuestros miembros escogen su propia ocupación. Su poder no coincide exactamente con lo que conocemos con este nombre sino que es más bien un trabajo que debe ser hecho. Desde mi punto de vista, difícilmente puede ser considerado como formando parte de una clase privilegiada.

—No obstante, hay otro punto de similitud —dijo Castle— . Las comunidades prósperas del pasado —y todavía creo que en este caso es apropiado hacer comparaciones— han tenido por regla general una personalidad dominante a la cabeza. Con frecuencia, la comunidad ha sobrevivido sólo mientras ha existido el líder. Prescindiendo de la estructura constitucional de Walden Dos, es muy posible que su sociedad funcione con eficacia sólo porque su gobierno es, de hecho, una dictadura. Sus miembros quizá se sometan a una personalidad dominante, o por lealtad obedezcan a un héroe, o es posible que se trate de simple mesmerismo*, y esa es probablemente la característica más clara del fascismo.

—¿Pero quién es aquí el dictador? —dijo Frazier dando la sensación de una candidez increíble.

—Que ¿quién? Usted. ¿Quién va a ser si no? —dijo Castle.

—¿Yo?

—Sí, usted fue el *primum mobile,* ¿no? Frazier sonrió.

—¿Que fui yo? Bueno, supongamos que yo diera el empujón inicial, pero ahora ya no empujo. No *existe* actualmente acción alguna de empujar, eso es a lo que me refiero. Todo lo que se organiza bien, funciona después por sí solo.

—El Sr. Castle ha llegado a la conclusión de que eres el «Pigmeo de la

---

* Doctrina del magnetismo animal, expuesta por el médico alemán Mesmer. (*N del T.*)

Maquina» —le dije— y que todas las palancas y ruedas que hemos estado contemplando estos días pasados son puro decorado.

—¿Y yo lo controlo todo por magnetismo personal?

—No lo decía tan en serio —dijo Castle.

Le noté molesto por mi observación, pero no pude deducir si estaba resentido, o si sintió que iba perdiendo posiciones ante el enemigo.

—¿Ha visto usted a alguien diciendo por ahí «Ave Frazier»? —dijo Frazier— . ¿Ha visto algún monograma con una «F» en las paredes, muebles o cubiertos? ¿Ha visto en nuestra biblioteca algún nuevo *Mein Kampf*?* En realidad, ¿ha oído a alguien que siquiera mencione mi nombre? Al fin y al cabo, usted no cree en la telepatía, ¿no? Incluso Hitler tuvo que ponerse de algún modo en contacto con su pueblo, directamente y a través de procedimientos y costumbres simbólicas. ¿Dónde está la maquinaria de mi dictadura?

—De hecho —dije—, me encontré esta tarde con una señora que tuvo alguna dificultad en acordarse de cuando mencioné tu nombre.

Frazier sonrió ampliamente, y una vez más me pregunté si la Sra. Olson no habría sido puesta providencialmente en mi camino.

—Este es un mundo sin héroes —dijo pausadamente pero con gran resolución—. Todo eso lo hemos superado ya.

—Entonces has creado algo realmente nuevo bajo el *sol* —dije, y Frazier accedió con tranquilidad—. ¿Puedes citarme un solo período de la historia que no haya sido dominado por una gran figura? —Me volví a Castle, quien quizá era el historiador más competente entre nosotros. Pero él únicamente movió la cabeza con un gesto ausente—. Sé que existe una teoría moderna que dice que la historia puede escribirse sin hacer especial hincapié en las proezas personales —la historia de las ideas, de las filosofías políticas, de los movimientos, y así sucesivamente—, pero observemos con qué fuerza ha sobrevivido en nuestro tiempo el principio del liderazgo personal. Este es el siglo de Lenin, Hitler, Mussolini, Churchill, Roosevelt, Stalin... ¿Cómo esperas prescindir de un carácter tan universal de buen gobierno?

—Una figura dominante en Walden Dos es del todo inconcebible —dijo Frazier—. La cultura que ha emergido de nuestros experimentos no requiere un fuerte liderazgo personal. Por el contrario, contiene diferentes impedimentos y garantías para evitarlo. Como les expliqué antes, nadie en Walden Dos actúa en beneficio de nadie excepto como agente de la comunidad. El favoritismo personal, así como la gratitud personal, han sido

---

* *Mein Kampf* («Mi Lucha»). Obra escrita entre 1924-25 por Adolfo Hitler y en la que el futuro dictador expuso los principios de política interior y exterior del estado totalitario que había de instaurar en Alemania.

destruidos por nuestros ingenieros culturales. Nadie está en deuda con una figura o un grupo que no sea la comunidad toda entera. Esto es casi inevitable en una sociedad en la que no existen preferencias económicas. Fuera de aquí es imposible. Deliberadamente, mantenemos en secreto dicha planificación y el mecanismo directivo, para fomentar dicho objetivo. Dudo que haya media docena de miembros fuera de los Administradores, que puedan citar sin equivocarse los nombres de los seis Planificadores. Los Administradores son conocidos de los miembros porque tienen una responsabilidad más directa, pero es más fácil que sean considerados como servidores que como amos aunque nos esforzamos para conseguir que exista hacia ellos cierta actitud neutral.

»Por la misma razón —continuó Frazier— evitamos cualquier referencia histórica. La fundación de Walden Dos nunca es mencionada en público por los que tomaron parte en ella. No se reconoce ninguna distinción por razón de antigüedad. Es de mal gusto referirse a sí mismo como «uno de los pioneros». Dejen que pase una semana para que Steve y Mary aprendan todos los resortes, y verán como no se distinguen en nada de los antiguos miembros. Y todas las contribuciones personales son o suprimidas completamente o hechas de forma anónima. El Administrador Legal lleva un simple diario histórico de la comunidad, pero no es consultado por nadie excepto por los Planificadores y Administradores cuando necesitan información.

—¿Y por qué buscarse tanta complicación? —dijo Castle—. No todas las grandes figuras de la historia han sido dictadores malévolos. Permitir que emerja una figura extraordinaria no significa crear a un déspota ¿Qué tiene de malo la personalización?

—Se equivoca, Sr. Castle —dijo Frazier—. Hace un momento era yo el fascista. Sí, tiene mucho de malo la personalización del tipo que sea. Después de todo, ¿cuál es la función personal del líder, del héroe? ¿Lo ha considerado detenidamente? ¿Acaso no es un parche a una ciencia política defectuosa? En una sociedad pre-científica todo lo que puede hacer el hombre medio es depositar su fe en un líder y prestarle su apoyo, confiando en su buena voluntad de no hacer mal uso del poder delegado y en su prudencia para gobernar con justicia y tener éxito en la guerra. Es la única salida posible cuando se concibe el gobierno como un arte. En el mundo, por lo general, rara vez se vota por un principio o por un estado concreto de cosas. Se vota por un hombre que dice creer en un principio o que promete lograr un estado de cosas. En realidad, no queremos un hombre; queremos una situación de paz y abundancia —o, quizá, de guerra y privaciones—, pero hay que votar por un hombre, no tenemos más remedio. El líder o el héroe suplen una ciencia imperfecta. Esa es su función más importante

—utilizar la mente y el corazón donde falla la ciencia—. Aquí no nos hacen ninguna falta. Nuestros Planificadores actúan perfectamente bien en un anonimato casi total.

»Pero el héroe tiene además otra función —continuó Frazier—. Cimentar apoyo, acumular poder. Es la función peculiar y extraordinaria del héroe déspota. Los poderes militares, económicos y religiosos de la nación le son conferidos mediante la lealtad o la sumisión. Un Napoleón pudo retener un poder cuantioso de este tipo aun después de haber sido totalmente vencido por sus enemigos. ¡El Estado es el poder, y el héroe es el Estado! ¡Vaya programa político más deficiente! Es cierto que muchos Estados no habrían salido a la luz a no ser por los esfuerzos del líder. La estructura es, en ese sentido, natural... pero siempre que se trate de formas primitivas de gobierno. Aquí hemos ido más allá de la necesidad de personalización, tanto en el caso de especialistas, como de un método para retener el poder. No, señor Castle. Una sociedad que funciona para el bien de todos no puede tolerar la aparición de figuras individuales. El principio del liderazgo, a la larga, siempre ha fracasado, por otra parte, una sociedad sin héroes tiene una fuerza casi fabulosa. Ya va siendo hora de que alguien lo demuestre.

—¿No crees que el héroe es útil para inspirar emulación? —dije— Comprendo que no quieras que un niño imite a cualquier adulto, pero ¿se puede realmente vivir sin héroes? ¿Qué opinas de los líderes no políticos por ejemplo, los grandes atletas?

—Valoramos la habilidad y la fuerza. Pero no valoramos, y ciertamente no premiamos, el triunfo personal En una cultura cooperativista, no solamente es innecesario sino que es peligroso. Nuestros líderes no son nunca los hombres que pueden derrotar a los demás en una competición, y en ningún momento apoyamos este punto de vista. No tenemos boxeo, lucha libre ni partidos entre equipos, excepto ajedrez. Nuestros héroes, si es que los quieres llamar así, son los que se tiran del trampolín con gracia exquisita, o saltan con pértiga a gran altura. Sus proezas son triunfos sobre la naturaleza o sobre sí mismos, y se sitúan al mismo nivel que las de nuestros artistas y músicos, nuestros sastres y nuestros ganaderos. No los mantenemos en el anonimato porque sería imposible, y, por supuesto, nuestros jóvenes los imitan y escogen sus héroes temporales. Pero procuramos impedir el *culto* al héroe tanto como nos es posible. Es un motivo pésimo, porque normalmente significa una elección de objetivos poco juiciosa.

Frazier se fue de nuevo hacia la puerta al ver que pasaba gente. Llamó a alguien.

—¿Querría decirle al señor Winton y a su señora que me gustaría verles

cuando tengan un minuto libre? —dijo, y regresó con paso incierto.

—Creo que un Walden Dos sin héroes producirá una pobre impresión a vuestros jóvenes cuando éstos empiecen a descubrir los grandes héroes de la historia —dije.

—No les enseñamos historia —dijo Frazier—. No es que les mantengamos ignorantes de su existencia, pero pasa con ella lo mismo que con la micología, por ejemplo o cualquier otra asignatura. Pueden leer todos los libros de historia que les apetezca, pero no la consideramos una asignatura esencial en nuestra educación. No les orientamos en esta dirección, y pocos se interesan por ella.

—Pero, ¡la historia! —protestó Castle. La historia de nuestro país, de una civilización de la que toa formamos parte. ¿Cómo pueden descuidar algo tan importante?

—Usted me fuerza a preguntarle —dijo Frazier—. ¿Importante para qué?

¿Para qué? Para la formación de... todo hombre culto.

—Todavía me obliga usted a preguntarle más.

—Bueno —dijo Castle, que no parecía estar preparado para el giro que iban tomando las cosas—, para conseguir perspectiva, una visión desapasionada de los hechos.

—¿Cree de veras que la Historia da perspectiva? Podría ciertamente aconsejar a una persona bajar al río para tener una perspectiva de Walden Dos, pero desde allí no podría verlo todo. ¿Cómo sabe usted que los sucesos distantes se ven con mayor claridad?

—Eso es un poco fuerte —dije—. Se admite generalmente que el transcurso del tiempo trae consigo un juicio equilibrado, un mejor sentido de la proporción.

—¡Falsificando los hechos! Cualquier suceso histórico es demasiado complejo para poder ser adecuadamente *conocido* por nadie. Trasciende toda la capacidad intelectual del hombre. Lo acostumbrado es esperar hasta que un número suficiente de detalles han sido completamente olvidados. ¡Y, por supuesto, entonces las cosas parecen más sencillas! Nuestra memoria trabaja así. Retenemos los hechos sobre los que nos es más fácil pensar.

»Y eso, incidentalmente —continuó Frazier—, constituye otro argumento contra el héroe-líder. Porque éste falsea la historia. El héroe, mi querido señor Castle, es un recurso que el historiador ha aprendido del pueblo. Lo utiliza porque no dispone de un vocabulario científico de una técnica apropiada para manejar los hechos reales de la historia —las opiniones, emociones, actitudes; los deseos, planes, esquemas, hábitos del hombre—. No Puede decir nada sobre *ellos,* y por eso habla de héroes. Pero ¡que engaño supone! ¡Cuan inevitable es que las características personales y

los asuntos privados se mezclen con el héroe tipo! —Frazier se estiró en la silla haciendo visibles esfuerzos para controlarse—. Pero nos estamos yendo por las ramas —prosiguió—. No me importa la exactitud con que puedan conocerse a distancia los hechos históricos. ¿Es importante conocerlos? Mi opinión es que la historia nunca se repite. Incluso si dispusiéramos de una información apropiada sobre el pasado, no podríamos encontrar un caso lo bastante similar para formular deducciones aplicables al presente o a un próximo futuro. No podemos utilizarla *realmente* como guía del presente. Con mucha frecuencia, hacemos un falso uso de ella —un uso emotivo—. Esto nadie lo puede negar.

—No puedo creer que esté hablando en serio —dijo Castle—. ¿Quiere decir que no se gana en perspectiva —es decir, en la formación de una opinión objetiva—, a través de la interpretación de la Historia?

—Eso es lo que pretendo decir, y todavía llegaré más lejos. No hay nada que produzca más confusión en nuestra evaluación del presente —salvo la creencia en un destino colectivo predeterminado— que una interpretación de la Historia. Sus Hitlers son los hombres que usan la historio para su propio provecho. Es exactamente lo que necesitan. La historia oscurece cualquier intento para conseguir una apreciación clara del presente. Raza, familia, culto de los antepasados... Éstos son los sirvientes de la Historia, y ya es hora que aprendamos a precavernos de ellos. Lo que damos a los jóvenes de Walden Dos es un puñado de fuerzas *actuales* las cuales tienen vigencia *en* una cultura. Ninguno de los mitos, ninguno de sus héroes —nada de historia, nada de destino—. ¡Sólo el *Ahora*! El presente es lo que cuenta. Al menos es lo único que podemos manejar de modo científico. Estamos muy lejos de una dictadura. ¿Se ha convencido ya, señor Castle, de que no tengo ambiciones personales?

Fue un viraje demasiado rápido, y Castle permaneció silencioso.

—¿Qué más puedo decirle? —dijo Frazier—. ¿Qué más desearía saber? Es libre para estudiarnos tanto como desee. Quédese con nosotros todo el tiempo que quiera. Usted mismo se paga su estancia, y nosotros nunca insistimos en que nuestros huéspedes estén de acuerdo con nosotros. Por el contrario, valoramos mucho al contrincante de talla. Si es que descubre cualquier vestigio o amenaza de fascismo, actuaremos de inmediato. Y le estaremos eternamente agradecidos.

Un agradecimiento anónimo, me imagino —dije secamente—, sin ninguna referencia al futuro implicado en la palabra «eternamente».

—Anónimo, desde luego —dijo Frazier, sin darse aparentemente por aludido—. Y dejemos que el señor Castle nos diga si ese hecho altera su presente motivación de modo esencial. Estoy seguro de que, lo mismo que yo, tampoco busca un triunfo personal.

Su frase era algo ambigua, pero preferí no insistir en ella.

—Todo esto se parece mucho a un problema de psicología moderna —dije—. La dominación personal es un motivo poderoso.

—En un mundo competitivo —dijo Frazier.

—Propio de grandes hombres, al menos en otros aspectos. Los genios...

—Sólo los genios han sido grandes en el campo de la dominación personal. El resto de nosotros... —Frazier se encontró cogido en su propia trampa, pero era ya demasiado tarde para arreglarlo y no rectificó y Castle se sonrió con prodigiosa indulgencia—. El resto de nosotros... tiene otros motivos, igualmente poderosos y mejor adaptados a una estructura social acertada. El último paso en la larga evolución de los sistemas de gobierno consisten en utilizar motivos desinteresados en aquellos casos en la dominación personal siempre se ha considerado como ideal, a pesar de que siempre haya tenido consecuencias desastrosas.

Frazier, de repente, dio un gruñido. Pero no supe si estaba recordando su equivocación, o si se había dado cuenta de que acababa de hacer un uso extraordinario de la historia y del destino.

—Cuando muera —siguió diciendo apresuradamente pero con tono dramático— dejaré de existir, en el sentido pleno de la palabra. Unos cuantos recuerdos me acompañarán hasta el crematorio y no habrá más rastro de mí. Como figura personal, seré tan inidentificable como mis cenizas. Esto es absolutamente esencial para el éxito de todos los Waldens. Nadie hasta ahora se había dado cuenta de ello.

—Pero tu aportación..., el plan mismo de Walden Dos... —dije.

—¡Ah, *eso!* —concretó Frazier mientras aparecía un extraño fulgor en sus ojos—. Eso es otra cosa.

Se levantó y se fue bruscamente hacia la puerta. Castle y yo le dimos alcance en El Paseo, e hicimos planes para el día siguiente. Llegamos al pasillo que conducía al cuarto de Frazier. Estábamos diciendo «Buenas noches» cuando un joven apareció por El Paseo. Frazier le detuvo.

—Oye —dijo—, ¿qué pasó con los Wintons?

—Oí decir que se iban todos a bañar —dijo el joven.

Frazier nos miró con una sonrisa embarazosa. Se encogió de hombros y se marchó sin decir una palabra.

28

—Bueno, ¿crees que es un fascista? — le pregunté a Castle mientras nos vestíamos el domingo por la mañana. —No lo sé. Y realmente me importa muy poco. Después de todo, yo soy un filósofo. Te concedo que nuestro amigo es extraordinariamente habilidoso en cuestiones prácticas. Personalmente, no estoy de acuerdo con la mayoría de las cosas que ha dicho..., e incluso me sorprende haber mostrado mi asentimiento a tantas. Pero, como filósofo, busco las verdades fundamentales en un plano diferente. Existen problemas generales de importancia a los que hay que aportar una respuesta convincente antes de que yo, por lo menos, pueda demostrar mi adhesión sin reservas. ¿Dónde se encuentran situadas la dignidad y la integridad de la persona humana? ¿Y la democracia? Frazier ha eludido el tema varias veces. ¿Cómo entiende la libertad de la persona? ¿Y la responsabilidad?

En lo que a mí respecta, los problemas de esta índole le interesaban principalmente porque mantenían alejado al metafísico de campos más importantes. Pero restaba la tenacidad de Castle, y pensé que sería muy fusible que en sus manos condujeran a discusiones muy provechosas.

—¿Por qué no los planteas? —dije.

—No he tenido oportunidad. Siempre acabamos discutiendo procesos específicos. Reflejos condicionados o cosas por el estilo. Ese hombre se asusta tanto de un tema general como un potro de un trozo de papel movido por el viento.

—Este símil podría volverse contra ti —dije—. Frazier podría decirte que un tema general no es en verdad más sustancial que un trozo de papel movido por el viento. O, siguiendo la línea de los positivistas, podría defender que era simplemente viento sobre un trozo de papel.

Me gustó mi frase, pero Castle o no me oía, o la encontró aburrida. Acabamos por vestirnos en silencio y un poco más tarde nos dirigimos a los comedores.

Frazier nos estaba esperando. Rodge y Steve estaban con él, y las chicas aparecieron en seguida. Rodge las ayudó en la sala de servicio, y fue quizá este rasgo de caballerosidad lo que movió a Frazier a rogar a Bárbara que se sentara junto a él en un alarde de modales poco espontáneo. Bárbara

respondió aceptando la invitación.

—Gracias— murmuró ella obsequiándole con su primera sonrisa.

Frazier llevaba un traje de lino mal planchado y una coloreada corbata de pajarita. Bárbara se la arregló con familiaridad.

—¡Qué dibujo tan interesante! —dijo ella.

—¿Le gusta? —dijo Frazier. Se volvió hacia los demás—. Está hecha en nuestros telares. Vamos a montar una pequeña industria para fabricar tejidos parecidos.

—Usted siempre tan técnico —dijo Bárbara con un gesto de desagrado.

—¡Lo siento! —dijo Frazier recobrando su compostura primitiva—. Temo que me hayan encontrado un poco aburrido.

—¡Oh, no! He disfrutado de cada instante de nuestra visita —dijo Bárbara—. Solamente que... ¿no dedica una pequeña parte de su tiempo simplemente a «vivir»?

—¿Vivir? Por supuesto que vivo. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir... Bueno, ¡tiene unos pensamientos tan científicos sobre la gente! —Bárbara miraba fijamente a los ojos de Frazier, bajando la vista de vez en cuando.

—¿Y eso qué importa?

—¿Pero qué significa la gente para usted? ¿Es realmente *gente?*

—¿Por qué no? Desde luego.

Pero en sus relaciones personales... ¿Es usted siempre tan... *científico?*

—¡Oh, ya entiendo! No. Por lo que me conozco, he experimentado todas las pasiones tiernas, al menos tan plenamente como la mayoría de la gente.

—Me espantaría tanto que usted me estuviera estudiando. O experimentara en mí algunas de sus teorías.

—Es una posibilidad interesante.

Bárbara hizo una mueca y luego sonrió; Frazier bajó la vista.

—Temo que la haya defraudado —dijo con un frío despliegue de fuerzas— . Como material de investigación científica siento por usted el mismo interés que si fuera, por ejemplo, un médico o un anatomista. —Esto, claramente, sugirió a Bárbara más cosas que las que Frazier pretendía, y se apresuró a evitar malentendimientos —¿Cree que el anatomista está constantemente imaginando los cuerpos de las personas con las que trata, convenientemente congelado? y seccionados cuidadosamente?

Incluso Frazier se dio cuenta de que el momento no era demasiado apropiado para un tema parecido, dado que la mayoría estábamos comiendo grandes lonjas de jamón en aquel preciso instante. Pero el pobre parecía incapaz de salir del atolladero. Por mi parte le dejé que sufriera.

—Quiero decir —prosiguió rápidamente— naturalmente que el

anatomista —lo mismo que yo— sólo pensaríamos en usted como una joven encantadora a quien ha sido un placer tener como huésped.

Esto fue una muestra tan ridícula de ingeniería de la conducta que se me escapó una carcajada. Frazier, vio incrementado rápidamente su apuro y siguió insistiendo —¿Comprende mi punto de vista? —dijo—. Siempre es posible comportarse como científico cuando es el momento apropiado para ello, sin que esto impida gozar de la naturaleza el resto del tiempo. El botánico puede disfrutar en un jardín en flor... Quizá sea éste un ejemplo más apropiado. Examinemos el caso del botánico. ¿Interfiere necesariamente su conocimiento científico...?

Y siguió insistiendo. Bárbara estaba totalmente indefensa sin poderle ayudar en lo más mínimo. Rodge se replegó malhumorado sobre su desayuno. Castle se reía disimuladamente detrás de su taza de café, y Steve y Mary intercambiaban pataditas por debajo de la mesa. Frazier estaba a merced mía, y rehusé ayudarle.

Repitió el mismo argumento media docena de veces bajo diferentes aspectos, hasta que llegó un momento en que su arenga murió de muerte natural. Había multiplicado sus galanterías para tranquilizar a Bárbara, y cuando se volvió hacia ella con un último «¿entiende?», ésta exclamó algo vagamente: —¡Oh, sí. Me siento completamente satisfecha!

* **

Frazier aparentemente no tenía planes inmediatos si exceptuamos su invitación para que asistiéramos a una de las ceremonias dominicales. Una de ellas había empezado ya cuando terminamos de desayunar. Nos enteramos de que otra iba a comenzar dentro de veinte minutos y empezamos a vagar sin rumbo fijo por El Paseo y los salones. Llamé la atención de Castle sobre algunas esculturas que me habían gustado particularmente, y nuestro grupo se disgregó.

Minutos más tarde, al buscar un cuadro que quería que viese Castle, entramos en uno de los salones en e momento preciso en que Bárbara decía: «Y entonces, ¿por qué es usted soltero todavía?»

Se las había arreglado para llevarse a Frazier aparte y le estaba haciendo preguntas sobre su vida privada. Debo admitir que, por mi parte, mantenía cierta curiosidad sobre este punto, pero nuestra discreción fue más fuerte y retrocedimos demasiado de prisa para oír la respuesta de Frazier, por lo que, aun lamentándolo mucho, no la puedo transcribir aquí.

Nos reunimos de nuevo con el tiempo justo para asistir a la ceremonia, y empezamos a andar hacia el teatro, pero Frazier se puso a mi lado y me dijo en voz baja: —¿Quieres realmente presenciarla? —Negué con la cabeza—. Dejémoslo entonces —dijo, y cogiéndome del brazo me alejó de

los demás.

—Me había casi olvidado de cómo son las jóvenes en una cultura competitiva —dijo Frazier señalando con la cabeza hacia Bárbara—. ¡Es asombroso! ¿Qué relación tiene con Rogers? ¿Lleva un anillo de prometida?

—Me temo que sí.

—¿Qué piensa Rogers de Walden Dos?

—Ha estado soñando con esto durante dos años, y su sueño se ha convertido en realidad. Pero me temo que también ha estado soñando con Bárbara.

—Pero, en mi opinión, su elección no es tan difícil.

—Para Rogers, sí. Mantienen relaciones desde hace mucho tiempo. Su noviazgo es anterior al servicio militar de Rogers.

—Ella es bonita físicamente, pero ¿qué más puede ver en ella, además de lo puramente sexual?

—No lo sé. Ambos proceden de buenas familias. Supongo que antes debían ser muy parecidos uno del otro. — ¡El cielo nos valga!

—Pero Rodge estuvo en el frente, y Bárbara, no.

—Es verdad. Esto marca una diferencia importante.

—Por Dios! —continuó Frazier—, no podemos permitir que capture a un hombre así. Es un excelente muchacho.

—Me temo que ya está prácticamente en la jaula y de forma definitiva —dije.

—¿Has hablado con él? ¿Le has ayudado a comprender lo que está haciendo? ¿Le has mostrado lo que esto supondrá para él dentro de diez años?

—Solamente he dejado que se desahogara un poco conmigo —dije.

—Bien, entonces hablaré yo con él.

—Probablemente no servirá para nada. Después de todo, el método de ingeniería de la conducta usado por Bárbara tiene una larga tradición. Ella es bastante hábil, me imagino, y dispone de algunas fuerzas poderosas que escapan a tu control.

—A pesar de todo, tengo que hablar con él. Aquí también tenemos chicas bonitas.

En nuestro paseo habíamos llegado a la zona de las habitaciones personales. Nos detuvimos y Frazier abrió una puerta invitándome a entrar. El cuarto estaba revuelto. La cama estaba no sólo sin hacer, sino que parecía que no se había hecho desde hacía mucho tiempo. La mesa escritorio estaba atestada de libros y papeles, cartas abiertas y sin abrir, lápices, un destornillador, una regla y dos vasos vacíos con residuos de un líquido coloreado. Los libros se amontonaban sin orden ni concierto por el suelo frente a una pequeña chimenea, y uno de los montones estaba rematado por

una bolsa de ropa sucia. Media docena de lienzos sobre bastidores se amontonaban junto a la pared. En el suelo, cerca de la ventana, un enorme tiesto exhibía una planta desconocida, muerta de sed desde hacía mucho tiempo.

Frazier retiró un par de pijamas sucios de una invitándome a tomar asiento.

—En Walden Dos —dijo mientras se acomodaba en una vieja silla giratoria frente a un escritorio— la habitación de un hombre es su castillo.

Contemplé en silencio las ruinas del castillo.

—Soy un caso curioso de convivencia de tendencias opuestas —prosiguió Frazier—. La precisión y el orden de mi pensamiento sólo son superados por el fantástico desorden de mis hábitos personales. Y puesto que en Walden Dos las habitaciones privadas son inviolables ¡éste es el resultado! En otros lugares se impone cierta limpieza y esperamos que nuestros niños sean naturalmente ordenados. Pero es demasiado tarde para los que ya tenemos cierta edad. Devolver un libro una vez que he terminado de leerlo, es superior a mis fuerzas y he desistido ya de intentarlo..., a no ser, desde luego, que me encuentre trabajando en una de las bibliotecas.

Saqué mi mermada cajetilla de cigarrillos, y le ofrecí uno a Frazier.

—Gracias —dijo, pasándome uno de los vasos para que lo usara como cenicero —pero no fumo.

Enderecé un cigarrillo arrugado, lo golpeé con firmeza contra la mesa, y lo encendí.

—Bueno, ¿y qué piensas de Walden Dos? —dijo por fin Frazier. Hacía rato que presentía que la pregunta se avecinaba, pero aun así no tenía preparada una respuesta.

—No lo sé —dije—. ¿Qué debería pensar?

—Bueno, ¿tú crees que funciona?

—Diría que admirablemente.

—Muy bien. Ya supuse que no serías tan estúpido para dudar de ello. Desde luego que funciona. ¿Y qué piensas de la vida de un miembro ordinario? ¿Crees que es satisfactoria?

Por lo que he podido observar, todos sois perfectamente felices. Debo confesarte que ayer llevé a cabo una pequeña investigación.

Alguien me lo dijo —añadió impacientemente —. Pero, ¿y tú? ¿Tienes algún objetivo personal que no pudiera ser alcanzado aquí con más facilidad que en la universidad?

—No lo sé, Frazier. Realmente no lo sé. No diré que sea muy feliz con mi vida académica, pero tampoco estoy muy seguro de conocer todas mis motivaciones. ¿Cómo puedo estar seguro de que un tipo de vida tan diferente me satisfaría plenamente?

—Hay cosas que no te podemos ofrecer, te lo confieso —dijo Frazier—. Pero carecen de importancia. ¿Tienes alguna duda sobre ello?

—Sólo puedo decirte —dije, un poco resentido por su desvergonzado proselitismo — que por ahora no estoy en venta. Siento cierta resistencia... Debo serte sincero y decírtelo así. Ignoro el porqué. Y no tengo ningún interés en ponerme a inventar razones.

—Castle lo haría —dijo Frazier—. Puedes tomarlas prestadas de él. Las tendrá en abundancia. ¿Es entonces una mera actitud emotiva?

—Es posible.

Frazier había estado jugando con unos bloques amarillos del tamaño y forma de barras de pan situadas en uno de los pocos sitios vacíos de su escritorio. Se dio cuenta de mi curiosidad y me explicó que eran muestras de la arcilla del lugar, cocida con distintos procedimientos e identificadas por los números grabados en la superficie. Tiró una de ellas al aire.

—¿En qué proporción tu actitud hacia Walden Dos —dijo— se identifica con tu actitud hacia mí?

La pregunta me cogió de improviso, y no encontré respuesta. Frazier golpeó el bloque con los nudillos y escuchó su sonido apagado.

—Es mejor sacar los trapos sucios a la luz del día —prosiguió.

Seguí sin encontrar palabras.

—Francamente, Burris, ¿por qué me tienes antipatía?

—No es cierto —dije sin poner mucho calor en mis palabras—. Creo que has llevado a cabo una labor maravillosa.

—Labor, sí. Pero esto no disminuye tu antipatía hacia mí. ¿Me equivoco?

Permanecí en silencio.

Me crees presuntuoso, agresivo, imprudente, egoísta.

Estás convencido de que soy completamente insensible al efecto que pueda producir en los demás, excepto cuando dicho efecto es premeditado. No puedes encontrar en mí vestigios de la cordialidad personal o de la sincera espontaneidad responsables del éxito de Walden Dos. Mis auténticas motivaciones son retorcidas y poco claras, mis emociones desviadas. En una palabra, de todas las personas que has visto en los últimos cuatro días, estás convencido de que yo, al menos, soy *una* de las que no podría de ningún modo ser miembro genuino de una comunidad.

Todavía seguía sin saber qué decir. Era como si Frazier me arrebatara las palabras en el momento en que intentaba cogerlas. E interpretó mi silencio como asentimiento.

—Bueno, tienes toda la razón —dijo en voz baja. Luego se levantó, flexionó el brazo y arrojó el bloque contra la chimenea donde se hizo pedazos.

—¡Maldito sea, Burris! —gritó haciendo coincidir la palabra «maldito» con la rotura del bloque—. ¿Es que no ves? *¡No-soy-un-producto-de-Walden-Dos!*

Se sentó. Miró su mano vacía, y cogió rápidamente otro bloque como si intentara ocultar la evidencia de sus emociones.

—¿Cuánto le puedes pedir a un hombre? —continuó, mirándome con impaciencia—. Impútame lo que he hecho o he dejado de hacer, como te parezca, pero no me exijas la perfección. ¿No es suficiente que haya hecho a otras personas simpáticas, felices y productivas? ¿Por qué esperas que me parezca a ellas? ¿Por qué debo poseer las virtudes que he demostrado son las más adecuadas para una sociedad bien ordenada? ¿Debo mostrar los intereses, habilidades y espíritu abierto que he sabido engendrar en otros? ¿Debo colocármelos encima como un estúpido maniquí? Al fin y al cabo, la emulación no es el único principio educativo... ¿Tiene el médico que compartir la salud del paciente? ¿Debe el ictiólogo nadar como un pez? ¿Tiene que estallar el fabricante de fuegos artificiales?

—Esperamos que el médico sepa curarse a sí mismo creo yo —dije.

—No conozco el tratamiento apropiado, y, caso de que lo supiera, no me encontraría en situación de administrarlo. Soy capaz de hacer que la comunidad me acepte, como tienen que hacerlo todos los que están con nosotros. No pido indulgencia en pago por mi papel de fundador. Pero no se nace nunca completamente por segunda vez. Nunca existe una conversión total. La estructura social a la que aspiramos tiene que esperar a que la construyan los que hayan tenido una herencia plena de Walden Dos. Vendrán, no hay que temer, y los demás pasaremos a un olvido bien merecido... como vasos que se estropearon al construirlos.

Cogió un trozo de arcilla prensada que había rebotado de la chimenea y empezó a manosearlo ociosamente. Súbitamente soltó una carcajada.

—Diremos que personalmente soy un auténtico fracaso, y asunto concluido. Muy bien. Pero. ¿Y Walden Dos? ¿Es, por eso, menos real, menos próspero? ¿Son sus principios de algún modo discutibles?

Empezó a examinar más de cerca el fragmento que tenía en la mano, pasando el dedo por un borde cortante.

—No, Burris —dijo—. Puedes dejarme al margen con toda tranquilidad. Olvídate de mí y vuelve tu rostro al cielo.

A toda velocidad se dirigió a la chimenea y hurgó entre los fragmentos del bloque. Me dio la impresión de que no podía encontrar lo que buscaba y volvió a su escritorio para ver los números de identificación de los restantes bloques.

—Debió ser la número siete —dijo, con voz tranquila. Examinó el fragmento a la luz—. Qué cortante ha sido la fractura —dijo—. Tengo que

anotarlo.

29

Castle tuvo, por fin, la oportunidad de afrontar «temas generales» aquella tarde. Se había planeado un paseo a la cumbre del Cerro de Piedra con un grupo numeroso, que incluía al señor Meyerson, su esposa y tres o cuatro niños y, en principio, no parecía probable que pudiera tener lugar una conversación seria. Pero durante la mañana el tiempo estuvo amenazando tormenta, y a la hora de comer se desencadenó con toda intensidad. Por la tarde aclaró otra vez. Observé cierta actividad en el comedor al tener la gente que cambiar sus planes. Cuando estábamos terminando la comida, dos jóvenes se acercaron a nuestra mesa y dijeron algo a Rodge, Steve y las chicas.

—¿Tocáis algún instrumento? ¿Trompeta, saxofón, trombón? Estamos organizando un concierto. Incluso hemos encontrado una tuba.

—Tú tocas, Steve —dijo Mary.

—Steve era el mejor trombón de Filipinas —dijo Rodge.

—¡Formidable! ¿Quién más? Se trata únicamente de aficionados.

Nos enteramos de que Bárbara sabia tocar al piano algunas melodías populares, la mayoría de oído, y se pensó que eran aprovechables. Se marcharon hacia el depósito de instrumentos del teatro y Frazier, Castle y yo nos quedamos solos.

Castle empezó inmediatamente a calentar sus motores Cogió una cajetilla de cigarros vacía que Bárbara había dejado en la mesa, la partió en dos, juntó los trozos, y los volvió a romper. De su garganta emergieron varios ruidos roncos. Era evidente que algo iba a pasar, y Frazier y yo esperamos en silencio.

—Señor Frazier—dijo por fin Castle, con un súbito bramido— ¡le acuso a usted de una de las maquinaciones más diabólicas de toda la historia de la humanidad! —Miró tan fijamente como pudo a Frazier, pero estaba temblando y sus ojos casi se le salían de las órbitas.

—¿Vamos a mi habitación? —dijo pausadamente Frazier.

Era un truco de Frazier adoptar un tono de voz que contrastaba con el de su interlocutor, y en esta ocasión resultó avasallador. Castle se hundió ante este golpe humillante. Se había preparado para una batalla verbal de dimensiones heroicas, pero acabó llevando humildemente su bandeja a la

ventanilla de servicio y siguiendo a Frazier por El Paseo.

No sabía qué tema iba a escoger Castle. Aparentemente había pensado algo desde la mañana, probablemente durante la ceremonia, pero no podía adivinar por dónde iba a empezar el ataque. Los modales de Frazier eran también enigmáticos. La sugerencia de que fuéramos a su cuarto sonó un poco como si estuviera invitando a un compañero pendenciero a «salir fuera, si se atrevía, para decírselo otra vez». Mi impresión era que se esperaba la acometida de Castle y había preparado a fondo sus defensas.

Cuando nos instalamos en el cuarto de Frazier, este se tumbó en la cama sobre la que había extendido apresuradamente una colcha. Castle empezó de nuevo, tratando sin éxito de duplicar la sorpresa y la fuerza de su primer asalto.

Un Machiavello moderno, mecanizado, empresarial... Este es mi juicio definitivo sobre usted, Sr. Frazier— dijo con la misma mirada terca y desafiante.

—Debe producir gran satisfacción saber que se ha llegado a un «juicio definitivo» —dijo Frazier.

—Un artista del poder —continuó Castle—, cuyo mejor arte es negar el arte. Un déspota silencioso.

—Si utiliza tantas palabras que empiezan por «m», ¿porqué no resumirlo todo en la palabra «mefistofélico»? dijo Frazier, reviviendo de manera curiosa mis temores de la tarde anterior.

—Estaba dispuesto a utilizarla —dijo Castle—. Y a menos que Dios esté muy seguro de sí mismo, me imagino que no se sentirá muy a gusto ante el cariz que va tomando la guerra de los ángeles. Tal como yo lo veo, usted ha bloqueado todos los caminos a través de los cuales el hombre debía esforzarse por alcanzar la salvación. Inteligencia, iniciativa... En su lugar ha colocado una especie de instinto degradado, de precisión prefabricada. Walden Dos es una maravilla de eficiente coordinación..., ¡tan eficiente como un hormiguero!

—Sustituir la inteligencia por instinto... —murmuró Frazier—. Nunca lo había pensado. Es una posibilidad interesante. ¿Cómo se lleva a cabo?

Fue una maniobra tosca. Su pregunta era una simple disgresión, claramente destinada a arruinar la oportunidad de Castle, al mismo tiempo que desviaba nuestra tención hacia problemas prácticos, que Frazier dominaba con mayor facilidad.

—La conducta de sus miembros es cuidadosamente moldeada por adelantado de acuerdo con un Plan —dijo Castle sin darse por vencido— y el objetivo de este adiestramiento es perpetuar dicho Plan. Desde un punto de intelectual, Walden Dos es totalmente incapaz de cambiar de rumbo espontáneamente como la vida dentro de una colmena.

—Ya entiendo lo que quiere decir —dijo Frazier distantemente. Pero volvió a su estrategia primitiva— ¿Y ha logrado descubrir el mecanismo de mi poder?

—Sí, por supuesto. Seguíamos una pista equivocada. No existe un contacto *normal* entre usted y los miembros de Walden Dos. Usted eludió el tema con habilidad cuando hablamos de eso anoche. Pero se comportó como un déspota cuando trazó su programa por primera vez... Al describir la estructura social y establecer el contrato entre comunidad y miembro, al elaborar sus métodos educativos y sus garantías contra el despotismo. ¡Vaya chiste! No me diga que *entonces* no estaba controlándolo todo. Burris lo entendió. Y su carrera como organizador, ¿qué era sino un liderazgo? Y el liderazgo más condenable de la historia, porque preparaba un escenario en el que, sin necesidad de su presencia personal, todo lo que sucediera sería obra suya. Cientos —¡usted predijo millones!— de almas inocentes caerían en las garras de su ambicioso programa.

Castle iba conduciendo el argumento hacia su terreno con gran excitación, pero Frazier permanecía tumbado, exageradamente relajado, mirando al techo, con las manos entrelazadas bajo su cabeza.

—Muy bien, señor Castle —dijo en voz baja— Yo le di anoche la clave, claro está, cuando nos despedimos.

—Cierto. Y me he preguntado por qué. ¿Le indujo su amor propio a cometer este error? Quizá sea ésta la verdadera respuesta a su forma de despotismo. Nadie podría disfrutar del poder conseguido sin desear hacer alarde de él alguna que otra vez.

—Todavía no he admitido ni poder ni despotismo. Pero tiene usted toda la razón al decir que he ejercido cierta influencia y que en algún sentido la seguiré ejerciendo siempre. Creo que usted me llamó *primum mobile*... no muy correctamente, por cierto, como he podido observar, al buscar su significado en el diccionario. Pero sí es verdad que planeé Walden Dos, no como un arquitecto concibe un edificio, sino como un científico prepara un experimento a largo plazo, incierto sobre las circunstancias que encontrará, pero sabiendo cómo debe tratarlas cuando surjan. En cierto sentido, Walden Dos está predeterminado, pero no de forma similar a la de las abejas en una colmena. La inteligencia, por mucho que la moldee y la incremente nuestro sistema educativo seguirá siendo inteligencia. Se utilizará para buscar soluciones a problemas en los que la abeja pronto se daría por vencida. Lo que logra el plan es mantener la inteligencia en su debido cauce, buscando el bien colectivo de la sociedad en lugar del bien individual de la persona inteligente..., o el bien consiguiente de la persona en lugar del bien individual inmediato. Y lo logra, asegurándose de que el individuo no olvidará las ventajas personales que le reporta el bienestar

colectivo.

—Pero usted predice muchos posibles actos positivos de la inteligencia que caen fuera de su plan. De entrada, descarta ciertos puntos de vista que podrían ser más productivos. Da por descontado que T. E. Frazier, contemplando el mundo desde la mitad del siglo XX, conoce cuál es el mejor camino que la humanidad debería seguir eternamente.

—Sí, creo que sí.

—¡Pero eso es absurdo!

—De ningún modo. Desde luego no afirmo conocer el rumbo que tomará el hombre dentro de cien años, y menos para siempre. Pero sí sé el que debería tomar ahora.

—¿Cómo puede estar seguro? Ciertamente, se trata de una pregunta para la que no dispone de una respuesta obtenida experimentalmente.

—Creo que estamos en vías de conseguirla —dijo Frazier—. Pero eso ahora no importa. No hay otra alternativa. Tenemos que tomar este camino.

—Eso es pura fantasía. Ustedes, los que lo están empezando a seguir, son una pequeña minoría.

Frazier se incorporó.

—Y la mayoría continúa en la perplejidad más absoluta —dijo—. Algunos se encuentran al margen de cualquier camino; otros, vuelven la vista atrás e intentan regresar al punto de partida; y unos terceros andan vacilantes, de un lado para otro, como cangrejos. ¿Por qué cree que han estallado las dos guerras mundiales? ¿Por algo tan simple como fronteras o comercio? ¡Tonterías! El mundo está tratando de adaptarse a un nuevo concepto del hombre en relación con los demás hombres.

—Quizá trata meramente de amoldarse a déspotas cuyas ideas son incompatibles con la verdadera naturaleza del hombre.

—Sr. Castle —dijo Frazier con gran avidez—, permítame que le haga una pregunta. Le advierto que posiblemente sea la pregunta más escalofriante de su vida. *¿Qué haría usted si poseyera una ciencia de la conducta totalmente eficaz?* Supóngase que, de repente, halla que es posible controlar el comportamiento de los hombres como usted quisiera. ¿Qué haría usted?

—Eso es sólo una suposición.

—Tómelo como quiera. Para mí se trata de una realidad. Difícilmente podría usted considerarme un déspota si yo no conociera la clave de un control práctico, aplicable en gran escala.

—Que ¿qué haría? —dijo Castle reflexionando—. Pues sumergiría toda su ciencia de la conducta en el fondo del océano.

—¿Y negaría a los hombres la ayuda que les podría prestar con ella?

—¡Y les daría la libertad que con ella perderían para siempre!

—¿Cómo les daría la libertad? —¡Negándome a controlarles!

—De esta forma únicamente traspasaría el control a otras personas:

—¿Cuáles?

—El curandero, el demagogo, el vendedor, el político, el fanfarrón, el embustero, el educador, el sacerdote... Todos los que ahora están en poder de los secretos de la ingeniería de la conducta.

—Pero una buena parte del control quedaría en manos del propio individuo.

—Eso es también una suposición, y es su única esperanza. Es la única oportunidad que les queda de evitar las implicaciones de una ciencia de la conducta. Si el hombre es libre, entonces una tecnología de la conducta es imposible. Pero le estoy pidiendo que considere el caso contrario.

—Entonces mi respuesta es que su suposición es contraria a la verdad, y, por consiguiente, cualquier consecuencia derivada de ella es vana.

—¿Y las acusaciones suyas de que...?

—...Se referían a la intención, y no a la posible realización.

Frazier suspiró dramáticamente.

—Es un poco tarde para demostrar la imposibilidad de una tecnología de la conducta. ¿Cómo la puede negar? Muchos de sus métodos y técnicas son realmente tan viejos como el mundo. ¡Piense en el uso tan aterrador que se hizo de ellos por parte de los Nazis! ¿Y las técnicas utilizadas en la clínica psicológica? ¿Y la educación? ¿O la religión? ¿O la publicidad y las ventas? ¿O la política práctica? Póngalo todo junto, y obtendrá como resultado una especie de «tecnología de Perogrullo» de vasto poder. No, Sr. Castle, la ciencia está preparada para quien quiera profundizar en ella. Pero sus técnicas y métodos están en manos de quienes no deberían estar..., se utilizan para el engrandecimiento personal en un mundo competitivo o, en el caso del psicólogo o el educador, con fines inútilmente correctivos. Mi pregunta es: ¿tiene usted el valor de tomar las riendas y utilizar la ciencia de la conducta para el bien de la humanidad? | Y usted me responde que la sumergiría en el fondo del océano!

—Y también, que la quisiera arrebatar de las manos de los políticos, publicitarios y vendedores.

—¿Y de los psicólogos y educadores? Como ve, señor Castle, ese manjar le está prohibido. El hecho es que no solamente *podemos,* sino que *debemos* controlar la conducta humana. Pero, ¿quién tiene que hacerlo y cómo?

—Mientras sobreviva un vestigio de libertad personal, me aferraré a mi postura —dijo Castle, fuera de sí.

—¿No es ya hora de que hablemos sobre la libertad? —dije yo —. Quedamos hace uno o dos días en que íbamos a dejar la cuestión para más adelante. Ya es hora de hablar de ella, ¿no les parece?

—Mi respuesta es bien sencilla —dijo Frazier—. Niego rotundamente que exista la libertad. Debo negarla..., pues de lo contrario mi programa sería totalmente absurdo. No puede existir una ciencia que se ocupe de algo que varíe caprichosamente. Es posible que nunca podamos *demostrar* que el hombre no es libre; es una suposición. Pero *el* éxito creciente de una ciencia de la conducta lo hace cada vez más plausible.

—Al contrario. Una simple experiencia personal lo hace indefendible —dijo Castle,—. La experiencia de la libertad. Yo *sé* que soy libre.

—Debe ser inmensamente consolador sentir así.

—Y lo que es más: usted también lo sabe —dijo calurosamente Castle—. Cuando usted niega su propia libertad para poder jugar con una ciencia de la conducta, usted actúa conscientemente de mala fe. Ésta es para mí la única explicación convincente. —Trató de serenarse y se encogió de hombros—. Al menos usted estará de acuerdo en que se *siente* libre.

—El «sentimiento de libertad» no debería engañar a nadie —dijo Frazier—. Muéstreme un caso concreto.

—Muy bien. Ahora mismo —dijo Castle. Cogió una caja de cerillas —. Soy libre de tenerla en la mano o de tirarla al suelo.

—Usted, por supuesto, hará una de las dos cosas —dijo Frazier—. Lingüísticamente, o lógicamente, parece que existan dos posibilidades, pero creo que, de hecho, sólo hay una. Las fuerzas determinantes, por muy sutiles que sean, son inexorables. Sugiero que en este caso, dado que usted es una persona ordenada, probablemente optará por conservarla en su mano... ¡Ah, bueno, la soltó! Bien, como puede ver, su acción se inscribe dentro de su conducta global con respecto a mí. No pudo resistir la tentación de probar que me había equivocado. Era legítimo por su parte. En realidad, no tenía otra opción. El factor decisivo llegó un poco tarde y, naturalmente, usted no podía prever el resultado cuando al principio la retuvo en la mano. En aquel momento, no existía probabilidad elevada de que usted eligiera una de las dos alternativas, y en consecuencia dijo que era libre.

—Eso es muy elástico —dijo Castle—. Es muy fácil defender la existencia de una ley después de consumado el hecho. Sólo aceptaré que existe una ley si es usted capaz de predecir mi conducta futura.

—En ningún momento he sostenido que la conducta, lo mismo que los cambios atmosféricos, pudiera siempre predecirse con seguridad. Con frecuencia entran en juego demasiados factores para que puedan ser tenidos en cuenta todos ellos. No podemos medirlos todos con precisión, y nos sería muy difícil llevar a cabo las operaciones matemáticas requeridas para hacer una predicción aun cuando dispusiéramos de todos los factores. Lo de la ley es a menudo una suposición..., pero no por eso de menor importancia a la

hora de juzgar un problema como éste.

—Tomemos entonces un caso en el cual no exista opción —dijo Castle—. Ciertamente, un hombre en la cárcel no es libre en el sentido en que yo soy libre ahora.

—¡Perfecto! Buen principio. Clasifiquemos, pues, las diversas clases de determinantes del comportamiento humano. Una de ellas, como usted sugiere, es el impedimento físico: esposas, barrotes de hierro, sujeción por la fuerza. Son sistemas por medio de los cuales moldeamos la conducta humana de acuerdo con nuestros deseos. Son toscos y sacrifican la afectividad de la persona controlada, pero a menudo son eficaces. Ahora bien, ¿de qué otros sistemas disponemos para limitar la libertad?

Frazier había adoptado un tono profesional, y Castle se negó a contestar.

—La amenaza de fuerza podría ser otra —dije.

—Correcto. Y con él tampoco conseguiríamos la lealtad de la persona controlada. Quizá permita un poco más el desarrollo del sentimiento de libertad, puesto que siempre se puede «escoger la acción y aceptar las consecuencias», pero eso no significa precisamente sentirse plenamente libre. En esta situación, se es perfectamente consciente de la coacción a que está sometida la conducta. Bien, ¿y qué más?

Por mi parte, carecía de respuesta. —Fuerza, o la amenaza de fuerza... No veo otra posibilidad —dijo Castle, tras unos instantes de silencio. —Exactamente— dijo Frazier.

—Pero ciertamente gran parte de mi conducta no tiene en absoluto nada que ver con la fuerza. ¡Ahí está mi libertad! —dijo Castle.

—En realidad, no estoy de acuerdo en que no exista otra posibilidad, sino únicamente en el hecho de que *usted* no pueda encontrar otra. No siendo un buen conductista —ni, en este caso, un buen cristiano—, no tiene capacidad para percibir un tremendo poder de tipo diferente.

—¿Cuál?

—No tengo más remedio que expresarme técnicamente —dijo Frazier—. Pero sólo por unos instantes. Es lo que en la ciencia de la conducta se llama «teoría del refuerzo». Las cosas que nos pueden suceder son de tres clases: hacia algunas sentimos indiferencia; otras nos gustan, queremos que sucedan y hacemos todo lo posible para que se repitan en el futuro; finalmente, existen otras hacia las que sentimos aversión; no queremos que sucedan, y hacemos lo posible para librarnos de ellas o para evitar que vuelvan a ocurrir.

»*Ahora bien* —continuó Frazier ávidamente—, si está en nuestras manos crear cualquier situación que sea agradable a una persona, o eliminar cualquier situación que le desagrade, podemos controlar su conducta. Si

queremos que una persona se comporte de una forma determinada, nos bastará con crear una situación que le agrade, o con eliminar una situación que le desagrade. Como resultado, aumentará la probabilidad de que se comporte de la misma forma en el futuro. Y esto es precisamente lo que queremos. Técnicamente, se llama a refuerzo positivo». La vieja escuela cometió el increíble error de suponer que lo contrario era lo correcto, que eliminando una situación del agrado de la persona o creando una situación desagradable —en otras palabras, castigándola—, era posible *reducir* la probabilidad de que se comportara de la misma forma en el futuro. Esto, sencillamente, no es verdad. Ha sido demostrado sin lugar a dudas. Lo que está surgiendo en este crítico momento de evolución de la sociedad es una tecnología conductista y cultural basada únicamente en el refuerzo positivo. Gradualmente, vamos descubriendo —a costa de inconmensurables sufrimientos humanos— que, a la larga, el castigo no reduce la probabilidad de que el individuo reincida en la conducta castigada. Hemos estado tan inmersos en la opinión contraria, que siempre entendemos la palabra «fuerza» como castigo. No decimos que usamos de la fuerza cuando enviamos barcos cargados de alimentos a países hambrientos, aunque de hecho estemos desplegando tanto o más *poder* que si enviáramos tropas y cañones.

—Ciertamente que no abogo por la fuerza —dijo Castle—. Pero no puedo aceptar que no sea efectiva.

—Es efectiva *temporalmente,* y eso es lo peor del caso. Así se explican miles de años de derramamiento de sangre. Incluso se ha engañado a la misma naturaleza, «instintivamente» castigamos a una persona que no se comporta como queremos. Si es un niño, le damos azotes; si es un hombre, le pegamos. ¡Una sutil distinción! El efecto inmediato del golpe nos enseña a golpear de nuevo. La venganza y la revancha son las cosas más naturales del mundo. Pero, a la larga, la persona a la que golpeamos no por ello está menos dispuesta a repetir su acción.

—No la repetirá si le damos lo suficientemente fuerte —dijo Castle.

—Aun así, *tenderá* a repetirla. *Querrá* repetirla. En realidad, no hemos alterado en absoluto su conducta potencial. Eso es lo triste. Si no la repite delante de nosotros, lo hará en presencia de cualquier otro. O la repetirá bajo el disfraz de un síntoma neurótico. Si golpeamos lo bastante fuerte conseguiremos, para nuestro uso particular, un pequeño claro en la selva de la civilización, pero haremos el resto de la selva mucho más espantoso todavía. Ahora bien, las primitivas formas de gobierno estaban naturalmente basadas en el castigo. Es la técnica obvia cuando el físicamente fuerte controla al débil. Pero nos encontramos en los dolores que preceden a un gran cambio hacia el refuerzo positivo. De una sociedad

competitiva marchamos hacia una sociedad solidaria, en la que nadie se favorecerá a expensas de nadie. El cambio es lento y doloroso, porque el efecto inmediato y pasajero del castigo eclipsa las ventajas posibles del refuerzo positivo. Todos hemos presenciado innumerables veces el efecto transitorio de la fuerza; pero tenemos todavía poca evidencia inequívoca del efecto de no utilizarla. Por esta razón insisto en que Jesús, quien aparentemente fue el primero en descubrir el poder de no castigar, debió dar con dicho principio por casualidad. Ciertamente, no disponía de ninguna prueba experimental del tipo que poseemos en la actualidad. Dudo, pues, que le hubiera sido posible, por muy grande que fuera su genio, descubrir el principio por simple observación.

—¿Quizá un soplo de revelación? —dijo Castle.

—No. Casualidad. Jesús descubrió un principio porque dicho principio tuvo consecuencias inmediatas, además de otras repercusiones capaces de medir su eficacia.

Empecé a ver claro entonces.

—¿Te refieres al principio de «amar a los enemigos»? —dije.

—¡Exactamente! Devolver bien por mal tiene dos consecuencias no relacionadas entre sí. Por una parte se consigue la paz de conciencia de la que hablábamos el otro día. Al permitir que el más fuerte nos atropelle... nos evita como mínimo la tortura de la propia ira. Esa es la consecuencia inmediata. ¡Qué descubrimiento más asombroso debió suponer hallar que, a la larga, se podía *controlar al más fuerte,* de la misma manera!

—Es muy generoso, de su parte, dar tanto crédito a su colega precedente —dijo Castle—, pero entonces, ¿por qué estamos todavía sumergidos en tanta miseria? Veinte siglos deberían haber bastado para traducir en hechos esta norma de ingeniería de la conducta.

—Las mismas circunstancias que hicieron difícil descubrir el principio, hicieron también difícil enseñarlo. La historia de la iglesia cristiana no presenta muchos ejemplos de amor a los enemigos. A paganos inofensivos, quizá; pero no a los enemigos. Debe buscarse fuera del ámbito de la religión organizada para encontrar el principio puesto en práctica con todas sus consecuencias. La jerarquía eclesiástica siente una asidua devoción por el *Poder,* temporal y falso a la vez.

—¿Y qué tiene esto que ver con la libertad? — pregunté con rapidez Frazier se detuvo para reorganizar su pensamiento. Miró fijamente hacia la ventana, cuyo cristal la lluvia golpeaba con fuerza.

—Ahora que *sabemos* cómo actúa el refuerzo positivo y por qué el negativo no da ningún resultado —dijo por fin—, podemos ser más premeditados, y, consecuentemente, obtener más éxito al confeccionar nuestro esquema cultural. Podemos establecer una especie de control bajo el

cual el controlado, aunque observe un código mucho más escrupulosamente que antes, bajo el antiguo sistema, sin embargo se *sienta libre*. Los controlados hacen lo que quieren hacer, y no lo que se les obliga a hacer. Ésta es la fuente del inmenso poder del refuerzo positivo. No hay coacción ni rebeldía. Mediante un cuidadoso esquema cultural, lo que controlamos no es la conducta final, sino la *inclinación* a comportarse de una forma determinada... Los motivos, los deseos, los anhelos. Lo curioso es que, en este caso, *el problema de la libertad nunca surge*. El Sr. Castle era libre para soltar la caja de cerillas, ya que nada se lo impedía. Si la caja hubiera estado bien atada a su mano, no hubiera sido libre. Ni hubiera sido tampoco muy libre si le hubiera puesto una pistola al pecho y le hubiera amenazado con disparar si la soltaba. El problema de la libertad surge cuando hay coacción, ya sea física o psicológica. Pero la coacción es sólo una forma de control, y la ausencia de coacción no es libertad. Cuando uno se siente «libre» no es que se encuentre fuera de todo control sino que sobre él no se ejerce ningún reprensible control por la fuerza. El Sr. Castle se sintió libre de retener o de soltar las cerillas en el sentido de que no experimentó ningún impedimento ni amenaza de castigo por actuar de una de las dos maneras posibles. Olvidó examinar las razones positivas para retener la caja o soltarla, a pesar de que, en este caso, éstas eran más fuertes que cualquier amenaza de fuerza.

»Carecemos de vocabulario sobre la libertad cuando nos planteamos lo que queremos hacer —prosiguió Frazier—. Entonces, nunca surge el problema. Cuando los hombres luchan por la libertad, luchan contra las cárceles y la policía o contra la amenaza que éstas puedan representar... luchan contra la opresión. Nunca luchan contra las fuerzas que les ayudan a obtener lo que quieren. Sin embargo, parece que todo el mundo da por descontado que los gobiernos sólo son viables si se apoyan en la fuerza o en la amenaza de fuerza, y que los demás principios de control pertenecen únicamente al campo de la educación, la religión y el comercio. Si esto fuera realmente verdad, deberíamos renunciar a nuestro intento. Un gobierno nunca puede crear un pueblo libre con los métodos de que ahora dispone. La cuestión podría plantearse así: ¿Pueden los hombres vivir en paz y libertad? Y la respuesta es afirmativa si logran crear una estructura social que satisfaga las necesidades de cada uno y en la cual todos quieran observar el código que la soporta. Pero por ahora esto sólo se ha conseguido en Walden Dos. En respuesta a sus despiadadas acusaciones, Sr. Castle..., debo afirmar, que éste es el lugar más libre de todo el planeta. Y es libre precisamente porque no utilizamos ni la fuerza ni la amenaza de fuerza. Cada faceta de nuestra investigación, desde el jardín de infancia hasta la dirección psicológica de nuestros miembros adultos, se dirige a este fin:

explotar cualquier alternativa distinta del control por la fuerza. Mediante una planificación hábil y una elección inteligente de métodos, conseguimos *aumentar* el sentimiento de libertad. No es la planificación lo que restringe la libertad, sino la planificación que utiliza la fuerza. La sensación de libertad era prácticamente desconocida en la sociedad planificada de la Alemania Nazi, porque los planificadores hicieron un uso fantástico de la fuerza y de la amenaza de fuerza. No, Sr. Castle. Una vez conseguida una ciencia de la conducta, no existe otra alternativa que una sociedad planificada. No podemos abandonar la humanidad a un control accidental o tendencioso. Mediante el uso del principio del refuerzo positivo —evitando cuidadosamente la fuerza o la amenaza de fuerza— podemos preservar un sentido personal de libertad.

Frazier se echó de nuevo en la cama y miró al techo.

—Pero usted no ha negado que disponga de un control absoluto —dijo Castle—. Es pues, todavía, el supremo dictador.

—Como guste —dijo Frazier levantando suavemente sus manos en el aire y juntándolas luego bajo la cabeza—. En realidad, me inclino a darle la razón. Cuando se ha saboreado una vez el principio del refuerzo positivo, se puede gozar de una sensación de poder ilimitado. Es suficiente para satisfacer al tirano más sediento.

—¡Qué bien le cuadra! —dijo Castle—. Eso es precisamente lo que le reprocho.

—Se trata de una forma limitada de despotismo —prosiguió Frazier—. Y no creo que nadie deba asustarse por ello El déspota debe esgrimir su poder para bien de los demás. Si toma alguna medida que reduzca la suma total de felicidad humana, su poder se reducirá en la misma proporción. ¿Qué mejor barrera puede usted poner para evitar la aparición de un despotismo perverso?

—La barrera que yo exijo —dijo Castle— no es ni más ni menos que la democracia. Que el pueblo gobierne y de esta forma el poder no será nunca mal utilizado. Poco importa la naturaleza del poder. En realidad, ¿no podría este principio del «refuerzo positivo», como usted lo llama, ser utilizado por un gobierno democrático con la misma eficacia que por su dictadura?

—Ningún gobierno democrático utiliza principios de manera coherente. Y, a fin de cuentas, ¿qué entiende usted por democracia?

—Evidentemente, el gobierno del pueblo, o de acuerdo con la voluntad del pueblo —dijo Castle.

—¿Como de hecho se practica ahora en los Estados Unidos?

—Es posible. Bueno, sí; me definiré sobre este asunto. No es que sea una democracia perfecta, pero es la mejor que existe en este momento.

—Entonces, afirmo que la democracia es un piadoso fraude —dijo

Frazier—. ¿En qué sentido es un «gobierno del pueblo»?

—Creo que es evidente.

—No es evidente en absoluto. ¿Cómo se manifiesta la voluntad del pueblo? En las elecciones, claro. Pero ¡vaya parodia! En reuniones de pequeños comités, o aun a nivel de Ayuntamiento, admito alguna razón para votar, especialmente cuando se plantean problemas que pueden decidirse con un simple «sí» o «no». Pero cincuenta millones de electores para elegir a un presidente..., es algo totalmente distinto.

—No veo por qué el número de electores tiene que alterar el principio —dijo Castle.

—La posibilidad de que el voto de una persona sea decisivo en una elección nacional —dijo Frazier hablando con precisión— es menor que la oportunidad que dicha persona tiene de ser asesinada camino de las urnas. No prestamos atención alguna a las probabilidades de esta magnitud en nuestros asuntos cotidianos. Por la misma razón deberíamos considerar loco al que comprara una quiniela con tan elevadas probabilidades de perder.

—Algo debe significar para ellos cuando la gente acude a votar —dijo Castle.

—¿Cuántos seguirían votando si se vieran libres de muchas presiones externas? ¿Cree que la persona va a las urnas a causa del efecto que haya podido tener su voto alguna vez? De ningún modo. Vota para evitar las murmuraciones de los vecinos, o para «acuchillar» al candidato que no le gusta, marcando una «X» encima de su nombre, como podría ensuciar su cartel de propaganda electoral..., y con el mismo desprecio irracional. No, las probabilidades de que su acción tenga algún efecto en el resultado general son demasiado pequeñas para alterar su conducta de modo apreciable.

—Me parece que los matemáticos tienen una palabra para describir esa falacia —dijo Castle—. Es verdad que las probabilidades de influir decisivamente en el resultado decrecen conforme aumenta el número de electores, pero la importancia de lo que está en juego crece en la misma proporción.

—¿Usted cree que de verdad crecen? ¿Es realmente importante una elección nacional? ¿Importa mucho en realidad quién gana? Los programas de los dos partidos[*] políticos se elaboran cuidadosamente de forma que sean tan parecidos como sea posible y cuando la elección ha terminado, se nos aconseja a todos que aceptemos el resultado como buenos deportistas. Pasada una o dos semanas, sólo una minoría de electores se siguen

[*] Nótese que esta novela fue escrita en 1948. *(N. del T.)*

preocupando por las elecciones. Los demás saben que no existe ningún peligro real. Las cosas seguirán, más o menos, como estaban. Unos pocos millones de electores que no se deciden a votar hasta el mismo día de la elección pueden —y de hecho, a veces, ha ocurrido— cambiar el resultado. Si esto es así no me diga que este resultado tiene mucha importancia.

—Aun así, es importante que el pueblo *sienta* que ha elegido el gobierno que ha querido —dijo Castle.

—Al contrario, eso es lo peor de todo. Votar es un método que permite cargar al pueblo con la responsabilidad de lo que suceda. El pueblo no es soberano; sino víctima propiciatoria. Y hace cola periódicamente ante las urnas para renovar su derecho a ostentar dicho título.

—Admito que existan defectos en la maquinaria democrática —dijo Castle—. Nadie aprueba todos los recursos que suelen utilizarse en una campaña presidencial. Es posible que la voluntad del pueblo sea indebidamente influenciada, y quizá incorrectamente determinada. Pero ese es un problema técnico. Creo que, con el tiempo, podremos idear un sistema mejor para conocer de forma inequívoca lo que el pueblo desea. La democracia no es un método para conocer la opinión; es la entrega del poder a dicha opinión. Supongamos que pudiéramos conocer exactamente la voluntad del pueblo. En este caso ¿qué deberíamos hacer?

—Yo soy el que debería preguntarle eso. Realmente, ¿qué deberíamos hacer? ¿Es el pueblo un gobernante competente? No. Y cada vez es menos competente, relativamente hablando, conforme avanza la ciencia política. Es la misma idea que sugerí en nuestra conversación sobre la educación de niños en grupo: una vez adquirida una tecnología de la conducta no podemos dejar el control del comportamiento en manos inexpertas. Su respuesta, en cambio, consiste en negar que dicha tecnología exista... Una respuesta muy débil, en mi opinión.

»Lo único que sabe el pueblo —continuó Frazier— y lo único sobre lo que se le debería escuchar es si le satisface la situación presente, y, quizá, si le gustaría otro estado de cosas. Lo que manifiestamente el pueblo ignora es cómo conseguir lo que desea. Éste es un asunto reservado a los especialistas.

—Pero el pueblo ha resuelto problemas de bastante envergadura —dije.

—¿De verdad? La práctica usual en una democracia es votar no por un determinado estado de cosas, sino por un hombre que afirma poder conseguirlo. No soy historiador —Frazier se rió estrepitosamente—, sino todo lo contrario..., pero sospecho que eso es lo que se ha querido decir siempre, cuando alguien se ha referido a la soberanía del pueblo: gobierno de un hombre elegido por el pueblo.

—¿No es esto una posible escapatoria? —dijo Castle—. Admitamos que se necesitan expertos. ¿Por qué no elegirlos?

—Por una razón muy sencilla. El pueblo no está en condiciones de evaluar a los expertos. Y los expertos elegidos nunca pueden actuar de la forma que ellos consideran más acertada. No pueden experimentar. El aficionado no aprecia la necesidad de la experimentación. Quiere solamente que su experto lo *sepa* todo. Y es totalmente incapaz de comprender el período de duda que acompaña a todo experimento. Los expertos se ven obligados, bien a camuflar sus experimentos, pretendiendo que conocen el resultado por adelantado, o a dejar de experimentar para siempre, luchando por mantener el *status quo.*

—Amo la democracia con todos sus defectos —dijo Castle—. A pesar de todo, me quedo con ella. Quizá encontremos el camino por casualidad. Es posible que sus aerodinámicos Planificadores se rían de nosotros. Pero hay algo que está de nuestra parte: la libertad.

—Creí que este punto ya había quedado claro —dijo Frazier.

—Sin duda. Pero, por lo visto, no como usted creyó —dijo Castle—. No me gusta el despotismo.

Frazier se levantó y se dirigió a la ventana. Había parado de llover, y sobre las colinas distantes, al otro lado del río, aparecían grandes manchas de azul. Se quedó de pie, dándonos la espalda casi durante un minuto, que nos pareció larguísimo en comparación con el ritmo enérgico de nuestra conversación. Por fin dio la vuelta.

—¿Es que no puedo lograr que lo comprenda? —dijo levantando las manos con tono de súplica—. *¡Tampoco me gusta a mí el despotismo!* No me gusta el despotismo de la ignorancia. No me gusta el despotismo de la omisión, de la irresponsabilidad, ni aun el despotismo de la casualidad. ¡Y no me gusta el despotismo de la democracia!

Y regresó de nuevo a la ventana.

—Creo que no le entiendo —dijo Castle ablandado por la evidente emoción de Frazier.

—La democracia nace del despotismo —dijo Frazier, todavía mirando por la ventana—. Y de tal palo, tal astilla. Democracia significa poder y gobierno. No es la voluntad del pueblo, acuérdese; sino la voluntad de la mayoría. —Se volvió y con voz ronca que rompió a volar como un pichón amaestrado al oír la palabra «va», añadió—: Mi corazón *pertenece* a la eterna minoría.

Parecía a punto de llorar, pero no podía decir si era por compasión hacia el oprimido, o de rabia al ver que había fracasado en convencer a Castle.

—En una democracia —prosiguió diciendo— no existe *ninguna* barrera

contra el despotismo porque se supone que el mismo principio democrático ya constituye por sí mismo una barrera. En realidad, sólo garantiza que la *mayoría* no será gobernada despóticamente.

—No estoy de acuerdo en que la minoría no pueda hacer oír su voz —dijo Castle— Pero en todo caso es mejor que por lo menos la mitad del pueblo obtenga lo que quiere, en vez de una pequeña élite.

—¡Ahí está el nudo del problema! —dijo Frazier dando un brinco en el momento en que iba a sentarse—. La mayoría es una élite. Y es déspota. Yo quiero eliminarlas todas y conseguir un gobierno que actúe en beneficio de todos los ciudadanos sin excepción.

—Pero eso no siempre es posible —dijo Castle.

—Tenemos mayores probabilidades que en una democracia. Son raros los asuntos que precisan una solución extrema de todo o nada. Un planificador exigente podría, muchas veces, encontrar un compromiso que fuera razonablemente aceptable para todos. Pero en una democracia, la mayoría resuelve el problema a su gusto, y la minoría puede salir perjudicada.

»El gobierno de Walden Dos —continuó— tiene todas las virtudes de la democracia, pero ninguno de sus defectos. Se acerca mucho más a la teoría o intención de la democracia que lo que se practica actualmente en los Estados Unidos. Ponemos un gran cuidado en averiguar la voluntad del pueblo. No tenemos campañas electorales para falsificar los problemas u oscurecerlos con recursos emotivos. Por el contrario, llevamos a cabo un estudio detallado sobre el grado de satisfacción de los miembros. Cada uno de ellos dispone de un conducto directo a través del cual puede elevar protestas a los Administradores o incluso hacerlos llegar a los Planificadores. Y estas protestas se toman con la misma seriedad del piloto de avión que escucha un ruido anormal de los motores. No hacen falta leyes o policía para obligar a un piloto a prestar atención cuando el motor falla. Tampoco necesitamos leyes para obligar a nuestro Administrador de Productos Lácteos a preocuparse por cualquier epidemia que pueda propagarse entre las vacas. De igual modo, nuestros Administradores de la Conducta y la Cultura no necesitan que se les obligue a considerar las quejas. Una queja es una rueda que hay que engrasar, o una tubería rota que precisa reparación. La mayoría de los habitantes de Walden Dos no tiene parte activa en las tareas de gobierno. Y tampoco lo desea. La inquietud para expresar la propia opinión de cómo deberían llevarse los asuntos nacionales es de aparición reciente. No formaba parte de la primitiva democracia. La victoria sobre la tiranía constituyó una garantía constitucional de los derechos de la persona, incluido el derecho a protestar sí las condiciones de vida no eran satisfactorias. Pero los asuntos de

gobierno se dejaba en manos de alguien. Hoy día, en cambio, todo el mundo se considera un experto gobernante y quiere que se escuche su voz. Confiemos en que sea sólo un elemento cultural pasajero. Esto me recuerda los tiempos en que todo el mundo discutía sobre los principios mecánicos de acuerdo con los cuales su automóvil funcionaba o dejaba de funcionar. Todos eran especialistas en coches, y sabían cómo limar los platinos del delco o cómo sacar el tambor de las ruedas delanteras. Si alguien hubiera insinuado que estas cosas debían dejarse en manos de los expertos, hubiera sido calificado de fascista, si el término se hubiera conocido entonces. Pero hoy ningún conductor sabe cómo funciona su coche y no creo que por ello nadie sea menos feliz. En Walden Dos nadie se preocupa por el gobierno a no ser aquellos a los que se les ha asignado tal preocupación. Defender que todos deberíamos interesarnos, parecería tan fantástico como afirmar que todos deberíamos saber cómo funcionan nuestros motores Diesel. Estoy convencido de que incluso se piensa muy poco en los derechos constitucionales de los miembros. Lo único que importa es la felicidad cotidiana y el futuro asegurado. Cualquier infracción en este sentido sin duda «sublevaría al electorado».

—Supongo que por lo menos vuestra constitución no puede cambiarse sin una votación de los miembros —dije.

—Te equivocas otra vez. Se puede cambiar con el voto unánime de los Planificadores y dos tercios del de los Administradores. Todavía estás pensando en el gobierno del pueblo. Quítate esa idea de la cabeza. El pueblo se encuentra tan poco capacitado para cambiar la constitución como para decidir sobre los problemas normales de gobierno.

—Entonces, ¿qué impide que los Planificadores puedan convertirse en déspotas? —dije—. ¿Acaso no existe la posibilidad real de que esto suceda?

—¿Cómo? —dijo Frazier.

—Bueno, de muchas maneras, me imagino.

—Tales como...

—Bueno, si yo fuera un Planificador con inclinación al despotismo, empezaría por introducir en la cultura la noción de que los Planificadores son gente excepcional. Defendería que deben ser conocidos personalmente por los miembros y que, por tanto, es conveniente que lleven una insignia o vistan un uniforme que los identifique. Esto se podría hacer bajo el pretexto de facilitar el servicio a los miembros, pero en realidad serviría para separar a los Planificadores como casta aparte. Más tarde, se les dispensaría de todo trabajo manual, con la excusa de que están demasiado ocupados con los asuntos de la comunidad. Se construirían para ellos viviendas especiales, quizá algo lujosas. Podría inducirse a los Administradores a que aceptaran este cambio en la constitución, facilitándoles también a ellos mejores

viviendas. Todo, por supuesto, sería presentado a través de propaganda escrupulosamente elaborada. Poco a poco, una creciente cantidad de riqueza de la comunidad iría pasando a manos de esta élite, y me convertiría en un auténtico déspota. ¿No sería esto posible?

—Si pretendes preguntar si el despotismo es posible, la respuesta es afirmativa —dijo Frazier—. Las culturas en las que la mayoría trabaja para el beneficio de una minoría duran mucho. Contempla la India, donde los oprimidos ni se dan cuenta siquiera de que están enfermos y de que son miserables. Pero ¿es el pueblo fuerte, productivo, amante del progreso? En caso negativo, su cultura será paulatinamente reemplazada por culturas competidoras que trabajen con mayor eficacia. Nuestros Planificadores no lo ignoran. Saben que toda usurpación del poder debilitaría a la comunidad como tal, y eventualmente destruiría todo el esfuerzo.

—Un grupo de Planificadores déspotas podría estar dispuesto a sacrificar la comunidad entera —dije—. No sería necesario que sufriera las consecuencias de un fracaso. Les bastaría escaparse con el dinero.

—Sería una catástrofe. Como un terremoto, una nueva y terrible epidemia, o un ataque procedente de otro mundo. Lo único que podemos hacer es tomar precauciones razonables. Tu caso hipotético no me resulta admisible; es todo lo que te puedo decir.

—Pero ¿no está ahí precisamente la debilidad de su actitud antidemocrática? —dijo Castle—. ¿No han perdido acaso su garantía contra la usurpación del poder?

—No hay ningún poder que usurpar —dijo Frazier—. No tenemos policía, ejército, fusiles ni bombas — lacrimógenas o atómicas — que confieran fuerza a unos pocos. Desde el punto de vista de la fuerza física, los miembros están siempre claramente en el poder. La sublevación, en caso de insatisfacción auténtica, sería no sólo fácil, sino inevitable. Por otra parte, hay poca riqueza efectiva para tentar a nadie. No es cierto que los Planificadores se pudieran escapar con los fondos de la comunidad. Nuestra riqueza es nuestra felicidad; la parte material de Walden Dos carecería prácticamente de valor sin los miembros. Recuerde, además, que los Planificadores forman parte de una cultura no competitiva en la que la sed de poder es una curiosidad de museo. No tienen ninguna razón para usurpar. Su tradición es contraria a ello. Cualquier gesto de dominación personal chocaría tanto como el robo del tablón de anuncios.

—Pero dominar es humano —dijo Castle— en cualquier cultura.

—Ése es un problema experimental, Sr. Castle. No lo puede solucionar desde su butaca. Pero veamos lo que representaría una usurpación del poder. Mientras los Planificadores gobiernan lo hacen a través del refuerzo positivo. No utilizan ni amenazan con utilizar la fuerza. Tampoco disponen

de medios para ello. Para extender su poder, tendrían que implantar unas condiciones de vida cada vez más satisfactorias. Es una curiosa forma de despotismo, ¿no le parece, Sr. Castle?

—Pero podrían inclinarse hacia un tipo de poder diferente.

—Para eso se precisaría un voto unánime. Y los Planificadores saben que algún día se convertirán en simples ciudadanos. Sus períodos en el cargo son efímeros, y algunos de ellos están siempre tan próximos al retiro que sería imposible que participaran de los posibles beneficios egoístas que su acción podría reportarles. ¿Por qué entonces habrían de votar un cambio?

»La usurpación del poder supone una amenaza sólo en una cultura competitiva —continuó Frazier—. En Walden Dos, el poder o está aniquilado, o es tan difuso que la usurpación es prácticamente imposible. La ambición personal no es esencial en un buen gobernante. Conforme avanza la tecnología gubernamental, cada vez es menor el área de iniciativas de los gobernantes. Algún día no necesitaremos en absoluto de Planificadores. Nos bastará con los Administradores.

Frazier se volvió hacia mí con gesto patente de apaciguamiento.

—La democracia no es una garantía contra el despotismo, Burris. Sus virtudes son de otro tipo. Se ha demostrado que era netamente superior al gobierno tiránico de una pequeña élite. Hemos contemplado su supervivencia cuando, en la segunda guerra mundial, se ha enfrentado a un sistema despótico. Los pueblos democráticos probaron su superioridad debido precisamente a su democracia. Pudieron contar con el apoyo de otros pueblos, quienes tenían menos que temer de ellos que de una minoría agresiva. A la larga, pudieron disponer de mayor cantidad de mano de obra porque todos tenían un interés en la victoria, y pocos sufrían de tensiones ocasionadas por una coacción poderosa. Los tiranos no pudieron convertir a los pueblos conquistados al mismo tiempo que pretendían pertenecer a una raza superior. Todos los principios que parecían constituir la fuerza de la estructura gubernamental del fascismo cuando empezó la guerra, resultaron ser su debilidad. Pero el triunfo de la democracia no significa que sea el mejor tipo de gobierno. Fue sencillamente el mejor en comparación con otro notablemente malo. No nos detengamos en la democracia. No es, no puede ser la mejor forma de gobierno porque está basada en una concepción científicamente inconsistente del hombre. No toma en consideración el hecho de que, a la larga, el *hombre está determinado por el Estado.* Una filosofía *laissez-faire* que cree en la bondad y prudencia innatas del hombre es incompatible con la realidad observada de que los hombres son buenos o malos, prudentes o imprudentes según el ambiente en el que se han criado.

—Pero ¿qué es primero? —pregunté— ¿El huevo o la gallina? Los hombres crean la sociedad, y la sociedad crea los hombres. ¿Por dónde debemos empezar?

—No es cuestión de comienzo. El comienzo ya existe. El problema es lo que debemos hacer de ahora en adelante.

—Entonces, esto significa la revolución ¿no es cierto? —dijo Castle—. Si la democracia no puede transformar se a sí misma en algo mejor...

—¿Revolución? No es usted un alumno muy aventajado, señor Castle. La transformación no vendrá en ningún caso a través de una política de poder. Tendrá lugar a otro nivel completamente distinto.

—¿A qué nivel?

Frazier agitó las manos señalando hacia la ventana, a través de la cual podíamos ver el paisaje empapado de Walden Dos.

—Bien —dijo Castle—, ya puede darse prisa. No es un trabajo que se pueda hacer con una jornada de cuatro horas diarias.

—Cuatro horas es exactamente lo que se requiere —dijo Frazier con una sonrisa. Y se echó de nuevo a la cama, aparentando cansancio.

—Creo que existe por lo menos un caso en el cual se ha logrado un cambio parecido al que defiendes, a nivel de la política de poder —dije.

Frazier se incorporó rápidamente, con gran esfuerzo. Me miró con sospecha.

—Rusia —dije.

— ¡Ah, Rusia! —dijo con alivio. Y no mostró deseos de continuar hablando.

—¿Qué Pasa con Rusia?

—Sí, sí, ¿qué pasa?

—¿No crees que existe un parecido considerable entre el comunismo ruso y tu propia filosofía?

—Rusia, Rusia... —murmuró Frazier con emoción—. Nuestros visitantes siempre preguntan eso. Rusia es nuestro rival. Es muy halagador... si consideras los recursos y cantidad de gente implicada.

—Pero estás evadiendo la pregunta. ¿No ha hecho Rusia lo mismo que tú pretendes hacer, pero al nivel de la política de poder? Ya me imagino lo que diría un comunista de tu programa en Walden Dos. ¿No te aconsejaría simplemente que abandonases tu experimento *y* te decidieses a trabajar por el Partido?

—Sí lo haría, y de hecho ya me lo han aconsejado.

—¿Y cuál es tu respuesta?

—Sólo veo cuatro cosas equivocadas en Rusia —dijo Frazier, claramente complacido de antemano—. Tal como fue concebida originalmente, era una buena tentativa. Surgió de impulsos humanitarios

que son corrientes en Walden Dos. Pero pronto aparecieron ciertas debilidades. Son cuatro, y fueron inevitables. Fueron inevitables precisamente porque la tentativa se llevó a cabo a nivel de política de poder.

Esperó a que le preguntara cuáles eran esos cuatro puntos flacos.

—El primero —dijo, tan pronto como lo hice— es una disminución del espíritu experimental. Muchos experimentos prometedores han sido sencillamente abandonados. El cuidado de los niños en común, la estructura alterada de la familia, el abandono de la religión, nuevos tipos de incentivos personales..., todos estos problemas se «resolvieron» volviendo a las prácticas que han prevalecido en las sociedades capitalistas desde hace siglos. Era la dificultad de siempre. Un gobierno en el poder no puede experimentar. Debe conocer todas las respuestas o al menos pretender que las conoce. Hoy, los rusos sostienen que han conseguido una estructura cultural óptima, aunque no totalmente implantada todavía. No se atreven a admitir cualquier necesidad seria de mejora. La experimentación revolucionaria ha muerto.

»En segundo lugar, Rusia ha abusado de la propaganda, tanto en la dirigida a su propio pueblo como en la destinada al resto del mundo. Su propaganda es mucho más intensa que todas las que han esclavizado hasta la fecha a la clase trabajadora. Defecto serio, ya que hace imposible evaluar el éxito que se haya podido conseguir. Ignoramos en qué proporción el vigor actual del comunismo ruso se debe a un sistema de vida activo y satisfactorio, y cuánto es producto de adoctrinamiento. Podía defenderse como conveniente durante un tiempo, para contrarrestar la propaganda enraizada en la cultura primitiva. Pero esa necesidad hace muchos años que ha pasado, y la propaganda todavía continúa. Y mientras persista, no se podrán obtener datos válidos sobre la eficacia del comunismo ruso. Por lo que sabemos, la cultura global sucumbiría si se suprimieran las actitudes que la apoyan. Y lo que es peor, es difícil ver cómo podrán eliminarse nunca. La propaganda hace imposible progresar hacia una forma de sociedad en la que aquélla ya no sea necesaria.

»El tercer punto débil del gobierno ruso es la utilización de los héroes. La función primordial del héroe, en Rusia como en cualquier otro sitio, es disimular una estructura defectuosa de gobierno. Las decisiones importantes no son hechas con referencia a un conjunto de principios; son actos personales. El proceso de gobernar es un arte, no una ciencia, y el gobierno es tan bueno o duradero como el artista. Y la segunda función del héroe... ¿cuánto duraría el comunismo si se rompieran todos los retratos de Lenin y Stalin?* Vale la pena preguntárnoslo.

---

* Nótese que esta novela fue escrita en 1948. — *(N. del T.)*

»Pero, lo más importante de todo es que el experimento ruso se basó en el poder. Se podrá discutir si la captura del poder era también una etapa necesaria, puesto que los hombres que lo detentaban eran intolerantes y opresores. Pero, desde este punto de vista, se puede defender con dificultad un continuo uso del poder. Les queda a los rusos todavía un largo camino por recorrer si desean alcanzar una cultura en la que el pueblo se comporte como *quiera* comportarse, para mutuo bien de todos. Para conseguir que el pueblo actúe de acuerdo con el esquema comunista, el gobierno ruso ha tenido que usar los mismos métodos del capitalismo. Por una parte, ha tenido que recurrir a premios extravagantes e injustos, sin tener en cuenta que una distribución desigual del bienestar destruye más incentivos de los que crea y, evidentemente, no puede laborar por el bien *común.* Por otra, el gobierno tiene que utilizar el castigo o la amenaza de éste. ¿Qué tipo de ingeniería de la conducta llamas tú a esto?

Frazier escupió en el tiesto con gesto de disgusto. Luego se encogió exageradamente de hombros, y se dobló despacio hasta los pies. Evidentemente, estaba ya harto de los «problemas generales» de Castle.

30

Por mi parte, también estaba un poco cansado de ellos. No veía que nuestra conversación, tan enérgica como había sido, hubiera añadido nada nuevo a nuestra mejor comprensión de Walden Dos, como no fuera algún ocasional destello de una nueva técnica conductista.

Castle tenía toda la razón al decir que Frazier rehuía las generalidades. Walden Dos no se fundaba en éstas, sino en leyes y técnicas conductistas y culturales, muy concretas. Comprendí fácilmente que el problema de la libertad es posible que nunca llegara a plantearse y sospeché que «la amenaza de despotismo» de que hablaba Castle podía reducirse a un problema práctico de definir las funciones de los Administradores. De forma extraña, Frazier había minado todos los problemas ordinarios de la Ciencia política, y parecía que casi no valía la pena discutirlos.

De pronto, volvió a tomar las riendas de la situación con una demostración concreta. Sin que mediara una sola palabra de explicación abrió la puerta y nos insinuó que saliésemos. Después, con paso excesivamente lento, nos condujo a los salones comunes.

Daba la impresión que, al interrumpirse la lluvia, la comunidad había vuelto a la vida y numerosos grupos salían de los cuartos personales dirigiéndose hacia el exterior. Nos unimos al movimiento general hasta el ropero común donde se guardaba toda la ropa de abrigo. Dos o tres miembros se estaban poniendo chanclos, y otro se estaba probando un gorro de pescador medio roto. Un grupo de jóvenes enfundados en gabardinas amarillas, acababa de regresar de un largo paseo bajo la lluvia y se estaban limpiando las botas en una esterilla metálica.

Llegamos a los salones comunes y empezamos a pasearnos tranquilamente por El Paseo. Frazier guardaba un estricto silencio, pero miraba de un lado a otro ávidamente, como si todo lo que íbamos viendo fuera de la máxima importancia. Castle y yo debimos contagiarnos de su interés, pues acabamos inspeccionándolo todo con meticulosidad. Las salas de música dejaban filtrar sonidos agradables a través de sus puertas cerradas, y los estudios estaban ocupados por animados conversadores. Las salas de lectura y todos los salones estaban llenos, a pesar de que el cielo se iba despejando. A través de las ventanas, el paisaje de Walden Dos aparecía

todavía más refrescante y bello, gracias en parte a nuestra esmerada y trabajosa limpieza de cristales.

Avanzamos en dirección a La Escala. Los niños llegaban para la cena dominical, y a Frazier se le ocurrió que entráramos con ellos en el cuarto de servicio. Se distribuyeron en grupos, más o menos de acuerdo con la edad, llenaron las bandejas con gracia y habilidad, y eligieron sitio sin peleas. Los pocos adultos que los acompañaban eran, en su mayoría, padres jóvenes, algunos de ellos sólo cinco años mayores que el muchacho de más edad. Aparentemente no estaban de servicio y comían con los niños por el gusto de hacerlo.

Nos retiramos del cuarto de servicio y nos acercamos a la parte superior de La Escala. Frazier nos dejó que echáramos un vistazo y en seguida nos condujo de vuelta por El Paseo. Entramos en uno de los salones y fuimos hacia las ventanas para contemplar el paisaje, que estaba salpicado aquí y allí por grupos de gente que disfrutaban del frescor de los verdes prados.

Frazier dejó transcurrir, en silencio, cerca de un minuto. Luego se volvió hacia Castle.

—¿Qué decía usted sobre el despotismo, señor Castle?

La pregunta cogió a Castle de sorpresa, miró a Frazier y sus mejillas empezaron a enrojecer. Trató de decir algo. Sus labios se movieron, pero no articuló una sola palabra. Frazier empezó a reír con una risa fuerte y nerviosa, que sobresaltó a los demás ocupantes del salón y dio a Castle una vacilante palmada en el hombro que no era demasiado apropiada para el tipo de papel que estaba entonces representando. De repente miró hacia El Paseo, levantó un dedo y asintió con la cabeza, como si estuviera dando una señal a alguien con quien hubiera concertado una cita. Se podía ver a través de la puerta a un grupo de gente, pero nadie dio la impresión de responder a la señal de Frazier. Sospeché que estaba fingiendo. Debió sentir la necesidad de un éxito rápido y no se le ocurrió nada mejor para lograrlo.

Se separó de nosotros torpemente, moviendo la cabeza, boquiabierto, como si se le hubiera olvidado la palabra «adiós».

—¿Cenamos a las siete? —dijo desde la puerta.

Nos dio la espalda sin esperar respuesta, y desapareció por El Paseo.

31

Cuando salíamos de los comedores, después de una sencilla cena, Frazier se volvió hacia Rodge.

—Quiero enseñarle una cosa —dijo, y se lo llevó aparte.

A Steve y Mary se les unieron varios jóvenes, y Bárbara entabló conversación con uno de los muchachos más interesantes. Castle tenía un par de habanos y sugirió que saliéramos fuera a fumarlos. Acepté, pero con la esperanza de no pasar todo el atardecer a su lado. Se había mostrado muy animado durante la cena y sospeché que había dado por concluido el problema de Walden Dos a su satisfacción. Estaba seguro de que había resuelto enviar a Frazier al cesto de los papeles sin ceremonia alguna.

Mi sospecha era correcta. Castle se consideraba el héroe conquistador de la tarde, y no se inmutó lo más mínimo cuando le sugerí que Frazier probablemente tenía de sí mismo una imagen idéntica. La verdad es que los dos guerreros no se habían enfrentado en el mismo campo de batalla o con las mismas armas. Frazier no utilizaba los principios generales y no creía que sirvieran para evaluar la realidad concreta de Walden Dos. Por otro lado, Castle me dio la impresión de que no había captado la intención del epílogo práctico de Frazier. Éste había dado demasiada importancia al teatralismo, y fracasó al presentar la incompatibilidad de un despotismo teórico con una libertad práctica incuestionable.

El cesto de los papeles al que había sido arrojado Frazier llevaba, desde luego, la etiqueta de «Fascismo». No pude conseguir que Castle definiera el término muy claramente, pero implicaba una élite... Es todo lo que pude sacar en claro. Admitía que el gobierno de Walden Dos era sólo un fascismo moderado, puesto que las rentas de la comunidad no se despilfarraban injustamente, aunque llegaría un tiempo en que esto probablemente sucedería, aunque no dijo ni cómo ni por qué. Frazier, los otros Planificadores y algunos de los Administradores constituían una élite por el solo hecho de gobernar. Existía una concentración de poder, aunque no de bienes materiales. Cuando le hice observar que las técnicas de gobierno vigentes en Walden Dos no implicaban poder, Castle replicó con un escéptico bufido. No admitía que ningún tipo de gobierno pudiera funcionar sin el uso de la fuerza.

Sus argumentos me capacitaban, a mi vez, para echarle a él al cesto de los papeles. Era el filósofo..., demasiado desconocedor de los hechos y los métodos de la ciencia para admitir, de algún modo, las posibilidades de la ingeniería de la conducta. Frazier podía haberse permitido el lujo de los principios generales, si hubiese querido. El sistema de gobierno y la creación de un pueblo feliz, al margen de cualquier problemática de libertad, implicaban algunos valiosos principios generales. Pero Frazier no tuvo interés en explicarlos y Castle fue incapaz de descifrarlos por sí mismo.

Estaba cansado de discutir. Fuera cual fuese el argumento utilizado para defender a Frazier, Castle terminaba diciendo: «Mi opinión continúa todavía siendo la misma.» Terminé por contestar con monosílabos a sus preguntas ocasionales, y tan pronto como concluimos los cigarros —me volví a acordar de Hans Castorp— le pregunté si quería que nos reuniéramos con el resto de los amigos. Pero no hubo manera de encontrarlos y no vi forma de escaparme de él. Desesperado, consulté el tablón de anuncios y me enteré de que el concierto de tarde de la Filarmónica había sido grabado y sería retransmitido por la Red Walden. A Castle le gustó la sugerencia de escucharlo porque podíamos hacerlo desde nuestra habitación, y de este modo tendría oportunidad de acabar de corregir un montón de exámenes que se había traído consigo.

En todas las habitaciones personales, así como en las de los huéspedes, había un altavoz a través del cual se radiaban, desde una sala de control, diversos programas. Maniobré el sintonizador hasta encontrar una sinfonía, tocada de una forma poco familiar, probablemente de Mozart. Subí a mi litera sin preámbulos y adopté una posición relajada mostrando patentemente a Castle que no deseaba continuar discutiendo. Castle respondió abriendo su cartera y sacando su montón de papeles bien ordenados. Se sentó en una silla y se puso a trabajar con un hondo suspiro, que interpreté formaba parte inconsciente de sus hábitos.

Aunque me había librado de Castle, no podía librarme de mí mismo. En mi mente existía una confusión caótica. La música se burlaba de mí exhibiendo un orden y simplicidad que acrecentaban mi confusión. No podía soportar seguidos más que unos pocos compases, y tampoco podía detenerme a pensar en algo determinado más de un momento. Recordé que teníamos planeado abandonar Walden Dos dentro de dieciséis o diecisiete horas, y estaba más lejos que nunca de saber si deseaba marcharme o no. Entonces me di cuenta de que hasta aquel momento no me había planteado la posibilidad de firmar un contrato y quedarme, y maldije a Frazier por haberme obligado a decidir prematuramente. Pensé en Steve y Mary y en lo fácil que había sido para ellos la elección. No dudaba en absoluto de que habían acertado. Luego pensé en Rodge y en los extraños lazos que le

impedían obedecer a sus deseos. Conocía la opinión de Frazier: mi propio juicio sufría una distorsión similar. No podía desprenderme, de golpe, del hábito de la vida académica. Ésta me parecía tan inevitable como insatisfactoria.

Daba vueltas en la litera tratando de eliminar mis pensamientos, a través de varias posturas de relajación, pero sin éxito. Finalmente me decidí a bajar, cogí el cepillo de dientes, y me fui al cuarto de baño. Cuando regresé a la habitación me puse el pijama y subí de nuevo a la litera. Me coloqué de cara a la pared, con la sábana cubriéndome la cara para evitar la luz. En un esfuerzo para evitar el bombardeo intelectual que pugnaba por desencadenarse en mi cabeza, decidí resueltamente recordar toda la poesía que pudiera. Los primeros versos que acudieron a mi imaginación fueron:

Siempre a mi espalda percibo
la carroza alada del tiempo
que se apresura para darme alcance

32

Aunque Castle acabó de corregir todos los exámenes antes de acostarse, se levantó temprano y lúcido a la mañana siguiente, empezando a dar saltos por la habitación con el mejor humor. Hizo su maleta con exagerado cuidado y la colocó, junto con su cartera, al lado de la puerta. Dio luego una palmada y se quedó balanceándose ligeramente sobre sus tacones mientras yo terminaba de arreglar mi maleta. Finalmente empezó a silbar inconscientemente una monótona melodía.

Nos dirigimos hacia los comedores con Castle siempre medio paso por delante.

—Buenos trabajos los que corregí —dijo súbitamente, casi mordiéndose los labios—. Algunas ideas interesantísimas. Noto una mejoría creciente en la calidad de nuestros alumnos conforme pasan los años. Se acercan cada vez más a las esperanzas que deposito en ellos. ¿Lo has notado tú también?

—Lo único que sé es que cada vez espero menos de ellos.

—Vamos, vamos, Burris. No te dejes deprimir por Frazier. Su prejuicio anti-académico es... puramente emotivo. ¿Cuáles son, entre paréntesis, los antecedentes de Frazier..., desde un punto de vista académico?

—No lo sé.

—Sospecho que nunca tuvo oportunidad de dar clase. Probablemente nunca le recomendaron para un buen trabajo. Un bicho raro — inestable— o algo parecido. Este prejuicio suyo es como fruta amarga.

La costumbre de aceptar este tipo de comentarios de boca de Castle evitó que mi indignación saliera al exterior. Conocía las características de la postura que adoptaba, y sabía que no había ya nada que hacer. Castle de ningún modo era un hombre mediocre. Su cultura era considerable y tenía fama de hábil discutidor, aunque a Frazier le resultó una meta fácil de conquistar. Mientras su mente permanecía abierta y comprensiva, le valoraba como un compañero estimulante. El hecho de que aumentase su rendimiento en el fragor de la batalla me encantaba. Su conversación era superior a sus publicaciones algo enfermizas, y, por mi parte, consideraba esto como una virtud.

Pero Castle, alguna que otra vez, se permitía algún acto excesivo de auto-decepción, que cabría perfectamente dentro del cuadro clínico de un

psicótico. Al comienzo de una discusión solía aceptar todos los puntos de vista con tolerancia y franqueza. Estaba dispuesto a soportar la incertidumbre, la tensión y el desorden intelectual. Su mente permanecía abierta durante largo rato, pero luego se cerraba herméticamente como un molusco.

Durante los tres primeros días de nuestra visita se había esforzado sinceramente por entender a Frazier y compaginar lo visto y oído, con sus propias opiniones. Era evidente que durante la mayor parte de este período fue un alma atormentada. Luego la tensión se hizo demasiado intensa y se aferró a la tesis del fascismo como única escapatoria. Yo había presentido esta solución —él intentó un par de escaramuzas preliminares—, pero me sorprendió la fuerza con que se apoderó de él. En un momento determinado pareció eclipsarse toda posibilidad de duda, y la energía desplegada hasta entonces para compaginar o seleccionar las diversas ideas se dedicó íntegramente a apuntalar su propia hipótesis. Era como un niño que cree ver la silueta de un animal en la arena de una playa, e inmediatamente introduce los retoques necesarios para que no exista ninguna duda sobre ello.

Nos encontramos con Steve y Mary ya desayunando, y mi primer impulso fue protegerlos contra el escepticismo de Castle, pero no fue necesario. Castle reaccionó ante la evidente felicidad de la joven pareja con bondadosa tolerancia. Era una locura ser felices así, debió pensar, pero al menos no molestaban a nadie. Walden Dos podría durar eternamente, y Steve y Mary vivirían sus vidas como un cuento de hadas, mientras Castle permanecería impertérrito. Consecuente con esta actitud tampoco se alegró de que Rodge no se hubiese decidido a quedarse, lo cual se hizo patente cuando Rodge y Bárbara se unieron a nosotros.

Una vez acabado el prolongado desayuno, nos presentamos en la Oficina de Trabajo, pero no había ningún trabajo que se pudiera hacer en el tiempo que nos restaba y fuimos invitados a considerar nuestra cuenta cancelada. Steve y Mary, que estaban ya sometidos al compromiso de cuatro créditos, decidieron trabajar durante la cena para poder estar con nosotros el mayor tiempo posible.

Salimos al prado y vimos a Frazier que venía rápidamente hacia nosotros desde el estanque. Hubiera preferido no verle. Había fracasado en convencer a Rodge y temía que estuviera de mal humor. Le había hecho perder su tiempo al traer un visitante que pertenecía irrevocablemente al mundo exterior. Walden Dos había excedido todos los sueños de Rodge. ¿Qué más podía pedir? No obstante, hubiera ya debido aprender a esperar lo inesperable por parte de Frazier, pues éste aparentaba un excelente humor y nos saludó de la manera más cordial. Cuando se dio cuenta de que

Rodge, algo embarazado, rehuía saludarle directamente, le puso amistosamente la mano en el hombro y dirigió unas frases cariñosas tanto a él como a Bárbara.

También me equivoqué al temer que Frazier me atacaría de nuevo. Su jugada del domingo por la mañana había desembocado en una situación bien distinta de la planeada cuando se apartó del tema para justificarse a si mismo. La mañana que nos aguardaba era su única oportunidad, y estaba seguro de que no iba a desaprovecharla. Pero yo no había tomado todavía una decisión sobre si quedarme o no, y desesperadamente traté de rehuir la discusión. Mis rodillas temblaron cuando Frazier me cogió del brazo, diciéndome: «Burris, ¿quieres venirte conmigo mientras acabo mi trabajo de hoy?»

Claramente se veía que era una táctica para estar a solas conmigo, pues podía haber elegido su única hora de trabajo manual en cualquier otro momento. Pero difícilmente podía rechazar la invitación, y nos encaminamos en silencio hacia los talleres. Esperé nerviosamente su ataque, pero sólo rompió el silencio una o dos veces, para hacer algún comentario trivial sobre lo avanzada que estaba la estación del año.

Entramos en el taller mecánico que también esta vez estaba vacío. Frazier acercó una banqueta a una de las mesas de trabajo y me invitó a sentarme. Luego se puso a limpiar un banco manchado. Tardé casi un par de minutos en darme cuenta de que éste era su trabajo, pues no podía dejar de recordar el desorden total de su habitación.

—Soy probablemente la persona más desordenada de la historia —dijo como si hubiera adivinado mi pensamiento—, pero siento un extraño placer poniendo orden en el caos. Me gusta conservar alambres y cuerdas enredadas, y coleccionar montones inservibles de clavos y tornillos. Los freudianos tienen un término para describir esto. —Me miró con una tenue sonrisa, y puso en el estante una pequeña llave inglesa—. Siempre solicito este tipo de trabajos —añadió. Recogió un montoncito de desperdicios, mezcla de serrín y virutas de metal, y lo inspeccionó cuidadosamente—. No es un trabajo muy rentable, pues podríamos comprar casi todo lo que descubro por unos pocos céntimos. Pero, de vez en cuando, encuentro algo de valor —una broca o una pequeña herramienta— que de otro modo iría a parar a la basura. Aún así, me temo que la Oficina de Trabajo es demasiado indulgente conmigo, aunque también es verdad que la tarea que realizo puede ser de alguna ayuda para el comercio con el exterior y, de todos modos, este sitio hay que barrerlo.

La conversación siguió por estos derroteros durante algún tiempo y empecé a sentirme menos violento. Evidentemente, Frazier no tenía intención de hacer presión sobre mí, y finalmente fui yo mismo quien me

aventuré a hablar de Walden Dos.

—Hay una cosa que quiero decirte, Frazier—dije después de un largo rato de silencio—. No te preocupes por mi opinión sobre ti como persona. No voy a negar que tu pequeño intento de telepatía de ayer por la mañana tuvo cierto éxito, pero quiero que sepas que admiro la labor que has realizado. Es maravillosa. La verdad es que te envidio.

—No, por favor —dijo quizá demasiado rápidamente.

—No digo que envidie tu vida en Walden Dos, aunque parezca ideal. — Me desvié de este tema cuanto pude—. Quiero decir que te envidio por tu ambicioso experimento y por el éxito obtenido. Debe ser una fuente de profunda satisfacción.

—Lo es.

—Y si me permites que lo diga, Frazier..., creo que eres un genio.

—¡Qué tontería, Burris! ¡No seas loco! —Había esperado una refutación más suave, pero sus modales fueron casi violentos—. No soy excepcional —prosiguió— ni como inteligencia ni como persona. Lo puedes comprobar por ti mismo. No tengo en absoluto ninguna habilidad excepcional. No tengo facilidad para las matemáticas, ni soy un pensador particularmente lúcido. Tampoco lee mis trabajos demasiada gente. Cuando abro un libro, me asedian miles de argumentos y tengo que dejarlo. Ciertamente, no soy un intelectual. Alguna que otra vez tengo una intuición fulgurante, pero sólo después de una cuidadosa selección de material, por lo que no puede considerarse mucho más inspirada de lo que estoy haciendo ahora mismo con este montón de desperdicios. Puedes oír rechinar a mi mente entre las pomposas cadencias de mi prosa. No creas que lo ignoro. —Pero Walden Dos...

—Es una hazaña, Burris, se diga lo que se diga. Es la mayor hazaña conseguida hasta la fecha en la historia de la inteligencia humana. La fisión del átomo es, en comparación, algo insignificante.

—Entonces, ¿qué opinas de ti mismo? Me temo que estamos hablando de cosas distintas.

—¡Walden Dos no necesitaba de ningún genio! Yo sólo tengo una cualidad importante, Burris. Soy terco. Sólo he tenido una idea en toda mi vida... una auténtica *idee fixe.*

—¿Cuál?

—Para hablar claro..., la idea de salirme con la mía podría definirse como «Control». El control de la conducta humana, Burris. En mis primeros días de experimentación era un deseo rabioso y egoísta de dominar. Recuerdo la ira que sentía cuando me equivocaba en una predicción. Hubiera gritado a las personas de mis experimentos: ¡Compórtense, malditos, compórtense como deben! Pero llegué a darme cuenta que los

sujetos tenían siempre la razón. Siempre se comportaban como debían comportarse. Era yo el que estaba equivocado. Había hecho una mala predicción.

Frazier, súbitamente, se rió con franqueza. —¡Qué descubrimiento tan extraño para un futuro tirano —exclamó por fin— encontrar que la única técnica efectiva de control es no ser egoísta! Continuó riéndose suavemente.

—Pero no te puedes quejar demasiado —dije—. Has conseguido tu control, empiezo a darme cuenta de ello.

Durante un instante me miró con suspicacia, pero, finalmente, pareció aceptar mi afirmación y asintió lentamente con la cabeza.

—Y tuviste la satisfacción de ser un pionero —proseguí diciendo—. Te has partido el pecho, y ahora va a ser demasiado fácil y monótono para los que te seguirán.

—Eso es otra tontería, Burris —dijo Frazier recuperando algo de su violencia anterior —. ¿Puedes citarme un solo caso en la historia de la ciencia que respalde lo que dices? ¿Qué descubrimiento científico ha hecho las cosas más fáciles? Podrá quizá aclarar algún punto oscuro *anterior,* o simplificar una dificultad *anterior,* pero siempre conduce a nuevos problemas todavía más oscuros y difíciles... ¡y más interesantes! ¡Utiliza tu imaginación! ¡Mira cuánto queda por hacer!

Frazier acabó de limpiar la superficie del banco con un pequeño cepillo, y empezó un nuevo trabajo al otro lado de donde me encontraba.

—Siento ser tan estúpido —dije girando sobre mi banqueta—, ¿pero qué es lo que queda por hacer? Tengo la impresión de que todo marcha ya estupendamente. Supongo que te refieres al desarrollo de otros Waldens, a vuestro programa de expansión.

—No me refiero a nada de eso. No niego que sería interesante, pero no pienso tomar parte activa en ello. Espero quedarme en Walden Dos.

—¿Pero qué queda por hacer en Walden Dos? Por lo que he podido observar, tu trabajo está prácticamente concluido. La comunidad es auto-suficiente, y ofrece a todos los miembros una vida interesante y satisfactoria.

Frazier echó fuego por los ojos.

—¿Crees que me voy a dar por satisfecho con *eso!* —gritó—. ¿Crees que me contentaré con unas cuantas condiciones culturales que la humanidad conseguía antes con dificultad? Una cultura acertada en ese sentido es sólo el principio..., el triunfo más insignificante de una tecnología de la conducta.

—Pero ciertamente no es tan pequeño si consideras la actual situación del mundo.

—El mundo es una pobre norma de comparación. Cualquier sociedad que esté libre de hambre y violencia resplandecerá intensamente sobre ese

fondo. Pero vive un mes en Walden Dos y conseguirás un punto de vista distinto. Te librarás del pesimismo que inunda las profundidades abismales en las que estamos sumergidos, y empezarás a comprender las potencialidades del hombre. Empezarás a esperar grandes cosas de los hombres y también a ver la oportunidad de conseguirlas. ¿Podrías ser realmente feliz en un mundo estático, al margen de lo agradable que pudiera ser en otros aspectos? —siguió diciendo Frazier—. ¡Por supuesto que no! Ni tampoco te gustaría mecanizar una felicidad general para todos, bajo condiciones de vida estáticas. Nunca debemos librarnos de esa sed febril de seguir adelante que es la gracia santificante de la humanidad.

—Esa sed febril nos ha metido en un buen lío —dije.

—Ciertamente. Y esa es otra razón por la que no podemos contentarnos con una cultura estática. Tenemos mucho que hacer, si queremos sobrevivir. Detenerse significaría morir. La distancia entre el poder técnico del hombre y la sabiduría con que lo utiliza aumenta visiblemente año tras año. Nos damos cuenta de ello cuando la explosión de una bomba atómica hace nacer un infierno, pero la discrepancia ya existía desde hace mucho tiempo. No es solución frenar la ciencia hasta que la sabiduría y la responsabilidad del hombre sean capaces de tomar las riendas. Por muy terrorífica que parezca —por muy loca que se presente al alma contemplativa—, la ciencia debe seguir adelante. No podemos poner en los museos nuestros cohetes y pilas atómicas... como las locomotoras en Erehwon. Pero debemos levantar al hombre al mismo nivel. No podemos retroceder, pero tenemos que poner orden en nuestras líneas. Debemos reforzar nuestros puntos débiles, las ciencias del comportamiento y la cultura. Necesitamos una poderosa ciencia de la conducta. Todo hombre con sentido común, Burris, debe saber por qué se hace mal uso de la ciencia. ¡Fíjate en la educación moderna y en la poca flexibilidad de las bases que la sustentan! ¡Contempla la cultura de una comunidad norteamericana normal! ¡Observa el mecanismo gubernamental! ¿Desde dónde podemos esperar que se empiece a impartir sabiduría? Pero espera a que hayamos desarrollado una ciencia de la conducta tan poderosa como la ciencia atómica, y podrás ver una diferencia considerable.

—Sí, pero no podréis conseguir una poderosa ciencia de la conducta por el mero hecho de desearla. *Se* necesitará algo más que un puñado de genios. Precisáis ayuda económica. Hace falta despertar y mantener el entusiasmo y la energía de hombres de talento. Debéis disponer de material para una investigación en gran escala. ¡Piensa en todo lo que necesitáis para desarrollar una ciencia de la conducta que sea realmente aplicable a grandes masas de población!

Frazier se rió abiertamente.

—¡Mi querido amigo! —dijo al fin—. ¿No ves que todas tus

condiciones las puedes encontrar reunidas precisamente en Walden Dos?

Me quedé sin respiración, y le miré fijamente.

—Te confiaré un secreto —continuó bajando dramáticamente el tono de su voz—. Has descrito el *único* aspecto de Walden Dos que realmente me interesa. Hacer a los hombres felices, de acuerdo. Hacerlos productivos para asegurar la continuación de esa felicidad, también. Pero, ¿qué más? ¡Pues *hacer posible una ciencia genuina de la conducta humana*! Estas cosas no son adecuadas para el laboratorio, Burris. No son «cuestiones académicas». ¡Qué expresión más acertada! ¡Atañen a nuestras propias vidas! Sólo las podemos estudiar dentro de una cultura viva, pero que además se encuentre sometida a control experimental. Y excepto Walden Dos ninguna otra cumple este requisito. Nuestro laboratorio debe ser un mundo real y ninguna Fundación puede comprar una fracción del mismo.

Frazier soltó el cepillo que había estado usando, se metió las manos en los bolsillos y se puso rígido como si se dispusiera a concentrar toda su energía en sus próximas palabras.

—Antes te preguntabas ¿qué queda por hacer? —dijo, con un relámpago en los ojos—. Bueno, ¿qué opinas de la estructuración de personalidades? ¿Te interesaría? ¿El control del temperamento? Dame las características, j y te daré el hombre! ¿Y qué me dices del control de la motivación, creando intereses que conseguirán que los hombres sean más fecundos y dichosos? ¿Te parece fantástico? Te advierto que disponemos ya de algunas de estas técnicas y que muchas otras pueden elaborarse experimentalmente. ¡Piensa en las posibilidades! ¡Una sociedad en la que no existe el fracaso, el aburrimiento, ni la duplicidad de esfuerzo!

—¿Y sobre el cultivo de habilidades especiales? ¿Sabemos algo de las circunstancias de la vida del niño que son causa del nacimiento de una mente matemática o musical? ¡Apenas nada! Esto se suele dejar a la casualidad, o se culpa de ello a la herencia. Yo tengo una visión más optimista: se puede analizar el comportamiento efectivo y plantear experimentos para descubrir cómo generar estas cualidades en nuestra juventud. ¡Ah!, nuestros esfuerzos parecerán muy imperfectos dentro de cien años. Incluso ahora pueden parecerlo a un espíritu abierto. Pero hay que empezar por algo. No hay virtud en la casualidad. Controlemos las vidas de nuestros niños y veamos lo que se puede hacer de ellos.

Frazier empezó a andar de un lado para otro, las manos todavía en los bolsillos.

—Tengo el presentimiento —y en esto raras veces me equivoco— de que algún día encontraremos no sólo la causa que produce el talento matemático de un niño ¡sino el sistema para hacer mejores matemáticos! ¡Si no podemos resolver un problema, podemos crear a los hombres capaces de

resolverlo! ¡Y mejores artistas! ¡Y mejores artesanos! — Se rió y añadió tranquilamente —: ¡Y mejores conductistas, desde luego! Mientras tanto, seguiremos mejorando nuestra estructura social y cultural. Apenas se sabe nada de las capacidades especiales del *grupo.* Todos reconocemos que hay problemas que un individuo aislado no puede resolver, no sólo a causa de limitaciones de tiempo y energía, sino porque el individuo, por muy extraordinario que sea, no puede dominar todos los aspectos, no puede abarcar con su pensamiento un área lo suficientemente grande. La ciencia comunitaria es ya una realidad, pero ¿quién sabe a lo que se podrá llegar? Los inventos comunitarios, el arte comunitario, la música comunitaria... todo esto se explota ya con fines comerciales, pero ¿quién sabe lo que podría suceder bajo condiciones de mayor libertad?

»Únicamente el problema de conseguir una estructura de grupo eficaz basta para absorber el interés de cualquiera. Los equipos de científicos o de escritores, por ejemplo, están muy lejos de ser lo que podrían ser. Pero, por lo general, carecemos del control necesario para investigar estructuras más eficientes. Aquí, por el contrario... aquí podemos empezar a entender y a construir el superorganismo. Podemos formar grupos de artistas y científicos que actúen tan armoniosa y eficazmente como los equipos campeones de fútbol. Y, durante todo el tiempo, Burris, seguiremos aumentando el poder de la comunidad a pasos agigantados. ¿Te parece exagerado suponer que el rendimiento actual de la sociedad es del orden de una fracción del uno por ciento? ¡*Una fracción del uno por ciento*! ¡Y te preguntas que qué queda por hacer!

Se quedó quieto un momento, luego miró su reloj y se dirigió a la puerta.

—Vamonos —dijo abriendo la puerta de par en par con el pie.

33

Se me hizo difícil seguir a Frazier mientras éste marchaba a través de los pinos hacia los edificios principales. Era evidente que no deseaba reunirse con el resto de nuestro grupo, pues torció a la izquierda en dirección al Cerro de Piedra. Le seguí por un viejo camino que se introducía en el bosque, y después de una empinada cuesta, por un atajo bordeado de matorrales. A los pocos minutos llegamos a una sólida cerca reforzada con alambre de espino en su parte superior. Frazier presionó con fuerza la cerca al lado de una estaca y una de las tablas cedió con facilidad. Pasamos por debajo del alambre de espino y una vez en el lado opuesto, colocamos de nuevo la tabla en su sitio y andamos tan rápidamente como nos permitían los pequeños pero espesos matorrales.

El borde superior de la cantera apareció súbitamente a nuestros pies y retrocedí alarmado ante el precipicio que se abría frente a nosotros. Frazier caminó con toda tranquilidad por el borde hasta alcanzar un terraplén con musgo, donde se dejó caer para descansar. Yo hice lo mismo, pero con más precaución, sentándome a unos metros del borde y respirando desacompasadamente a causa del esfuerzo de la subida. Luego Frazier se sentó. Sacó un pequeño catalejo de su bolsillo y lo graduó cuidadosamente.

—A este saliente lo llamo «El Trono» —dijo mientras miraba con el catalejo—. Desde aquí se puede ver prácticamente todo Walden Dos. Suelo subir hasta aquí de vez en cuando para mantenerme al tanto de las cosas. En este momento estoy observando los cimientos del nuevo taller situado al norte del garaje. Creo que esta mañana debían colocar la última capa de cemento. Y ahí está Morrison y todos esos cerdos otra vez. Más inoculaciones, me imagino. Y ahí..., un cargamento de forraje que llevan a la granja... El ganado está hoy en los pastos más elevados. No sé por qué... Y ahí va el cartero arrastrándose con su viejo Ford por la colina. Ese chico debería... —¡Ah, sí, lo está haciendo! vaciar la caja dentro de la bolsa de su bicicleta... El maíz tiene buen aspecto. Ojalá pudiéramos regar por ese lado. Nos ahorraría mucho... Algo le pasa al agricultor. Se para y vuelve a empezar. No, ya sigue. No. Se para de nuevo... Alguien que aprende una lección, me imagino... Ahí está la anciana señora Ackerman de paseo otra vez. Y la que la acompaña debe ser Esther.

Había empezado a hablar en voz alta para que oyese sus comentarios, pero pronto su explicación se convirtió en un murmullo ininteligible. Frazier, aparentemente, se había olvidado de mí. Por fin dejó el catalejo, lo plegó, y se lo metió otra vez en el bolsillo. Cambié de postura para llamarle la atención. Pareció darse cuenta y se rió nerviosamente.

—Todo perfecto —dijo acariciando el catalejo en el bolsillo. Y se rió otra vez.

Permanecimos callados mientras se tumbaba en el suelo.

—Debe suponer una enorme satisfacción —dije al fin—. Un mundo salido de tu propia mano.

—Sí —dijo—. Sí. Contemplo mi obra, y veo que es buena.

Estaba tumbado, sus brazos estirados completamente. Las piernas rectas, pero ligeramente cruzadas una sobre otra. Dejó caer la cabeza relajadamente hacia un lado, y noté que su barba le hacía parecerse un poco a Cristo. Y súbitamente, espantado, vi que había tomado la postura de la crucifixión.

Me sentía extraordinariamente incómodo. El corazón todavía me latía a causa de la rápida ascensión y de mi pavor cuando llegamos al borde del abismo. Y, por lo que iba viendo, la persona que se encontraba a mi lado presentaba algunos síntomas de estar perdiendo la razón.

—Aun cuando no te creas un Dios —dije con vacilación, confiando poder disipar mis dudas.

Habló él entonces, manteniendo la cabeza en aquella extraña postura —Existe un curioso paralelismo —dijo.

Sufrí un momento de pánico.

—Muchísimo menos control en tu caso. Me imagino, vamos —le dije, con la mayor naturalidad de que fui capaz.

—De ningún modo —dijo mirando hacia arriba— Al menos si es que podemos creer a los teólogos. Ocurre todo lo contrario. Quizá recuerdes que los hijos de Dios siempre le están defraudando.

—De modo que tú siempre dispones de un perfecto control, ¿eh? Bien, te felicito.

—No digo que nunca me sienta defraudado, pero me imagino que menos que Dios. Al fin y al cabo, mira el mundo que *Él* hizo...

—Una broma es una broma —dije.

—Pero no estoy bromeando.

—¿Quieres decir que crees que eres Dios? —le dije, decidiendo salir de una vez de la duda.

Frazier refunfuñó con disgusto.

—Dije que había un paralelismo curioso —dijo.

—No seas absurdo.

—No. De verdad. El paralelismo es realmente asombroso. Nuestro amigo Castle está preocupado por el conflicto entre dictadura y libertad. ¿Es que no se da cuenta de que está meramente resucitando la antigua controversia entre predestinación y libre albedrío? Todo lo que acaece está contenido en un plan original, pero, a pesar de ello el individuo tiene la impresión de que está haciendo elecciones y determinando el resultado. Lo mismo podemos decir de Walden Dos. Nuestros miembros, en la práctica, están siempre haciendo lo que quieren —lo que ellos «eligen» hacer— pero nosotros conseguimos que quieran hacer precisamente lo que es mejor para ellos mismos y para la comunidad. Su conducta está determinada y sin embargo son libres.

»Dictadura y libertad, predestinación y libre albedrío —continuó Frazier—. ¿Qué son si no seudoproblemas de origen lingüístico? Cuando nos preguntamos qué puede hacer el Hombre con el Hombre, no damos a la palabra «Hombre» el mismo significado en ambos casos. Pretendemos más bien interrogarnos sobre qué pueden hacer unos pocos hombres con la humanidad. Y esta es la cuestión capital del siglo XX. ¿Qué clase de mundo podemos crear los que comprendemos la ciencia de la conducta?

—Entonces Castle tenía razón. Eres, después de todo, un dictador.

—No más que Dios. O más bien, menos. Por lo general, he dejado que las cosas sigan su curso. Nunca me he propuesto borrar del mapa las obras malas de los hombres con un gran diluvio. Tampoco he enviado un emisario personal para revelar mi plan y hacer que mi pueblo vuelva al verdadero sendero. El plan original tuvo en cuenta todas las posibles desviaciones y dispuso las oportunas correcciones automáticas. Se trata más bien de una superación del Génesis.

—La blasfemia no es digna de ti, Frazier. No forma parte de tu estilo.

—Entonces dejemos a un lado la teología. No deseo ser un blasfemo, pero tampoco digo las cosas sin pensarlas. Los talentos competitivos que han logrado la supremacía del hombre —hasta el invento de la bomba atómica— no le bastan para el paso siguiente que debe dar. Al ser competitivos, son incompatibles con el bien de toda la humanidad. La superioridad del hombre ha surgido de la lucha por la supervivencia y este hecho ha dejado una huella terrible. Los que han sobrevivido han destruido, y no han sobrevivido ilesos. Justificamos nuestros genios guerreros arguyendo que de no haber existido hubiéramos sido aniquilados. Pero esto es únicamente otro modo de decir que queremos hacer nuestra voluntad. Y nuestro éxito nos anima a ser cada vez más agresivos. La lucha por la supervivencia, por su misma naturaleza, no puede dar a luz una inteligencia no competitiva.

—Pero has conseguido y desarrollado la tecnología conductista

responsable de la existencia de Walden Dos en medio de una cultura competitiva. Has obrado, por tanto, bajo el principio de la supervivencia de los más aptos.

—¡Por supuesto! Nadie es más competitivo —más agresivo— que yo —dijo Frazier, y al verse cogido en su propia trampa, añadió—: excepto cuando obedezco el Código Walden, no faltaría más.

—Entonces el antiguo sistema de vida ha debido contener las simientes del nuevo —dije—. Existía un solo plan, y no era el tuyo. No sólo eso, sino que tú eras meramente una parte del mismo. Un instrumento, si quieres. Ya noté la misma inconsistencia cuando discutimos el tema de la naturaleza humana. Dijiste que no tenías fe en la bondad innata del hombre, y que no habías necesitado de nadie para el proyecto de Walden Dos. No obstante, tú eres, a fin de cuentas, un hombre. Argüías que un gobierno que deja a los hombres solos, confiando en su bondad, no puede evolucionar hacia una cultura satisfactoria. Sin embargo, tú has evolucionado. Tú eres el fruto de un sistema al que condenas por infructuoso.

—La ciencia de la conducta está llena de curiosas paradojas como ésta —dijo Frazier—. Es la ciencia de la ciencia... una disciplina especial interesada en hablar sobre el hablar, y en saber sobre el saber. Bueno, existe también una paradoja de tipo motivacional. La ciencia, por lo general, surgió de una cultura competitiva. La mayoría de los científicos están todavía inspirados por la competición, o al menos reciben ayuda de los que son competitivos. Pero cuando llega la hora de aplicar los métodos de la ciencia al campo especial de la conducta humana, el espíritu competitivo es suicida. Descubre el hecho extraordinario de que, para sobrevivir, debemos, en última instancia, *no* competir.

—Eso lo afirmas con demasiada facilidad, Frazier. Es todavía verdad que el antiguo orden algo consiguió. No puedes eludirlo, separándote simplemente de la corriente principal y reclamando el título de co-creador.

—Quizá tenga que ceder a Dios su derecho de antigüedad —dijo Frazier con una sonrisa. Pero se detuvo con sorpresa, como si las consecuencias de sus palabras no le agradaran—. Aunque sin embargo podría pretender —continuó con más calor— que hice una declaración más explícita de mi plan. Podría reivindicar un control más *deliberado.* La evolución de la inteligencia humana puede que no haya sido planeada deliberadamente. El estado de cosas final puede no haber sido previsto. Quizá estemos meramente interpretando a posteriori un plan sobre e! mundo. Pero no existe ninguna duda de que Walden Dos fue planeado por adelantado, casi, casi, como ha resultado ser ahora. En muchos aspectos, la creación actual de Walden Dos está más cerca del espíritu de cosmogonía cristiana, que la evolución del mundo, según la ciencia moderna.

—Volvemos otra vez con los teólogos —dije riéndome— y por una buena razón. Al igual que ellos, tú tampoco eres indiferente al poder. Para usar un término que profesionalmente detesto, tienes un enorme «complejo de Dios».

—¡Por supuesto que el poder no me es indiferente! —dijo Frazier acaloradamente—. ¡Y me gusta hacer el papel de Dios! ¿A quién no le gustaría en circunstancias similares? Después de todo, hombre, ¡aun Jesucristo creyó que era Dios!

Me miró fijamente en silencio, para ver si había comprendido el significado pleno de su observación. No me estaba desafiando, ni había indicios de blasfemia en sus palabras. Su tono había sido casi devoto. Habló de Jesús como si fuera un famoso colega cuyos descubrimientos técnicos tuviera en la mayor estima. Había también la implicación, que no quise discutir, de que su propia realización le había dado la intuición clara de los problemas personales propia de un gran reformador, una simpatía por debilidades que estaban fuera de mi alcance. En aquel momento me fue imposible emitir un juicio claro.

Sacó de nuevo su catalejo y empezó a examinar varios detalles de la obra de sus manos. Oímos un pequeño tumulto procedente del jardín de entrada, y dirigió hacia él su aparato, pero el edificio principal le impidió ver lo que pasaba. Continuó recorriendo el paisaje durante varios minutos.

—Existe otro punto de semejanza —dijo por fin cuando vio que yo no estaba dispuesto a hablar—. No sé si lo comprenderás, Burris. Me parece que te vas a reír, pero trata de olvidar tu cinismo profesional.

Dejó el catalejo y vaciló unos momentos. Luego tendió sus manos, con gesto acogedor, como si quisiera abarcar con ellas a todo Walden Dos.

—Estos son mis hijos, Burris —dijo casi con un susurro—. Los amo.

Se puso de pie e inició el regreso por el borde del abismo. Le seguí con cuidado. Se metió entre los matorrales y esperó a que le alcanzara. Daba la impresión de encontrarse incómodo y casi azorado.

—¿Qué es el amor —dijo encogiéndose de hombros— sino un sinónimo del refuerzo positivo?

—O viceversa —dije.

34

El tumulto del jardín crecía conforme bajábamos por el cerro desde El Trono. Las ovejas balaban, Obispo estaba ladrando de manera salvaje, y se oía algún grito de vez en cuando. Cuando llegamos al extremo del edificio principal vimos que una de las ovejas se había escapado de la cerca móvil. Obispo usaba toda clase de artimañas para acorralarla pero, aparentemente, la cuerda que marcaba los límites tenía el mismo poder repulsivo por ambos lados y siempre que la oveja se acercaba al rebaño, terminaba por dar media vuelta y escaparse de nuevo. Con la excitación, el resto del rebaño había hecho presión contra la esquina opuesta y así otras ovejas se vieron obligadas a pasar por debajo de la cuerda. Un grupo de hombres y mujeres habían formado un círculo para mantener reunidos a los animales. Todos parecían estar esperando a un personaje que con toda calma se aproximaba desde el terreno de pasto, al otro lado del riachuelo. Mi primer impulso fue empezar a correr para colaborar con los demás, pero Frazier me cogió del brazo y nos detuvimos a cierta distancia —No marcha. Ni con ovejas. Ya ves —dijo.

—¿Qué es lo que no marcha?

—El castigo. El refuerzo negativo. La amenaza de dolor. Es un principio de control muy primitivo. Mientras mantenemos la cerca electrificada no tenemos problemas, siempre y cuando las necesidades de las ovejas estén satisfechas. Pero si suavizamos el control, aparecen líos, tarde o temprano.

La frialdad de Frazier me sacó de quicio. Se veía claramente que estaba mucho más preocupado por el principio implicado que por la oveja descarriada.

—No creo que la sociedad se decida a utilizar el principio del refuerzo positivo en el control de sus ovejas —dije impacientemente.

—No podría —replicó seriamente—. No podría hacerlo porque no cría ovejas por el bien de las ovejas No dispone de refuerzo positivo real que ofrecer. Ninguna cerca, por elevada que sea, ni tampoco un castigo frecuente, pueden controlar al explotado.

—La cuerda funciona bastante bien. Por tanto, algo tendrá el castigo.

—Cumpliría su misión a duras penas si no fuera por Obispo. Y Obispo

no está controlado por ningún castigo. Un perro pastor posee un fuerte instinto para conducir ovejas..., por definición. Obispo *quiere* retener a las ovejas en el rebaño. Es su vida. Y le damos de comer, le protegemos y le ayudamos a que se propague su especie porque él quiere hacer lo que nosotros queremos que haga. Es como el gato en la tienda de ultramarinos. Tanto el gato como el dueño de la tienda quieren ratones muertos. Es una especie de simbiosis muy satisfactoria.

El hombre procedente de los pastos restableció el orden. Mandó retirar a Obispo, quitó una parte de la cuerda, y condujo la oveja descarriada al resto del redil.

—La cooperación entre hombre y perro es muy distinta de la esclavitud entre hombre y bestia —dijo Frazier—. ¿Cuándo podremos clasificar las relaciones entre la sociedad de hombres y el hombre como perteneciente al primer tipo en lugar de al segundo?

Oímos que alguien se estaba riendo, y al volver la cabeza descubrimos que Castle había estado mirando el incidente desde uno de los bancos de la fachada del edificio. Se rió de nuevo de forma algo forzada cuando se dio cuenta de que le habíamos localizado.

—¡La rebelión de los ángeles! —gritó mientras se levantaba y venía hacia nosotros, presa de un regocijo que se iba disipando lentamente. Miré a Frazier y vi que estaba molesto. Castle soltó una última carcajada al llegar junto a nosotros.

—Su ingeniería de la conducta, Sr. Frazier —dijo tragando saliva fuertemente como si se estuviera atragantando—, puede funcionar bien hasta cierto punto. Pero no podemos decir que sea perfecta... Al menos, en la actualidad. —Se rió de nuevo con algún esfuerzo.

Frazier me miró para asegurarse de que le había comprendido; luego se encogió de hombros y se marchó sin decir una palabra.

Castle quedó desconcertado y sus mejillas empezaron a teñirse de un rojo intenso, mientras Frazier desaparecía.

—Creía que encajaba mejor los golpes —dijo—. ¿Es que no sabe aguantar una broma? No lo entiendo. No lo entiendo en absoluto.

—Me sorprende oírte admitir esto —dije tranquilamente y con gran satisfacción.

35

Al reunimos para comer, nos enteramos a través de Steve de que cubriríamos la primera etapa de nuestro viaje de regreso en un camión de la comunidad. No nos quedaba mucho tiempo, por lo que empezamos a comer sin esperar a Frazier. Castle mantenía la opinión de que Frazier se había refugiado en su guarida. Relató alegremente el episodio de la oveja trazando un paralelismo con el conjunto de Walden Dos, hábilmente estructurado pero fundamentalmente deshonesto. Seguí el ejemplo de Frazier y me callé.

Regresamos a nuestras habitaciones para recoger el equipaje y nos dispusimos a esperar el camión en el jardín de entrada. Apareció por el camino que conducía a los graneros, y Steve corrió a su encuentro para cogerlo en marcha. Cuando se hubo detenido, bajó la compuerta trasera de la caja con un aire divertido de propietario y empezó a cargar el equipaje. El camión llevaba media docena de fardos de paja para ser distribuidos durante el trayecto. Una enorme lona los cubría para que nuestra ropa no se manchara.

Algo nerviosos esperamos a Frazier. Steve corrió a buscarle por los alrededores del edificio, atravesando los jardines para mirar por las ventanas de los salones comunes. Por fin se decidió a ir a los comedores, pero se topó con Frazier a la puerta. Frazier le puso la mano sobre el hombro, y los dos juntos vinieron hasta donde estábamos esperando.

Intenté darle las gracias, pero Frazier me recordó nuestros créditos de trabajo y el Código Walden. Dio la mano a Rogers y Bárbara y los ayudó a subir. Luego se volvió hacia Castle y le tendió amigablemente la mano.

—Sr. Castle —dijo—, me ha obligado usted a pensar enormemente.

Castle, casi avergonzado, respondió de forma similar a las amables frases de Frazier, y se dieron la mano durante un rato innecesariamente largo. Finalmente, subió con dificultad al camión con un profundo gruñido.

Frazier se volvió hacia mí. Estaba tranquilo y sereno, y me alargó la mano con una sonrisa. Hizo un gesto señalando con la cabeza a Castle, como si existiera un secreto entre nosotros dos.

—Vuelve — me dijo pausadamente. Nos dimos la mano. Yo asentí con la cabeza casi sin darme cuenta y subí al camión.

Steve y Mary también subieron. Steve cerró la compuerta trasera, hizo una señal al chofer, y el camión empezó a avanzar por el camino.

Frazier permaneció de pie largo rato, agitando sus brazos en el aire.

***

Nos sentamos entre los fardos de paja, de forma bastante confortable teniendo en cuenta lo primitivo del sistema. Era un camión abierto, pero habían improvisado un techo para guarecernos. Mientras el camión avanzaba, con lentitud, pendiente abajo en dirección al pinar, balanceándose suavemente, tuve por un momento la sensación de que me encontraba en una vieja diligencia, atravesando tina llanura todavía inexplorada. Todos estábamos conmovidos por la despedida, y permanecimos en silencio hasta que llegamos a la carretera. Luego, cuando el camión empezó a ganar velocidad y el toldo a vibrar ruidosamente, nuestros ánimos se levantaron, y empezamos a sentirnos como si estuviéramos realizando una excursión campestre.

Media hora más tarde llegamos a una pequeña población y nos detuvimos ante un sucio restaurante que servía de estación de autobús. Acabábamos de apearnos cuando apareció el autobús. Steve le hizo señas, y mientras colocaban nuestro equipaje, dijimos adiós a éste y a Mary. Afortunadamente, todo tuvo que hacerse con mucha rapidez. Rogers prometió volver para actuar de padrino en la boda de Steve y Mary. Y Bárbara, a su vez, expresó su tristeza por no poder acompañarlo. Steve me estrechó la mano con agradecimiento e increíble fuerza. Castle subió al autobús, pero pareció reflexionar y, retrocediendo, dejó que entrara primero Bárbara. Con ello, el conductor se equivocó al vendernos los billetes y devolver correctamente los cambios, no ocultando su impaciencia.

El autobús iba casi lleno. Avancé con dificultad por el pasillo hasta que encontré un sitio en el fondo, desde donde pude decir adiós a Steve y Mary a través de una diminuta ventanilla. Apreté la cara contra el cristal para asegurarme de que podrían reconocer el saludo de mi mano.

***

Fue agradable encontrarme a solas con mis pensamientos. Lejos, en la parte delantera del autobús, Castle se inclinaba de vez en cuando para hablar a Rogers a través del pasillo, y me alegré de no poder oír lo que decía. Quería soledad y tiempo. Desde la mañana había tenido éxito en el propósito de no pensar en mis relaciones personales con Walden Dos, pero esta situación no podría prolongarse indefinidamente. Por alguna razón me sentía deprimido y mi ansiedad fue aumentando paulatinamente. El

autobús que subía, bajaba y giraba tan majestuosamente por la carretera podía haber sido la alada carroza del Tiempo que, en lugar de perseguirme, me empujara hacia el futuro, mientras Walden Dos se escondía en el pasado de la historia.

El viaje se me hizo extraordinariamente corto. Al llegar a la ciudad, Castle y yo llevamos nuestro equipaje hasta la estación de ferrocarril, situada a un par de manzanas de distancia Una vez más tenía que quedarme solo con él, pues Bárbara había telefoneado a unos amigos y ella y Rogers habían decidido quedarse unas horas en la ciudad y regresar en el tren de la noche.

En la sala de espera, Castle empezó de nuevo una perorata intermitente. En cierto sentido, estaba más obsesionado con Walden Dos que yo mismo, pues los detalles más triviales le sugerían comparaciones. Los comentarios audibles eran frecuentemente incoherentes, y únicamente tenían sentido adivinando el furioso discurso interior que corría por sus venas. Todavía no se había liberado de la magia de Frazier, pero había llegado a una decisión y se aferraba a ella. Desde cualquier punto de vista —lógico, psicológico, real— Walden Dos le parecía obviamente imposible. Las discrepancias se desvanecerían con el tiempo.

—Si de algo puedes estar seguro —dijo— es de que alguien «cogerá» a Frazier antes de que pase mucho tiempo. Quizá sea el gobierno, grupos religiosos o económicos rivales, o una sola persona envidiosa, de dentro o de fuera de la comunidad. Pero alguien lo eliminará, estate seguro. Una muchedumbre furiosa asesinó a Joseph Smith; un rival envidioso mató a Eric Janson; John Humphrey Noyes huyó al Canadá. ¡Contempla la historia!

Sabía lo que Frazier respondería a eso. Estas primeras comunidades no tenían casi nada en común con Walden Dos, ni en teoría ni en la práctica. ¿Cómo se podían entonces sacar conclusiones? Frazier había previsto el peligro de agresión contra Walden Dos, y se había preparado lo suficientemente bien contra él.

La posibilidad de construir un sistema de vida satisfactorio, disminuyendo al máximo posible los contactos con el gobierno, era el punto más brillante en toda la argumentación de Frazier. Pensé en los millones de jóvenes que en aquel mismo momento buscaban un puesto en la vida dentro de una estructura social y económica en la que no tenían fe. ¡Qué abismo entre el ideal y la realidad, entre la buena voluntad hacia los demás hombres y la lucha competitiva que habrían de mantener para encontrar un hueco! ¿Por qué no podrían crear un mundo propio?

Ésta era la faceta que Frazier imitó de Thoreau, y me gustaba. ¿Por qué luchar contra el gobierno? ¿Por qué tratar de cambiarlo? ¿Por qué no dejarlo sencillamente solo? Pero, a diferencia de Thoreau, Frazier pagaba los

impuestos y transigía siempre que lo consideraba necesario. Había encontrado la forma de crear un mundo a su gusto sin pretender cambiar el mundo de los demás, y estaba convencido de que seguiría adelante a no ser que el gobierno tomara contra él alguna medida policíaca totalitaria.

Tampoco estaba dispuesto a burlarme de los planes de expansión de Frazier. En algunos puntos su seguridad era absoluta. Las conquistas más importantes y duraderas de la historia de la humanidad —Frazier mismo se había apoyado en la historia para esto— se habían llevado a cabo no mediante la fuerza, sino mediante la educación, la persuasión y el ejemplo. El programa de Frazier era esencialmente un movimiento religioso, liberado de toda pérdida de tiempo con lo sobrenatural e inspirado por una determinación de crear un paraíso en la tierra. ¿Qué podría detenerle?

La voz de Castle interrumpió mi meditación. —... ingeniería de la conducta —estaba diciendo—. Si realmente se dispusiera de una tecnología que pudiera manipular el comportamiento humano, surgirían algunos problemas desconcertantes, pero ¿acaso es algo más que un sueño?

La evidencia, pensé, aparecía con suficiente claridad. Frazier nos había hablado de algunas innovaciones introducidas en la tecnología de la conducta que, personalmente, deseaba conocer más a fondo, pero me era fácil imaginar la existencia de un instrumento poderoso formado por los principios ya puestos en práctica por políticos, educadores, sacerdotes, publicitarios y psicólogos. Las técnicas para controlar la conducta humana eran bastante claras. El problema es que no se encontraban en las manos adecuadas. Frazier, además de darse perfecta cuenta de la situación, había hecho algo por resolverla. Por mi parte, no estaba dispuesto a aceptar de entrada que sus prácticas educativas fueran las mejores. El mismo Frazier todavía las consideraba como experimentales. Pero al menos se encontraban bien encauzadas para la realización de una prueba decisiva, lo cual no podían aducir sus posibles rivales del resto del mundo, que habían claramente demostrado su poder utilizándolas para toda clase de abusos. Frazier disponía de toda la tecnología que posiblemente necesitaría.

—... régimen de cuartel —decía Castle—. Muy astutamente camuflado pero ni más ni menos que régimen de cuartel. Un curioso tipo de paso de la oca voluntario. ¿Por qué toda esa gente ha de suscribir un código o someterse a las sutiles coacciones de un Administrador de la Conducta? «¡No murmures!», «¡Lleva tus platos a la cocina!»... Me recuerda un campamento femenino bien organizado. Admito su eficacia. Pero prefiero ser libre. No quiero códigos, ni persuasiones psicológicas. Gracias, pero no los acepto.

¡Qué enorme era el pecado intelectual de Castle! ¿Podía creer realmente que estaba libre de códigos y de persuasiones psicológicas? ¿Podía

considerar su vida como una sucesión de actos deliberados? Pero si... ¡hasta la misma raya del pelo se la hacía debido a un código!

—Ese hombre ha leído poco —seguía diciendo Castle—. Cualquiera creería que es el primer pensador social de la historia. Estas cosas se entienden con mayor claridad una vez se ha leído a Platón, Rousseau, John Stuart Mill. Lo que necesita Frazier es un buen curso de humanidades.

¿Estaría Castle, por casualidad, provocándome? ¡Un buen curso de humanidades! Podía haber previsto mi reacción. Nada me habría excitado más que la invitación a abandonar la ciencia para resolver los problemas de la sociedad. Es verdad que no podía defender con convicción nueve décimas partes de lo que pretendía llamarse ciencia social, pero aun así era mejor ver claramente que una cosa no tenía sentido que marchar divagando entre la sofocante neblina de la filosofía social. Podía comprender la satisfacción que encontraban personas como Castle al enfocar los problemas actuales bajo el prisma de los tratados antiguos. Un libro viejo constituye un verdadero descanso si lo comparamos con la incertidumbre y desilusión que inevitablemente acompañan al estudio científico de un nuevo campo del saber. La indagación histórica puede sustituir a la investigación científica y dejar algún tiempo libre para tomarse una honorable siesta mientras se lleva el trabajo adelante. Afortunadamente, mi sentimiento de fracaso personal no me había llevado todavía a tales extremos.

—...frente a la naturaleza —decía Castle—. La sangre es más espesa que el agua. Y la sangre se manifestará. ¿Puedes negarlo? ¿Dónde colocas en este caso tu ingeniería de la conducta? La familia tiene una base *biológica.*

Supongo que la tenía. Lo mismo que la «*raza.*». Pensé en todas las violencias cometidas en nombre de los «vínculos de sangre». Pero aparte de la transmisión de semejanzas físicas, no podía comprender que las relaciones hereditarias pudieran tener una influencia real en las relaciones entre los hombres. El «sentido de pertenencia familiar» dependía claramente de la cultura, y por ello variaba enormemente de intensidad según las culturas. Lo importante no era que dos personas estuviesen relacionadas, sino que se les dijera que estaban relacionadas. Mejor no desempolvar el asunto. La familia era sólo una pequeña casta, y era preferible dejarla en paz. Ya había dejado de ser una eficaz unidad económica o social, o una institución transmisora de cultura. Su fracaso actual era cada vez más evidente. Una unidad de diferente magnitud tendría que liberarse de los «vínculos de sangre» como había visto claramente Frazier.

—...no es hombre afectuoso —decía Castle—. Le falta sentido humano. Nunca he visto un amor propio tan colosal. Ese hombre se ha erigido a sí mismo como un pequeño Dios de hojalata.

De hojalata o de lo que fuera..., ya había pensado bastante sobre el tema, y estaba seguro de que Castle no podía ayudarme a comprenderlo. Frazier, pensé, se había conceptuado a sí mismo correctamente. Su evaluación era acertada, aunque a veces falta de tacto. Había aprendido a aceptar esta faceta de su personalidad y ya no constituía un problema para mí. De hecho, había empezado, en cierto modo, a tomarle afecto. No era mal compañero. Es verdad que mi «ego» sufrió una inevitable herida alguna que otra vez, pero había mantenido mi dignidad y la mayoría de mis opiniones. Incluso deseaba volverle a ver otra vez.

Castle se excusó y se dirigió al centro de la sala de espera. Examinó las puertas y ventanillas a lo largo de la pared, y una vez que localizó la que buscaba, desapareció rápidamente.

El ritmo y contenido de mis pensamientos cambiaron rápidamente. Sobrevino cierto orden a mis ideas. Castle me había forzado a defender a Frazier y a Walden Dos, y ahora que se había ido caí en la cuenta de que mis reflexiones habían tomado por fin un sesgo definido.

Había evitado el jaque mate. Con un poco más de tiempo podría llegar a alguna decisión positiva.

Súbitamente me sorprendí atravesando con decisión la sala de espera y depositando mi maletín sobre un mostrador en el que se leía la palabra «Consigna». Llamé la atención de un muchacho situado entre los estantes, puse diez centavos junto al maletín, y le pedí que me guardara el resguardo. Ya en la calle doblé con rapidez la esquina más cercana y pronto perdí de vista la estación.

Mis pasos perdieron velocidad y atravesé varias manzanas de almacenes sombríos. Llegué a una zona sucia en la que antiguas tiendas descoloridas habían sido convertidas en viviendas llenas de mugre. Niños sucios jugaban en calles sucias, mujeres cansadas y desgreñadas se apoyaban en los dinteles de las ventanas, hombres sin esperanza se reunían en pequeños grupos. Pero no establecí ninguna comparación con Walden Dos. El contraste era demasiado brutal para hacerlo intervenir en el delicado juego de fuerzas de mi cerebro. Walden Dos no tenía nada en común con las ruinas humanas que entonces me rodeaban. Era absurdo preguntarse qué tipo de vida escogería uno, si esta fuera la única alternativa.

Encontré una avenida y continué por ella hasta un sector más agradable de la ciudad. Al llegar a un pequeño parque me senté en un banco para descansar, y sin darme cuenta empecé a leer distraídamente una página del periódico que yacía en el banco junto a mí. El contenido de un titular me hizo volver a la realidad:

LA DIGNIDAD DEL HOMBRE
CEREMONIA DE GRADUACIÓN
TEXTO DEL DISCURSO

Cogí el periódico. El Rector de mi universidad había pasado por la ciudad, brindando a su auditorio su más reciente versión de una típica conferencia. El artículo había sido recompuesto, a partir de un comunicado de prensa, de forma bastante defectuosa, pero a pesar de ello hubiera sido difícil dañar seriamente un conjunto tan distinguido de lugares comunes. La conferencia llevaba por título: «Tarea de la educación en el mundo de la posguerra», y en ella aparecían profusamente, sin orden ni concierto, frases como «fomentar la iniciativa personal», «ayudar al hombre entero», «estimular el espíritu de investigación», «fomentar una mente abierta», «restaurar la dignidad del alma humana». Como de costumbre, no estaba seguro del significado de estas afirmaciones, aunque experimenté una nebulosa sensación de estar de acuerdo con ellas. Y en cuanto podían significar algo, parecían referirse a objetivos dignos de ser alcanzados. Pero en un aspecto mi reacción fue muy definida: era evidente que nadie, y menos el conferenciante, tenía noción de cómo ponerse a trabajar para convertirlos en realidad.

Como catedrático, había prestado poca atención a la «filosofía de la educación». La enseñanza era un trabajo que había que hacer sin poder beneficiarse de perspectivas o programas a largo plazo. Sabía, como todos los que se dedican a la enseñanza, que la educación está pobremente subvencionada. Lo cual quizá no era culpa suya, pero sí ciertamente lo eran sus técnicas pasadas de moda. Es más, la educación se encontraba completamente desconcertada en cuanto al puesto que debía ocupar en el mundo del futuro. No podía comunicar la sensación de pertenecer a un movimiento; en este sentido, el *espirit de corps* no existía. Al no poder obtener una satisfacción a través del intento atávico o nostálgico de construir una era mejor, me contentaba con hacer el trabajo de cada día.

Ahora, tras la experiencia reciente de Walden Dos, vi que esto no podía seguir así. Pero también comprendí que los propios educadores no podían resolver la situación por sí mismos. Las causas eran demasiado profundas, demasiado remotas. Implicaban toda la estructura de la sociedad. Lo que hacía falta era un nuevo concepto del hombre, compatible con nuestro conocimiento científico, el cual podría conducir a una filosofía de la educación que tuviera alguna repercusión en las prácticas educativas. Pero para conseguir esto, la educación tendría que abandonar las limitaciones técnicas que se había impuesto a sí misma para introducirse en un ámbito superior de la ingeniería humana. Esto sólo sería posible mediante una

revisión total de la cultura.

Mientras dejaba caer el periódico al suelo, decidí renunciar a mi ingrato pasado. Era clarísimo que no se podía sacar ningún provecho de él. Regresaría a Walden Dos. De hecho, no recuerdo si llegué entonces a esta decisión. Simplemente me di cuenta de que sólo tenía un camino. Es probable que ya se encontrara determinado desde hacía días —desde el principio de los tiempos, hubiera dicho Frazier—, pero súbitamente me percaté de ello. Comprendí lo que iba a hacer.

Permanecí sentado e inmóvil durante mucho rato, preso de un extraño agotamiento. Absorto ante la visión de un mendigo que se encontraba durmiendo en el banco de enfrente, contemplé fascinado sus zapatos, a través de cuyas suelas gastadas se podían ver trozos de periódico. Poco a poco la necesidad práctica de regresar a Walden Dos se impuso, y concebí la idea fantástica de volver andando. No estoy seguro si también consideré o no la posibilidad de regresar a la pata coja. Ciertamente, me pasó por la cabeza la idea de realizar una especie de peregrinación religiosa..., algún acto de expiación. Pero lo principal es que quería que mi retorno fuera tan físicamente evidente como fuera posible, sin que cupiera ninguna posibilidad de duda. Una marcha larga, agotadora y forzada parecía la única salida.

Me acordé del maletín que había dejado en la consigna, y decidí volver a la estación. Me preguntaba cómo habría reaccionado Castle ante mi desaparición. Probablemente no se habría alarmado, ni siquiera extrañado. Estaba casi seguro de que no me esperaría, pues estaba impaciente por encontrarse de nuevo en la universidad. Entré en la estación con precaución y eché un vistazo rápido a la sala de espera. Se había ido. Con creciente seguridad recuperé mi maletín y lo llevé a la ventanilla de envíos. Saqué mi única camisa limpia, un par de calcetines, la máquina de afeitar, el cepillo de dientes y alguna que otra cosa. Los envolví en un papel e improvisé una especie de macuto con una cuerda que me dio el empleado de la ventanilla. Facturé el maletín a Cantón, para que permaneciera allí hasta que lo pidiera desde Walden Dos. Algo debía tener el pequeño paquete en comparación con e! pesado maletín que acababa de abandonar, que me invadió una alegre sensación de libertad. Iba «viajando ligero» y esto parecía producirme una gran sensación de alivio. Tuve el suficiente sentido común para pedir que me devolvieran el importe del billete, pero esta iba a ser mi última acción responsable durante mucho tiempo.

Cuando dejé la ventanilla, ocupado en colocar el dinero en mi cartera, tropecé con un montón de libros de un kiosco. Los coloqué de nuevo en orden y empecé a andar. Pero uno de ellos había llamado mi atención. Volví y localicé inmediatamente un ejemplar del *Walden*. Era una edición barata

que cabía cómodamente en el bolsillo. Pagué por ella veinticinco centavos, pensando que Thoreau se hubiera sentido satisfecho con el precio y, animado por el buen augurio, empecé a andar con optimismo.

A la salida de la estación encontré una oficina de telégrafos. De improviso me acordé de la universidad. ¿Debería al menos informar de mi deserción? Entré en el edificio con una sensación parecida a la que debía experimentar el héroe fanfarrón de una película. Cogí un lápiz y empecé a darle vueltas por la cadenilla, mientras pensaba cómo redactar el mensaje. Una bonita empleada colocó un montón de impresos en blanco frente a mí y se quedó mirándome, dando la impresión de que había percibido la extraordinaria seguridad que me embargaba. Me puse manos a la obra. Coloqué el nombre y la dirección del Rector con enormes letras de imprenta. Luego, olvidándome del estilo telegráfico habitual y esforzándome por controlar mi eufórica despreocupación, escribí despacio y con gran esmero:

MI QUERIDO RECTOR MITTELBACH -STOP- PUEDE USTED MANDAR SU ESTÚPIDA UNIVERSIDAD A...

La bonita empleada iba leyendo el mensaje al revés con habilidad profesional. Incluso me dio la impresión que se adelantaba a mi mano algunas palabras, pues amablemente, pero con tono profesional, me anunció: «Lo siento, señor, pero me temo que no podemos aceptar ese tipo de mensaje.»

El tiempo no era particularmente apropiado para mi peregrinaje a Walden Dos. Hubiera preferido que empezara a llover o al menos que estuviera anocheciendo. Quería luchar contra los elementos. Pero fue una tarde normal, nada heroica y algo templada. Es más, tardé más de una hora en salir de la ciudad, y es difícil captar la atmósfera de una misión importante mientras se transita por las aceras.

Por fin me hallé en el campo y empecé a sentirme debidamente importante como figura solitaria. Caminaba por la izquierda de la carretera sobre la grava de la cuneta, y mantuve un paso rítmico que traté por todos los medios de no interrumpir. Algunos coches disminuyeron la velocidad para invitarme a subir, pero respondí a todos ellos con un terminante y exagerado movimiento de cabeza que podía ser fácilmente comprendido a distancia.

Sentí la sangre ardiente corriendo por mis venas. Esto era lo que realmente había deseado. Por fin me había encontrado a mi mismo. Y frente a mí se abría todo un futuro que crearía a mi gusto.

Con un súbito impulso, saqué el *Walden. y* lo abrí por la última página. Siempre había opinado que el último párrafo era un error. Su aparente

misticismo y su oscuridad eran contrarios al espíritu del libro y sobre todo al de un partidario de Thoreau. Pero ahora sabía que podría comprender hasta la última sílaba, y mientras andaba, leí con excitación febril:

> «No digo que John o Jonathan se den cuenta de todo; ese es el carácter de una aurora que nunca conoceremos por el simple discurrir del tiempo. La luz que nos ciega es para nosotros oscuridad. Sólo amanece el día en que estamos despiertos. Aún quedan días por amanecer. El sol no es sino una estrella del alba.

36

Hubiera deseado terminar aquí mi relato.

—Quizá sea algo indefinido —dije a Frazier—, pero me gusta la idea de dejarlo así, en suspenso. El lector se sentirá más inclinado a seguir pensando sobre ello. Que él me haga llegar a Walden Dos con su imaginación.

Estábamos revisando el manuscrito en el cuarto de Frazier antes de entregarlo a la Oficina de Información, a cuya demanda lo había escrito.

—Me parece que sería mejor que ofrecieras al lector el relato completo —dijo Frazier—. Después de todo, es posible que algún catedrático loco aconseje tu libro como lectura complementaria de un curso de ciencia política. «Críticas sobre la democracia» o algo así. Mejor que seas explícito.

—¿Pero no es bastante claro como acaba la historia?

—De ningún modo. Se me ocurren un montón de finales, todos ellos igualmente plausibles.

Imaginé que era una baladronada.

—Dime uno —dije.

Bueno, veamos. Empiezas el largo trayecto hacia el hogar..., hacia Walden Dos. Pero empieza a llover. Lluvia fría para ser el mes de junio, y la mañana te sorprende empapado y sin fuerzas. Andas a tropezones y a paso de tortuga. Estornudas con frecuencia y tienes fiebre. Al pasar por una pequeña población llamas la atención de la policía. Pero el agente, al ver que no estás borracho, te lleva a un médico. Demasiado tarde. Tienes bronconeumonía. Y mueres. Mueres sin llegar a La Meca. Lástima. Un despilfarro espiritual.

—Otro final —insistí.

—Bueno, pues digamos que comienzas una larga marcha penitencial humillándote totalmente ante una mente superior —Frazier dijo esto sin sonreír. ¿Cuándo aprenderá?—. Pero te empiezan a doler los pies. Luego te salen ampollas, y empiezas a preocuparte por una posible infección. Una cosa es la penitencia y otra un talón desgarrado. Un camión se arrima a la cuneta y se detiene para que puedas subir. Esta vez *no* le saludas como antes. No; no hay razón para ser tan imbécil. No eres un hombre muy religioso, la verdad sea dicha, y esta clase de cosas no salen espontáneamente. Llegarás en *camión* a Walden Dos... ¿quién notará la diferencia? El conductor es un

tipo charlatán que te ha recogido porque estaba aburrido. Te parece un hombre interesante. Pintoresco. Empiezas a dudar de si habrá realmente gente pintoresca en Walden Dos. Siempre te gustaron las grandes ciudades por la oportunidad de alternar con gente distinta. Quizá, después de todo, es esto lo que deseas... los mendigos ulcerados, los borrachos, los descastados de los suburbios, los músicos callejeros, las prostitutas pintarrajeadas..., todo lo que hace fascinante la vida. El pueblo soberano de la taberna de Saroyan. El conductor empieza a hablar de política —política internacional de hoy, desde luego— y lo que dice te parece bastante razonable. Por un instante recuperas tu querida fe en el sentido común inherente a todo hombre. Como eres un personaje académico estás condenado a creer en un sentido común innato, debido a que éste no puede ser patrimonio exclusivo de los catedráticos.

»Bien —prosiguió Frazier—, la conclusión es que, mientras atraviesas la hondonada en el camión, miras rápidamente hacia atrás por el espejo retrovisor sin que el conductor se dé cuenta, y al deteneros en la gasolinera de la siguiente población, le ofreces un whisky a tu amigo, él te ofrece otro, y se va acrecentando tu impresión de que es un tipo simpatiquísimo —Frazier en este punto hizo una mala imitación de un borracho—. Después de todo, así es la vida.

—Ya van dos —dije— y me imagino que seguirías si insistiera. Pero ¿prueba esto algo? ¿Por qué no dejar un poco de ambigüedad como técnica literaria?

—Lo cierto es —dijo Frazier— que el final de tu relato personal, sea cual sea, no tiene importancia alguna. Lo que al lector le interesa saber es todo lo que se refiere a Walden Dos. Llega a conocerlo a través de tus ojos... no es que quiera dejarte fuera del relato totalmente. Pero tan pronto como la descripción de Walden Dos se ha consumado, el libro puede darse por concluido. Podrías, por esta razón, suprimir los pasajes de la estación y el parque. Pero si deseas presentar tu problema personal, adelante. Termínalo por completo.

En verdad, hay muy poco más que añadir. Regresé a Walden Dos e hice todo el trayecto a pie. Pero a paso moderado. Como Frazier conjeturó, no soy dado al castigo ni de la carne ni del espíritu. Esto se hizo patente durante los diez primeros kilómetros aproximadamente. Volví andando porque deseaba disponer de tiempo para pensar. No para reconsiderar mi decisión, sino para aclarar los motivos, para evaluar media docena de objetivos personales.

Existían problemas prácticos que debía solucionar. Los asuntos de la universidad tenían que quedar resueltos. Desistí de telegrafiar comunicando mi dimisión, pero la situación podría ponerse desagradable si

no avisaba antes de los exámenes finales. Tendría que pedir a algún colega que me empaquetara y enviara los efectos personales. Y también tenía algunas deudas. Pero había resuelto no regresar a la universidad para ocuparme de estas cosas personalmente. Había ya desperdiciado bastante tiempo de mi vida ocupándome de cosas. Prefería, por el contrario, realizar un pequeño viaje a pie, sintiendo que cada paso me acercaba más a Walden Dos.

¿Qué quedaría de mis fútiles esperanzas y sueños de la última década? Por ejemplo, de mis planes profesionales. Nunca realmente me gustó la enseñanza de la forma que se impartía en una universidad. Ahora podría rodearme de un pequeño grupo que compartiera mis centros de interés y al que pudiera entregarme. Sería agradable no tener que preocuparse por ser demasiado confuso para el poco inteligente, ni demasiado elemental para el inteligente, o injusto hacia los alumnos que estudiaban por motivos puramente prácticos. También pensé que podría proseguir alguna de mis investigaciones. Quizá conseguiría un poco de espacio en uno de los tálleles. ¡O podría construir mi propio laboratorio! ¡De barro!

Y tendría tiempo para una pequeña diversión. Quizá probaría de nuevo con el Clavicordio Bien Templado. Podría abandonar la música sentimental a la que había acudido en busca de evasión durante los días interminables del año escolar. ¡Y dejaría de leer novelas policíacas! Había aún novelas de Trollope que no había leído, y también una de Jane Austen. Y había quedado asombrado por la clarividencia que los bibliotecarios de Walden Dos habían demostrado al elegir la mayoría de los libros que siempre había deseado leer.

¡Y tendría tiempo para escribir! Tiempo para pensar si me encontraba más cerca de la verdad. Tiempo para juzgar. Tiempo para planear.

Pero, ante todo —y quién sabe durante cuantos días— tiempo para descansar.

Eran las doce del mediodía cuando llegué a la hondonada, y alcanzando la cima de la meseta vi de nuevo Walden Dos. Había tardado tres días y recorrido unos cien kilómetros. Me encontraba estupendamente. La rigidez y las agujetas que me habían asediado el segundo día habían desaparecido, y las piernas se habían fortalecido. Mi paso era ligero, y sentía cómo las plantas de los pies aplastaban la tierra al andar.

Crucé el pequeño puente, dejé atrás los talleres y seguí por el pinar. Súbitamente oí pasos. Alguien corría para alcanzarme.

—¡Profesor Burris!

Era Steve. Nos dimos la mano efusivamente, y confieso que las lágrimas se me saltaron.

—He regresado, Steve —dije—. He regresado para quedarme.

—Le estaba esperando —dijo Steve—. El señor Frazier me dijo que volvía.

—¡El señor Frazier!

Miré temerosamente arriba hacia El Trono. No había nadie. Pero vi los rasgos queridos de Walden Dos extendidos ante mí, igual que los había recordado, una y otra vez, en mi peregrinación. Y respiré profundamente de satisfacción.

Frazier no estaba en su cielo. En el mundo, todo marchaba bien.